

LA DIMENSIÓN SOCIOPOLÍTICA

EN EL PENSAMIENTO DE FREUD

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.

FACULTAD DE FILOSOFÍA.

DEPARTAMENTO: FILOSOFÍA III.

TESIS DIRIGIDA POR: VIRGINIA LÓPEZ DOMÍNGUEZ

AUTOR: FERNANDO MARTÍNEZ-PEREDA GIRÓN

Agradecimientos

Este trabajo ha sido posible, en primer lugar, gracias a la labor docente de Virginia López Domínguez, que despertó en mí el interés por la obra de Freud. Desde que asumió la dirección de esta tesis, debo agradecerle además su infinita paciencia, inteligencia y consideración, así como sus sugerencias bibliográficas y críticas constructivas que ampliaron mi horizonte sobre el psicoanálisis. Los errores que puedan existir me pertenecen en exclusividad, pero lo que pueda tener de meritorio no habría sido posible sin su ayuda y colaboración.

Quisiera agradecer al profesor Fuentes sus artículos, su sencilla gentileza y sus abundantes y ubérrimas sugerencias sobre Freud y otras muchas cuestiones. Haber tenido la oportunidad de escucharle me parece todo un privilegio.

Por último, gracias a Gema, a mi familia y amigos, por su apoyo, colaboración bibliográfica e informática y, lo más importante, por haberme aguantado en este año tan duro.

A todos ellos, una vez más, muchas gracias.

ÍNDICE

- **INTRODUCCIÓN**7-19
 - Objeto y justificación del trabajo.
 - La terapia vs obras culturales.
 - Metodología y estructuración.
 - Estilo, deudas conceptuales y apuntes bibliográficos.

- **SÍNTOMAS**20-46
 - Charcot. El hipnotismo. El método catártico.
 - El mecanismo del síntoma y su etiología.
 - Morfología del síntoma y moralidad. La represión.
 - Teleología y razón social del síntoma.

- **EL INCONSCIENTE**47-76
 - El inconsciente y los síntomas. Sentido del inconsciente.
 - La sexualidad infantil. El inconsciente y la hipnosis.
 - El inconsciente y los actos fallidos.
 - El inconsciente y los sueños.
 - Características del inconsciente.

- **RACIONALIDAD Y PULSIONES**77-105
 - Historicidad de la sexualidad.
 - La moral sexual cultural. Moral, represión y razón.
 - Las tópicas. Desdoblamiento ontológico.
 - La metapsicología. La terapia psicoanalítica.
 - La nueva teoría de las pulsiones.

- **LA CULTURA**106-134
 - El superyo. Superyo y complejo de Edipo.
 - Bisexualidad y complejo de Edipo.
 - La cultura. Individuo y sociedad.
 - El superyo y la felicidad. Las masas. Características.
 - Origen y significado de la religión.

• **¿REVOLUCIÓN O FANTASÍA?**135-160

El conflicto pulsional. El conflicto social.
El estado y el nacionalismo. Deseo delirante y revolución.
Crítica al marxismo. El experimento soviético.
La agresividad y la teoría de las pulsiones.

Segunda parte161

• **RUPTURA IDEOLÓGICA**162-183

La política psicoanalítica. Defecciones
Ruptura teórica. La clase médica.
Atribuciones ideológicas. El antisemitismo.
Censura y autocensura. Freud político

• **NUEVAS CONTRADICCIONES SOCIALES...**184-229

Las Teorías infantiles y el Esclarecimiento Sexual.
El Esclarecimiento como Propedéutica Social.
El Fracaso Sexual de la Adolescencia y la Madurez.
Onanismo, Represión y Sentimiento de Culpa.
Impotencia, Represión y Fantasía. Virginidad y Frigidez.
El Fetichismo como Transacción heterosexual homoerótica.
La Homosexualidad. La Paranoia y su Vinculación Social.

• **EL GÉNERO**230-247

Mitología Femenina. La Virgen y Eva.
El Complejo de Edipo Femenino. La Fase Fálica.
Una lectura progresiva de la Teoría del Género de Freud.
Las polaridades Sexuales. El Mito Zoológico. Pasivo y Activo.
Contradicciones y límites de la Teoría del Género de Freud.

- **UNA LECTURA SOCIAL DE LOS MECANISMOS DE DEFENSA DESDE EL PROPIO**

MARCO CONCEPTUAL FREUDIANO248-267

Descripción de la teoría freudiana de la represión
 Lectura social, dentro de las coordenadas freudianas de la metapsicología, del carácter inconsciente de la represión
 Crítica de la angustia como herencia filogenéticamente adquirida
 La desestimación racional como paradigma defensivo de una socialización consciente que posibilite el desarrollo del sujeto

- **FICCIONES268-289**

Fantasía vs Teoría Traumática.
 Funciones de la fantasía.
 Tipos y Tiempos de la Fantasía
 Proceder y vinculación práctica de la Fantasía.
 Historicidad de la fantasía vs fantasías Primordiales.

- **MITOLOGÍA DE LAS PULSIONES290-309**

El concepto de Pulsión. Ambigüedad del término.
 La Pulsión como transacción social de la necesidad.
 La noción biológica de Pulsión: La Pulsión de Muerte.
 Geometría Dualista de las Pulsiones.
 Conflicto Social vs Pulsión Biológica. La Pulsión Destructiva.
 Los Esquemas Referenciales del Psicoanálisis
 El Desdoblamiento Ontológico como cosificación de los fenómenos psíquicos de naturaleza social.
 El Evolucionismo Sincrético como fundamentación de la Teoría Social y la substancialización del Complejo de Edipo.
 Escenario Trágico de una Guerra Mitológica.

- **CONCLUSIONES** 310-319
- **NOTAS AL PIE DE PÁGINA**320-360
- **BIBLIOGRAFÍA**361-380

INTRODUCCIÓN

Objeto y justificación del trabajo.

La terapia vs obras culturales.

Metodología y estructuración.

Estilo, deudas conceptuales y apuntes bibliográficos.

Aunque haya un antes y un después de Freud, para las ciencias sociales, la psiquiatría y su reverso, las artes... la conducta de los hombres. Aunque, sin necesidad de compartir sus presupuestos teóricos, casi nadie dude de su relevancia y su poderosa influencia intelectual, constatable incluso, pese a las inevitables distorsiones o simplificaciones, en el lenguaje vulgar. Aunque, en suma y en parte, la “fiera” se haya domesticado e institucionalizado su mensaje... pese a todo, Freud mantiene aún la capacidad de irritar, remover y escandalizar sin apelar puerilmente al irracionalismo. Seguramente ese fue uno de los principales motivos que me llevaron a estudiar su obra y a realizar este trabajo. Pensaba y sigo pensando que la movilización individual y colectiva de tantas y tan llamativas defensas y apresuradas transacciones estaban destinadas a salvaguardar arcanos sociales imposibles de asumir, sin alterar los cimientos de la organización y la convivencia política.

El presente trabajo se propone realizar una lectura social y política del psicoanálisis de Freud, mostrando que su vinculación práctica, en la medida en que ésta se mantiene, torna su obra teórica en instrumento subversivo - independientemente de la voluntad de su autor - inasumible para cualquier estructura social de dominación e indispensable, por ende, para la formulación de una teoría y una práctica críticas. Se pretende mostrar tal vinculación desde los

mismos textos y el entramado conceptual freudianos, delatando sus límites y sus carencias, así como sus logros teóricos.

No hemos querido transformar o hacer decir a Freud lo que Freud ni quiso ni pudo llegar a decir. Hemos sido fieles a sus textos, limitándonos a acotar los mismos y a señalar sus carencias o desviaciones, aprehendiendo éstas como consecuencias, en cierta medida inevitables, de la lógica interna de su discurso y, más específicamente, de lo que Bleger (1958) denomina "esquemas referenciales", de los que parte para constituir su teoría analítica. Entendemos que tales esquemas referenciales no son políticamente asépticos o neutrales e implican una serie de supuestos ideológicos y secuelas prácticas insoslayables, que hemos tratado de analizar a la luz de la misma teoría freudiana, de su evolución y cambio.

Advertimos, por tanto, que la labor epistemológica realizada es compatible y complementaria con un análisis cultural del psicoanálisis que atendiera a sus fundamentos histórico-sociales. Aunque nosotros no hayamos centrado el trabajo en tal propósito sí hemos apuntado algunos elementos, especialmente los referentes a la medicina y la biología de su tiempo y su correlativa matriz histórica, indispensables para colegir la teoría de Freud. Por el contrario, consideramos que el mero análisis cultural, sin su correspondiente espejamiento teórico, ni su necesaria imbricación con las bases constitutivas de la teoría analítica, supone una aproximación harto limitada y, en buena medida, estéril para aprehender la teoría freudiana.

Lo antedicho no debe suponerse una insinuación, pretendidamente velada, contra la historicidad de los sujetos y de las producciones teóricas, sino sólo contra el particular modo de realizarlas de algunos autores. Richard Sennett (1998), en cambio, aún

ignorando disciplinarmente la psicología, ha puesto de manifiesto con brillantez como los cambios acaecidos en el capitalismo actual, marcado estructuralmente por la globalización, la flexibilidad, la innovación perenne y la incertidumbre productiva, han generado y generan alteraciones en el carácter de los hombres. Siguiendo un proceso inverso, Bruno Bettelheim (1979), a través de la constatación en la práctica clínica de un debilitamiento generalizado de la normatividad de los sujetos (freudianamente superyo) ha inferido cambios estructurales en la familia, la educación y la sociedad en su conjunto.

El objetivo de develar la vinculación práctica del psicoanálisis freudiano, así como de aprehender su lógica interna y consiguiente evolución desde su génesis, esto es, desde sus presupuestos teóricos a priori, parte del carácter histórico del mismo, entendiendo que la historicidad no se denota mecánicamente y que el sujeto, pese a su necesario descentramiento social, interactúa dinámicamente en ella, produciendo su alteración, como el mismo caso de Freud viene a remarcar.

Aunque el objeto de este trabajo se centre en la teoría analítica no he querido tampoco obviar la figura de su creador, específicamente su faceta política. Me pareció necesario ofrecer, siquiera sucintamente, una exposición sobre la misma, enmarcada concretamente en su contexto profesional, dado que las biografías se limitan a dar referencias dispersas o manifiestan una parcialidad incomprensible. El meritorio y riguroso trabajo de Peter Gay (1988), verbigracia, se ve empañado por su indisimulado anticomunismo, que le lleva a ignorar gran parte de los comentarios políticos de Freud inconcordantes con sus posiciones particulares, señalando, en cambio, los que sí se adecuan a su parecer.

Quisiera subrayar, aunque se desprenda tácitamente de lo ya afirmado, que la presente tesis, como lectura social y política, no tiene por objeto al psicoanálisis, si por tal entendemos el conjunto heteróclito de autores que se adscriben a tal título. El objeto de estudio, circunscrito a la obra de Freud, ya era, de por sí, excesivamente amplio para esta, que considero, primera aproximación y se corría el peligro de diluir el trabajo en una serie de referencias misceláneas sin excesiva profundidad.

Debo reconocer además, que el interés que particularmente me suscita la literatura psicoanalítica no es indiscriminado, algunos autores de indudable influencia, como Lacan y sus epígonos, me parece que intrínsecamente han diluido la subversividad de la teoría freudiana, al desvincularla de su práctica en beneficio de estructuras apriorísticas, ni tan siquiera biológicas, indiferentes a sus fundamentos materiales y a su dinámica histórica. Como ha señalado Elliott (1992) al respecto, Lacan omite los procesos psíquicos que intervienen en la formación del sujeto al partir de una falta ontológica que predetermina la subjetividad.

Se podría argumentar que el carácter ahistórico también define el discurso psicoanalítico freudiano, pero esta afirmación, como intento demostrar, debe ser muy matizada. Se hace necesario seguir el proceso de elaboración teórica para constatar si siempre fue así o desde cuándo y por qué. Esto es, es preciso reconstruir el armazón freudiano desde su génesis y constatar los hitos argumentales de su alejamiento de la praxis efectiva en la medida en que éste se produjo.

La mayor parte de los estudios sobre la teoría social freudiana han centrado su atención, si no exclusivamente, sí preferencial y hegemoníicamente en los escritos culturales (Marcuse, Schneider,

Ureña, Rozitchner, Dahmer), señalando el carácter crítico, especialmente patente en la desmixtificación de las producciones ideológicas. Sin que ello suponga una desautorización radical, he tratado de mostrar, cediendo el protagonismo al propio texto freudiano, que es precisamente la terapia, merced a su vinculación práctica, y las producciones teóricas que se derivan directamente de ella, las que merecen una atención preferente puesto que señalan contradicciones sociales irresolubles sin la correlativa transformación de su matriz histórico-social.

A despecho de las críticas contra la terapia analítica (Marcuse, Schneider, Deleuze/Guattari, Pérez, Fuentes) sostengo que, en la medida en que ésta se haya vinculada a la práctica del sujeto, espeja tácita y entreveradamente, esto es, no de un modo mecánico, las condiciones sociales de enajenación que hacen posible la “enfermedad mental”, aunque se aprecie el carácter mítico del término (Szasz 1961). La terapia, pese al lastre de los esquemas referenciales de los que germina, no sólo rompe con la estructuración de la medicina a través de la mirada (Foucault 1963) para centrarla en la escucha (Ricoeur 1965), sino que al abrirse a la percepción del relato experiencial del sujeto, la “enfermedad” puede colegirse y aprehenderse en su etiología psicógena y, por ende, social y desvincularse, de este modo, de su supuesta vinculación organicista, desmedicalizándose para devenir, paulatina e implícitamente, en teoría social erigida sobre el substrato de las necesidades.

Es cierto, como revela Szasz (1961), que Charcot, partiendo de criterios reconocidamente sociales, ajenos al paradigma y el procedimiento médicos, redefine la histeria como tal “enfermedad” desterrando académicamente la figura social de “fingidor”. Pero no es menos cierto que los paradigmas médicos no son ajenos a los

supuestos ideológicos y que Freud, aún aceptando la categoría médico-animista de “enfermedad mental”, al reconceptualizar e inaugurar la terapia sobre la base de su desconexión orgánica acaba por disociar a la medicina de su supuesto objeto (la “enfermedad mental”), tal y como se puede apreciar abiertamente en “¿Pueden los legos ejercer el análisis?” (1926), aunque la disociación, de facto, se diera ya en sus primeros trabajos.

En la medida en que Freud se distancia de la praxis que le relatan y reactúan sus pacientes para entroncar con los esquemas referenciales de las ciencias naturales, esto es, en la medida en que medicaliza lo que teniendo bases biológicas o necesidades innegables, no se puede colegir meramente por ellas mismas, sino en función de la práctica social que las regula y “satisface”, en tal medida, el mensaje subversivo de Freud, su historicidad, queda diluida en beneficio de un esencialismo biológico, cuya vagorosa fundamentación necesariamente recaerá en otras disciplinas científicas, con la consiguiente minusvaloración y alteración de la narración social.

Las influencias antedichas de la física y la biología están presentes desde el principio, desde su misma formación científica, en Freud, pero se intentará constatar que su traducción en tales términos extrínsecos a la disciplina psicológica va acompañada indisolublemente de un distanciamiento o relegamiento de la experiencia social.

A despecho de lo que cabría esperar, las obras culturales no plantean un alejamiento de esta *regresión biologicista*. Lejos de reforzar la vinculación social y práctica del sujeto y su tiempo histórico, pretenden, sirviéndose de hipótesis de otras disciplinas, lograr el ansiado engarce de la psicología y su pretendida

fundamentación biológica sobre presupuestos, como intentaremos demostrar, inequívocamente lamarckistas. De este modo, las obras culturales, a pesar de sus fecundas y críticas sugerencias, en especial las relativas a la religión u otras producciones ideológicas al servicio de la dominación, suponen hitos especulativos que, amén de configurar una doctrina mítica e inexorablemente trágica del mundo, a modo de supuestos auxiliares, hacen posible el alejamiento de la experiencia psíquica y social.

Nuestra postura no debe confundirse con una defensa candorosa de la terapia, compartimos la constatación marcusiana de la interesada o ideológica equivalencia que establece Freud entre el principio de realidad y el principio de actuación (Marcuse 1953, 1957), apreciación común, bajo diferentes formulaciones, a muchos otros autores posteriores (Caruso 1962, Osborn 1965, Castilla del Pino 1969, Rozitchner 1972, Dahmer 1973, Ureña 1977, Elliott 1992, 1996). Entendemos las consecuencias políticas que se derivan de tal equiparación, aunque discrepamos de su alcance en la medida que la terapia se remite a la conducta del sujeto con un criterio de la curación no normativo, sino pragmático.

Freud y su obra expresan, anfibológicamente, las posturas sociales más avanzadas y libres, en especial con relación a la sexualidad, a la par que son deudores de los relictos y estereotipos sociales de la hegemonía burguesa. La marginación social, de signo económico y sedicentemente intelectual, que supone la terapia analítica para las clases populares no invalida la subversividad de su vinculación práctica, aunque obviamente restrinja su alcance. Más peligroso que la supuesta adecuación a los valores hegemónicos, dada la ausencia en el análisis de una normatividad predefinida o teleológica, me parece que se da en la mixtificación de los mismos

tras la máscara de una apelación esencialista de fundamentación anatómica o biológica.

Nuestra crítica se ha detenido precisamente en estos encubrimientos o máscaras biológicas, apreciando que los mismos son resultado de la ideología burguesa hegemónica, pero no de una manera burda y mecánica como lo suelen referir algunos autores, sino de un modo impremeditado, coherente con su formación científica, como consecuencia necesaria de ella, dentro de las coordenadas del materialismo. Atribuir a Freud una actitud política conservadora no sólo es injusto, sino que, en todo caso, no deja de ser una constatación que, por sí misma, al explicarlo todo termina por no explicar nada.

Advertimos la valía y subversividad teórica derivada de la terapia, en función de su vinculación práctica, pero como todo conocimiento, no es neutral y contiene elementos ideológicos que conviene inteligir en su génesis teórica y extirpar en su praxis. Cuestión distinta es, como en muchos otros ámbitos científicos, el dogmatismo con que la ejercen parte de sus seguidores, patente en algunas de sus publicaciones, donde se constata la fosilización de la teoría freudiana en sus aspectos más criticables (verbigracia Casanueva 1996), sin que en este caso quepa la disculpa o atenuante histórica aplicable al maestro. En casos como el descrito encuentran plena justificación los corrosivos versos de Erich Fried (1978) de su poema "Superación terapéutica de la militancia":

Tu resistencia
contra la policía
que te pisotea
precisa de interpretación analítica

en tanto que conflicto antiguo
con la autoridad del padre
y secreto deseo
de ser forzado por él
Así te verás liberado del odio
contra la policía
no tendrás que llorar
por sus gases lacrimógenos
y reconocerás bajo cada casco
los ojos de un ser humano
al que podrás sonreír
cuando te acribille

La presente investigación consta, grosso modo, de dos partes disímiles. La primera, no exenta de complicidad con el autor, muestra la concepción social de Freud en una exposición diacrónica que sigue las adquisiciones y reformulaciones conceptuales de la teoría analítica en su mismo desarrollo. En esta parte se insiste o se manifiesta mayor énfasis en la textualidad radical del mensaje psicoanalítico. Se trata de conceder el protagonismo al mismo Freud, dejar, con ligeras acotaciones, que se manifieste la vinculación social e histórica de sus producciones teóricas, así como la carga política de sus críticas.

La segunda parte prescinde de la diacronía y, aunque se sustente hegemonícamente en el texto freudiano, se centra en el análisis de los factores históricos, políticos y, sobre todo, en los presupuestos epistemológicos del psicoanálisis, persiguiendo aprehender la regresión biologicista de Freud y su consiguiente desvinculación práctica desde su misma génesis. Para tal fin, se

estudian monográficamente las categorías de “género”, “defensa”, “fantasía” y “pulsiones”, pues tales conceptos, como pilares que son de la teoría analítica, devienen esenciales para colegir dicho proceso.

La mencionada división no alcanza, en cualquier caso, la rigidez organizativa. En la primera parte, al analizar las tópicos, se hizo imprescindible apuntar, siquiera someramente, el desdoblamiento ontológico o substancialización de las mismas (Bleger 1958). Además, los comentarios e interpretaciones que acompañan el texto freudiano, sin caer en la violencia hermenéutica, van prefigurando o delatando mi propia posición. De igual modo, en la segunda parte algunos capítulos están dedicados, si bien sincrónicamente y con criterio temático, a mostrar la vinculación práctica y crítica de algunas producciones teóricas del psicoanálisis.

En contra del criterio bastante extendido (Osborn, Caruso, Dahmer) que considera a Freud un pensador dialéctico, aprecio con Bleger (1958) que el materialismo de Freud es heredero del mecanicismo físico y sólo su vinculación a la experiencia y su remisión a la misma salva a su dinámica, si bien bajo una forma mitológica, de dar cuenta de una realidad cambiante. A lo largo del trabajo he utilizado, pese a la limitación antedicha, los conceptos de la dinámica freudiana, aunque a menudo haya añadido acotaciones críticas a los mismos. Podría haber seguido y adoptado el modelo teórico psicoanalítico que sistemática y brillantemente ha desarrollado Bleger (1958, 1963, 1967, 1987) para realizar la lectura freudiana y, en cierta medida, así ha sido, pero, además de plantearme en algunos casos dudas teóricas no aclaradas, corría el riesgo de apartarme del texto freudiano, de restarle su protagonismo. En cualquier caso, me satisface reconocer mi deuda para con su obra,

que me ha facilitado el análisis y la comprensión crítica de multitud de fenómenos.

Amén de la influencia de Bleger, debo reconocer que los trabajos de Rozitchner (1979), de un modo limitado, y, sobre todo, Elliott (1992, 1996) me han facilitado enormemente una comprensión no reductiva del deseo y su dimensión cultural, así como las consecuencias que tienen en la adquisición normativa (por otra parte presente en Freud), aunque no comparta la deriva subjetivista en que ha desembocado su obra. Finalmente, quisiera reseñar, la fecunda y sugerente obra de Fuentes (1994, 1998, 1999, 2000), que en este estudio, dado el objeto del mismo, he analizado parcialmente, limitándome a su crítica a la dinámica freudiana y aceptando con resignación la merma que ello supone a su original y brillante teoría antropológica de la psicología.

Para eludir la confusión teórica he evitado el uso del término “conducta” o si lo he empleado he añadido una acotación explicativa como “en su sentido laxo” o “en un sentido amplio” o “no angosto”. Reconozco que ha obrado en mí, a pesar del ejemplo de ilustres antecedentes psicoanalíticos que la consideran axial en sus concepciones de la psicología (Szasz, Bleger, Pichon-Riviére), una suerte de *complejo* ideológico, que adjudicaba sin lucha el término a otra escuela psicológica reductivista y de la que me prevenía ante una posible adscripción. Por ello, en su lugar, he hecho uso del concepto “práctica”, recalcando con ello la dimensión social de la experiencia subjetiva. En cualquier caso, debe apreciarse que tanto el término “práctica” como el término “conducta”, los concibo como un proceso que no disocia artificialmente lo “interior” de lo “exterior”, la acción de las producciones ideativas, ni se circunscribe por ello a la cualidad consciente.

Idéntico complejo al anteriormente descrito ha impedido que hago uso del concepto de “dialéctica”, aunque el ejemplo en su aplicación por Bleger desmienta su ilegitimidad u obligado dogmatismo. En su lugar, he empleado los términos “holista” e “interdinámico” para señalar la interdependencia e interdeterminación de las partes en una totalidad de sentido, subrayando además la fluidez y mudabilidad de la realidad psicológica.

He utilizado el término “consciencia”, para significar la capacidad de conocer algo, diferenciándola de la “conciencia”, más restrictiva, como capacidad específicamente moral o normativa. Según la tópica analítica la primera se adscribiría al yo, mientras que la segunda lo haría al superyo. Por lo demás, la distinción ejercida es acorde con el habla y el código lingüístico (Manuel Seco 1998).

Para finalizar, quisiera añadir únicamente dos comentarios. El primero sobre el estilo del trabajo, que he tratado que sea ágil, accesible, evitando el abuso del lenguaje especializado y las citas bibliográficas. Por tal motivo, he rechazado la posibilidad de un ordenamiento de los capítulos a través de un piélago de apartados y subapartados, optando por una relación ordenada del contenido, a modo de epígrafe, al principio de cada capítulo. Por lo mismo, para evitar la ruptura de la lectura del texto, he decidido no introducir las notas al pie en la misma página, agrupándolas todas al final del estudio.

La bibliografía especializada, salvando algunas excepciones (Giddens, Elliott, Fuentes, Pérez, amén de las publicaciones periódicas) corresponde a un período relativamente lejano por motivos del todo ajenos a mi voluntad. Se aprecia en este caso, con especial evidencia, el peso y la influencia del contexto histórico presente, particularmente cerrado en sus esperanzas de cambio político.

Parafraseando el conocido principio de la termodinámica parece que se hubiera aceptado, con desigual alegría o melancólica desesperación, que el capitalismo ni se crea ni se destruye, sino que meramente se transforma. De tal suerte, que el estudio de la teoría social de Freud, tras la eclosión ubérrima, aunque generalizadamente improvisada, de eso que vino a denominarse “freudomarxismo”, ha desaparecido en el presente o ha quedado relegado a la categoría de curiosa y anacrónica anécdota.

SÍNTOMAS

Charcot. El hipnotismo. El método catártico.

El mecanismo del síntoma y su etiología.

Morfología del síntoma y moralidad. La represión.

Teleología y razón social del síntoma.

Un síntoma es una señal, un símbolo, la manifestación por antonomasia de la enfermedad. Se reconoce uno enfermo por un dolor, una hinchazón, un sarpullido, un aumento de la temperatura... un enrarecimiento del estado normal. El diagnóstico taxonómico de la enfermedad se obra merced a los síntomas que aparecen y la curación implica la desaparición de los mismos.

Nos referimos inadvertidamente a algo que consideramos normal y a algo que consideramos enfermo. La normalidad tiene sus propias manifestaciones, sus invenciones, sus rituales, pero no se suelen denominar síntomas. El síntoma posee el estigma de lo extraño. Únicamente hablamos de síntomas cuando el discurso de la normalidad se quiebra para dejar entrever una distorsión, una diferencia insoslayable. Los locos son los portadores de esta diferencia, son "enfermos" puesto que detentan multitud de síntomas, de invenciones corporales barrocas, sin causa física aparente. Actúan extrañamente, incluso ven cosas y oyen voces inexistentes. Se puede afirmar que son auténticos extranjeros de este mundo, *lunáticos*.

La pretensión positivista, hegemónica en el siglo pasado, de construir un entramado sólido de hechos suficientemente explicados, adjudicando a cada fenómeno una causa, se había *olvidado* de elucidar un acontecimiento tan llamativo y cotidiano como el de la locura. Ante la imposibilidad de apuntar una causación fisiológica de

las enfermedades nerviosas se prefirió preservar el paradigma explicativo tachando a los pacientes de gentes delicuescentes que gustaban simular extravagancias.

Se puede considerar a Charcot un innovador en este sentido ya que sostenía el carácter auténtico de los fenómenos histéricos. En contra de varios tópicos, aún hoy en uso, Charcot describió los síntomas de la histeria en multitud de hombres (rompiendo así su maleficio etimológico), especialmente de la clase obrera. Es curioso que se identifique la histeria con las damas de la burguesía, en virtud precisamente de la terapia psicoanalítica, en una suerte de miopía histórica, que ignora incluso el poder adquisitivo del proletariado para sufragarse unas costosas sesiones de psicoterapia.

Charcot, como reconoce el propio Freud(1), llegó a reproducir artificialmente una parálisis histérica mediante hipnosis, señalando que era consecuencia de representaciones, que en momentos claves habían gobernado la mente del enfermo. Entre sus digresiones se encuentra también haber insinuado el origen sexual y traumático de las neurosis. Pero éstas y otras genialidades sólo fueron despuntes, casi retóricos, de una oratoria conspicua, conjeturas que cedieron todo su protagonismo en la etiología del síntoma a la herencia.

La herencia, sin embargo, condenaba inapelablemente a la impotencia a la actividad terapéutica. Era la justificación, a fortiori, de la impenetrabilidad de un enigma demasiado incómodo y enredado. Charcot había sido capaz de admitir honestamente una "enfermedad" avalada por una caterva de síntomas, pero en cambio certificaba su inmodificabilidad aduciendo un origen genético a la misma. Freud siempre reconoció su deuda para con el que fuera durante casi un año su maestro, aunque sus pasos se encaminaran por derroteros diferentes.

El tratamiento que Freud practicó a su vuelta de Francia de las enfermedades nerviosas era, en muchos casos, similar al que cualquier profesional convencional empleaba con su acomodada y ociosa clientela burguesa. Métodos como la hidroterapia, las curas de sueño, la electroterapia... distraían la atención de clientes y terapeutas medicalizando la naturaleza psicológica de las neurosis (2). Pero pronto, de una manera lenta, casi imperceptible, pese a sus profundas convicciones neurológicas sobre la etiología de las neurosis, abandonaría esta posición. Las razones que podemos argüir para este viraje quizás se puedan reducir a sólo dos: el desarrollo de la hipnosis en el campo de la medicina y la aplicación específica que de ésta hizo Breuer.

A modo de apresurado resumen, se podría afirmar que Friedrich Anton Mesmer (1734-1815) es uno de los antecesores más claros de la hipnosis moderna. Mesmer era médico y seguidor de las doctrinas paracélsicas sobre el magnetismo animal(3). Cuando por medio de sus artes persuasivas sanó a varios pacientes psiconeuróticos pensó que su persona había actuado como mero transmisor de fluido magnético, ideando sucesivas máquinas e instrumentales para regular dichos flujos. Uno de sus discípulos y protector, el marqués de Puysegur, afirmaba en cambio que lo importante para provocar lo que él denominó como "sonambulismo artificial" era creer y querer ejercer un poder especial sobre otros sujetos.

El hipnotismo, entonces por sinécdoque denominado mesmerismo, había sido desplazado de su incipiente y marginal aplicación como anestésico por el descubrimiento del éter, el cloroformo y el óxido nitroso a mediados del siglo pasado(4). Cerrada pues la aplicación como lenitivo del dolor sólo quedaba comprobar su utilidad para combatir el sufrimiento(5). La misma

contraposición que se daba entre Mesmer y Puysegur en la caracterización de la hipnosis se nos ofrece a final del siglo XIX a través de las escuelas de Salpêtrier y de Nancy. La primera define la hipnosis como un fenómeno de naturaleza físico, un estado neurológico accesible únicamente a los neuróticos, en virtud de su maltrecha herencia, o las personas normales extenuadas(6). La segunda considera a la hipnosis como fruto de la sugestión, producción psicológica universalizable a todos los hombres, normales o no.

Freud, pese haber estudiado con Charcot, se decantó en un principio por la escuela de Nancy en su modelo explicativo de la hipnosis, llegando a prologar libros de August Forel y de Berheim(7). Sin embargo el apoyo de Freud a Berheim y sus seguidores siempre fue crítico y condicionado a la práctica que pronto empezaría a ejercer. La técnica hipnótica, erigida en terapia, se empleaba en el tratamiento de las neurosis como disolvente radical de los síntomas. Nada había cambiado desde los tiempos de Mesmer, el síntoma, que no la causa, era extirpado de la percepción y las más de las veces reaparecía de nuevo o se reproducía bajo otra manifestación distinta (conversión del síntoma). Sin duda, el tratamiento era más fructífero que el que se podía obtener de las curas de sueño o hidroterapia y el propio Freud se llega a vanagloriar de algún éxito mediante sugestión hipnótica(8), pero sus dudosos resultados predisponían a buscar nuevas soluciones.

El período hipnótico de Freud abarca aproximadamente diez años, a lo sumo de 1886 a 1896, pero conviene distinguir en el mismo las experiencias catárticas del resto, pues son estas últimas un antecedente meridiano del psicoanálisis.

Tres años antes de partir hacia París, Breuer había informado a

Freud, entonces abstraído en la anatomía del sistema nervioso, del caso de una paciente histérica a la que trató con una variante del método hipnótico. En 1886, a su regreso de Francia (Charcot, avisado del caso por Freud, había minusvalorado el historial) Freud retoma el contacto con Breuer, quien se muestra firme partidario de una etiología psicológica de las neurosis y, en consecuencia, de un tratamiento no neurológico.

La paciente tratada por Breuer es la mujer oculta bajo el hoy archiconocido seudónimo clínico de Anna O y la práctica ideada para tal fin era el método catártico. Breuer y Freud partían de una concepción psicógena de la histeria, que suponía un origen traumático del síntoma. Los acontecimientos traumáticos no procesados se traducían en inervaciones somáticas. Al hipnotizar a Anna O, Breuer no pretendía extirpar el síntoma, tal y como hacía la cirugía hipnótica al uso de la escuela de Nancy, sino aprovechar ese estado de no-consciencia, y por ende de ausencia de represión, para interrogar a la paciente por el origen de sus quejas. Anna O exorcizaba sus síntomas al verbalizarlos, la causa eficiente quedaba cancelada al dar libertad al afecto censurado. El síntoma era eso, un afecto reprimido. Sanar era tramitar el síntoma con carácter retroactivo en toda la dimensión afectiva que tuvo cuando se produjo, esto es, hablar del síntoma, de su origen, sintiendo lo que se experimentó entonces y sin embargo no se pudo tramitar.

La catarsis consistía en la tramitación de los afectos, en liberar a los sentimientos del yugo de la censura. Los histéricos eran personas caracterizadas por la posesión de una suerte de "segunda" o "doble conciencia"(9) constituida con el material no solventado de los sucesos traumáticos.

Breuer y Freud coincidían sin embargo en señalar que habían

explicado únicamente el mecanismo de los síntomas, pero no el de la etiología de la histeria. La terapia catártica incidía en el entramado formal originario de los síntomas, pero no en sus causas profundas. La sintomatología de Anna O era eliminada temporalmente por Breuer, pero inexorablemente acababa por aflorar otra vez bajo nuevas apariencias, produciéndose la ya mencionada conversión del síntoma. Breuer había conseguido explicar la formalidad, el cómo, en la creación del síntoma, pero se resistía a llegar al por qué. "Los estudios sobre la histeria" guardan un difícil equilibrio entre las visiones divergentes de Freud y Breuer. A diferencia de éste último, Freud sí creía vislumbrar el oscuro origen de la no menos oscura histeria.

Ya en la terapia de Anna O Freud había constatado una fuerte atracción de la paciente (transferencia positiva) hacia Breuer, que éste omitió y cuya comprobación y, quizás correspondencia, le forzó a abandonar la investigación emprendida. Freud también corrobora, aunque no explícitamente, ni con el énfasis necesario, la importancia decisiva y recurrente del padre de Anna O en la aparición de la casi totalidad de sus síntomas.

En el caso de Emmy von N (una paciente de Freud tratada con el método catártico sobre la que volveremos más adelante), tras apuntar la necesidad de un análisis más profundo y de desmontar los traumas asociados secundariamente, señala como algo llamativamente sospechoso y directamente relacionado con su padecer el hecho de que nunca hablara de sexo y apostilla osado en su contenido y decimonónico en su formalidad:

"(...)esta mujer violenta, capaz de tan intensas sensaciones, no pudo triunfar sobre sus necesidades sexuales sin serias luchas y sin

sufrir de tiempo en tiempo un agotamiento psíquico en el ensayo de sofocar esta pulsión, la más poderosa de todas."(10)

Interesa aquí no la aparición temprana e insegura de determinados términos, luego fundamentales en el entramado conceptual del psicoanálisis, sino la intuición, reiterada en otros historiales, del origen sexual de la histeria(11). Así, en el estudio "Sobre la psicoterapia de la histeria" Freud afirma sin rodeos que la etiología de las neurosis era sexual. Quedaban por definir muchas cosas, aclarar por ejemplo si esa doble conciencia de los histéricos se precisaba como una instancia "inconsciente" o "subconsciente"(12), saber, como se pregunta Freud, qué es la histeria y qué la diferencia de otras neurosis(13), faltaba incluso asentar un nuevo método, improvisado en algunos tramos, que renegaba de la hipnosis por ser ésta inaccesible para algunos pacientes(14). Sin embargo, la génesis de la histeria era posible determinarla en la sexualidad.

Resulta revelador que la escandalosa e inédita afirmación de la naturaleza sexual de la histeria vaya acompañada por un método igualmente nuevo y chocante, como una afirmación integral, tanto conceptual como metodológica, del autor. En la nueva terapia el paciente se tumba y asocia libremente. Freud aún emplea artimañas o "truquitos" propios de la hipnosis. Así, cuando un paciente no recuerda algo e interrumpe su narración asociativa él impone sus dedos sobre los párpados de aquél y afirma con seguridad sugestionante que al hacerlo aflorará el recuerdo extraviado. Pero estas artimañas son restos de su antigua práctica hipnótica que van quedando relegados con el tiempo.

Se afirma a veces que el psicoanálisis arranca del caso de

Anna O. Sin minusvalorar su importancia me parece que tan decisiva como Anna O resulta ser Emmy von N. En el relato de su historial, Freud no evita cierta lisonjería descriptiva, que se concreta en el reconocimiento de su inteligencia y en su elevada condición moral, hecho, éste último, que repetirá en adelante para descartar la amoralidad o estolidez de los neuróticos e insinuar, si no afirmar claramente, su conscopicidad en ambas cualidades (veremos como es precisamente esa poderosa condición moral de los neuróticos la responsable de su padecer). Años más tarde, refiriéndose a estas descripciones declaraba que harían sonreír a cualquier psicoanalista avezado, pero es innegable que de Emmy von N Freud aprendió muchas cosas, entre otras a escuchar más que a preguntar para elaborar la terapia, resultado, en buena medida, de que en cierta ocasión recriminara a Freud que hiciese tantas preguntas sobre la causa de todo y que no escuchase lo que tenía que decirle.

El psicoanálisis se estructurará sobre la escucha, pero una escucha, como señala Ricoeur, desconfiada que sospecha representaciones sexuales tras los pliegues de las palabras, en la intimidad esencial de los hechos. Sin el apresuramiento de la hipnosis, avanzará a través de los enredados senderos asociativos sabiendo que la mente es como una superposición de estratos geológicos y que la cura requiere un reordenamiento de los mismos, así como la perforación del núcleo patógeno y éste no es otro que un trauma de naturaleza sexual, suceso no abreaccionado que requiere descargarse mediante una reelaboración discursiva. Pero para desvelar el trauma es precisa la ayuda de ese oyente suspicaz que sospecha su existencia y lo rastrea en las palabras, ya que el protagonista, el paciente, tiene demasiadas resistencias para hallarlo por sí mismo.

La histeria se genera por represión. La resistencia en el proceso analítico no es sino una copia imperfecta de la represión con la que se intentó infructuosamente procesar el trauma. La representación reprimida de carácter sexual permanece como una huella mnémica débil y el afecto que se la arrancó se convierte en una invasión somática. En virtud de la represión la representación se vuelve causa de los síntomas patológicos. Normalmente no existe un sólo síntoma, sino un conjunto de ellos, al igual que tampoco existe una sola causa ni un único recuerdo traumático. El reordenamiento de los estratos sigue un camino irregular, en virtud de la asociación, que es preciso recorrer exhaustivamente, no pudiéndose avanzar directamente hasta el núcleo de la organización patógena.

La histeria carece de un sustrato orgánico en el cerebro y tampoco parece ser el resultado unívoco de la herencia, es una tramitación defectuosa de la sexualidad que se remonta a los estratos más antiguos, esto es, a los correspondientes a la infancia. Las representaciones traumáticas de naturaleza sexual son obra de la seducción por parte de los adultos, generalmente los progenitores. Los textos que mantienen la teoría de la seducción son en buena medida un prodigio de diplomacia y a veces de encubrimientos, como en el caso de "Katherina", que se hurta el significativo hecho de que fuera el padre y no el tío quien la sedujera.

Dudo que Freud fuera enteramente consciente en aquel entonces de la profunda brecha que acababa de abrir en la medicina y en sus velados principios ideológicos. De la mano de Breuer había negado la naturaleza física de la histeria aprehendiendo el mecanismo psíquico en la formación del síntoma. Y distanciándose de él comenzaba a explorar su origen. El axioma positivista de

responder al cómo de los fenómenos y abandonar la pretensión de encontrar el por qué comenzaba a relegarse a la par y en consonancia que se desatendía la neurología y se penetraba en el abigarrado terreno de la psicología y en su problemática relación con la sociedad.

El síntoma pierde su referente exclusivamente corporal para abrirse a la socialización, cuya primera y fundamental instancia es la familia. La sexualidad guía y marca, en todos los casos, ese proceso malogrado que el psicoanálisis reconstruye costosamente mediante el trabajo asociativo:

"Los caracteres distintivos de mi manera de ver son que yo elevo esas influencias sexuales al rango de causas específicas, reconozco su acción en todos los casos de neurosis y, por último, descubro un paralelismo regular, prueba de una relación etiológica particular, entre la naturaleza del influjo sexual y la especie mórbida de las neurosis."(15)

No se trata únicamente de la histeria, todas las neurosis tienen una etiología sexual. Ahora bien, hablamos de neurosis en plural en virtud de la morfología de sus síntomas, de la descripción recurrente que éstos adoptan. Plásticamente diríamos que el papel que cada "enfermo" representa es fruto de un traumatismo sexual específico: El indolente por antonomasia, el neurasténico, lo es en función de su onanismo. La interpretación del paroxismo propia del neurótico de angustia es el resultado de la abstinencia sexual o del coito interrumpido. La histeria es consecuencia de una seducción infantil pasiva, mientras que la neurosis obsesiva lo es de una seducción activa.

Freud señala que las dos primeras son neurosis actuales o presentes, mientras que las dos últimas tienen un origen que se remonta necesariamente a la infancia. Asimismo, afirma que normalmente no existe un cuadro puro de histeria o neurosis obsesiva ya que suelen ir acompañadas de neurastenia y neurosis de angustia. Las alteraciones actuales (onanismo, abstinencia sexual, etc) reavivarían la patología originaria. La huella psíquica del trauma infantil se cargaría a partir de la adolescencia bajo cualquier pretexto sexual, fácil de lograr en una sociedad represora, compuesta de sujetos reprimidos, permaneciendo el recuerdo inconsciente.

La histeria, la neurosis obsesiva y la paranoia se denominan neuropsicosis de defensa puesto que su núcleo es la defensa inconsciente ante una representación penosa de origen sexual. Las neurosis simples o actuales reavivan ese recuerdo reprimido, pero el recuerdo no retorna tal cual era sino como mediación ("formación de compromiso") entre las representaciones reprimidas y las instancias represoras.

Freud manifiesta que ambos tipos de neurosis están imbricados y dependen mutuamente, pero se advierte que sin la incidencia de un suceso no tramitado en la infancia no sería posible una formación patológica posterior. El interés decreciente que Freud manifestará hacia las neurosis actuales parece discurrir parejo al crecimiento y maduración de sus conocimientos. Una metáfora de la que hará uso a menudo, compara a la mente con la historia de una ciudad, cuyos cimientos se asientan sobre las ruinas antiguas y éstas sobre otras a su vez más longevas y así hasta remontarse a los orígenes mismos de la polis, que son precisamente los que han marcado de un modo más determinante su idiosincrasia.

Existe pues una relación directa entre la morfología del síntoma

y su etiología, reposando ésta en la sexualidad. La enfermedad es resultado de una diacronía, de una historia malograda de la sexualidad que cuenta con dos polos o referentes en interacción dinámica, el individuo y su socialización que principia en la familia. El papel pasivo del niño, como víctima inocente de una seducción traumática comienza a ser cuestionado ante la constatada "inmoralidad infantil"(16). En 1897 Freud abandona la etiología traumática de las neurosis sobre la base del descubrimiento del complejo de Edipo y la sexualidad infantil. La seducción no tiene por qué producirse, basta con el deseo de que así suceda para asentar la fantasía y posteriormente la culpa por una vivencia desiderativa.

Pero volvamos sobre los elementos que intervienen en esa historia fallida llamada neurosis. Hemos afirmado momentáneamente que la tramitación malograda de la sexualidad se opera entre el individuo y la familia. La neuropsicosis de defensa, e incluso la paranoia (17), son reacciones defensivas ante representaciones (se entiende que sexuales) inconscientes, que lo son merced a la represión. El sujeto se defiende de los sucesos reales o fantaseados reprimiéndolos de la consciencia y relegándolos al baúl de ese olvido peculiar, aún no aclarado, llamado inconsciente. Los términos, "defensa" y "represión", vienen a ser sinónimos, más precisamente, antecedente y consecuente de la realidad virtual que es capaz de asumir la consciencia como realidad total y que tanto recuerda a los engañosos volúmenes de los icebergs, cuya mayor parte yace sumergida bajo las aguas.

La represión es el otro vértice del triángulo de la enfermedad. Sin represión es imposible establecer ese nudo gordiano llamado locura. Si el sujeto verbalizara su experiencia traumática o

desiderativa, si fuera capaz de expresar sus emociones respecto a los demás, su deseo... entonces la represión flaquearía y con ella esa reacción sustitutiva de la consciencia llamada locura que se conduce por los arcanos senderos de lo inconsciente. Cabe preguntarse, sin evitar cierta sensación de estolidez o de ingenuidad provocada, ¿por qué se mantiene la represión?

Freud aún no ha estructurado una respuesta coherente y sólida como la que aventurará tiempo después al introducir el concepto del superyo, pero sí parece intuir la respuesta cuando engarza la etiología de la neurosis a la hipocresía en materia sexual y al ampliar la acción nociva de ésta a los autodenominados como sanos:

"Hoy por hoy, en materia de sexualidad todos y cada uno de nosotros, enfermos y sanos a la par, somos unos hipócritas. No podrá menos que beneficiarnos si como resultado de la sinceridad general se impone cierta tolerancia en las cosas sexuales" (18).

La sinceridad es una manera oblicua de referirse a un procesamiento consciente de los asuntos sexuales y la hipocresía designa una de las principales características de la moralidad. La antipsiquiatría hará hincapié en esta idea y la explicitará en toda su dimensión social al señalar que no hay curación, sino aprendizaje sereno de la hipocresía, de cómo disimular conformidad con un orden absurdo y sobrevivir en él. La curación implicaría cambiar ese orden social que reprime al individuo y anatematiza el placer.

Pero la posición de Freud no parece adecuarse a un compromiso revolucionario de esa índole, más semeja que se inclina hacia un radicalismo liberal, por otro lado común entre los brillantes

profesionales judíos emergentes en la Viena de final de siglo. Arremete contra la intolerancia, la mojigatería, indica que es necesaria una mayor permisividad respecto a la masturbación, ataca el coito interrumpido por insano, responsable próximo, en la saga de las causas, de la neurosis de angustia. Su preocupación por la ecuación de Malthus, que dicta la ausencia de correlación entre los recursos alimenticios y el número de seres humanos, cree posible resolverla mediante la dicotomía entre la sexualidad y la procreación:

"Es imposible poner en tela de juicio que prevenciones malthusianas se volverán indispensables alguna vez dentro de un matrimonio, y teóricamente sería uno de los máximos triunfos de la humanidad, una de las más sensibles liberaciones de la compulsión natural a que está sometida nuestra especie, que se elevara el acto responsable de la procreación hasta el nivel de una acción querida y deliberada, desentreverándolo de la satisfacción obligada de una necesidad natural".(19)

La separación entre el goce sexual y la procreación, esto es, la invención y distribución universal de anticonceptivos seguros y no inícuos, es una medida social de primer orden:

"El médico esclarecido se reservará entonces decidir las condiciones bajo las cuales se justifica el empleo de medidas anticonceptivas, y entre éstas distinguirá las nocivas de las inocuas. Nocivo es todo cuanto estorba que advenga la satisfacción; y bien, como es notorio, no poseemos por el momento ningún medio anticonceptivo que cumpla todos los razonables requisitos, es decir, que sea seguro, cómodo, y no menoscabe la sensación de placer en el coito ni lastime la delicadeza de la mujer. Aquí se plantea a los médicos una tarea práctica a cuya solución pueden aplicar sus fuerzas con promisorias perspectivas. Quien llene aquella laguna de

nuestra técnica médica habrá preservado el goce de la vida para incontables personas y mantenido su salud, al tiempo que habrá iniciado una alteración profundísima en los estados de nuestra vida social".(20)

No se trata únicamente de solventar la aporía malthusiana que condena a los hombres a una lucha por la supervivencia ante la escasez de alimentos, sino de liberar a los hombres, y en especial a las mujeres, de la angustia y el miedo ante el placer sexual. En una de las innumerables cartas que Freud envía a su amigo y confidente Wilhelm Fliess le comenta, en referencia a los estudios de éste en la materia, que si descubriera un anticonceptivo seguro e inócuo habría que erigirle una estatua por su gran labor en provecho de la humanidad.

Freud no sólo insta a los médicos a adoptar medidas, también responsabiliza a los padres y a las madres de la nerviosidad de sus hijos y en última instancia a la sociedad en su conjunto: "Por ahora seguimos alejadísimos de esa situación que prometería un remedio, y eso mismo torna lícito responsabilizar a nuestra civilización por la propagación de la neurastenia"(21). La solución debe facilitarse en el propio marco social, al que se lleva elásticamente hasta el contorno de sus propios límites, sin llegar a una negación total del mismo, que en cambio sí parece subyacer en su análisis etiológico. Una reforma radical e introducir mecanismos sociales correctores sería quizás suficiente: "Es el conjunto social el que debe interesarse por estos asuntos y aprobar la creación de instituciones sancionadas por la comunidad."(22)

Innominada, flotando tácitamente a lo largo de la argumentación, queda el concepto de la moralidad, cuyas exigencias

se imponen desde la más temprana de las socializaciones, la llevada a cabo en la familia. Freud percibe el carácter social de la represión y las implicaciones morales que entraña, aunque aún no sepa precisar sus mecanismos. El objetivo debe ser armonizar las ineludibles exigencias sexuales con los deberes propios, todavía no definidos, de la cultura, ya que en la sociedad de final del siglo pasado la asimetría entre tales extremos es llamativa:

"Muchas cosas tendrían que cambiar (...) sobre todo es necesario crear en la opinión pública un espacio para que se discutan los problemas de la vida sexual; se debe poder hablar de éstos sin ser por eso declarado un perturbador o alguien que especula con los bajos instintos. Y respecto de todo esto, resta un gran trabajo en el siglo venidero, en el cual nuestra civilización tiene que aprender a conciliarse con las exigencias de nuestra sexualidad."(23)

Freud reniega del papel de agitador subversivo, teme asumirlo, pero delata que las contradicciones son insalvables mientras no se produzca una transformación sustancial de la sociedad. Mientras esto no suceda, las neurosis florecerán como reflejo coherente de un cuerpo social corrupto. Si los síntomas eran la señal de una alteración llamada neurosis, las neurosis son la señal a su vez de una sociedad enloquecida, regida por principios tan imposibles como indeseados. El escepticismo lúcido de Freud parece aceptar como inevitable que las soluciones sean, cuando menos, futuras, fruto de una erosión continuada, por más que las reglas del juego social se constituyan sobre preceptos irracionales.

Cuando nos referíamos al síntoma como un fracaso en la tramitación de la sexualidad y en sus afectos derivados, señalábamos

que precisamente ese revés, en virtud de su objeto fuertemente tabuizado, quedaba relegado a la inconsciencia. La labor del psicoanálisis era rescatar los entreverados jirones del naufragio a la consciencia y para ello, como parte insoslayable de la cura, convenía aceptar que el sujeto se constituía precisamente a través del objeto de esa negación reiterada, llamado sexo. El psicoanálisis luchaba por reconocer una realidad negada socialmente, esa identificación la debía realizar el paciente en su propia historia, resuelta merced a una relectura narrativa que armonizaba lo sentido y lo pensado. Reconocer el sexo, aceptarlo, para acabar por convivir con él era una labor tan racional como palmaria.

La dificultad mayor no residía en el proceso individual de la terapia, la llamada resistencia retroalimentaba el discurrir analítico empujándolo hacia estratos más profundos, el verdadero impedimento era eliminar la causa social responsable de los ejércitos de neurasténicos preferentemente entre los adolescentes, de neuróticos de angustia entre los jóvenes matrimonios, de histéricas entre las mujeres, de neuróticos obsesivos entre los varones, de psicóticos entre los trabajadores y neuróticos entre los burgueses... generalidades, que no leyes, que venían a constatar la irracionalidad intrínseca de los principios rectores de la sociedad.

Porque irracional es negar las necesidades que nos conforman y pretender imponer una práctica que se guíe por mandatos de imposible cumplimiento, interdicciones que extravían el mensaje consciente y lo sustituyen por el simbólico e inconsciente del síntoma. Pero ese mensaje, esa suerte de sustitución de lo reprimido que es el síntoma, no expresa su contenido sino bajo formas encubridoras que no permiten su comunicación y solución, es más, su aparición expresa protesta y compensación a la par, pero extraña

y aleja, cada vez más, a su portador de la práctica social y de su capacidad para subvertirla. La protesta que entraña el síntoma y por extensión la locura, es una protesta de carácter fallido al no conocerse en sus verdaderas determinaciones.

El sujeto es el campo de batalla de la lucha entre dos fuerzas de signo antagónico. Por un lado la sexualidad, que exige satisfacciones tan ineludibles como perentorias y por otro los preceptos o castigos de la moralidad, elaboración social que ignora o niega la existencia de su antagonista. Sin embargo, la sexualidad se manifiesta como algo irrenunciable, como un estímulo interno ante el cual la fuga es del todo ineficaz, es decir, como una pulsión, concepto psíquico vinculado a lo biológico y análogo al instinto. Los instintos son inexorables, consustanciales a la naturaleza, y el hombre, como ya había señalado escandalosamente Darwin, deviene de ella (veremos más adelante que la sexualidad, teniendo una base instintiva o biológica, no obra como tal ya que está mediatizada o condicionada culturalmente).

La represión no es sino la resistencia que aspira a despojar de eficacia a una pulsión(24). Para tal fin actúa siguiendo la misma estrategia que los preceptos culturales que la han concebido, rechaza y mantiene alejada de la consciencia las representaciones a reprimir. Pero las representaciones no son asépticas, están dotadas de una carga o monto de afecto que dificulta su procesamiento. Cuando la represión fracasa, el monto de afecto se transforma en angustia (teoría luego corregida), inervación corporal, fobia, ritual... síntoma. La idea ha quedado relegada a ese peculiar olvido denominado inconsciente al igual que todas sus ramificaciones asociativas, pero la energía acompañante ha buscado otro conducto, otra textualidad para transmitir idéntico mensaje y procurarse similar objetivo.

La represión trae consigo el hundimiento en el olvido de tales representaciones investidas o la separación radical entre las representaciones y los afectos. Las ideas resultantes lo son sin abreaccionar, ajenas a su intrínseca emotividad, descontextualizadas de su fundamento afectivo, constituyendo un universo frío y ficticio en el cual el sujeto no se puede reconocer, tal y como les sucede a los neuróticos obsesivos o a los esquizofrénicos. La dicotomía así forjada arrastra a la desmesura (también en su indiferencia) de las emociones, que vagan a su vez sin referente y son capaces de adoptar los compromisos más absurdos. Cuando repasamos los historiales clínicos es fácil advertir, por muy profesional que sea su descripción, el dramatismo que adquieren los sentimientos, cómo éstos se desbordan hacia lugares, personas o cosas alejados, indiferentes, inoportunos... parece que los pacientes estuvieran dominados por una energía desbordada que los convirtiera en marionetas desmañadas, incapaces para valorar y dominar su emotividad.

Los individuos "normales" son aquellos cuyo consciente regula su afectividad(25), esto es, aquellos que la reconocen y le dan una salida dentro de los estrechos márgenes de la realidad. La normalidad entraña curiosamente renegar de los mandatos hegemónicos de la cultura, ya que no sólo ignora la sexualidad, sino que la integra en un discurso indisociable que auna falazmente la representación y su objeto descargado. Aún nos faltan elementos para valorar el fenómeno en toda su complejidad y ello sólo será posible cuando elaboremos el discurso analítico, aquí sólo brevemente esbozado, sin embargo, se puede apuntar que la neurosis es, en primer lugar, una creación de la propia represión.

Ya habíamos señalado que el psicoanálisis se estructuraba en

la escucha y apuntamos también que esa escucha se regía por la sospecha, por rastrear lo escondido en la textualidad. Lo anteriormente expresado no describe sino una parte o movimiento de ese proceso malogrado de socialización que es la locura. Parecería en cierto sentido como si el neurótico o el psicótico fueran meramente víctimas pasivas, traumáticas, de una realidad atroz y no obtuvieran un placer en su asonancia. Pero lo cierto es que, sin negar el carácter represor de la realidad, represión que como veremos es asumida activamente por el sujeto, ambos obtienen una compensación del síntoma.

El síntoma es un mecanismo compensatorio, pero no lo es de un modo explícito, sino a través de los simbólicos recursos de lo inconsciente. Resulta difícil concebir cómo una reacción estigmatizada como el síntoma se podría mantener si no aportara un placer secreto e inconfesado al que declara padecerlo. Tomemos como ejemplo el ataque histérico, en él hallamos representadas varias fantasías bajo diferentes mecanismos encubridores que más adelante caracterizaremos como propios del particular lenguaje del inconsciente.

El ataque histérico es una metáfora del coito y parece destinado a sustituir la satisfacción autoerótica. La lengua se pasea fuera de la boca, los muslos se abren receptivamente, los chillidos se suceden al igual que los movimientos espasmódicos... pero todo ello se nos ofrece desordenadamente en una secuencia confusa. Así distinguimos la inversión temporal, narrar los fenómenos en orden inverso a su sucesión temporal en la realidad, o la inversión antagónica de las inervaciones, esto es, la transformación aparental de un significado en su contrario, como puede ser anudarse los brazos a la espalda para representar el abrazo del amante (aunque

esto último expresa también el goce representativo de la condición bisexual del ser humano).

A través de estas técnicas deformadoras el sujeto obtiene el placer sin que la represión externa e interna puedan detectarlo. Lo reprimido, en este caso el coito o la masturbación, vuelve, retorna procurando el placer otrora negado y censurado, pero lo hace bajo un disfraz para no ser reprendido por la consciencia que sigue participando de esa realidad virtual regida por principios tan prístinos como inexistentes. El ataque ha podido provocarse asociativamente u orgánicamente, pero en cualquier caso al servicio de un propósito primario o secundario(26). El propósito primario señala al propio síntoma en su calidad de consuelo ante una realidad penosa (en virtud de la represión). El propósito secundario es el acogimiento de ese síntoma, que ya no sólo no se rechaza sino que es empleado para lograr otros fines del enfermo.

Si la neurosis y la psicosis tienen un fin es probablemente el de alejar al enfermo de la vida real, extrañarle de ella(27). El neurótico se aparta de la realidad o de un fragmento de ésta porque se le hace intolerable. Hay una primera parte en la cual se sufre por la enfermedad y una segunda en la que se saca partido de ella. Existe pues una teleología del síntoma que se guía por el goce negado por la represión y que se asienta en las consecuencias prácticas que implica disfrutar de un placer no refrendado por la realidad. Entre las consecuencias, especialmente en la psicosis, destaca la imposibilidad para trabajar, actividad que en Freud no sólo queda desmixtificada sino que incluso se contempla como un mal inevitable, dadas las condiciones laborales, tan inevitable como el resto de la cultura.

La enfermedad produce solapadamente cierta satisfacción, de

manera que los enfermos se resisten parcialmente a sanar. Cualquier síntoma expresa, como fantasía, la realización de un deseo que la realidad moralizante se resiste a conceder. Realidad y pulsiones son términos antitéticos y el neurótico atestigua mediante el síntoma su disconformidad profunda, a la par que irreconocible para su conciencia, con el primero de ellos. ¿Cómo admitir que se desea la muerte de los seres queridos para algo tan prosaico y sucio como es obtener una herencia o provocar sentimientos de compasión de ansiados objetos amorosos?(28) ¿Cómo reconocerse en el perverso placer del sadismo o el masoquismo? (29) ¿Cómo aceptar la ilícita atracción hacia personas del núcleo familiar o del mismo sexo?(30) etcétera, etcétera, etcétera.

La lista de transgresiones sería interminable, importa saber que el neurótico o el psicótico obtienen un placer en el síntoma que la realidad ha vedado y que lo consiguen sin que su censura les impida disfrutarlo. El goce de ese placer es el que ata al enfermo a su enfermedad y la disonancia que se produce entre su disfrute y la práctica social y sus exigencias es la que reafirma al enfermo en su posición y le lleva a considerarse en cierto modo cómodo y afortunado por haber conseguido burlar los penosos y necios deberes de la vida social.

Lo curioso es que ese proceso se ha llevado a espaldas de la consciencia, con una hipocresía análoga a los principios que gobiernan su moral. Aceptando presuntamente los contornos de una realidad secretamente detestada, se han reprimido los deseos y se ha seguido actuando con supuesta conformidad. Lo reprimido, conducido por un deseo poderoso, ha retornado para darse cumplida satisfacción sin revelar empero su propósito a la consciencia, que asiste aturdida a una representación incomprensible, como un sueño. Es interesante

constatar que ese lenguaje paralelo, tan literario en sus recursos, que burla a la consciencia y con ella a la misma realidad, se elabora desde que la consciencia aparece (para ser precisos la consciencia es posterior a él).

El historial del pequeño Hans⁽³¹⁾ es una prueba de ello, como también de que la sexualidad no se circunscribe únicamente a los adultos. Hans, de cinco años, siente angustia. Aduce este temor indeterminado para no salir a la calle y requerir la atención de su madre por las noches. Además de este cuadro sintomático destaca en Hans su interés por la sexualidad de los animales, especialmente por sus penes y sus respectivos tamaños, así como los celos que experimenta hacia su recientemente aparecida hermana Hanna. Hasta aquí la descripción de lo aparente. La realidad mixtificada en esa forma esconde que la angustia de Hans se debe a la intensificación del cariño que experimenta hacia su madre. Este cariño ha sido reprimido por el padre transformándose en angustia. La angustia, esto es, el deseo erótico reprimido, aumenta por las noches ante la intensificación nocturna de la libido, ya promovida en otras ocasiones cuando le consentían dormir en la cama de los padres. Sin embargo, la angustia no cede ya con el cumplimiento del deseo (dormir con la madre), es decir, no puede transubstanciarse de nuevo en libido ya que se mantiene fijada a la represión.

La comunicación de este mensaje oculto bajo el disfraz de lo incongruente es acogida primeramente con la cesación de todo síntoma, pero más tarde reaparece bajo la forma de una fobia, la fobia a los caballos. La conversión del síntoma es algo habitual en la enfermedad, máxime cuando en la cura se comienzan a vislumbrar ciertos fenómenos no del todo esclarecidos. La obsesión puede ceder su lugar a la fobia, la fobia a la histeria... La fobia a

los animales, la zoofobia, enmascara reiteradamente la figura del padre. El hecho de que Hans tenga miedo por las noches ya no a algo inconcreto (angustia), sino a que el caballo pueda entrar en su habitación y morderle, encaja con la interpretación aducida, así como con el temor a la castración (que no es sino una modificación de la teoría del síntoma como fruto de la represión, ya que la castración es una represión agigantada por la fantasía), responsable directo de la producción del síntoma que comienza a adquirir un cariz más comprensible. El temor a ser reprendido por el deseo de dormir con la madre se patentiza ya en esa figura interpuesta que es el caballo.

El padre es el rival, aquel que acapara a su madre y sus cariños, el que reprime su pretensión de yacer con ella, el que posiblemente tenga un pene tan descomunal como pueda serlo el de un caballo. Preocupado por ansiar su desaparición teme la castración por su parte. Cada vez que sale a la calle, cuando consigue vencer su miedo, regresa corriendo atemorizado si descubre un caballo. Pero su fobia no se estructura únicamente mediante el triángulo madre, padre e hijo. La hermanita y la focalización de la atención que ha provocado su reciente presencia catalizaron el conflicto. Ello se expresa en el temor acrecentado que manifiesta Hans a los coches pesados de caballos, que representan en su logrado simbolismo el embarazo materno de Hanna y su deseo de malograrlo para eliminar competidores. Sólo la explicitación de todos estos elementos, que comienza por la aclaración de la sexualidad por la que tanto preguntaba Hans, su reconocimiento y final aceptación acaban con el cuadro sintomático.

Recapitulando. Podríamos decir, que la represión es la responsable del síntoma, su causa más directa. Esta represión

fantaseada, angustiosa y culpógena es la que se expresa en el miedo a la castración. La realidad y muy especialmente su moral impone la represión al individuo a través de instancias de socialización, cuyo primer y decisivo eslabón es la familia. El síntoma posee una morfología particular que denota una especificidad etiológica, pero que en última instancia se remite a la sexualidad, a la cual hemos ligado lo instintivo como base y lo inconsciente como cualidad psíquica, aunque Freud lo caracterice como instancia. La teleología del síntoma nos remite precisamente a la satisfacción sustitutoria de ese goce sexual mediante un lenguaje incomprensible a la consciencia y en segunda instancia a otras ventajas que se puedan derivar de su asocialidad. El síntoma (que no su lenguaje que datamos anterior) es coetáneo de la consciencia, desde sus mismos albores, pues no es sino expresión de protesta ante su mundo y exigencias, y sin embargo únicamente se diluye cuando se tramita en toda su intensidad afectiva a través de ésta.

Quedan por contestar multitud de cuestiones relativas a eso que hemos denominado inconsciente, a sus características y su proceder que trataremos de resolver en el siguiente capítulo. Como también queda la duda de hasta qué punto la enfermedad no depende de la clase social. Helmut Dahmer(32) ha señalado a este respecto que el hecho de que los trabajadores mayoritariamente "opten" por una "salida" psicótica, en contraposición a los burgueses que lo hacen por la neurosis, se explica por sus diferentes condiciones de socialización, así como por el beneficio secundario de la psicosis que parece claro que se fundamenta en la negación del trabajo. Esto nos retrotrae a la represión que implica la moral y a su carácter de clase que el propio Freud insinúa:

"Se puede decir en voz alta lo que estos chistes murmuran, a saber, que los deseos y apetitos de los seres humanos tienen derecho a hacerse oír junto a la moral exigente y despiadada; y justamente en nuestros días se ha dicho, en expresivas y cautivadoras frases, que esa moral no es sino el precepto egoísta de unos pocos ricos y poderosos que en todo momento pueden satisfacer sin dilación sus deseos. Mientras el arte de curar no consiga más para asegurar la vida, y mientras las instituciones sociales no logren más para volverla dichosa, no podrá ser ahogada esa voz en nosotros que se subleva contra los requerimientos morales. Todo hombre honrado deberá terminar por hacerse esa confesión, siquiera para sí."(33)

En cualquier caso la moral es un obstáculo insalvable para gozar la vida. Puede resultar irritante constatar su contenido de clase, el hecho incluso de que sus promotores y mantenedores la incumplan por su capacidad de recursos económicos o, por el contrario, que la padezcan bajo las más atenuadas formas neuróticas, que delatan la infelicidad de los propios dominadores, apresados finalmente en su propia trampa ideológica. Freud, sin embargo, irá destacando en el transcurso de los años el carácter atemporal de este conflicto que adoptará diversas manifestaciones históricas, pero que no dejará de ser una aporía constitutiva de lo humano.

El psicoanálisis desde sus orígenes pretende enfrentarse a la moral si aspira, tal y como es su propósito, a acabar con la locura y su sufrimiento y para ello "uno actúa como mejor puede, en calidad de esclarecedor, si la ignorancia ha producido miedos; de maestro, de exponente de una concepción del mundo más libre y superior."(34) Es decir, destaca el carácter social e histórico del conflicto. Aunque quizás, escépticamente, se trate sólo de evitar individualmente el sufrimiento sobreañadido que la moral y su vástago bastardo, la locura, comportan y convencerse de "que es grande la ganancia si

conseguimos mudar su miseria histérica en infortunio ordinario."(35)
Puesto que en última instancia la realidad, cualquier realidad humana, implica frustración. La posición de Freud desde sus primeras obras hasta sus últimas oscilará indecisa entre ambas interpretaciones, aunque sus progresivas elaboraciones teóricas, condicionadas por sus esquemas referenciales, condicionarán su postura.

EL INCONSCIENTE

El inconsciente y los síntomas. Sentido del inconsciente.

La sexualidad infantil. El inconsciente y la hipnosis.

El inconsciente y los actos fallidos.

El inconsciente y los sueños.

Características del inconsciente.

Ya hemos mencionado que Freud, en sus primeros estudios sobre la histeria, aludía a la existencia de una "escisión en la consciencia" (expresión luego recuperada) o "doble consciencia" como elemento característico de la histeria. El término inconsciente, al principio indistintamente empleado junto al de subconsciente, vino a suplir la hipótesis de una duplicación psíquica en tales personas. El problema de estas últimas consistía no en una disposición orgánica en la que improbablemente se podría alojar esa segunda instancia mental, sino en la no tramitación de vivencias traumáticas. El trauma, de ineludible carácter sexual, no era tolerable para la censura del consciente. La representación ideológica del mismo, la idea, quedaba relegada a la inconsciencia, mientras que su carga no abreaccionada o afecto se transmutaba en síntoma.

Se ponía de manifiesto, en primer lugar, que lo inconsciente no era accesible a la consciencia, el neurótico no conocía las raíces de su enfermedad, las había olvidado o constituían un recuerdo ineficaz al estar dissociadas de su afecto. Pero además se creía vislumbrar, en virtud de su etiología sexual, un sentido peculiar de esta instancia psíquica. Ya mencionamos a este propósito la finalidad del síntoma como goce transaccionado entre la vigilancia de la censura y el cumplimiento de un placer sexual. El síntoma era una formación de

compromiso entre la represión y el deseo sexual. Esta formación cumplía con el requisito de la represión de no manifestarse tal cual era su objetivo para no ser reconocida y rechazada, y también con el cumplimiento encubierto de un deseo inequívocamente sexual otrora negado.

El inconsciente, por lo tanto, no parece definirse únicamente por la cualidad de no ser consciente, sino por tener un sentido evidentemente sexual. No se trata, pues, de que los neuróticos hayan reprimido determinadas representaciones y que éstas hayan quedado relegadas al limbo de la ignorancia, lo peculiar del inconsciente es que se rige como una guía de sentido forzando, por enrevesados caminos, el cumplimiento del deseo.

Ahora bien, la teoría traumática de la neurosis propicia a primera vista una lectura restrictiva de esta instancia (Freud estima que es una instancia psíquica). Someramente, parecería como si sólo los neuróticos poseyeran este inconsciente egoísta y concupiscente, mientras que las personas "normales" podrían vivir sin conflictos de acuerdo a los dictados de la razón y la moral. En realidad, Freud, concretamente desde 1897 merced a los descubrimientos de su autoanálisis, había cuestionado el trauma como explicación etiológica de la neurosis, aunque la publicación de estas ideas no se llevara a cabo sino entre 1900 y 1906(1).

El complejo de Edipo, la interpretación de los sueños y el hallazgo de la sexualidad infantil rectifican la concepción traumática en la génesis de la neurosis. Pedestrementemente diríamos que basta con el deseo de que acontezca la seducción para que ésta se afirme efectivamente, bajo la forma de fantasía. El niño no es un ser angelical e ingenuo, tal y como se le ha venido describiendo en la literatura y en la historia oficial de la familia, posee una sexualidad

polimorfa perversa(2) y resulta estar más cercano a lo animal que a lo propiamente humano, en cuanto sujeto de cultura. El complejo de Edipo lo trataremos detenidamente más adelante, bástenos por ahora con consignar, a modo de tosca herramienta, que consiste en la atracción incestuosa que experimentan los párvulos hacia sus progenitores.

La sexualidad infantil, de la que el complejo de Edipo no es sino un decisivo epifenómeno, es un descubrimiento esencial en la teoría psicoanalítica y en la visión que ésta va a conformar del hombre y por ende de la sociedad. Resulta casi gratuito afirmar que tal sexualidad hasta entonces había sido negada, pero en cambio no lo es señalar que ello no sólo se debía a un propósito ideológico premeditado y consciente, que también, sino que tiene además su fundamento en un fenómeno generalizado, que Freud denomina amnesia infantil, consistente en el olvido de todo lo ocurrido entre el nacimiento y los ocho años aproximadamente(3) o en el mero recuerdo de episodios de apariencia intranscendente (recuerdos encubridores). Es importante destacar esta cuestión, ya que lo que viene a desmentir el psicoanálisis es la caracterización unívoca de la represión como algo extrínseco, ajena al individuo. La represión, a través de los diversos agentes de socialización y merced al deseo del sujeto infantil, se transmuta y metaboliza en algo propio, instancia psíquica de la que no es posible escapar.

La sexualidad infantil se define básicamente por ser preeminentemente autoerótica y por aspirar a placeres parciales desconectados entre sí. El niño se tiene por único objeto sexual a través de las zonas erógenas de su cuerpo. El descubrimiento de las mismas en orden cronológico comienza con la boca y el placer experimentado al chupar y posteriormente al morder. Esta

organización de la sexualidad pregenital se denomina oral o canibálica pues la meta de la misma es la incorporación narcisista del objeto, no reconocido como tal, a sí mismo. La activación y satisfacción de la zona erógena del ano marca el inicio de la fase sádico-anal, en la cual se empieza a vislumbrar lo externo. El placer se vehiculiza a través de la defecación, de su retención y su expulsión, reificada como ofrenda. Tras este período sobreviene una fase en la que la genitalidad acapara el placer y de modo inconcluso logra que los placeres parciales de otras zonas erógenas converjan en ella. En esta fase, que se denomina también fálica porque el sujeto cree que todos los genitales son masculinos, se ha elegido por objeto sexual a los progenitores, pero la satisfacción de la excitación se obtiene mediante tocamientos con la mano y movimientos de piernas rítmicos.

El niño es un ser que carece de asco, vergüenza y moral. La crueldad le es natural, no tiene compasión ni experimenta culpa. No resulta extraño que Nietzsche, en genial intuición, lo eligiera como metáfora del superhombre(4), aquel que es capaz de traspasar la barrera de la moralidad alegremente. Es más un receptáculo de pulsiones que una conciencia. Le gusta chupar, morder, defecar y controlar sus excrementos, agredir a sus compañeros, hermanitos o a animales indefensos (sustitutos imperfectos de otras agresiones más deseadas), disfruta exhibiéndose y mirando detenidamente la sexualidad de los mayores y los animales, goza tocándose, restregándose y practicando todo juego que entrañe un ritmo, un movimiento o un rozamiento genital:

"Esa misma disposición polimorfa, y por tanto infantil, es la que explota la prostituta en su oficio."(5)

Y efectivamente así ocurre, la prostituta representa la oportunidad de dar rienda suelta a placeres reprimidos en el ámbito adulto y familiar, es, como ya apuntaran Marx y Engels(6), el reverso del matrimonio burgués, la expresión palmaria e inconfesada de sus contradicciones. Pero hay un aspecto de esta cuestión, que no el tropo, que rebasa la concreción histórica para asentarse como fenómeno inexorable de la misma condición humana, en cuanto que animal cultural. Me refiero a la ineluctable represión de la sexualidad infantil (no a la sobrerrepresión de la misma) destinada a la adquisición de una consciencia, de una cultura y de unos valores morales. Freud ya había señalado esa enconada oposición entre las aspiraciones pulsionales y las exigencias sociales, lo novedoso de los "Tres ensayos de teoría sexual" consiste en señalar que ese antagonismo principia en la más tierna infancia y que sólo tras un prolongado e intenso trabajo represivo de reconducción de las energías sexuales hacia fines culturales (sublimación) se erige la personalidad del adulto y su pretendida autonomía.

Pero volvamos a la teoría de la seducción, a la confusión que para Freud entraña centrar la sexualidad en el objeto cuando lo que verdaderamente cuenta para las pulsiones no es éste, que bien puede no existir como algo externo, sino la satisfacción de las mismas, su meta (En realidad, la desvalorización del objeto, puede entenderse como la corrección o contrapeso de la previa sobrevalorización del mismo y la consiguiente lectura pasiva del sujeto, pero es más verosímil adjudicar tal movimiento teórico a su entronque con la teoría evolutiva). Sólo con este planteamiento le es posible inteligir la sexualidad infantil, las perversiones, los síntomas, los sueños...

incluso la aburrida y antilujuriosa sexualidad de los matrimonios puritanos.

Por pulsión entendemos la "agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir"(7), ello a diferencia del "estímulo", que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, "pulsión" es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal. Nos referimos a la pulsión anal o genital de igual modo que a la pulsión de apoderamiento o de saber. Es, pues, una mediación entre lo somático y lo psicológico, entre la base instintiva y lo cultural.

Tras la fase fálica (aproximadamente a partir de los cinco años) sobreviene un período de latencia en el cual la sexualidad permanece soterrada hasta la eclosión de la pubertad, donde ya se da una elección de objeto sexual diferente al objeto edípico infantil y una subordinación del resto de las pulsiones sexuales a la genitalidad, que ya porta productos genésicos. El conflicto que la adolescencia manifiesta, avivado por el cambio somático, es el paso de un objeto sexual intrafamiliar y endógeno a otro exógeno, logrado en otra instancia de socialización. Este cambio entraña y conjuga tensiones estériles, que encubren su verdadera motivación, con otras que inciden en el mismo entramado social, cuya ruptura implica el progreso en la medida que éste pueda existir:

"Contemporáneo al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua."(8)

El adulto, en su descripción mitológica, es aquel que ha reprimido su sexualidad infantil en beneficio de una sexualidad hegemoníicamente genital al servicio de la procreación. Para tal fin ha elegido un objeto sexual fuera del hábitat familiar, manteniendo una relación con él que auna coincidentemente la corriente tierna y la sensual, referidas respectivamente al objeto y a la meta sexual. La diferencia esencial entre la sexualidad infantil y la adulta estriba en que la primera se circunscribe a la pulsión misma mientras que la segunda concede al objeto mayor importancia, esto es, el objeto se nos ofrece investido. Sin embargo esta distinción entre ambos tipos de sexualidad no deja de ser normativa, producción genuinamente histórica:

"La diferencia más honda entre la vida sexual de los antiguos y la nuestra reside, acaso, en el hecho de que ellos ponían el acento en la pulsión misma, mientras que nosotros lo ponemos sobre su objeto. Ellos celebraban la pulsión y estaban dispuestos a ennoblecer con ella incluso un objeto inferior, mientras que nosotros menospreciamos el quehacer pulsional mismo y lo disculpamos sólo por las excelencias del objeto."(9)

Anteriormente habíamos admitido la existencia de una represión constitutiva de lo humano en la medida que ser cultural, pero ello no es óbice para que la represión adquiriera una apariencia particular, estipule unos límites, unas exigencias e incluso reclame ideológicamente para sí la explicación esencial y atemporal de los procesos psíquicos y sociales. El estudio de las perversiones acentúa el contenido ideológico y social de la represión. Las perversiones no

son sino transgresiones de la norma social y ésta expresa en su devenir histórico contenidos disímiles. En tiempos pretéritos no han sido mal consideradas e incluso muchos de los hombres más eximios de las artes, la política y el pensamiento han sido y son reconocidos perversos en su sexualidad. El mismo concepto de perversión conlleva una apreciación ideológica despreciativa propia de una sexualidad ligada al matrimonio como institución (casi se siente la tentación de decir fábrica) responsable de la procreación. No obstante, la sexualidad, como demuestra la infancia, es infinitamente más extensa que la procreación y los pedestres rudimentos de que se sirve. No debe extrañar entonces que incluso la sexualidad mal llamada normal entable su objetivo como una lucha contra sus propios prejuicios:

"El estudio de las perversiones nos ha procurado esta intelección: la pulsión sexual tiene que luchar contra ciertos poderes anímicos en calidad de resistencias; entre ellos, se destacan de la manera más nítida la vergüenza y el asco."(11)

Muchas de las llamadas perversiones forman parte en mayor o menor medida del ritual del coito, que puede hacer uso de la totalidad de las zonas erógenas. La fijación exclusiva a este tipo de placeres parciales responde a una estimulación o represión excesiva en la temprana infancia, así como a factores constitucionales regulados por la herencia. Freud adopta una posición sincrética, no exenta de ambigüedades, respecto a la génesis de los fenómenos psíquicos. Así, cuando se refiere a la neurosis declara en ocasiones la incidencia de un factor pulsional constitutivo heredado, mientras que otras manifiesta la innecesariedad del mismo en la medida que

los padres de los psiconeuróticos son a su vez psiconeuróticos.

Como se puede apreciar, las perversiones y la sexualidad infantil están íntimamente relacionadas. La sexualidad de las perversiones es una sexualidad infantil y la sexualidad infantil es perversa puesto que labra su placer a expensas de zonas erógenas y usos clausurados para el adulto. El adulto es la destilación de una represión prolongada, de un trabajo costoso de reconducción de la energía sexual o libido hacia objetivos externos. La libido infantil es una libido narcisista o yoica, que tiene al propio sujeto como objeto de su seducción. La libido yoica tras el arduo trabajo represivo se muda en libido de objeto cuando logra investir objetos externos. El concepto de libido y su diferenciación de otras energías se obra merced a su peculiar quimismo, anticipo visionario de las entonces aún desconocidas hormonas.

El adulto no es la imagen construida de sí mismo, la ficción moral desprendida de sus palabras y pretensiones. Su sexualidad infantil, su bisexualidad originaria(11), su perversidad... yacen agazapadas, inconscientemente, esperando la oportunidad para burlar la censura. De hecho, como veremos más adelante, se tiene que conceder a sí mismo un tercio del día para resarcirse de su espástico relato. Pero incluso con el sueño y otros mecanismos compensatorios no todos pueden resistir la demanda normativa de la realidad. Los neuróticos expresan esa protesta sorda contra las exigencias morales mediante sus síntomas, a través de los cuales satisfacen su sexualidad:

"Con ello no quiero decir que la energía de la pulsión sexual preste una mera contribución a las fuerzas que sustentan a los fenómenos patológicos (síntomas), sino aseverar expresamente que esa

participación es la única fuente energética constante de las neurosis, y la más importante, de suerte que la vida sexual de las personas afectadas se exterioriza de manera exclusiva, o predominante, o sólo parcial, en estos síntomas. Como he expresado en otro lugar, los síntomas son la práctica sexual de los enfermos."(12)

El origen de los síntomas reside en la represión exagerada de la sexualidad, en una constitución pulsional hipertrofiada o en una combinación de ambos factores (También puede suceder que una sobreestimulación sexual en la infancia y la consiguiente represión posterior a ésta produzcan una neurosis). El síntoma es un fenómeno inconsciente, esto es, inaccesible a la comprensión del sujeto y guiado por la pretensión de satisfacer las demandas de una sexualidad en modo alguno circunscribible a la genitalidad estrecha del adulto.

La seducción infantil ejercida por los progenitores postulada en la teoría de la seducción resulta innecesaria si admitimos la existencia del inconsciente, su vinculación a una sexualidad ya condicionada por la herencia (que en manos de Freud asemeja un comodín teórico), su capacidad para generar alucinaciones compensatorias o fantasías, así como la existencia incuestionable de la frustración. La posibilidad de heredar o fijarse a una predisposición pulsional hace superflua también la explicación etiológica de la histeria y la neurosis obsesiva como resultado de un papel pasivo o activo, respectivamente, en la supuesta seducción infantil(13). De hecho las categorías pasivo y agresivo ya habían demostrado su endeblez argumentativa en relación con otras cuestiones(14).

Ahora bien, la constatación de esa "instancia" psíquica que

denominamos inconsciente a través de los síntomas parece confinarla al "marginal" terreno de los neuróticos. Ya hemos apuntado la existencia de fenómenos de carácter "universal" como son el complejo de Edipo y la sexualidad infantil y los hemos relacionado explicativamente con el inconsciente en una construcción teórica coherente, pero que en última instancia alcanza su valor probatorio mediante la restringida práctica psicoanalítica.

La lucidez de Freud no le permitía engañarse sobre las objeciones que levantaría esta limitación, mejor dicho, era consciente de que el rechazo que provocaban sus concepciones psicológicas, en las que la sexualidad gozaba de gran protagonismo, se podrían canalizar por medio de esta justificación. El interés de Freud por los fenómenos psicológicos cotidianos, su estudio y elucidación, responde a su anhelo por completar las piezas de un mismo rompecabezas, el de la "mente" humana. Si empezaba a ser capaz de explicar las neurosis era precisamente porque comenzaba a comprender los enrevesados mecanismos de la psique. Los neuróticos no se distinguían constitutivamente de los llamados normales, el sustrato físico era similar o igual, lo que difería era la particular biografía de cada uno.

Freud pretendía mostrar la normalidad y la neurosis en un continuum en el cual era difícil trazar fronteras discernibles. El abandono de la hipnosis había sido definitivo, sin embargo Freud aún haría uso de ella en el terreno conceptual, precisamente para explicar el inconsciente como fenómeno psíquico de naturaleza universal. A decir verdad, la afirmación era si cabe más escandalosa, pues no sólo se declaraba la existencia de procesos inconscientes en la "mente", que hasta entonces había sido considerada y teorizada como sinónimo del consciente, sino que se concedía la ascendencia

psicológica a tales procesos. La hipnosis venía a demostrar gráficamente cómo el consciente no era el dueño de su pretendida residencia.

Los experimentos poshipnóticos corroboraban empíricamente esta noción al cancelar la voluntad del sujeto, impelido a realizar actos absurdos, totalmente incomprensibles para su ejecutor, tan semejantes a los síntomas de los neuróticos. Bastaba con guiar a la persona hasta el estado de trance y una vez en él introducirle una orden de acción que sería activada ante la aparición de una señal convenida e inscrita previamente. Una vez despierto, en plena vigilia, ante la irrupción de la señal preestablecida, el sujeto, inconscientemente, haciendo caso omiso a su voluntad, su sentido crítico e incluso su censura, actuaba conforme a la codificación programada por el hipnotizador.

En contra de la opinión de Charcot y sus seguidores, era posible hipnotizar a personas consideradas normales, en nada sospechosas de una supuesta ausencia de rigor moral o intelectual, y comprobar cómo esa orden se cumplía con la misma implacabilidad que en las consideradas enfermas. La técnica para lograr tal propósito era relativamente sencilla: favorecer un estado de relajación sugestionando al sujeto con voz eufónica y sedante, cancelar los estímulos externos y conseguir un agotamiento perceptivo que propiciase la consecución de ese estado de abandono de la consciencia que es la hipnosis.

En la actualidad, la hipnosis ha roto las angostas barreras técnicas aquí descritas⁽¹⁵⁾ aventurando procedimientos innovadores, accesibles y de asombrosa rapidez ejecutoria, poniendo así de manifiesto la quebrable substancialidad de esa ideación de la era moderna denominada sujeto. El método ha evolucionado con el

tiempo, pero su contenido sigue siendo el mismo, la ruptura de la conciencia del hipnotizado y su delegación en la del hipnotizador. El estado que se alcanza tiene características físicas propias, emparentadas a las del sueño. Pero más interesante que su descripción o la de las nuevas vías de acceso a la hipnosis resulta, para nuestro objeto de estudio, la constatación de una "instancia" psíquica diferente al consciente, así como la considerable inconsistencia de éste.

El adulto vive en la ficción de sí mismo, recreándose en el mito de su esencia racional, empero, basta que la adversidad de su entorno se cebe en él para que se descubra frágil, quebradizo, desamparado como en la niñez. Su satisfecha seguridad descansa tras las murallas del consciente, defendida por su fiel guardián, la represión. La hipnosis, esa técnica de aperos rudos, de simplicidad casi pedestre, patentiza su inaprehensible identidad, la sencillez con la que puede transitar del ser a la nada, su vecindad a la disolución, que magistralmente relatara en sus novelas Samuel Beckett(16).

"¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora? Sin preguntármelo. Decir yo. Sin pensarlo. Llamar a esto preguntas, hipótesis. Ir adelante, llamar a esto ir, llamar a esto adelante. Puede que un día, venga el primer paso, simplemente haya permanecido, donde, en vez de salir, según una vieja costumbre, pasar días y noches lo más lejos posible de casa, lo que no era lejos. Esto pudo empezar así. No me haré más preguntas. Se cree sólo descansar, para actuar mejor después, o sin prejuicio, y he aquí que en muy poco tiempo se encuentra uno en la imposibilidad de volver a hacer nada. Poco importa cómo se produjo eso. Eso, decir eso, sin saber qué. Quizás lo único que hice fue confirmar un viejo estado de cosas. Pero no hice nada. Parece que hablo, y no soy yo, que hablo de mí, y no es de mí."(17)

Freud, en cualquier caso, no se reconocería en la interpretación existencialista y literaria de Beckett, su empeño está dirigido a demostrar la existencia universal del inconsciente como "instancia" o cualidad psíquica y en su preponderancia anímica. La hipnosis, como ya señalara la escuela de Nancy, era practicable en sujetos normales, pero no dejaba de ser una manifestación anómala preñada de connotaciones extravagantes y mistericas. Existían, en cambio, una serie de fenómenos cotidianos que prescindían además de la mediación de un intermediario experimentado, fenómenos perfectamente observables para todo el mundo y que sin embargo no habían atraído la atención de la psicología de su tiempo. Nos referimos a los actos fallidos.

"Introducción al psicoanálisis", las lecciones que pergeñara Freud para explicar el psicoanálisis a los neófitos, arranca a partir de los actos fallidos. La simpatía y predilección que Freud manifestaba por estos fenómenos se debe a que merced a ellos y a los sueños podía extender a la vida anímica "normal" lo ya descubierto en las neurosis. También eran importantes por confirmar la creencia de Freud en el determinismo de los sucesos psíquicos, principio metodológico decisivo en sus investigaciones y especialmente ostensible en sus primeras obras.

Un acto fallido es una equivocación oral, escrita, oída, leída o representada generalmente bajo la forma de olvido. Se pretende decir, escribir, leer, oír o hacer algo y sin embargo se dice, se escucha, se lee, se escribe o se hace otro algo distinto. Es por lo tanto una ruptura inesperada del discurso de la normalidad. Cotidianamente trastabillamos las palabras, cometemos lapsus linguae, creemos oír frases o nombres innombrados... cotidianamente nos

equivocamos de dirección o teléfono, olvidamos cosas o tareas... es algo tan común que apenas merece nuestra atención.

Quizás, si hay una característica que defina a los grandes hombres, sea precisamente cuestionar y redefinir lo supuestamente evidente, aquello que en virtud de su mediatez o supuesta obviedad nadie considera necesario cuestionar o interrogarse por ello. Freud detectó en el acto fallido, en esa equivocación minúscula e intrascendente, las mismas fuerzas que ya intervinieran en la neurosis. El acto fallido, en cierto modo, puede considerarse un síntoma pasajero a pequeña escala. Un elemento más, no sólo para extender las competencias del inconsciente, sino también para desdibujar el engañoso trazo que separa normales de enfermos:

"Sólo podremos apreciar de manera correcta el raro trabajo psíquico que engendra tanto a la operación fallida como a las imágenes del sueño cuando sepamos que los síntomas psiconeuróticos, en especial las formaciones psíquicas de la histeria y de la neurosis obsesiva, recapitulan en su mecanismo todos los rasgos esenciales de ese modo de trabajo(...) Pero para nosotros tiene además un particular interés considerar las acciones fallidas, casuales y sintomáticas a la luz de esta última analogía. Si las equiparamos a las operaciones de las psiconeurosis, a los síntomas neuróticos, dos tesis que a menudo retornan- a saber, que la frontera entre normal y anormalidad nerviosa es fluctuante, y que todos nosotros somos un poco neuróticos- cobran un sentido y un fundamento."(18)

Pero tomemos un caso específico, el lapsus linguae, para explicar la estructura y significado del acto fallido. El lapsus se produce cuando pretendiendo decir algo, esa tendencia comunicativa se perturba por obra de otra tendencia que denominaremos

perturbadora. El resultado puede ser, bien el contenido íntegro de la tendencia perturbadora, bien una condensación de ambas. Cuando declaramos que pretendemos decir algo queremos expresar que nuestra voluntad consciente, a través de la sintaxis que le es propia, articula un mensaje encaminado a otros, receptores conscientes y, por ende, sujetos de razón. La tendencia perturbadora distorsiona la acción comunicativa en sus términos tácitamente preestablecidos, pero no de una manera casual, sino plenamente significativa.

Si a la tendencia perturbadora la llamamos inconsciente y recordamos que éste, el inconsciente, se caracteriza no sólo como negación de la consciencia sino además como guía de sentido encaminada a la obtención del placer, la cuestión ganará en claridad. El acto fallido podría resumirse de la siguiente manera: Pretendemos conscientemente decir algo, pero inconscientemente deseamos otra cosa y como resultado acabamos diciendo lo que deseamos o bien una mixtura entre lo que pensábamos y lo que deseábamos decir. La formación verbal a medio camino entre el consciente y el inconsciente es obra de la represión que pretende a última hora, tras su descuido de incompetente carcelero, restaurar infructuosamente el mensaje originario. El resultado suele ser a veces incomprensible, pero quizás su objetivo no esté del todo malogrado al lograr ocultar el deseo bajo una alteración que lo torna irreconocible.

El acto fallido es pues una consecuencia de la enconada lucha que se lleva a cabo entre el inconsciente y la represión. La represión es la causante del lapsus, al igual que lo es del síntoma, en la medida que ha relegado la representación al inconsciente por su inmoralidad, por razones de conveniencia o por estar asociada extrínsecamente a otra representación reprimida. Pero la analogía no se circunscribe sólo a eso, la forma condensada que adopta

generalmente el lapsus, al igual que la llamada formación de compromiso que distingue al síntoma, es un trabajo realizado entre las aspiraciones del inconsciente por alcanzar su objetivo y las de la represión por sofocarlo y hacerlo enteramente desconocido.

Los actos fallidos no se reducen solamente a los lapsus linguae, aunque todos tengan su misma estructura y significado. Los olvidos reiterados de tareas ingratas o nombres de personas desagradables, las lecturas o escuchas desiderativas, las acciones indeliberadamente saboteadoras de eventos o prácticas penosas... todos estos y muchos más han sido intuitos, que no explícitamente inteligidos, por el observador perspicaz. Los grandes escritores han hecho uso de ellos para expresar con sutileza las emociones de sus personajes a sabiendas de que el público comprendería con la misma intuición del creador el mensaje que se le ofrecía. A Freud se debe en cambio, como en muchas otras cuestiones, haber transitado de la insegura y mudable intuición a la comprensión cabal y firme del fenómeno.

Algo parecido a lo que ocurre con los actos fallidos acontece con los sueños. Salvo en la antigüedad, donde se les concedió una relevancia psicológica que incluso alcanzaba la potestad sobre el futuro, el desprecio y la ignorancia premeditada por los sueños se puede considerar una constante en la historia de la humanidad. Empero, es del todo incierto que Freud fuera el único autor que centrara su atención en los sueños. Existe una voluminosa bibliografía de su tiempo que lo desmiente y que el mismo Freud en "La interpretación de los sueños" comenta con detenimiento, resaltando sus logros y sus errores. Lo que sí es atribuible a Freud es haber aportado una explicación coherente de la función y de todos los recursos formales del sueño, dando cuenta de hasta el más

insignificante de sus usos narrativos.

Sin duda, no deja de ser extraño que estando obligados los hombres a transcurrir un tercio del día bajo el dominio del mundo onírico durante toda su existencia, se despreocupen de él sin embargo con tan asombrosa facilidad. Pero quizás convenga reflexionar previamente por qué debemos pasar tanto tiempo soñando. Si tradujéramos en años el tiempo que pasamos soñando, sobre un promedio de vida arbitrariamente delimitado en setenta y cinco años, obtendríamos la escandalosa cifra de veinticinco años en los cuales permanecemos "ausentes" del "mundo" y sus sensaciones. No obstante, todo intento de sublevación contra esta realidad está condenado al fracaso. Necesitamos soñar.

En castellano el verbo soñar expresa dos acepciones diferentes: puede denotar la acción de dormir y a su vez puede significar la elaboración y vivencia de ciertas imágenes, valdría mejor decir *películas*, que se pueden producir mientras dormimos. De tal polisemia resulta la contradicción fáctica y el pleonismo lingüístico que se produce cuando decimos que nos dormimos si tenemos sueño. En realidad dormimos cuando estamos cansados. Dormimos para descansar. Ahora bien, ¿de qué descansamos? Pudiera parecer a simple vista que descansamos de un desgaste físico, pero ello iría en contra de la verdad incluso en el caso de las personas con ocupaciones que requieren un gran derroche de energías en actividades motrices. Descansamos de un desgaste psicológico, que encuentra una traducción física, energética, pero cuya razón última es anímica.

Ya habíamos tratado anteriormente las estrechas relaciones de la "mente" y el cuerpo, como a modo de vasos comunicantes, en los denominados síntomas, el discurso de la primera se transubstanciaba

en el de la segunda expresando el mismo contenido ideológico. Pero en este caso hacemos referencia a una operación de gran envergadura económica. Debemos descansar de la vigilia, de la instancia psíquica que la preside, la consciencia. La consciencia conlleva un gasto energético del que debemos reponernos. Para eso dormimos, para descansar, para desquitarnos de la realidad exterior y del correlato transaccional psíquico que ésta impone.

Pero dormir requiere una serie de exigencias técnicas a satisfacer como son el calor, la oscuridad y en general la ausencia de excitaciones externas que puedan interrumpir ese estado de feliz aislamiento que es preciso alcanzar. La luz o el ruido, en algunas personas, pueden subsistir concomitantemente a la par que logran dormirse, pero si lo consiguen es merced a un aislamiento interno que oblitera la claridad al cerrar los ojos e integra o se aísla de la sonoridad mediante la rarefacción del ruido en un hipnótico sonido de fondo. Si unimos a las mencionadas características la generalizada posición fetal que adquieren los durmientes, toda la descripción nos fuerza a recordar la del nonato, protegido del mundo en su bolsa materna.

Sin embargo, la intelección del sueño nos sigue siendo desconocida. Si admitimos que dormimos para descansar, para descansar de la consciencia, ¿por qué nos tomamos la molestia de filmar esas películas que nos agitan y nos fuerzan a vivenciar siquiera indolentemente sus incomprensibles escenas? Freud nos encamina a la resolución del enigma por medio de los sueños diurnos(19) y los sueños infantiles(20).

Los sueños diurnos o fantasías son producciones imaginarias al servicio de una satisfacción nítida. Nos referimos al soñar despierto para aludir al proceso visual mediante el cual se ven cumplidas las

aspiraciones del sujeto, que no conjuga en su elaboración ninguno de los inconvenientes que se interponen en su logro o si lo hace, acriticamente consigue vencerlos con asombrosa facilidad. El objeto de estos sueños de vigilia es, por tanto, ver cumplido un deseo que la realidad se resiste a otorgar.

La funcionalidad de los sueños diurnos es la misma que la de los sueños infantiles, en general, son reacciones a sucesos del día anterior que dejaron un deseo insatisfecho y que la elaboración onírica se encarga sobradamente de satisfacer. Son abundantes los sueños de dulces, comidas, juguetes, viajes y figuras amadas sin apenas encubrimiento. Sueños reparadores de la frustración de la vigilia que escamotean también los impedimentos e interdicciones que entraña la realidad para dar cumplido gusto a los deseos.

Ahora bien, admitamos que los sueños de los niños y las fantasías de sus mayores son elaboraciones visuales que satisfacen deseos. No nos es posible aceptar en cambio que los sueños de los adultos cumplan idéntico requisito ya que en ellos, las más de las veces, somos protagonistas de narraciones absurdas, dislocadas en el tiempo, perdidos en espacios discontinuos en el que la identidad de los personajes se diluye para dejar entrever facetas de diferentes sujetos reunidos en una sola figura... No todo en ese mundo parece seguro, fiable, agradable a ciencia cierta, emocionante o auténticamente hedonista. A la indiscutible satisfacción de las poluciones nocturnas se le puede oponer con igual rigor demostrativo la desagradable impresión de las pesadillas. Además, ¿qué función tendría ese hipotético y alucinatorio cumplimiento de deseos si anteriormente admitimos que lo que se pretendía al dormir era hacer descansar a la mente de su trabajo ordinario?

Para dar respuesta a estas objeciones es imprescindible.

introducir dos conceptos fundamentales definitorios del sueño. Llamamos contenido manifiesto del sueño a aquello que se nos presenta visualizadamente, esto es, a la película misma. Y denominamos contenido latente del sueño a la satisfacción del deseo que se enmascara tras la mencionada visualización. Los sueños infantiles son actos psíquicos inteligibles y completos que apenas han sufrido deformación, cuyo contenido manifiesto, por tanto, coincide con el latente. La deformación onírica no es consustancial al sueño, únicamente en el adulto la encontramos con carácter de recurrencia.

Ya hemos señalado anteriormente la proximidad del niño a la animalidad, su espontaneidad, su "inocencia" para la cultura y sus engranajes. Toda la educación consiste en un prolongado proceso represivo de sus pulsiones en beneficio de un ensanchamiento de su consciencia (aserto teórico no ajeno al optimismo). En el niño la represión es aún débil y ello encuentra su traducción en sus elaboraciones oníricas, que carecen de la vigilancia férrea de la censura del adulto. En el sueño de éste, el suceso inconsciente o deseo, es trastocado por la censura impidiendo de este modo el rechazo de la consciencia. El mecanismo nos recuerda a la formación de compromiso de los síntomas y de los actos fallidos, que consiguen una distorsión suficiente de su contenido para tornarlos irreconocibles a la consciencia y obtener así la satisfacción pretendida.

Sin embargo, aún no hemos explicado la función que cumple el sueño dentro de la del dormir. Aceptamos que dormimos para descansar de la consciencia y que es imprescindible que dediquemos buena parte del día a resarcirnos de su ingrato trabajo. Empero sabemos que numerosas perturbaciones pueden interrumpir nuestro

descanso. Puede tratarse de un ruido exterior o un dolor corporal o una preocupación o un deseo... Todos estos "estímulos"(21) arruinarían nuestro propósito y para evitarlo fabricamos sueños, rodamos películas cuya trama, casi arcana, consiste en la satisfacción de ese deseo, la resolución de esa preocupación, el encubrimiento de ese ruido o aquel dolor...

Las excitaciones perturbadoras del reposo, responsables directas de las formaciones oníricas, son preeminentemente psíquicas. Si adoleciéramos una incapacidad para pergeñar sueños, el reposo naufragaría víctima de las continuas excitaciones psíquicas que nos azotan incluso cuando dormimos. Los sueños velan por nuestro descanso al traducir en imágenes compensatorias lo que no son sino problemas e insatisfacciones de la vigilia.

No se ha valorado cabalmente la dilatada y conspicua influencia del reposo, y dentro de éste del sueño, como invisible y eficaz instrumento de cohesión social. De qué manera sutil adormece las expectativas y aplaca los deseos ofreciendo huera imágenes de marcado carácter infantil. Sólo con la aprehensión del significado del sueño, entre otros factores, nos es posible comprender cómo el hombre ha tolerado resignadamente las relaciones sociales de explotación, miseria y represión sexual que ha padecido a lo largo de la historia. El sueño aplaza el deseo en la medida que lo cumple fantaseadamente. El sujeto se resarce de él engañosamente, para a continuación retornar obedientemente a cumplir los dictados sociales de dominación.

Miméticamente, la capacidad de fabular, de proyectar espejismos sociales, ha sido erigida en arte por algunas sociedades que otorgan derechos vacíos de contenido real. No cuenta la práctica, la realidad social que conforma al individuo, impone sobre él la ilusión que lo

hace igual en la injusticia, libre en la ignorancia y en su consecuente y demostrada impotencia para subvertir las causas de su frustración. Aspira a la dicha cuando consume mercancías, empujado por el correlato de fantasía con el que se le incitó a la compra. Sin embargo la fantasía no se materializa, carece de entidad social y práctica, es puro humo, secuencia que arranca en ilusión y finaliza en decepcionante accidente, como los coches que, asociados a mujeres sicalípticas y velocidades estratosféricas, se nos incita a conseguir a toda costa. A modo de penosa recurrencia el ciclo se permuta con diferentes productos, retroalimentado por ensoñaciones que eclipsan de la consciencia el deseo perennemente insatisfecho.

El cine, ese relato visual fantaseado, ese sueño que permite al mediocre elevarse al papel de héroe sin padecer las penurias afirmativas de aquél, y la televisión, de una manera más compleja, han servido igualmente para satisfacer vicariamente una serie de deseos y expectativas que la realidad social se encarga cotidiana y metódicamente de negar. El sueño está presente en multitud de manifestaciones culturales y junto al, por ahora, desconocido superyo es una instancia esencial para inteligir el control social.

Sin apartarnos del control, regresemos al que la censura ejerce sobre el deseo que mueve a la elaboración del sueño. La censura es la responsable de la deformación onírica, es la causante del trabajo del inconsciente en la diferenciación entre contenido manifiesto y latente del sueño. Para tal fin, éste se sirve de recursos narrativos propios entre los que destacan la condensación, el desplazamiento, la figurabilidad ya aludida y la elaboración secundaria.

La condensación consiste en comprimir las ideas, las personas, los espacios... no sólo para alterar su fisonomía y evitar así su reconocimiento, sino además para ahorrar energía psíquica (El

concepto de economía psíquica, insuficientemente tratado hasta ahora, se elaborará más adelante cuando estudiemos las tópicas y su relación metapsicológica). De lo anterior se deduce que el contenido manifiesto es siempre más breve que el latente. El desplazamiento es el reemplazo de un contenido latente por algo lejano a él, es una alusión distante e ignota encadenada por el personal determinismo asociativo del sujeto. Puede darse a veces bajo la encubridora apariencia que resalta el acento psíquico en algo de menor trascendencia para ocultar lo verdaderamente importante.

La figurabilidad consiste en la transformación de la mayor parte de las ideas latentes en imágenes visuales, la acción que anima o produce el sueño se aplaca mediante el cumplimiento figurado y simbólico de las imágenes visuales, imágenes que expresan la transacción entre el deseo y la censura. Finalmente, la elaboración secundaria es un trabajo propio de la censura consistente en unir, siquiera titubeante y condicionalmente, los diferentes fragmentos oníricos en un todo unitario. La elaboración secundaria es la que, en ocasiones, aporta la aparente coherencia, unidad o verosimilitud que pueda presentar el sueño, más precisamente, su contenido manifiesto. En muchas ocasiones, la elaboración secundaria viene dada por la irrupción, ante el estímulo despertador, de una fantasía diurna, que se introduce en el sueño y lo estructura. En realidad, se trata de un trabajo del consciente (preconsciente) sobreimpreso sobre el material onírico, en un obrar añadido a posteriori por motivos censores, que como todo acto psíquico consciente tiende a la síntesis o unidad.

El sueño, siguiendo la mecánica fisiológica del reflejo, presenta para Freud una estructura psíquica regresiva ya que si toda actividad psíquica parte de estímulos o pulsiones y desemboca en inervaciones

corporales o descargas, en el sueño la excitación en lugar de propagarse a la motilidad lo hace hacia el extremo sensorial y alcanza el sistema de las percepciones, esto es, el proceso psíquico del sueño sigue una trayectoria inversa a cualquier otro, no progresa, sino que retrocede, es regresivo. Esta regresión no atañe únicamente a su estructura formal, sino que también alcanza a su contenido latente, el sueño hace sufrir a las ideas una marcha regresiva y arcaica, esto es, una vuelta tanto a la infancia ontogenética como a la infancia de la misma humanidad. Es un retroceso, un retorno al goce primigenio tanto individual como filogenéticamente, en cuyas fronteras se discierne la animalidad. Los recuerdos infantiles, en virtud de esa censura que denominamos amnesia infantil, se han tornado inconscientes, pero emergen de su latencia a través de los sueños, como también lo hacen los de la especie:

"El soñar en su conjunto es una regresión a la condición más temprana del soñante, una reanimación de su infancia, de las mociones pulsionales que lo gobernaron entonces y de los modos de expresión de que disponía. Tras esta infancia individual, se nos promete también alcanzar una perspectiva sobre la infancia filogenética, sobre el desarrollo del género humano, del cual el del individuo es de hecho una repetición abreviada, influidas por las circunstancias contingentes de su vida. Entreveamos cuán acertadas son las palabras de Nietzsche: en el sueño *"sigue actuándose una antiquísima veta de lo humano que ya no puede alcanzarse por un camino directo"*; ello nos mueve a esperar que mediante el análisis de los sueños habremos de obtener el comienzo de la herencia arcaica del hombre, lo que hay de innato en su alma."(22)

La elaboración primaria se puede deber a un deseo del preconscious reforzado por uno del inconsciente, a un deseo del

inconsciente o a un deseo inconsciente del superyo (sueño de autocastigo). La interpretación psicoanalítica de los sueños sigue el camino inverso al realizado por la elaboración onírica. Aspira a traducir el contenido manifiesto en contenido latente, desentrañando así la representación inconsciente e infantil que anima el sueño.

Los recursos narrativos del inconsciente no se agotan en los arriba mencionados. El simbolismo del sueño, cuyo estudio principiaron los griegos, nos ayuda a comprender la riqueza retórica casi inigualable de la que hace gala. Conviene recordar que el simbolismo no es igual en todos los hombres ni en todas las épocas y dentro del psicoanálisis sólo es un instrumento secundario para la interpretación onírica. Sin embargo, existe cierta regularidad en el mismo que le confiere una prudente valía orientadora del significado oculto tras algunas figuras.

Los padres se suelen esconder tras las idealizadas apariencias de emperadores, reyes y otros héroes propios de leyendas y cuentos populares. Los hermanos, en cambio, lo hacen bajo la denostada forma de parásitos y animales pequeños. La muerte se intuye tras el viaje o la partida y se alcanza mediante la total oscuridad. El pene es el bastón, la serpiente, el sable, el árbol, el grifo, el revólver, el cuchillo... cualquier objeto penetrante, alargado, cargado de agua. Mientras que la erección, ese triunfo efímero contra la gravedad, se suele representar mediante el vuelo. La vagina es suplantada mediante cavidades, cuevas, fosos, vasos, cajas, botellas, cofres, bolsillos... y los senos suelen ser frutas redondas. La relación sexual es baile, equitación, atropello, amenaza de arma, ascensión apresurada y sofocante por una escalera...

Los ejemplos serían interminables y no viene al caso extenderse en su enumeración(23). Importa constatar cómo el sueño

es poseedor de una gama extensa de recursos poéticos. Es más, la poesía no hace sino rescatar para el consciente en sus tropos y sinestesias lo que no es sino el lenguaje de esa otra instancia psíquica llamada inconsciente. Siendo precisos, el lenguaje simbólico y las otras técnicas referenciales más o menos deformadoras no pertenecen exactamente al inconsciente, sino que son el resultado de la lucha que mantiene éste con la represión. El sueño es un retorno a la infancia, donde reinaba hegemónicamente el inconsciente, una vuelta a sus deseos, a su sexualidad polimorfa, a su lenguaje. La represión se halla en el sueño aminorada y el inconsciente se manifiesta hegemónico en una transacción muy ventajosa para sus intereses.

Sin embargo, queda por aclarar aún una excepción que se escapa a nuestro entendimiento. En las pesadillas se experimenta una sensación de malestar tan notable que incluso amenaza a nuestro descanso. De hecho creemos despertar aliviados para evitar ese intenso displacer que nos provoca su vivencia. En realidad, la pesadilla satisface un deseo, a veces apenas elaborado, y es precisamente su satisfacción lo que paradójicamente provoca la angustia. La censura transmuta el placer en angustia dado su carácter transgresor. En ocasiones el mismo deseo es el afán de castigo que otorga la censura en su forma de angustia. En cualquier caso, si despertamos es para evitar la satisfacción de ese deseo reprimido que iba a lograr su satisfacción:

"El hecho de que también haya casos fronterizos en los que el sueño ya no puede mantener su función de precaver de interrupciones al dormir- es lo que sucede en el sueño de angustia-, y la permute por la otra, la de cancelarlo a tiempo, no es objeción alguna contra esta concepción. En eso no procede sino como el

concienzudo vigilante nocturno, quien primero cumple con su deber aquietando las perturbaciones para que no despierten a los ciudadanos, pero después lo continúa, despertándolos, cuando las causas de la perturbación le parecen graves y no puede habérselas con ellas por sí solo."(24)

Analizadas las neurosis, la hipnosis, los actos fallidos y los sueños debemos admitir el inconsciente como una hipótesis necesaria de obligado carácter universal. Dicha afirmación choca frontalmente con la concepción, en su tiempo dominante, de que todo lo psíquico es consciente. Pero, como ya dijimos, Freud no se limita a postular la existencia del inconsciente, sino que además subraya su hegemonía psíquica sobre el resto de los procesos mentales.

Un acto psíquico transcurre por dos fases mentales. Originariamente, atendiendo a su cronología, es inconsciente. Luego, si al pasar por la censura es reprimido persevera en su estado inconsciente, pero si no es desechado por la represión, sólo entonces, se torna consciente. No obstante, delatamos representaciones que eran conscientes y que sin embargo nuestra memoria, en función de su carácter selectivo, ha dejado escapar de su control sin abandonarlas definitivamente. Es decir, pueden, con el ejercicio mental correspondiente, ser devenidas conscientes. Este tipo de representaciones, disímiles de las inconscientes, son las que están comprendidas en el ámbito del llamado preconscious.

Conviene recalcar que los objetos propios del consciente, del preconscious y del inconsciente son las ideas o representaciones. Carece de sentido decir que una pulsión es consciente o inconsciente. Sólo la representación de la misma lo es o no. Del mismo modo se debe negar la existencia de sentimientos conscientes

o inconscientes. Los sentimientos son procesos de descarga (energética) de las representaciones, constituyen el envés de las mismas, porque, a diferencia de una concepción filosófica, para el psicoanálisis las ideas no son neutras, sino que tienen valor afectivo, todas, sin exclusión. La neurosis, como procedimiento de represión malograda, provoca la escolástica dicotomía entre la idea y el afecto correspondiente y trae como consecuencia la aparición de síntomas. Se puede dar la aparente paradoja de que una idea conviva en dos sistemas distintos (consciente e inconsciente) a la vez(25). Situación que sólo se endereza si el sujeto verbaliza, se entiende que en el proceso analítico, la representación unida a su afecto.

A diferencia del consciente, el sistema inconsciente no tiene tiempo, se desenvuelve al margen de la realidad y sus exigencias, es atemporal como lo son sus mandatos, sometidos únicamente al principio del placer. La carga o afecto de sus representaciones posee movilidad, permitiendo con ello que se adhiera, por asociación, a otra representación por muy distante que ésta se encuentre de la representación originaria. La descarga del sistema inconsciente se produce mediante la inervación somática y el desarrollo de los afectos, pero para tal fin precisa entablar batalla económica con el sistema consciente.

La cura psicoanalítica no es sino una guerra abierta entre el poderoso inconsciente del paciente y la debilitada consciencia del mismo, que cuenta, sin embargo, con la inestimable ayuda de su aliado, el psicoanalista (para ser más precisos de la transferencia en el psicoanalista, lo que a su vez implica el consciente y el inconsciente). Como toda guerra no deja de ser un "proceso penoso y lento"(26) que no siempre concluye con "éxito":

"La cura psicoanalítica se halla fundada en la influencia del sistema consciente sobre el sistema inconsciente y muestra, de todos modos, que la influencia no es imposible, aunque sí difícil."(27)

El inconsciente, esa traducción representacionista (psicológico-animista) de lo corporal y por tanto de lo instintivo, en la medida en que es entendido como instancia y además originaria, deslindada de la práctica, preconstituida a la misma, debe reconducirse hacia su adecuación con las demandas de la realidad, cualquiera, en consonancia, que ésta pueda ser. La tarea no es sencilla. Las neurosis, los sueños y los actos fallidos manifiestan el enorme poder de esta "instancia" y el elevado coste de sus exigencias. Su atemporalidad implica además, entre otras cosas, su correoso carácter regresivo y la fijación que manifiesta por la pretérita y siempre añorada sexualidad infantil. Al fin y al cabo, la mente, como ya señalara Baudelaire(28), es una suerte de palimpsesto cuya primera inscripción aún perdura indeleble en todos nosotros.

RACIONALIDAD Y PULSIONES

Historicidad de la sexualidad.

La moral sexual cultural. Moral, represión y razón.

Las tópicas. Desdoblamiento ontológico.

La metapsicología. La terapia psicoanalítica.

La nueva teoría de las pulsiones.

El estudio de la perversión nos proporciona una perspectiva histórica sobre la sexualidad y sobre la constitución social del deseo. La historicidad de la perversión no se refiere únicamente a la infancia y al disfrute que en ella se hizo de una sexualidad eminentemente “perversa”, sino que se extiende también a la historia de la humanidad. El mundo clásico, por seguir el ejemplo de Freud, muestra con todo lujo de detalles y ejemplos ilustres, principiando por los mismos dioses, cómo el placer no se circunscribe a un único objeto y ni siquiera a objetos del sexo contrario o de la misma especie.

Para Freud, la disposición perversa polimorfa parece inscrita en nosotros como la misma bisexualidad originaria(1) y sobre ese material biológico las normas sociales, de muy variado signo, inciden interdictiva o permisivamente. La historia de la humanidad nos enseña que las limitaciones a la sexualidad han variado a lo largo del tiempo y que el aumento de las mismas y su mayor exigencia no implica, en absoluto, esplendor cultural alguno.

La consideración sobre lo perverso ha variado en consonancia a la transformación del contenido y delimitación del asco y la vergüenza, del bien y del mal, superestructura que, a su vez, nos remite, aunque no de un modo burdo, a las relaciones de producción.

La sexualidad y la moral, históricamente, siempre han sido antagónicas, entre ellas ha mediado un piélago de interdicciones irreconciliables. La evolución cultural del hombre, que no su perfeccionamiento o mejora, entraña la pérdida de goces sexuales y su sustitución por objetivos sublimados. Para tal fin precisa estigmatizar el placer con una imposición agresiva y su racionalización ideológica, que no es otra que la propagación del asco, la vergüenza y la culpa.

Sentimos asco de los olores corporales, de la micción, las ventosidades, los excrementos, los flujos vaginales, del esperma, la menstruación, del sudor, de las mucosidades, de la descomposición de cuerpos y alimentos. Sentimos asco de lo distintivo, de lo que caracteriza a la vida y a la muerte. El proceso cultural ha forzado la represión de las vías nasales hasta hacerlas casi inoperantes. Sólo en los niños salvajes(2), ausentes fortuitamente de la socialización cultural, era apreciable un desarrollo notable del olfato. Experimentamos vergüenza de casi todo, empezando por la desnudez de nuestro propio cuerpo, recubierto de prendas por un acusado embozo. Todo lo sexual es susceptible de referirse y frustrarse en la vergüenza.

Freud percibe la historicidad de la sexualidad y consiguientemente de la perversión y la moral. Con relación a esta última, siguiendo la conceptualización del filósofo Christian von Ehrenfels, distingue una moral sexual natural, que permite la supervivencia y perpetuación de la especie, de una moral sexual cultural que espolea a los hombres en su productividad cultural. Quizás el título "moral natural" sea enteramente aporético en sus términos y delate, implícitamente, una concepción biológico-evolutiva posteriormente desarrollada por Freud, pero amén de lo dicho

expresa a su vez la oposición social e histórica en la organización y "satisfacción" de las necesidades sexuales. La moral sexual cultural, cabría decir que la moral burguesa, no sólo apostata las perversiones, sino que restringe la sexualidad a la genitalidad estrictamente marital, encaminada al cristiano propósito de perpetuar la estirpe de Adán en la tierra. Sin embargo, como ya había señalado en otras ocasiones(3), Freud advierte que dicha moral es la responsable de las llamadas neurosis. Los neuróticos no son sino los náufragos de la socialización regida por los principios represivos de la moral sexual cultural:

"Los neuróticos son aquella clase de seres humanos que en virtud de una organización refractaria sólo han conseguido, bajo el influjo de los reclamos culturales, una sofocación aparente, y en progresivo fracaso, de sus pulsiones, y que por eso sólo con un gran gasto de fuerzas, con un empobrecimiento interior, pueden costear su trabajo en las obras de la cultura, o aún de tiempo en tiempo se ven precisados a suspenderlo en calidad de enfermos."(4)

Las intolerables condiciones de la moral cultural provocan, amén de las mencionadas neurosis, una caterva innumerable de hipócritas que escapan a sus mandatos a través de conductos aparentemente tan ilícitos como socialmente reglamentados. En la burguesía, el rito iniciático de la sexualidad genital se estrenaba en el burdel, lugar de acogida, con posterioridad, de la práctica de la sexualidad negada en el matrimonio. Este fenómeno generalizado de doble moral se restringe únicamente al varón, que aún alcanza una vía de escape. Las mujeres han sido reprimidas hasta tal punto que su sexualidad ha devenido en cariño sublimado e infantilismo mental. Su

dependencia respecto al padre se religa a su marido, al que no sabe complacer y con el que no se complace. La supuesta inferioridad de las mujeres no deja de ser un efecto de su exagerada represión sexual:

"No creo que la oposición biológica entre trabajo intelectual y actividad genésica explique la *"imbecilidad fisiológica"* de la mujer, como lo sostuvo Moebius en su tan controvertido libro. Opino, en cambio, que el hecho indudable de la inferioridad intelectual de tantísimas mujeres debe reconducirse a la inhibición de pensar que se requiere para sofocar lo sexual."(5)

(La cursiva es de Freud)

Ante el mencionado panorama no cabe extrañarse del altísimo número de histéricas entre las mujeres. El matrimonio en vez de aplacar, a modo de lenitivo, la situación explosiva que provoca la moral la agrava si cabe. El matrimonio, como institución, se muestra incapaz de satisfacer las necesidades sexuales de la sociedad. Fuerza a la mujer a una relación sexual, que fruto de su singular represión y consecuente infantilismo, ni desea ni entiende. La llegada de un número tolerable de hijos es el mojón que delimita el final de la sexualidad despreocupada y el inicio de la angustiosa o de la abstinencia conyugal, que acontece en la esposa cuando comenzaba a liberarse tímidamente del yugo que le impedía disfrutar de su cuerpo. Toda esta saga de frustraciones que origina la moral acarrea penosas consecuencias:

(Refiriéndose a la neurosis)"A primera vista pareciera tratarse de una transmisión hereditaria; pero considerado más de cerca, se resuelve en el efecto de unas poderosas impresiones de la infancia.

La mujer neurótica, insatisfecha por su marido, es hipertierna como madre e hiperangustiada hacia el hijo, sobre quien transfiere su necesidad de amor; así le despierta una prematura madurez sexual. Además, la desavenencia entre los padres sobrestimula la vida afectiva del niño, le hace sentir intensamente amor, odio y celos a la más tierna edad. La educación severa, que no tolera quehacer alguno de la vida sexual despertada tan temprano, aporta el poder sofocador, y semejante conflicto a esa edad contiene todo lo que se requiere para la causación de la nerviosidad por toda la vida."(6)

La doble moral de los varones es una prueba fehaciente de la imposible e indeseable aplicación de los principios rectores de la moral cultural. El seguimiento coherente de dichas reglas sólo puede reportar a sus adeptos infelicidad, sumisión y neurosis, atributos que chocan frontalmente con los propósitos creadores de la cultura. La moral cultural es indehiscente debido a la sobrerrepresión que ejerce sobre las pulsiones, exceso normativo que desemboca inexorablemente en la esterilidad psíquica y social de la neurosis, que declara en la práctica su preponderante ineptitud de todo goce que no sea el disfrute angustioso de sus síntomas y de todo trabajo que no consista en la elaboración impremeditada de los mismos:

"El neurótico es incapaz de gozar y de producir; de lo primero, porque su libido no está dirigida a ningún objeto real, y de lo segundo, porque tiene que gastar una gran porción de su energía restante en mantener a la libido en el estado de represión y defenderse de su asedio. Sanaría si el conflicto entre su yo y su libido tocara a su fin, y su yo pudiera disponer de nuevo de su libido. (...) Ahora bien, ¿dónde está la libido del neurótico? Fácil es averiguarlo; está ligada a los síntomas, que le procuran la satisfacción sustitutiva, la única posible por el momento. Por tanto, es preciso apoderarse de los síntomas, resolverlos; es justamente lo que el enfermo nos pide."(7)

La represión es lo que caracteriza a la neurosis, lo que la construye a partir de un material constitucional heredado y de una fijación libidinal infantil. Los pacientes parecen atrapados por un fragmento de su pasado, fijados a él por el placer libidinal que antaño les reportó y que luego les fue arrebatado o autodenegado impetuosamente. La fijación se produce en la infancia y es uno de los factores que determinan decisivamente el carácter del individuo. Decimos que los enfermos a través de sus síntomas son regresivos, porque retornan a la infancia, al placer pulsional al que quedaron atados.

La fijación y la regresión están relacionadas. Cuanto más fuertes sean las fijaciones mayor a su vez será el poder de la regresión y por tanto el sujeto se defenderá peor en su entorno, extenuado por el destino sintomático de su libido y expatriado violentamente de su presente. La regresión puede ser de dos tipos según se refiera a objetos (incestuosos) investidos por la libido o haga referencia al retroceso de toda la organización sexual a estadios anteriores. Aunque también pueden observarse neurosis, como la obsesiva, que efectúen una regresión combinada de ambos factores.

Pero volvamos al papel de la represión y a su responsabilidad cardinal en la neurosis. El par antitético formado por la represión y la sexualidad ha redefinido continuamente sus límites a lo largo de la historia. Partiendo de la necesidad de su existencia, sus competencias sin embargo nunca han sido las mismas ni lo son en un mismo tiempo histórico para todo el mundo. No podemos atribuir, de un modo abstracto, a la fijación y a su posterior regresión la paternidad de la neurosis puesto que la fijación es un elemento constitutivo del carácter, operante en todos los individuos. Lo que sí experimenta una variación, amén de la inevitable herencia

constitucional, es la intensidad en el estímulo y la represión libidinales.

Pero incluso admitiendo una mala influencia de los factores externos en su relación con la libido, bien por excesiva estimulación, bien por un abandono tardío de ese goce pulsional, bien por la sobrerrepresión, bien por una combinación de ambas, y aún contando con el decepcionante influjo de la herencia, únicamente la nefasta aparición de la represión determina la irrupción de la neurosis. El neurótico es por encima de todo un reprimido. La existencia de la fijación y de la regresión por sí solas no deviene necesariamente en neurosis si no interviene en el proceso la represión. La represión al anatematizar el placer, una vez fijado, fuerza la canalización del goce mediante el síntoma. Sin embargo, ese mismo placer pulsional, por muy heterodoxo que sea, si se le da satisfacción directa y consciente deviene únicamente en perversión, categoría, que, como ya analizamos antes, es objeto de relatividad histórico-cultural:

"Una regresión de la libido sin represión nunca daría por resultado una neurosis, sino que desembocaría en una perversión (...) los seres humanos contraen una neurosis cuando se les quita la posibilidad de satisfacer su libido, vale decir, por una *frustración*, según la expresión que utilicé; y sus síntomas son justamente el sustituto de la satisfacción frustrada. Desde luego esto no quiere decir que toda frustración de la satisfacción libidinal provoque una neurosis en quien la sufre, sino meramente que el factor de la frustración se registra en todos los casos de neurosis investigados. Así pues, ese enunciado no puede invertirse. Por otra parte, bien comprenden ustedes que esa aseveración no está destinada a revelar todo el secreto de la etiología de las neurosis, sino que sólo destaca una condición importante e indispensable."(8)

(La cursiva es de Freud)

Sin embargo, parecería que la represión(9) y la moral son elementos esenciales en la configuración del hombre, que está abocado a mantenerlas dada su especificidad cultural. La represión exagerada o su ausencia son extremos que consiguen malograr de distinta forma la convivencia social. Empero, ¿dónde se halla ese sano punto de equilibrio? La aspiración de Freud al criticar la moral dominante es conseguir una moral consciente de sus fundamentos, de la obligatoriedad de una represión equilibrada entre las ineludibles necesidades pulsionales y los no menos necesarios mandatos sociales, esto es, conseguir una moral basada en la razón. Su labor médica individualizada termina así por desembocar en una indeliberada labor de reformador social al constatar la dimensión social del sujeto en las propias "instancias" y manifestaciones psíquicas de éste.

Ahora bien, aún no hemos analizado la relación entre esas presuntas instancias psíquicas que definen la mente, ni tampoco cómo surge la consciencia, en la cual el psicoanálisis delega el peso de la superación de la neurosis.

Como se recordará, establecimos con carácter de hipótesis verosímil la existencia de una "instancia" psíquica denominada inconsciente que no era objeto de percepción psíquica directa como la consciencia, pero sí indirectamente a través de los síntomas neuróticos, la hipnosis, los actos fallidos y los sueños. En realidad, como señala Bleger (1958, 1963), debería hablarse de procesos, más precisamente conductas (en su sentido laxo) inconscientes. Freud substancializa el atributo de un fenómeno psíquico convirtiéndolo en entidad, realiza pues un desdoblamiento ontológico del sujeto que trae consigo la descripción mitológica de su práctica. El presupuesto para tal cosificación al principio, en 1895, en su "Proyecto de psicología",

se sustenta en la existencia de diferentes tipos de neuronas, pero una vez desechada la posibilidad de fundamentar fisiológicamente la psicología, se hará sobre la base de la existencia de un ente o mente que gobierna la vida del sujeto "desde dentro" y hace actuar al sujeto en el "mundo de fuera", escindiendo de este modo animista la conducta y la misma realidad en dos planos yuxtapuestos. Obviamente, al constatar diferentes conductas, tanto las conscientes, como las susceptibles de serlo o las abiertamente inconscientes, Freud, conforme a sus presupuestos animistas, debe colegir que esa supuesta entidad mental se divide en tres instancias o sustancias que conviven en el mismo hogar psíquico.

La contradicción reseñada, fue puesta de manifiesto y coherentemente explicada por Bleger. Otros autores posteriormente, con desigual competencia e incisividad, han constatado la aporía descrita (Szasz 1961, Giddens 1984), pero no han sabido explicarla en su génesis teórica ni ofrecer una alternativa cabal, poniendo de manifiesto el desconocimiento de las obras y la bibliografía en lengua española, debido a motivos histórico-políticos evidentes(10).

Bleger señala que Freud parte, por su misma formación científica, de unos esquemas referenciales o modelos tomados de la física mecanicista y de la biología, concretamente del evolucionismo. La influencia de la física había dado lugar a la escuela de Helmholtz, que intentaba arrumbar el vitalismo médico reduciendo la etiología a una mecánica fisiológica formulada en términos cuantitativos. Freud, formado en tal escuela, tras su fracasado intento de reducir la psicología a la fisiología, persevera en el modelo físico-mecanicista sobre criterios estrictamente psicológicos adoptando la noción de fuerza y objeto que se deja mover (distorsionando el concepto de fuerza como relación de atracción entre objetos). Las

fuerzas serán las emociones o afectos y más tarde las pulsiones. Posteriormente Freud adopta una concepción energetista patente en su concepto de libido y en su reformulación de su teoría de las pulsiones basada en el segundo principio de la termodinámica, que se aplica, como señala Szasz, considerando la realidad humana como un sistema cerrado cuando en realidad es un sistema abierto.

La adopción de estos supuestos permite a Freud colegir fructíferamente multitud de fenómenos, pero le conducen, a su vez, al espiritualismo cosificando los fenómenos hasta adquirir autonomía y vida propia y abstrayéndolos de la realidad concreta que los produce y su campo operacional. En la medida en que en la terapia la dinámica mecanicista se remite a la práctica, a la conducta que la genera, tal obstáculo, pese a su rémora explicativa, no supone la desautorización de la misma, pues aunque bajo una forma mitológica la realidad psíquica es aprehendida(11).

No nos detendremos, por ahora, en el análisis de las consecuencias de la adopción de ese otro y decisivo esquema referencial, el del evolucionismo, posponiendo el mismo para sucesivos capítulos. En adelante, seguiremos el desarrollo teórico freudiano, aceptando el mitologismo substancial señalado, bástenos con reseñar que su superación implica necesariamente la adopción de una teoría psicológica basada en la conducta, tomando ésta en un sentido no restringido.

El inconsciente, tomado como tal instancia autónoma, además de no ser consciente, se definía como una guía de sentido tendente inexorablemente al placer, permaneciendo ajena a la influencia del principio de realidad y a su intrínseca cronología. El inconsciente es atemporal y desconoce la negación. No establece transacciones ni conoce límites en la prosecución de su objetivo hedonista. En el

inconsciente sólo habitan contenidos investidos (cargados) de mayor o menor intensidad. Los investimentos de sus representaciones son susceptibles de adoptar volublemente nuevos alojamientos ideológicos merced a su particular sintaxis. La condensación, el desplazamiento y la transformación en lo contrario, las mismas técnicas ya apuntadas en síntomas y sueños, son los instrumentos que determinan ese lenguaje presuntamente arcaico.

El inconsciente es un concepto limítrofe entre lo psíquico y lo corporal que debe su origen, con carácter universal, al descubrimiento de la sexualidad infantil, esto es, a la existencia originaria de las pulsiones sexuales. Su vecindad a lo físico le permite traducir plásticamente su mensaje en el cuerpo (disociados o escindidos del sujeto merced a su presupuesto animista), siendo los síntomas buena expresión de ello. Es, por lo tanto, una noción casi biológica, analogía imperfecta del instinto y la animalidad adulterada del hombre, cuya herencia, tras "Totem y tabú" se adscribe a la práctica filogenética en detrimento de la actual tal y como se insinúa:

"El contenido del Icc puede ser comparado con una población psíquica primitiva. Si hay en el hombre unas formaciones psíquicas heredadas, algo análogo al instinto de los animales, eso es lo que constituye el núcleo del Icc. A ello se suma más tarde lo que se desechó por inutilizable en el curso del desarrollo infantil y que no forzosamente ha de ser, por su naturaleza, diverso de lo heredado."(12)

(El subrayado es mío)

No existe una delimitación clara entre el inconsciente y el preconscious, como tampoco entre éste y el consciente. Sabemos que la función más relevante del preconscious es ejercer el control de

la memoria y que en él ya aparece la censura y por tanto el principio de realidad, elementos que se darán de nuevo, amplificadamente, en el consciente. Sin embargo conviene señalar que Freud no establece una separación radical entre las tres instancias y que el contenido del consciente se nutre en buena medida de lo pulsional. "El contenido del sistema Prcc (o Cc) proviene, en una parte, de la vida pulsional (por mediación del Icc) y, en la otra, de la percepción." (13). El consciente ha devenido del inconsciente por exigencias del medio, esto es, por exigencias histórico-culturales.

La distinción entre consciente, preconsciente e inconsciente constituye la primera tópica o estructura mental elucidada por el psicoanálisis (14). A esta primera tópica le sucede una segunda substancialización que no anula la anterior ni la comprende, se trata de la estructura compuesta por el ello, el yo y el superyo. Se podría identificar al ello con el contenido adscrito al inconsciente. El yo sería la mediación psíquica entre las exigencias del ello y las necesidades de la realidad, siendo a él al que corresponderían las instancias del consciente y el preconsciente de la primera tópica. El superyo, en cambio, vendría a ser la expresión psicológica de la moral, comprendiendo aunque no únicamente lo que vulgarmente llamamos la voz de la conciencia, que se habría alojado en nosotros mediante la educación (socialización normativa) y portaría elementos tanto conscientes como inconscientes.

El análisis estructural freudiano, heredero del mecanicismo físico, nos ayuda a entender las instancias anímicas y su funcionalidad, pero por sí solo no basta para alcanzar una comprensión de la psique. Parecería como si éstas, plenas de autonomía, se desarrollaran libérrimamente, ajenas a cualquier determinación, indiferentes a su coste energético, cuando lo cierto es

que la vida desmiente cotidianamente esta visión de las cosas. Freud complementa su comprensión psicológica sobre la base de una concepción física energetista, característica de la termodinámica. Descansamos para reponernos del agotamiento ocasionado por la actividad consciente, comemos para recargar las debilitadas fuerzas, satisfacemos la sexualidad, mediante una complicada intercesión entre las tres "instancias", para descargar una excitación ineludible de carácter interno (freudianamente el ello)... incluso la más sublimada de nuestras acciones, el pensamiento, negativo o virtualidad de la acción inconsumada, requiere un gasto nada desdeñable de energía. El apólogo de la máquina parece consustancial a este análisis.

Lo que se pretende esclarecer es la economía del sujeto. ¿Cómo distribuye sus esfuerzos? ¿A través de qué instancias? ¿Con qué síntomas si es que los hay? etcétera. Metafóricamente podría expresarse esto mismo diciendo que el individuo, para Freud, es un sistema económico estructurado en instancias psíquicas a las cuales se asignan partidas financieras. La cuantía de la distribución de esas partidas denota no únicamente la posible disposición constitucional atribuible a la difusa y anfibológica herencia, sino también y sobre todo la caracterización de ese sujeto como neurótico, esquizofrénico o supuestamente sano en función de la debilidad, narcisismo o fortaleza de su yo.

Ya introdujimos anteriormente el concepto de libido como la energía sexual, distinguiendo la libido objetal de la yoica o narcisista. El análisis económico da cuenta de la distribución de la libido y de las otras energías psíquicas. A las investiduras de las pulsiones sexuales Freud la denomina libido y a las investiduras de las pulsiones de autoconservación las califica de interés. El análisis económico es el correlato cuantitativo del análisis estructural, el

sustrato energético de las instancias psicológicas.

Muchos de los fenómenos que hemos ido explicando han sido referidos para ello a su economía psíquica. Parece característico del inconsciente, como tal instancia autónoma, articular sus significados de manera económica. Recuérdese a este respecto la condensación que agrupa polisémicamente en una imagen o palabra multitud de significados, o la homofonía de algunos actos fallidos. Pero hay más, el ahorro de gasto psíquico provoca placer en sí mismo. Y es precisamente este ahorro el fundamento del chiste:

"Y si junto a esto resulta que en los dos casos de chiste tendencioso se obtiene placer, será natural suponer que *esa ganancia de placer corresponda al gasto psíquico ahorrado* (...) Dejamos anotado que un ahorro en gasto de inhibición o de sofocación parece ser el secreto del efecto placentero del chiste tendencioso, y pasamos al mecanismo del placer en el chiste inocente." (El chiste inocente consiste en los denominados juegos de palabras sin aparente contenido hostil o sexual) (...) "También en el niño, habituado a tratar todavía las palabras como cosas, advertimos la inclinación a buscar un mismo sentido tras unidades fonéticas iguales o semejantes, lo cual es fuente de muchos errores que dan risa a los adultos. Entonces, cuando el chiste nos depara inequívoco contento pasar de un círculo de representaciones a otro distante mediante el empleo de la misma palabra o de otra parecida (...) tenemos derecho a reconducir ese contento al ahorro de gasto psíquico. Además, el placer de chiste que provoca ese <<cortocircuito>> parecerá tanto mayor cuanto más ajenos sean entre sí los círculos de representaciones conectados por una misma palabra, cuanto más distantes sean y, en consecuencia, cuanto mayor resulte el ahorro que el recurso técnico del chiste permita en el camino del pensamiento."(15) (La cursiva es de Freud)

La cita es un tanto larga, pero nos permite recoger dentro de ese lenguaje económico, y por ende placentero, del chiste otras

técnicas propias de síntomas, sueños y actos fallidos, es decir, otras técnicas de la sintaxis del inconsciente, como son el desplazamiento, la transformación en lo contrario, de la cual la ironía no es sino su expresión humorística, la proyección... elementos todos de una gramática basada en el placer del ahorro psíquico, esto es, en su función económica.

Freud completa su análisis y comprensión del fenómeno psicológico mediante el concepto y la consideración de la dinámica psíquica, entendida ésta, hegemonícamente, como juego de fuerzas, aunque también atienda a su consideración histórico-genética, esto es, a la remisión diacrónica de la biografía del sujeto, de sus determinaciones sociales, empezando por la familia, a lo largo del tiempo. La diacronía nos aporta una comprensión global y calibrada de lo psicológico. El hombre parte de un material físico más o menos similar, con unas necesidades orgánicas idénticas, pero es la influencia social, la práctica humana la que, por medio de su base económica, determina la configuración de las "instancias" psíquicas y su contenido ideológico.

Llamamos psicodinámica a la concepción que recoge el análisis de la relación interactiva del sujeto, estructurado a través de las instancias mencionadas, y su marco socializador en el devenir temporal, es decir, al juego de fuerzas intrapsíquico unido al planteamiento histórico-genético. Y denominamos metapsicología a la psicología que conjuga los análisis económico, tópico y psicodinámico. La metodología psicoanalítica de esta forma, intenta superar sus presupuestos mecanicistas, para abarcar el fenómeno psicológico en su totalidad, pero en función de los presupuestos de los que parte este intento deviene fallido.

En contra de lo afirmado por Marcuse (1953, 1957) la

metapsicología, reducida al juego de fuerzas mecánico-estructural, de fundamento económico, no da cuenta críticamente de la realidad, sino que la describe mitológicamente, encubriendo la matriz social del conflicto psíquico. Es en los historiales, forzados a la remisión biográfico-conductual del sujeto y su entorno, donde se alcanza empero la subversividad crítica. La dinámica, reducida a un juego de fuerzas mitológico posible mediante el desdoblamiento substancial del sujeto en instancias, libido y pulsiones, se divorcia de la práctica efectiva, aunque la describa mitológicamente. Es decir, la práctica queda reflejada en la dinámica freudiana, pero bajo una forma mitológica y animista.

El hombre posee un sustrato material, sensible, más propiamente biológico, reglamentado de acuerdo a una codificación ineludible, pero éste se moldea a través de su intrahistoria. Su práctica cultural determina su personalidad. Cuando aludimos a su práctica no identificamos la misma con la labor premeditada de la consciencia, sino que comprendemos ésta y aquella inconsciente, de vital importancia, imposible de aprehender directamente por el propio individuo.

En la infancia se esboza con trazos penetrantes la personalidad del sujeto. Siguiendo la metapsicología freudiana, en la infancia se crea, en donde sólo había ello, el yo y el superyo. Se puede afirmar que lo sustancial del individuo se dirime en la infancia: "En su cuarto o quinto año de vida, el pequeño ser humano a menudo está hecho, y no hace sino sacar a la luz poco a poco lo que ya se encontraba en él." (16)

Para Freud, la acción había nacido en el sujeto como resultado de un desequilibrio en la distribución de la energía, era enteramente pulsional, principio homeostático que, para nosotros, colige cualquier

conducta, esto es, cualquier actividad, pensamiento, fantasía, manifestación corporal... en suma, cualquier manifestación humana. El pensamiento, a diferencia de la acción, es el resultado de la ausencia del objeto sobre el que descargar la pulsión, es la "imagen alucinatoria" del mismo(17) en similitud a la pergeñada en la locura.

El pensamiento entonces es producto de la ausencia de goce directo, de un retardo en la descarga pulsional. La consciencia emana de la frustración. Las ideas son "vestigios de recuerdos catectizados por impulsos"(18). Según el paradigma mecanicista, la idea es la parte cualitativa y la carga la cuantitativa de la representación de la pulsión. La realidad no siempre, en modo alguno, cumple las aspiraciones pulsionales de ese sujeto regido por el placer pulsional. El niño, al tratar de compensarse con la ideación de aquel placer pretérito, fuerza inadvertidamente la aparición de la consciencia. El ambiente y sus cada vez mayores y complicadas exigencias ensanchan de idéntica y frustrante manera el horizonte casi autista o indiferenciado (Bleger 1987) del pequeño, socializando sus alucinaciones hasta hacer de ellas transacciones marcadamente sociales con las cuales puede y debe comunicarse para satisfacer sus deseos.

La razón es una adquisición genuinamente social que se elabora a partir del material pulsional. La denegación continuada de los propósitos narcisistas del niño, su frustración recurrente, vuelcan a éste a la socialización. Pero para sobrevivir a la socialización, para adaptarse a ella y dar salida a las imperiosas necesidades pulsionales es preciso elaborar una "instancia", en realidad capacidad, que obre tal transacción exitosamente. Esa instancia es la consciencia, entidad que vive en perpetua tensión como mediadora de un conflicto sólo soluble en la muerte(19).

La función de la terapia psicoanalítica, mitológicamente descrita, esto es, según la dinámica freudiana, consiste en fortalecer a ese yo en su lucha desigual contra el ello y, en buena medida, contra el superyo. Es decir, en transformar o hacer devenir la práctica inconsciente en consciente. A tal fin, el psicoanalista mantiene una atención flotante, no dirigista ni tampoco presto a confirmar sus expectativas diagnósticas. El psicoanalista debe prestar atención al relato, dejar que se desenvuelva, que se actúe en la sesión, limitándose a interpretar. Sus elucidaciones son comunicadas al paciente para que acreciente su consciencia. La interpretación pone en marcha nuevas conductas, posibilitando a su vez nuevas interpretaciones en un proceso de interacción y transformación continuo.

No obstante, no basta con comunicar el significado oculto o inconsciente de la práctica, si se obrara de tal forma(20) la comunicación caería en saco roto como tantas racionalizaciones que por lo demás alcanza a plantearse el enfermo. Hay que develar la conducta inconsciente en la situación adecuada, en la misma que le vio nacer como representación denegada a la consciencia, esto es, hay que deshacer el nudo represivo que ahogó su tramitación y la resistencia que mantiene firme la cuerda:

"Aquello de lo cual nos valemos no puede ser sino la sustitución de lo inconsciente por lo consciente, la tramitación de lo inconsciente a lo consciente. Justo, eso es. Al hacer que lo inconsciente prosiga hasta lo consciente, cancelamos las represiones, eliminamos las condiciones para la formación de síntoma y mudamos el conflicto patógeno en un conflicto normal que tiene que hallar de alguna manera su solución."(21)

De esta manera se resalta la importancia de la represión en la etiología de la neurosis y también el carácter integrador de esta nueva racionalidad que intenta aunar lo ideativo con lo emotivo, la representación y su afecto. Al fin y al cabo, la dicotomía entre la idea y el afecto no era sino la consecuencia de la aplicación de la represión que, a su vez, nos remite a la ausencia de consciencia. En otras palabras, la verdadera consciencia, la única, es aquella que advierte la representación y su afecto como un todo indisociable, pero tal noción es casi un desideratum en las condiciones sociales de dominación y la teoría dinámica de Freud, como producto ideológico, no escapa a la dicotomía planteada, aunque es cierto que supone un gran paso en su superación.

La posición del psicoanalista reniega de los mandatos morales o cualquier otra instrucción normativa. Lo decisivo es hallar la verdad, desentrañar lo reprimido para procesarlo y acrecentar el horizonte del sujeto. Es más, en la medida en que, como veremos, la represión nos remite a la identificación narcisista del sujeto con la figura normativa de los progenitores, esto es, con el superyo freudiano, en tal medida debe desestimar buena parte de las identificaciones normativas causantes de la represión. El paciente debe encontrar su camino vital partiendo de su autonomía. El éxito de su empresa queda porfiado a un criterio de verdad pragmático. Así, la curación no es uniforme en sus soluciones, lo que puede valer para un sujeto puede ser denegado por otro. No existe un paradigma de conducta sobre el que se pueda modelar a la persona, aunque sea obvio que las concepciones teóricas delimitan tácitamente aquello susceptible de ser o no consciente.

La aparición de la neurosis, para Freud, es el resultado de una disposición hereditaria sobre la que se insertan una serie de

vivencias infantiles decisivas a las que se añade la frustración real del orbe social. La incidencia de la frustración social en la génesis de la enfermedad es insoslayable y Freud, como ya señalamos en otros apartados, nunca recusó su denuncia e incluso aspiró a subvertirla(22). La negación reiterada de Freud a erigirse (él como persona y el psicoanálisis como movimiento) en estandarte del reformismo social(23) no delata sino la sospecha de que su deseo quizás hubiera sido acometer tal reforma política, en la medida en que ésta entrañaba la única solución colectiva y, por ende real, a la neurosis. Y ello se puede afirmar no sólo por coherencia con sus concepciones etiológicas de la neurosis o por su conocida simpatía por el reformismo social o, incluso, por la apuesta revolucionaria(24), sino también por las argumentaciones que acompañan a la mencionada negación:

"Del celo con que yo me defiando del reproche de que en la cura analítica se alentaría a los neuróticos a gozar de la vida, no pueden ustedes lícitamente inferir que los influimos en el sentido de la moral social. Estamos tan lejos de esto como de aquello. No somos, por cierto, reformadores, sino meramente observadores, pero no podemos dejar de mirar con ojos críticos y nos ha sido imposible tomar partido en favor de la moral sexual convencional o tener en alta estima la manera en que la sociedad procura ordenar en la práctica los problemas de la vida sexual. Podemos imputar redondamente a la sociedad que lo que ella llama su moral cuesta más sacrificios de los que vale, y que su procedimiento no se basa en la verdad ni testimonia sabiduría." (25)

(El subrayado es mío)

El psicoanalista no juzga, ni morigera, ni fomenta la concupiscencia, únicamente interpreta para desenmascarar la práctica

inconsciente. Sin embargo, su premeditada asepsia no encuentra eco en el paciente que establece con él improcedentes lazos afectivos. Este proceso mediante el cual el paciente transfiere sentimientos afectivos u hostiles en la figura del analista se denomina transferencia. La transferencia es una elaboración del paciente dado que la relación objetiva no propicia el establecimiento de nexos amorosos. De hecho el psicoanalista desmixtifica cualquier conexión emotiva al exigir escrupulosamente sus honorarios. Su tiempo vale un dinero concordante a la ayuda prestada, que no aspira en absoluto a encubrirse de altruismo.

La transferencia suele concretarse en la identificación proyectiva del psicoanalista con los progenitores y otros agentes claves en la socialización, ambicionando inconscientemente repetir la situación edípica no tramitada por la "enfermedad". El psicoanalista, en menor medida, también es investido en papeles parentales, fraternos, amicales, profesionales... si, bien muchos de éstos pueden reconducirse a su vez al entorno emotivo familiar que gobierna el complejo. Al principio la transferencia suele ser eminentemente positiva, esto es, manifiesta una atracción de carácter sexual indisimulada o tácita bajo una forma sublimada de signo parental. La incidencia de este investimento amoroso hace avanzar la terapia rápidamente, pero con el tiempo el paciente manifiesta también sus sentimientos (transferidos) hostiles bajo muy diversas formas, entre las cuales se cuenta la resistencia a asociar libremente, que cuestiona el fundamento mismo de la terapia (el silencio puede testimoniar también una fuerte transferencia, pero de signo contrario, especialmente cuando el binomio lo componen miembros del mismo sexo).

La forma de afrontar la transferencia pasa por no rechazar con

hostilidad el afecto y mostrar que su procedencia no se debe a la situación presente, sino a una anterior que es preciso procesar. De este modo el inconveniente deviene en ventaja al rescatar y alumbrar el material psíquico relegado otrora a la inconsciencia. La transferencia reproduce la neurosis sobre el psicoanalista, figura polivalente objeto de las más variopintas escenas, y provoca una nueva neurosis virtual que reproduce la anterior y religa los recuerdos:

"...cuando la cura se ha apoderado del enfermo, sucede que toda la producción nueva de la enfermedad se concentra en un único lugar, a saber, la relación con el médico. La transferencia es comparable así a la capa de crecimiento celular situada entre la corteza y la pulpa de un árbol, de la que surgen la nueva formación de los tejidos y el espesamiento del tronco. Pero cuando la transferencia ha cobrado vuelo hasta esta significación, el trabajo con los recuerdos del enfermo queda muy relegado. No es entonces incorrecto decir que ya no se está tratando con la enfermedad anterior del paciente, sino con una neurosis recién creada, que sustituye a la primera. A esta versión nueva de la afección antigua se la ha seguido desde el comienzo, se la ha visto nacer y crecer, y uno se encuentra en su interior en posición particularmente ventajosa, porque es uno mismo el que, en calidad de objeto, está situado en su centro." (26)

La terapia distingue dos períodos definidos. El primero describe la metamorfosis libidinal de los síntomas en la transferencia. Y el segundo parte de la transferencia para desmontarla desde sus cimientos. Para ello es necesario que eliminemos "el circuito de la represión en este conflicto así renovado, de suerte que la libido no pueda sustraerse nuevamente al yo mediante la huida al inconsciente." (27) La represión es sustituida por la consciencia, por la

aceptación de la realidad interna y externa tal cual es. El sujeto, una vez reforzada su consciencia, puede establecer con la realidad una relación fluida, transaccionando para dar satisfacción a sus deseos, antes reprimidos, y cumplir con los deberes inexcusables de la sociedad. El psicoanalista es desidealizado y con él vale afirmar que también el resto de las relaciones, denegando todo investimento no correspondido con su adecuación objetiva y consciente.

En realidad, la terapia puede considerarse como una reordenación genética de los mecanismos de defensa. , como una readaptación al medio desde la inadaptación o regresión que manifiesta el sujeto en su conducta, que nos remite a su vez a la fijación infantil. “Todas las represiones acontecen en la primera infancia; son unas medidas de defensa primitivas del yo inmaduro, endeble. (...) el análisis hace que el yo madurado y fortalecido emprenda una revisión de estas antiguas represiones.”(28) La concepción de la terapia freudiana denota la influencia de la teoría evolutiva, que como se verá resulta decisiva para colegir su desvinculación histórico-social.

Tal y como magistralmente señala Freud (“Recordar, repetir y reelaborar”), el analizado no recuerda lo reprimido, sino que lo actúa. Dicho de otra manera, la memoria y con ella cualquier producción ideológica (la fantasía, el pensamiento...) denotan su contenido práctico, su practicidad. Por eso la dicotomía entre conducta, restringida ésta a la mera acción externa consciente, y las producciones ideológicas interiores carece de sentido y no se adecua a la realidad psicológica. El sujeto cuando recuerda actúa, cuando piensa actúa, cuando fantasea actúa... porque las fantasías, pensamientos y recuerdos son conductas que pueden o no adecuarse al campo operacional. La inadecuación de tales manifestaciones o de

otras relativas al cuerpo o a la actividad externa respecto al campo de referencia se denominan disociaciones (Bleger 1963). El analizado no recuerda lo reprimido, no es capaz de aprehender la fijación o represión originaria, pero la actúa, tiende a repetirla como fallido mecanismo de defensa que es de su identidad inadaptada.

Sin embargo, para Freud, hay una serie de enfermos a los cuales el psicoanálisis les está vedado(29). Según la ortodoxia analítica, la psicosis es impermeable a la terapia. Los psicóticos se definen porque no realizan investimentos sobre los objetos, sino que su libido retorna al yo para gozar de una sexualidad narcisista, genuinamente infantil. Tras un proceso represivo la libido ha renunciado a hallar un objeto y se ha replegado en el yo bajo su forma de libido yoica. Esta borrachera narcisista es la responsable de los delirios de grandeza, pero también de la apatía y la cesación total de interés por el mundo exterior, que llega a adoptar su expresión exageradamente autista en los manicomios.

Freud argumentará, que los psicóticos al no investir los objetos son inaccesibles a la transferencia(30), no pueden sentirse atraídos por nadie ya que ningún objeto es susceptible de ser sentido. El psicótico vive en el más absoluto solipsismo, impotente para amar a alguien. La persona del analista, como cualquier otra, sólo le provoca indolencia. Sin embargo este aserto no se correspondía con la realidad.

Ya en tiempos de Freud, algunos analistas trataron exitosamente casos de psicosis(31). La psicosis es una manifestación conductual abrupta, sin la prolongada y costosa elaboración de la neurosis, propia, por tanto, de las clases populares. La neurosis, en cambio, parece cebarse en la burguesía, se adecua, dentro de su natural disonancia, a su entorno social ocioso, a la disponibilidad discrecional

de tiempo en abundancia. La psicosis irrumpe tardíamente y su aparición conlleva la ruptura radical con el entorno, en especial con el medio productivo. Freud se apercibió de esto último y en multitud de ocasiones señaló que el psicótico, dada su desfavorable condición de clase, no tenía verdadero interés en sanar. Su enfermedad le protegía de la obligación laboral, de la explotación (beneficio secundario).

El psicoanálisis, como atención privada que es, se especializa en las conductas de aquellos que pueden permitirse tal dispendio, esto es, se especializa en las dolencias conductuales de la burguesía, hegemonícamente neurosis. La psicosis, en cambio, como manifestación generalizada del malestar social y normativo de las clases populares, queda confinada al espacio disuasivo del manicomio, a la catalogación, observación y tortura que allí se ejercen. Freud, confirma el orden social burgués y de paso tranquiliza su conciencia crítica cuando aduce que los psicóticos o las gentes de baja cualificación intelectual están incapacitados para analizarse. De este modo hacía coincidir la imposibilidad económica con la sedicente imposibilidad teórico-práctica.

Freud, en la cumbre de su vejez, llegó a cuestionar incluso el proceso curativo en los neuróticos, al comprobar que algunos, en virtud de fenómenos externos más o menos desdichados, recaían en la enfermedad. La curación con mayúsculas, aquella que aseguraba al enfermo no volver a recaer, pese al acontecer de las más dolorosas desgracias, sólo era posible en las neurosis traumáticas. En el resto, constituidas por la conjunción de elementos constitucionales y vivencias externas, la aplicación del término "curación" era un juicio extremadamente lábil(32). Pero esta concepción escéptica viene avalada por el pesimismo que sobre toda práctica humana había

establecido la nueva teoría de las pulsiones.

Freud parte para establecer su nueva hipótesis del principio homeostático ya postulado por la psicofísica de Fechner, remedo a su vez del principio de inercia de la termodinámica. El régimen económico de la psique condiciona su funcionamiento. La práctica del sujeto se rige por y tiende al equilibrio. Las excitaciones externas o internas (pulsionales) deben eliminarse. Para protegerse de las primeras, además del mecanismo evitativo de la huida, la percepción instauro un umbral discriminatorio tramitando sólo una parte de ellas, pero las segundas precisan, inexorablemente, ser descargadas.

Hasta entonces Freud había aceptado la tendencia a la constancia de la psique en concordancia con el dualismo representado por las pulsiones del yo o autoconservación y las pulsiones sexuales (aunque este dualismo ya había sido quebrado con la teorización en "Introducción al narcisismo" de una libido objetal y una libido yoica o narcisista). El principio del placer que gobernaba en exclusividad al inconsciente se plegaba a las exigencias sociales en el yo para aprehender la satisfacción en la forma mediada del principio de realidad. Sin embargo, Freud había detectado toda una serie de teóricas anomalías o excepciones, agrupadas bajo el título de compulsión de repetición, que presuntamente burlaban el conocimiento de su hipótesis pulsional.

La compulsión de repetición, para Freud, parece quedar fuera de la lógica explicativa aportada por el principio del placer y su forma transaccionada. Se opera ésta en las personas que recurrentemente son traicionadas por sus amigos, sin importar cómo sean ellos, en los juegos destructivos de los niños, que mediante una nítida representación se recrean lúdicamente en el alejamiento de la

madre, y en los sueños de los neuróticos traumáticos, rememoraciones oníricas de un suceso netamente desagradable, origen por lo demás de su padecer. Sorprende, sin embargo, la valoración que hace Freud del carácter anómalo de estos fenómenos, ya que son enteramente explicables desde la teoría psicoanalítica.

La compulsión de repetición encuentra su analogía presuntamente corroborativa en la ciencia biológica. ¿Cómo entender si no el lacerante y absurdo periplo que realizan los salmones hasta el nacimiento de los ríos para desovar? ¿O cómo explicar que el embrión repita en su desarrollo todas las formas de la cual desciende? Esta última observación parece tomada de Haeckel, el difusor más influyente del evolucionismo en lengua alemana. Haeckel afirmaba la existencia de una ley biogenética fundamental que sostenía que el desarrollo ontogenético era una recapitulación del mismo proceso evolutivo filogenético(33). Freud opera aquí una transposición ilegítima entre la biología y la psicología, acepta una analogía biológica para interpretar la práctica social del sujeto y toda su teoría psicológica.

La pulsión parecería, según todo lo dicho, guiarse por un carácter arcaico que la empujaría a retornar a un estado anterior, rompiendo con la concepción que la presentaba al servicio de la adaptación y la supervivencia:

"Ahora bien, ¿de qué modo se entrama lo pulsional con la compulsión de repetición? Aquí no puede menos que imponérsenos la idea de que estamos sobre la pista de un carácter universal de las pulsiones (...) y quizás de toda la vida orgánica en general. *Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas externas; sería una suerte de elasticidad*

orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia de la vida orgánica." (34) (La cursiva es de Freud)

Si todos los instintos tienden a una regresión o a una reconstitución del pasado deberemos atribuir todos los logros de la evolución orgánica a las influencias exteriores, perturbadoras y desviantes. La apariencia de evolución o progreso esconde el propósito de alcanzar un antiguo fin por caminos tanto antiguos como nuevos. La experiencia nos enseña que, sin excepciones, todo lo viviente muere por fundamentos internos retornando a lo inorgánico. Por ello nos es posible afirmar que *"la meta de toda vida es la muerte; y retrospectivamente: Lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo"*(35).

El fin de la vida es la muerte no sólo como límite de la existencia, sino como teleología interna de lo animado. La vida es fruto del azar, de las condiciones externas. El primer instinto es el de retornar a lo inanimado. Las influencias externas obligaron a la sustancia viva a desviaciones cada vez más considerables del primitivo curso para alcanzar su objetivo. Si los seres vivos se rebelan paradójicamente ante los peligros demuestran con ello una conducta inteligente que no instintiva.

Las pulsiones sexuales se adecuan a la esencia conservadora de toda pulsión en virtud de la reproducción embriológica de estados evolutivos anteriores. Pero al mismo tiempo se oponen a la tendencia de las pulsiones de muerte en una dialéctica feroz, ¿y por qué no decirlo?, metafísica. El sadismo y el masoquismo son explicados como pulsiones destructivas dirigidas al objeto o al propio yo, abandonando así la base sexual y su regulación y

satisfacción social de las mismas. La polarización del eros y del tanathos, entidades substancializadas que desvirtúan por reduplicación al sujeto y su praxis, acontece en el yo al igual que en el objeto bajo la forma de amor y odio.

Para Freud las piezas explicativas parecen encajar. Las pulsiones de muerte (y las pulsiones de vida) concuerdan con el principio homeostático que aspira en la vida psíquica a la cesación de la tensión. La muerte es esa frialdad serena, esa paz perpetua, ese estado de total y completa ausencia de excitaciones. Y el hombre, para un Freud que a medida que se acentúa su regresión biologicista teórica desemboca obligadamente en el pensamiento trágico, es un sujeto de muerte, encaminado a la misma, presto a su propagación. Las esperanzas de una convivencia armónica con sus deletéreos semejantes no pueden alcanzar, ineluctablemente, promisiones muy alentadoras.

En sucesivos capítulos veremos cómo incide la aparición de este nuevo dualismo instintivo en la explicación psicológica y social que lleva a cabo el psicoanálisis.

LA CULTURA

El superyo. Superyo y complejo de Edipo.

Bisexualidad y complejo de Edipo.

La cultura. Individuo y sociedad.

El superyo y la felicidad.

Las masas. Características.

Origen y significado de la religión.

Hemos señalado con anterioridad, que uno de los objetivos de Freud fue reseñar que la identificación filosófica y psicológica entre psique y consciencia era radicalmente errónea. El concepto de inconsciente, ya suficientemente explicitado, imponía su hegemonía psicológica de tal forma que se podía afirmar, en contra del narcisismo antropocéntrico al uso, que el hombre no era dueño ni siquiera de su propia casa psíquica.

En nuestra exposición transitamos de la primera tópica constituida por las instancias (aunque con propiedad, habría que referirse a cualidades psíquicas, que no instancias o desdoblamientos substanciales del sujeto): inconsciente, preconsciente y consciente; a la segunda inconcordante formada por el ello, el yo y el superyo. El término "ello", que responde a la inspirada autoría de Nietzsche(1), dijimos que era equiparable, pero no enteramente (superyo), a lo atribuido al inconsciente. Sin embargo, la caracterización del yo y, especialmente, del superyo quedó someramente indicada, postergada para situarla en su adecuada contextualización social.

Algo deviene consciente cuando se establece su conveniente conexión con las representaciones. El lenguaje instituye o, mejor dicho, sistematiza la consciencia(2), la erige sobre las palabras, que no

son sino restos mnémicos que en su día fueron percepciones. El yo es la parte del ello forjada por el mundo exterior a través de la frustración y el estímulo, que a modo de poderosa fragua, moldea los toscos deseos en realidades extrínsecas, génesis de posteriores ideas y razonamientos. Los pensamientos son procesos internos transformados en percepciones y se puede afirmar que todo saber proviene de la estimulación externa. "Para el yo, la percepción cumple el papel que en el ello corresponde a la pulsión."(3)

El yo surge de la realidad externa, del medio, que en buena medida se caracteriza por su adversidad. Es una transacción inexorable entre el individuo y su entorno, que obtiene su sustento económico en el ello. En un principio, cuando el yo no existe o se sostiene endeblemente, toda la libido se halla en el ello, pero la tenaz exigencia de la realidad corrige el destino de un número creciente de investiduras dirigidas a los objetos, que son hurtadas por el yo, arrogándose su posesión.

De lo dicho se derivan dos consecuencias de especial interés, a saber: que el narcisismo del yo, como tal instancia, es una elaboración secundaria, fruto del trasvase pulsional (No se debe confundir este narcisismo con el primigenio, peculiar del recién nacido, ente misceláneo de pulsiones y autista, definido íntegramente por lo inconsciente). Y también por antonomasia, que el yo, en cuanto creación del medio externo, no es un atributo definitorio de lo humano, ya que otros "animales superiores" han producido asimismo su diferenciación del ello(4).

Freud, en cambio, afirma el superyo como instancia específica del hombre. Según su dinámica, el superyo es la consecuencia de la imposición del yo sobre el ello como objeto libidinal. Económicamente es la transubstanciación de la libido objetal en

libido narcisista, proceso logrado al conseguir reprimir la investidura sobre el objeto mediante su oportuna identificación con él. El superyo, esa parte del yo que cobra autonomía como objeto libidinal, emula al objeto externo, al que tiene por modelo, e intenta seducir a su propia libido merced a la sublimada autoestima (advuértase el carácter mitológico de la dinámica).

El objeto sobre el cual se realiza la mencionada identificación no es otro que la figura de los progenitores o sus equivalentes en el período iniciático de la más temprana socialización. La investidura de objeto que el niño desarrolla hacia la madre, iniciada en la lactancia, es paralela a la prematura identificación con el padre, hasta que los deseos sexuales encaminados a la madre se refuerzan y se comienza a percibir al padre como un obstáculo para satisfacerlos, circunstancia que da lugar a la aparición del complejo de Edipo y a su característica ambivalencia paterna.

Sin embargo, la exposición antecedente del complejo de Edipo responde a su versión simplificada y en buena medida incorrecta, ya que se abstrae de la decisiva influencia de la bisexualidad originaria del ser humano en términos freudianos (sería más adecuado afirmar el carácter social y heurístico del deseo). El niño no sólo posee una actitud ambivalente hacia el padre y una elección de objeto amorosa hacia la madre, también experimenta una atracción sexual hacia el progenitor de su mismo sexo, adoptando una actitud femenina para conquistarlo y experimentando celos ante la rivalidad materna. Así, la homosexualidad, reflejo invertido de la heterosexualidad dominante, parece ser el resultado de una hegemonía en la identificación con el progenitor del sexo opuesto, en detrimento de la otra elección objetual. La relevancia de la bisexualidad originaria nos lleva incluso a cuestionar el factor de la rivalidad o competencia amorosa como

génesis de la ambivalencia hacia los progenitores:

"Podría ser también que la ambivalencia comprobada en la relación con los padres debiera referirse por entero a la bisexualidad, y no, como antes lo expuse, que se desarrollase por la actitud de rivalidad a partir de la identificación."(5)

El superyo es el heredero del complejo de Edipo. Las disposiciones ambivalentes sexuales y agresivas hacia los progenitores (de ambos) son reprimidas e introyectadas por el sujeto (freudianamente por el yo), constituyendo su ideal, su referencia obligada. La identificación con los padres no sólo comprende su figura moral, sino que también incluye la interdicción sexual alícuota a tal identificación, esto es, se debe ser como ellos, pero no se puede actuar (en la elección de su objeto sexual) exactamente como ellos lo hacen.

El superyo es el producto de la represión del complejo de Edipo. Cuanto más intenso fuera éste y más rápida aconteciera su represión por medio de la autoridad, la religión, la enseñanza... tanto más riguroso y tiránico se comportará con el yo, lacerándolo incluso con un acusado e inconsciente sentimiento de culpa. De hecho, la intensidad de los mandatos superyoicos no obedece únicamente a la fuerza con la que éstos fueron introyectados, sino también al deseo inconsciente de responder a su imposición(6).

El superyo es fruto de la violencia, no responde, en absoluto, a una idílica identificación con los progenitores, supuestamente admirados por su superioridad intelectual y moral, cualidades éstas que el niño dista mucho de comprender y valorar, la identificación

se lleva a cabo desde el desvalimiento infantil, desde la subordinación. El ideal del yo se adquiere por el terror, por el miedo y la indefensión que caracterizan la situación del infante:

"Si consideramos una vez más la génesis del superyo tal como la hemos descrito, vemos que este último es el resultado de dos factores biológicos de suma importancia: el desvalimiento y la dependencia del ser humano durante su prolongada infancia y el hecho de su complejo de Edipo, que hemos reconducido a la interrupción del desarrollo libidinal por el período de latencia y, por tanto, a la *acometida en dos tiempos* de la vida sexual."(7)

La angustia moral con la que el superyo oprime al yo no es sino la expresión elaborada de la originaria angustia a la castración infantil. La fantasía de la castración es el núcleo de la conciencia moral. El pánico que experimenta el niño ante su progenitor por el reconocimiento de sus aspiraciones pulsionales incestuosas, en manifiesta competencia paterna, se encuentra avalado por su incuestionable superioridad física, que le hace temer por su vida y por el porvenir de sus órganos sexuales (narcisismo fálico). La obediencia, en ocasiones ciega e irracional, del yo al superyo denota su origen familiar y coactivo, rememoración inconsciente de la desvalida y, sin embargo, gozosa posición infantil:

"El superyo debe su posición particular dentro del yo o respecto de él a un factor que se ha de apreciar desde dos lados. El primero: es la identificación inicial, ocurrida cuando el yo era todavía endeble; y el segundo: es el heredero del complejo de Edipo (...) Es el monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado, y mantiene su imperio aun sobre el yo .

maduro. Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyo."(8)

El origen edípico del superyo le emparenta, a través de raíces profundas, con el ello, tornando comprensible el carácter no enteramente consciente del superyo. Gran parte del sentimiento de culpa es inconsciente. La tiranía peculiar del superyo que describe a los neuróticos obsesivos, su exacerbada violencia sobre el yo, se debe en última instancia al conocimiento, inconsciente, de las pulsiones reprimidas antes de su potencial acceso a la consciencia.

Si en los neuróticos obsesivos el sentimiento de culpa es especialmente intenso se debe a su fijación sádico-anal, que en su regresión troca hostil la investidura sobre el objeto. La misma hostilidad aplicada o deseada sobre el objeto se reproduce en el yo a través de la culpa ejercida por el superyo, que está al tanto de los intensos impulsos agresivos del ello. El yo, sin embargo, no conoce lo acontecido en el ello y se limita a padecer el sadismo del superyo, en un calvario difícil de tolerar. El sentimiento de culpa es fundamental también para la terapia psicoanalítica. Una de las máximas dificultades de ésta consiste en derogarlo y evitar que el psicoanalista adopte el papel del superyo del paciente, eludiendo perpetuar su autocastigo.

Pero la culpa no es patrimonio exclusivo de los neuróticos obsesivos. Freud extiende su radio de acción a la totalidad de los hombres. Para Freud, todo individuo es un ente contradictorio que lleva en su interior una lucha cruel entre sus diversas instancias psicológicas. La moral marca el destino de los hombres y en gran medida dirige su economía psíquica:

"Desde el punto de vista de la limitación de las pulsiones, esto es, de la moralidad, uno puede decir: El ello es totalmente amoral, el yo se empeña por ser moral, el superyo puede ser hipermoral y, entonces, volverse tan cruel como únicamente puede serlo el ello. Es asombroso que el ser humano, mientras más limita su agresión hacia afuera, tanto más severo- y por ende más agresivo- se torna en su ideal del yo."(9)

La contraposición entre la moral y las pulsiones sexuales ya había sido establecida por Freud desde el inicio de sus investigaciones con el método catártico, empero la afirmación de que la moral se halla impresa, introyectada, desde la infancia en la psique, a modo de una instancia constitutiva de la misma, es un descubrimiento muy posterior y de vital importancia para el análisis social. La agresiva coacción de la sociedad sobre el individuo, ejercida a través de su fiel sicario, la moral, gana en sutileza y capacidad explicativa con la introducción del concepto del superyo.

Pero analicemos la cuestión con mayor detenimiento; a tal fin centrémonos en su obra social más importante, "El malestar en la cultura". El título inicial de la obra era el rotundo y concluyente, en su desesperanza, "La infelicidad en la cultura" ("Das Unglück in der Kultur"), que más tarde se metamorfoseó en el menos ácido y pesimista anteriormente mencionado ("Das Unbehagen in der Kultur"). Freud, pese a la corrección del mismo, venía a señalar que la felicidad del hombre era un espejismo, promisión dictada por el principio del placer, sin mayor entidad real que la que pudiera poseer la ilusión religiosa.

Precisamente, el libro arranca con el pretexto, a todas luces retórico, de desmontar otra variedad más, de las muchas existentes, de la religiosidad, el pseudopanteísmo denominado "sentimiento

oceánico", que el autor religa explicativamente al narcisismo primigenio. Freud y la religión, en especial la católica, eran viejos enemigos. El ateísmo declarado de Freud había posado su curiosidad, como molesto aguijón, en la religiosidad en varias de sus obras, caracterizándola como una producción vagorosa de inequívoco significado edípico. Sin embargo, en esta ocasión la crítica a su recurrente adversario servía de excusa para introducirse en un análisis mucho más vasto y ambicioso. Se pretendía develar la imposibilidad de un mito de mayor trascendencia, a saber, el de la felicidad humana, que aludía, en última instancia, al fundamento mismo de la sociedad.

La prolongada investigación psicoanalítica le permite a Freud afirmar que los hombres persiguen denodadamente la felicidad, término a su vez reducible a la obtención del placer o al menos al alejamiento del dolor. Tal propósito epicúreo se encuentra inscrito en el teleológico principio del placer, que rige casi omnímodamente la estructura del inconsciente. Sin embargo, este precepto es harto complicado de satisfacer y parece más probable, en su lugar, toparnos con la desgracia y el sufrimiento.

Inapelablemente, estamos condenados a morir y, sin embargo, la pena no se reduce únicamente a esta sanción. A la finitud de la existencia, a su condenada brevedad, viene a añadirse además la decadencia física de nuestro cuerpo, que se resiente quejumbroso de achaques progresivos conforme transcurre inexorablemente el tiempo. Somos efímeros, fugaces destellos absurdos, pero el infortunio que comporta asumir nuestra concisión se ve amplificado por el azote de la enfermedad y el lento y doloroso declinar a la vejez.

A la decadencia corporal se suma, pese a los indiscutibles logros de la ciencia y la técnica, la indefensión frente a las

poderosas fuerzas de la naturaleza, que en arrebatos omnipotentes humillan nuestra pretendida voluntad para definir nuestro destino autónomamente. No caben, a pesar del vertiginoso progreso tecnológico, pretendidos recursos taumatúrgicos, periódicamente la naturaleza naufraga nuestros propósitos como un hado feroz y violento.

Y sin embargo, siendo los dos motivos aducidos portadores de gran sufrimiento y desgracia para los hombres, no son, ni lejanamente, tan poderosos como el que provoca nuestra relación con otros hombres. La sociedad ocasiona mayor perjuicio al individuo que el que le produce el devenir de la propia naturaleza:

"Diversa es nuestra conducta frente a la tercera fuente de sufrimiento, la social. Lisa y llanamente nos negamos a admitirla, no podemos entender la razón por la cual las normas que nosotros mismos hemos creado (sic) no habrían más bien de protegernos y beneficiarnos a todos. En verdad, si reparamos en lo mal que conseguimos prevenir las penas de este origen, nace la sospecha de que también tras esto podría esconderse un bloque de naturaleza invencible; esta vez, de nuestra propia complexión psíquica"(10)

Marcuse ha señalado (1957) acertadamente que Freud asimila acrítica y ahistóricamente la realidad concreta de su tiempo a cualquier otra realidad posible, estableciendo así una identificación adaptativa del sujeto que peca de ideológica. Empero, Marcuse olvida reseñar que ello sólo es posible gracias a la desvalorización del marco histórico en beneficio del pulsional o biológico. Las pulsiones alcanzan todo el protagonismo humano y, dada su intramitable idiosincrasia aseguran un conflicto eterno con la cultura, deviniendo la historia en algo superfluo.

El hombre ha ideado, en respuesta a la frustración social, recursos o lenitivos para detener la pungente hemorragia que provocan los desengaños aducidos. Toda una pléyade de sustancias variopintas, denominadas drogas, han surgido para, faltos de apoyo y valor o entristecidos o aburridos o cansados o indolentes o nerviosos... conseguir estimularnos, alegrarnos, divertirnos, activarnos, motivarnos o tranquilizarnos... Todas las culturas, hasta las más primitivas, han parecido entender que la realidad era demasiado insoportable para aceptarla tal cual es, sin la ayuda del estímulo o la evasión de la química(11). Empero, la huida de la realidad no se circunscribe únicamente a los narcóticos, la quietud espiritual (psicológica) y el alejamiento del mundo circundante, característica de muchas religiones y filosofías, obtiene similar cesación de las frustraciones que le son propias.

Otro de los recursos con los que el hombre se defiende de la adversidad es la sublimación o muda de un fin pulsional en uno cultural. La sociedad fuerza la sublimación del individuo desde la más temprana infancia y, en ocasiones, éste consigue disfrutar de ella obteniendo un placer en nada despreciable, que, sin embargo, no es comparable en intensidad al producido por el coito.

Las frustraciones derivadas de nuestra decadencia corporal y la actuación omnipotente de la naturaleza son aceptables en su inevitabilidad, pero no ocurre otro tanto frente a las que proceden de la interacción humana. La neurosis es una prueba de que los fines perseguidos por la cultura han llegado a un umbral infranqueable para multitud de individuos. Pero, como ya vimos al principio de este estudio, el conflicto neurótico entraña un conflicto biológico o, si se prefiere, pulsional. Las aspiraciones pulsionales del neurótico no pueden ser satisfechas en el marco social (burgués),

generando, de esta manera, el síntoma como goce transaccionado sustitutivo.

Freud concibe que la lucha es consecuencia de la esencia misma del individuo, que vive en la aporía de su doble condición de animal y ser cultural. El marco social e histórico es importante, pero no decisivo, lo histórico se devalúa en beneficio de la importancia de lo biológico. Ahora bien, utilizamos el término "cultura" como sinónimo de sociedad, sin duda, ésta tiene un fundamento adaptativo al medio, pero adquiere características singulares que la oponen por definición a lo que se puede agrupar bajo el epígrafe de "naturaleza":

"Es tiempo de que abordemos la esencia de esta cultura cuyo valor de felicidad se pone en entredicho(...) Bástenos, pues, con repetir que la palabra "cultura" designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres."(12)

La protección del hombre frente a la naturaleza y la regulación de sus vínculos son el antecedente y el consecuente de una misma ecuación adaptativa. Resulta indispensable para su supervivencia que el hombre se agrupe y viva en sociedad y, sin embargo, ese mismo agrupamiento le hace profundamente desdichado al tener que frustrar sus pulsiones o reconducirlas bajo la legitimada forma de la sublimación. La socialización se fundamenta, sustancialmente, a través de la familia, célula germinal de la sociedad encargada de satisfacer la economía libidinal y en origen también célula productiva, y por supuesto del trabajo, socialización cardinal proveedora de bienes.

Los padres de la cultura son entonces Eros y Ananké. No obstante, tales progenitores distan muchísimo de tener una relación idílica con su retoño. La cultura hurta a la sexualidad la energía necesaria para sus propios fines, proscribiendo severamente para ello la sexualidad desde su mismo origen infantil. Las interdicciones no hacen sino sucederse desde entonces. La sexualidad se restringe en su objeto al sexo contrario y dentro de este marco, se limita a la genitalidad, a su vez reducida, predominantemente, a la monogamia... teórica. La masturbación, el placer extragenital, la homosexualidad, la promiscuidad y un largo etcétera de goces y objetos pulsionales son rígidamente rechazados o considerados bajo el prisma de lo condenable, susceptible en última instancia de vergüenza y culpa. En cuanto al trabajo, en pocos casos alcanza un grado de creatividad, que permita al sujeto realizarse en su ejecución; las más de las veces resulta un esfuerzo pesado y monótono costado con el ocio y el placer del individuo.

Si difíciles resultan las relaciones entre la cultura y la sexualidad, mucho más aún lo son las que derivan de su trato con la otra pulsión. El hombre, tal como lo apuntara Hobbes, es el lobo para el hombre. Sus semejantes no son para él sino fuente de placer sexual, de muerte, de trabajo, de humillación... La cultura se ve obligada a adoptar toda una serie de dispositivos para reprimir las pasiones de tendencia agresiva y sexual, métodos que pretenden la identificación y el establecimiento de vínculos amorosos coartados en su fin.

Específicamente, la cultura combate la destructividad del sujeto por medio de la educación, a través del deseo, el sujeto introyecta en el yo una instancia moral o superyo, que vela por el estricto cumplimiento de la norma. La tensión entre el yo y el superyo se

debe al sentimiento de culpabilidad con el que este último acosa al primero. El sentimiento de culpabilidad se origina por el miedo al castigo o a la pérdida del afecto de los progenitores. La situación se permuta después en la propia persona, al tomar el superyo el relevo de los progenitores e infringir penas y retirar su estima al yo, cuando éste siquiera alimenta un deseo proscrito.

El superyo, merced a la culpa, torna a los individuos en seres desdichados, avergonzados de sus propias necesidades (sexuales o agresivas) de las que, por otra parte, no pueden escapar. La agresividad congénita del hombre se vuelca hacia sí mismo mediante el reproche moral, que llega a afirmarse en preceptos tan absurdos como antipsicológicos. El cristianismo ha dado muestras impagables de tales disposiciones morales al ordenar amar al prójimo como a uno mismo, e incluso, en el colmo del masoquismo, al prescribir idéntica disposición para con los enemigos. Pero esta actitud no es patrimonio exclusivo de los seguidores de la secta de Jesús, la ética, en general, parece vivir al margen de la disposición pulsional del hombre, como si con su ignorancia consiguiera vencer los graves conflictos que ocasiona.

Freud no se decanta por el entusiasmo idealista de la cultura como tampoco lo hace por la crítica individualista y asocial de la misma. Su posición se limita al análisis genético de su conflictividad desde presupuestos biologicistas que devalúan el marco social e histórico, así como su posible transformación. La cultura es, siguiendo esta lógica biológica, el equivalente enajenado del medio animal, y el sujeto debe velar por su supervivencia, es decir, debe adaptarse al medio cultural.

"Por muy diversos motivos, me es ajeno el propósito de hacer una valoración de la cultura humana. Me he empeñado en apartar de mí el prejuicio entusiasta de que nuestra cultura sería lo más precioso que poseemos o pudiéramos adquirir, y que su camino nos conduciría necesariamente a alturas de insospechada perfección. Puedo al menos escuchar sin indignarme al crítico que opina que si uno tiene presentes las metas de la aspiración cultural y los medios que emplea, debería llegar a la conclusión de que no merecen la fatiga que cuestan y su resultado sólo puede ser un estado insoportable para el individuo(...) Yo comprendería muy bien que alguien destacara el carácter compulsivo de la cultura humana y dijera, por ejemplo, que la inclinación a limitar la vida sexual o la de imponer el ideal de la humanidad a expensas de la selección natural son orientaciones evolutivas que no pueden evitarse ni desviarse, y frente a las cuales lo mejor es inclinarse como si se tratara de procesos necesarios de la naturaleza."(13)

(El subrayado es mío)

Freud hace depender el destino de la cultura de la pulsión destructiva. La única esperanza para aquélla reside en que, en su combate cuasi cósmico, reconocidamente mitológico, el Eros se imponga a la deletérea pulsión de muerte. Expectativa difícil de albergar en un tiempo histórico que ha cimentado una elefantiásica industria militar con capacidad para exterminar a la humanidad en su conjunto y que asiste impotente a la emergencia irresistible de las ideologías y regímenes racistas de inequívoco signo autoritario. En 1931, cuando Hitler ya rozaba con sus pezuñas el poder, Freud añadió una frase que ponía en escéptico suspenso tan decisiva lucha para el futuro de la humanidad: "¿Pero quién puede prever el desenlace?"(14).

Sin duda, el desilusionante acontecer histórico del primer tercio de siglo tuvo mucho que ver con el gradual pesimismo que fue adueñándose de Freud, pero resulta del todo inexacto atribuir

únicamente a este factor el criticismo descreído del autor respecto a la cultura. La beligerancia hacia la sociedad y sus producciones culturales parte de una contradicción intrínseca e irresoluble, la que se opera entre el entramado pulsional y el normativo, esbozado ya en sus primeros escritos psicoanalíticos, pero si en éstos se advierte el peso de la historicidad y de la práctica humanas, en sus últimos escritos, en cambio, la regresión biologicista, iniciada en "Totem y tabú", ha terminado por cristalizar bajo una forma acabada e inexorablemente trágica.

Cabría responder a esta dificultad mediante una apuesta decidida por la racionalidad, por ensanchar el horizonte estrecho de la conciencia y aplicar su criterio para regular las relaciones interpersonales. Sin embargo, la misma terapia psicoanalítica había instruido a Freud, a un Freud cada vez más ajeno al ámbito social, acerca de las alarmantes limitaciones de la razón y de lo costoso y largo que era arrancar un triunfo a las pulsiones. No en vano la hegemonía psíquica correspondía al inconsciente. La racionalidad era una isla en mitad del piélago casi infinito de las pulsiones, un espacio diminuto asolado por la tormenta de los sentimientos. La razón es marginal, esencialmente antieconómica. Los hombres se mueven predominantemente por sus pasiones, prefiriendo refugiarse en la ilusión antes que encarar el desabrido rostro de la realidad.

El escepticismo afirmado en el individuo transita al pesimismo declarado cuando en vez de referirnos a éste aludimos a las masas. En la multitud parecen amplificarse los defectos y limitaciones observados en el sujeto. Su estólida sugestionabilidad, cercana a la conducta hipnoide, se hace acompañar por una peligrosa y exacerbada predisposición hacia lo pulsional. La masa es impulsiva, versátil, irritable, moldeable por la firme voluntad del inconsciente. La

ausencia de sentido crítico la hace preferir siempre el estímulo a la razón, la fantasía a la verdad:

“La masa es extraordinariamente influible y crédula; es acrítica, lo improbable no existe para ella. Piensa por imágenes que se evocan asociativamente unas a otras, tal como sobrevienen al individuo en los estados del libre fantaseo; ninguna instancia racional mide su acuerdo con la realidad. Los sentimientos de la masa son siempre muy simples y exaltados. Por eso no conoce la duda ni la incerteza. (...) Quien quiera influirla no necesita presentarle argumentos lógicos; tiene que pintarle las imágenes más vivas, exagerar y repetir siempre lo mismo. (...) Quiere ser dominada y sometida, y temer a sus amos. Totalmente conservadora en el fondo, siente profunda aversión hacia las novedades y progresos, y una veneración sin límites por la tradición”.(15)

La pulsionalidad de la masa, su infantilismo, la deja a merced de la figura despótica y patriarcal del caudillo y de los valores retrógrados que le son propios. La multitud, como el niño respecto al idealizado padre, se identifica con su jefe y lo adopta como su superyo, figura tiránica que les conduce cual estúpido rebaño por las sendas más abruptas. La duda no cuenta, tiempo ha que feneció. Desde el mismo momento en que delegó la voluntad en el jefe-hipnotizador desapareció la inteligencia y la posibilidad de la verdad. Únicamente reina la fantasía, la sexualidad sublimada entre los miembros, el odio a los extraños, la idealización del paternal jefe.

Sería imposible entender cómo los hombres se encaminan a una muerte probable en las batallas, las más de las veces en favor de los espurios intereses económicos de los poderosos, si no atendiéramos a los atributos de las masas, a su fe irracional y ciega en valores

mixtificados e infantiles como los de la patria, la religión o la fidelidad incondicional al líder... La decepción por la guerra, resulta del todo injustificada para Freud, pues parte de la inconfesable ilusión de haber concebido al hombre mejor de lo que en realidad era, olvidando su naturaleza instintiva, que en estado gregario alcanza fácilmente estados detestables(16). Si podemos extraer una lección palmaria de la historia es que ésta es esencialmente la genealogía del crimen y la infamia. La opresión, la mentira y la tiranía han sido el acorde dominante de una composición, que sólo en marginadas y excepcionales ocasiones ha llegado a insinuar tímidamente la justicia y la verdad. Se podría rubricar lo antedicho, aunque fuera como catálogo descriptivo de la realidad humana, pero la apelación biológica de Freud para aprehender tal realidad resulta fallida y abstracta. Freud se refiere a un hombre abstracto, indiferente de sus condiciones sociales, al que atribuye una práctica en función de sus determinantes biológicos, cuando tales determinantes meramente posibilitan dicha práctica, pero no la explican por sí mismos.

La descreída racionalidad que Freud adelanta descubre la motivación arcana e inefable que se oculta tras fenómenos y conductas declaradamente irracionales. La religión es un paradigma inmejorable dentro del amplio espectro social de la tipología de lo irracional. La crítica a la religión se remonta a tiempos muy pretéritos, pero despunta briosamente con el resurgir de la razón en la ilustración, alentada en la intensa lucha social e ideológica que despliega la burguesía en su afán por desplazar al periclitado régimen de la aristocracia.

El mérito de Freud no consiste, pues, en el juicio que realiza de la religión, ni siquiera en la caracterización de ésta como una

ilusión; su logro estriba en haber sido capaz de explicar su fundamento psicológico, así como su pretendida génesis social, como ningún otro autor, a excepción quizás de Nietzsche, había logrado o intentado siquiera antes que él.

El estudio de la religión en Freud arranca de una de sus manifestaciones más arcaicas, el totemismo, que ha definido la religiosidad en multitud de pueblos y que pervive con asombrosa vigencia y toda la riqueza de sus rasgos en los aborígenes australianos. El tótem es un animal, excepcionalmente una planta o un elemento natural, sobre el cual pesa la inviolable restricción de respetar su vida. Es, además, el antepasado del clan, su guardián y protector y el que, a través de su adscripción, determina el linaje parental de sus miembros. El tótem se transmite hereditariamente por línea materna y paterna, sus miembros lo reverencian con cantos y bailes, imitan sus movimientos, tatúan sus cuerpos con su efigie... y, terminantemente, se abstienen de matarlo y comer su carne bajo la coaccionante amenaza de la muerte. Únicamente en contadas ocasiones, cumpliendo para ello complicados rituales de disculpa y perdón, se consiente transgredir esta norma y acceder al placer de su asesinato y a la posterior degustación de su carne.

El totemismo se acompaña indisolublemente del tabú, categoría anfibológica que define lo sagrado y lo puro al tiempo que su acepción contraria. El clan totémico se rige escrupulosamente, atenazado por el miedo cerval a su incumplimiento, por un sin fin de tabúes o restricciones, entre las cuales destacan las relativas al animal-antepasado del clan, anteriormente reseñadas, y aquellas que gobiernan la sexualidad de sus miembros. Es tabú, y por ende peligroso, impuro y categóricamente prohibido, mantener trato sexual con las personas pertenecientes al mismo clan totémico.

Las restricciones tabúes extraen de sí mismas la autoridad para explicarse, permaneciendo exentas de cualquier fundamentación racional. El individuo que transgrede un tabú queda fulminantemente condenado y su trato pasa a ser, a su vez, tabú, ya que éste posee la facultad del contagio. El tabú encarna los deseos más anhelados, temerosamente reprimido, se observa hacia él una actitud ambivalente, reflejada en la paradójica polisemia de sus denotaciones. Existen tabúes para los enemigos, los soberanos, los muertos, los parientes más cercanos... Pero, sin duda, los tabúes más esenciales son aquel que ordena respetar al animal totémico y estotro que impone la exogamia, evitando así las relaciones sexuales entre los miembros de un mismo tótem.

El prolongado trabajo psicoanalítico le permitirá a Freud identificar el totemismo con una interesante variedad de la neurosis. En efecto, la neurosis obsesiva y el totemismo guardan tal grado de similitudes, que trascienden una mera y forzada analogía. El neurótico obsesivo es el sujeto religioso por antonomasia. Ritualizado hasta en sus más ínfimos detalles, observa férreas restricciones absurdas bajo la coerción de una angustia incontenible. Como el aborigen, ignora por qué cumple, con escrupulosa y petulante exactitud, sus condenados ceremoniales, únicamente sabe, como aquel, que es necesario que ejecute sus disparatados dictámenes. La violación, siquiera desiderativa, de cualquier precepto, es contestada en los neuróticos obsesivos con un ataque brutal a manos de su tiránico superyo. Se puede afirmar que el neurótico obsesivo actúa sádicamente contra su yo por medio de una conciencia moral inflexible. A ello contribuye, sin duda, su marcada fijación sádico-anal, que le hace mudar tempranamente el investimento sexual en agresivo, situación que encuentra su correlato moral en la despiadada

conducta de su superyo(17).

Es peculiar también de los obsesivos(18) regodearse en la duda y enmascarar a las personas tras figuras de animales, concretamente la zoofobia adolece esta actitud en su manifestación más negativa. El miedo exacerbado hacia el animal, como ya vimos en el caso del pequeño Hans, encubre indefectiblemente la ambivalente figura del padre. Al tiempo que se le teme y se espera de él lo peor (la castración o la muerte), se le reverencia idealizadamente, introyectándolo en sí mismo bajo su expresión más distorsionada e intransigente.

El aborígen totémico y el neurótico obsesivo parecen asemejarse conductualmente, su característica ambivalencia preside su no menos temerosa vida afectiva. Precisamente las dos reglas o tabúes fundamentales del totemismo, la que reza respetar al animal totémico y la que exige guardar la exogamia, coinciden con aquellas nodulares, que rigen la vida infantil en el llamado complejo de Edipo. El precepto zoofóbico de respetar la vida del animal totémico encuentra su traducción en el ambivalente horror al parricidio, y la obligatoriedad de la exogamia clanear lo halla en el no menos ambivalente pánico al incesto.

El totemismo no es únicamente una manifestación arcaica de la religión, también es un sistema social, que establece las pautas e interdicciones para el trato intersubjetivo. "En su aspecto religioso consiste en los vínculos de recíproco respeto y protección entre un hombre y su tótem; en su aspecto social, en las obligaciones de los miembros del clan unos hacia otros, y respecto de otros linajes."(19) Siendo el origen de ambos, pese a su posible divergencia ulterior, indisociable.

Para reconstruir genéticamente ese origen, Freud parte de una

hipótesis harto improbable de Darwin sobre los posibles albores de la humanidad. Según esta tesis, en el más temprano principio de los tiempos humanos un macho poderoso gozaría, en régimen de monopolio sexual, de una horda de hembras, eliminando mediante la emasculación, el asesinato o el abandono prematuro la potencial competencia de sus vástagos varones. Freud enlaza habilidosamente esta endeble hipótesis antropogenética con sus descubrimientos sobre el totemismo. Ambos términos están necesariamente imbricados, son escenas de una misma secuencia prehistórica que precisa explicitar nuevas imágenes para hacer comprensible su argumento. Así, los hijos de ese macho tiránico, que milagrosamente sobrevivieron a su crueldad, buscaron adaptativamente la asociación para derrocarlo. El asesinato de este protopadre de la humanidad delimita el nacimiento de la sociedad y la religión:

"Odiaban a ese padre que tan gran obstáculo significaba para su necesidad de poder y sus exigencias sexuales, pero también lo amaban y admiraban. Tras eliminarlo, tras satisfacer su odio e imponer su deseo de identificarse con él, forzosamente se abrieron paso las mociones tiernas avasalladas entretanto. Aconteció en la forma del arrepentimiento; así nació una conciencia de culpa que en este caso coincidía con el arrepentimiento sentido en común. El muerto se volvió más fuerte de lo que fuera en vida; todo esto, tal como seguimos viéndolo hoy en los destinos humanos. Lo que antes él había impedido con su existencia, ellos mismos se lo prohibieron ahora en la situación psíquica de la "obediencia de efecto retardado" que tan familiar nos resulta por los psicoanálisis. Revocaron su hazaña declarando no permitida la muerte del sustituto paterno, el tótem, y renunciaron a sus frutos denegándose las mujeres liberadas. Así, desde la *conciencia de culpa del hijo varón*, ellos crearon los dos tabúes fundamentales del totemismo, que por eso mismo necesariamente coincidieron con los deseos reprimidos del complejo de Edipo."(20)

(La cursiva es de Freud)

Freud, amén de transponer la moral de su tiempo a la lejana prehistoria, contempla el asesinato del protopadre como una necesidad adaptativa, como también lo era la costosa renuncia al placer de las mujeres de la horda, denegación endogámica que permitía mantener la paz entre los hermanos. Ninguno de ellos ocuparía el lugar y gozaría de los privilegios de éste, para lo cual se reforzarían los sentimientos homosexuales y se tornaría obligatoria la exogamia. Es fundamental tener en consideración este dato, pues la concepción evolutiva de Freud está impregnada de presupuestos lamarckistas, de tal suerte que, como veremos más adelante, la sedicente práctica prehistórica, en virtud de su carácter adaptativo, constituirá el acervo hereditario de la humanidad, explicando su conducta actual en función de su práctica pasada.

La religión, desde su origen en el animismo, tiene una motivación práctica. Se trata en éste de humanizar las fuerzas naturales exorcizándolas, tal y como el niño, en su narcisismo, realiza con su entorno, y de este modo obtener la satisfacción proyectiva de que la naturaleza se desenvuelve según nuestros deseos. El totemismo es una transacción psíquica para ahogar la supuesta culpa del parricidio, mediación que se pretende además protectora. El hombre, ante la adversidad, se retrotrae en niño, crisálida inerme y desvalida, que precisa el amparo y la protección de ese personaje, que amado y odiado por igual, se creía omnipotente. El padre es ese ser obligadamente "superior", puesto que se observa desde la menguada posición del niño, de voz testicularmente "atronadora", de movimientos incomprensiblemente musculosos, de actos inapelablemente teñidos de una seguridad insultante; todo en él parece grande, "infinito", de su boca no brotan palabras, sino apotegmas y órdenes... El padre es un dios para el niño.

Sin embargo, la idealización del padre, transmutado obsesivamente en animal, no tenía el mismo carácter adaptativo y eminentemente práctico que indudablemente poseía la exogamia. Respondía a la debilidad psicológica del hombre, a la flaqueza congénita de su razón, a su desvalimiento intelectual. La religión es una transacción psíquica, como el síntoma, ante el displacer y el dolor que provoca la adusta realidad, es una regresión infantil, edípica, para escapar al sufrimiento de la vida. Únicamente el adulto es capaz de aceptar la frustración de la existencia y de la muerte sin el consuelo y la protección de un ser todopoderoso. Freud, como en otras cuestiones, establece una correlación entre el desarrollo ontogenético y el filogenético con relación a la religión o su ausencia, mostrando que su aparición obedece más a una necesidad neurótica que estrictamente adaptativa:

"Si nos estuviera permitido ver en la demostración de la omnipotencia de los pensamientos entre los primitivos un testimonio del narcisismo, podríamos atrevernos a comparar los estadios de desarrollo de la cosmovisión humana con las etapas del desarrollo libidinoso del individuo. Entonces, así en el tiempo como por su contenido, la fase animista correspondería al narcisismo, la religiosa a aquel grado del hallazgo de objeto que se caracteriza por la ligazón con los padres, y la fase científica tendría su pleno correspondiente en el estado de madurez del individuo que ha renunciado al principio del placer y, bajo adaptación a la realidad, busca su objeto en el mundo exterior."(21)

Los supuestos primitivos que dieron muerte al hipotético protopadre poseían las mismas actitudes afectivas que nuestros niños actuales. Odiaban y temían al padre a la par que lo veneraban como

modelo, deseando alcanzar su posición y disfrutar de sus prerrogativas. La instauración del totemismo marca el nacimiento del derecho y la moral, instancia ésta, que como ya hemos visto, adquiere desde ese mismo momento su equivalencia psíquica en el superyo, apuntalada con la celebración del banquete totémico, bula canibalista que permite devorar el animal-progenitor prohibido y mediante tal acto identificarse con él metabolizándolo en el propio cuerpo.

La religión es a las masas lo que la neurosis es al individuo, su generación sigue al pie de la letra las instrucciones del desarrollo patológico: trauma temprano---defensa---latencia---estallido de la neurosis---retorno parcial de lo reprimido. Ahora bien, como toda producción humana, la religión ha sufrido una evolución desde su lejano origen en el totemismo. El encubrimiento del padre, sublimado mediante su animalización, cede a una convivencia del tótem junto a las primerizas figuras humanas, reflejos ensalzados de los miembros preeminentes de los clanes, que posteriormente alcanzan el protagonismo religioso en el politeísmo del matriarcado(22) y el patriarcado. Al politeísmo le sucede el monoteísmo, encarnación de un dios paterno único, exclusivo y todopoderoso.

Sería sumamente extenso y nos alejaría demasiado de nuestros propósitos, recoger en toda su innegable riqueza argumentativa el estudio de la religión judía realizado por Freud en su "Moisés y la religión monoteísta". Bástenos con delinear aquí, sucintamente, los principales cimientos (hipotéticos en muchos casos) que lo articulan. Freud concluye que el dudoso mérito del monoteísmo, remedo idealizado del no menos idealizado faraón, se remonta a la religión egipcia de Atón, que rendía culto al sol.

El monoteísmo se traslada al pueblo judío a través de Moisés, noble egipcio y posiblemente sacerdote de la mencionada religión solar. En apoyo de esta irreverente tesis se aduce el nombre mismo de Moisés, que significa niño en egipcio, la existencia de otros muchos nombres egipcios entre los levitas, tribu partidaria acérrima del líder, la introducción del ritual de la circuncisión entre los judíos, práctica característica también de la civilización del Nilo, así como otra serie de indicios históricos, que parecen avalar la tesis de que el pueblo judío antes de Moisés era politeísta. A tan escandalosas revelaciones se añade la posibilidad, apoyada en referencias bíblicas e históricas, de que Moisés fuera asesinado. La culpa experimentada en el totemismo se volvería a repetir en el pueblo judío, sobredimensionada por el resplandor moral de tan singular patriarca. La dureza de las interdicciones morales de la religión judaica, que llega a negar la posibilidad de perdón, la salvación ante la muerte o el placer artístico y visual de dibujar y observar el rostro de dios, son un abanico de muestras de la poderosa culpa inconsciente que corresponde a tal crimen.

El sentimiento de culpabilidad se apoderó del pueblo judío; si el monoteísmo se adaptó de forma tan perfecta a su idiosincrasia se debe a que éste realizó en acto, no sólo en fantasía, el parricidio sobre la sublimada figura de Moisés. El retorno del crimen reprimido apuntala el monoteísmo mosaico y le exige, bajo la coactiva forma de la culpa, una sublimación extremada.

Si el judaísmo es la religión del padre el cristianismo se puede considerar, con seguridad, la religión del hijo. No en vano Pablo redujo el sentimiento de culpabilidad a su fuente pretendidamente protohistórica ("Totem y tabú"), que llamó pecado original, crimen contra dios, que sólo la muerte podía expiar. No obstante, el

significado velado de ese crimen no era otro que el hipotético asesinato del protopadre, parricidio preservado lamarckianamente en la memoria colectiva de la humanidad y transmitido de generación en generación(23).

Pero la doctrina no recordó el asesinato y en su lugar fantaseó la expiación. El hijo de dios, siendo supuestamente inocente, se dejó matar asumiendo la culpa de todos. Era preciso que fuese un hijo, pues debía expiarse la muerte de un padre. Cristo, como la figura del héroe trágico respecto al coro, es el cabecilla de los hermanos que destronaron y dieron muerte al sátrapa. La comunión no deja de ser un remedo tierno y mixtificado del ritualizado banquete totémico, en el cual los hermanos incorporaban, en su propio ser, al admirado y detestado padre. La sublimada persona de Jesús, su cándida y casi ilimitada bondad, no pueden cegarnos el hecho, de que su sacrificio culminara con el disimulado, pero efectivo, desplazamiento del proscenio de la tiránica presencia paterna, acaparando de esta suerte todo el protagonismo:

"Supuestamente destinada a la reconciliación con el padre-dios, terminó en su destronamiento y eliminación. El judaísmo había sido una religión del padre; el cristianismo devino una religión del hijo. El viejo dios-padre se oscureció detrás de Cristo, y Cristo, el hijo, advino a su lugar, en un todo como lo había ansiado cada hijo varón en aquel tiempo primordial. Pablo, el continuador del judaísmo, fue también su destructor. Sin duda que debió su éxito en primer término a conjurar, con la idea de redención, la conciencia de culpa de la humanidad; pero, junto a ello, lo debió a la circunstancia de resignar para su pueblo la condición de elegido y su distinción visible, la circuncisión, de suerte que la religión nueva pudo devenir universal, abrazar a todos los seres humanos."(24)

El hipotético crimen del protopadre es sustituido por el vagoroso relato del pecado original, que en el cristianismo es perdonado, mientras que en el judaísmo permanece sin expiar. Para sostener esta inconsistente teoría antropológica Freud mantiene la insegura e innecesaria concordancia entre el individuo y la masa. Al igual que en aquél, la masa posee su propia memoria colectiva transmitida filogenéticamente. Existe, de esta forma, una memoria arcaica de los ancestros del hombre heredada por las sucesivas generaciones, en similitud lamarckiana a la herencia de los instintos de los animales. No es sólo una disposición, sino que también alcanza contenidos, huellas mnémicas inconscientes, que pueden resurgir ante la estimulación de un fenómeno análogo:

"Opino que la coincidencia entre el individuo y la masa es en este punto casi perfecta: también en las masas se conserva la impresión del pasado en unas huellas mnémicas inconscientes (¡SIC!)."(25)

La teoría genética de la religión de Freud es absolutamente improcedente, de hecho ya contradecía palmariamente los descubrimientos que sobre la disciplina se tenían en su tiempo y suponía la introducción de supuestos lamarckianos a todas luces erróneos (supuestos a los que Freud era especialmente proclive, véase, por ejemplo, la tesis de la latencia como resultado filogenético de la incidencia de las glaciaciones), sin embargo, Freud se aferró a ella con un dogmatismo inusitado ya que le permitía casar, mediante una improcedente analogía, la repetición vivenciada en la ontogenia de la filogenia. Importa sin embargo destacar que la explicación de

la religión puede fundamentarse sin necesidad de postular la nebulosa e idealista conciencia filogenética de la masa. La religión siempre ha sido el reflejo idealizado de los progenitores, el correlato sobredimensionado al desamparo infantil subyacente en cada hombre. A través de ella hemos podido constatar las relaciones sociales de los pueblos, principiando por la específica fijación libidinal en el seno familiar. El origen de la misma es adaptativo como lo pueda ser el síntoma, transacción desesperada e inconsciente con una realidad hostil a nuestros deseos, culpas y miedos inasumidos.

El contrato propuesto por la religión se renueva en cada hombre en virtud de su propia experiencia edípica (en el caso del régimen patriarcal) y de la coadyuvante frustración, consustancial a la existencia. Basta derribar la coraza de papel, con la cual denodadamente intenta autodefinirse el adulto, para descubrir el perverso y desvalido niño que porta en su interior. La religión es la neurosis obsesiva de las masas, sustituye la dura aceptación de la realidad y su frío análisis por la compensación ficticia del perdón y la protección. Su razón de ser se cifra precisamente en la debilidad de la razón, en la hegemonía social de la fantasía inconsciente sobre lo real consciente, hegemonía que, por supuesto, no es socialmente inocente, pues responde a una concepción del mundo acorde al encubrimiento de su fundamento material, basado en la explotación y el sufrimiento humanos. No existen barreras para la ensoñación, hasta la muerte se desvanece para apuntar la mágica y obsesiva solución de la eternidad. Algo que, por otra parte, no puede resultarnos extraño, puesto que sabemos que inconscientemente nadie cree en su propia muerte "o, lo que es lo mismo, que en lo inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad."(26)

El panorama trazado por Freud en su paulatina desconexión

con la realidad histórica, en beneficio de su interpretación biologicista, no podría ser más desalentador. La hegemonía de lo inconsciente en el individuo se amplifica peligrosamente en las masas, susceptibles de la iniquidad más aberrante y de la estupidez más absoluta. El hombre, como ser social, parece condenado a la infelicidad si aborta sus pulsiones o a la bestialidad y la irracionalidad del primitivo si las deja a su albedrío. La sociedad semeja un barco a la deriva a punto de naufragar, no por los posibles ataques de la naturaleza externa, sino por las propias e indomables fuerzas que desatan los miembros de su tripulación.

¿REVOLUCIÓN O FANTASÍA?

El conflicto pulsional. El conflicto social.

El estado y el nacionalismo. Deseo delirante y revolución.

Crítica al marxismo. El experimento soviético.

La agresividad y la teoría de las pulsiones.

Hemos constatado anteriormente la oposición frontal que concibe Freud entre el individuo y la sociedad, entre sus pulsiones y las exigencias culturales. Este enfrentamiento se remontaba a los primeros trabajos de Freud sobre la histeria, pero el protagonismo indiscutible y casi exclusivo que en ellos ocupaba la sexualidad se ve relegado, en sus últimos escritos, por la introducción de las pulsiones agresivas y la clarificación explicativa que aporta el superyo.

La confrontación entre la civilización(1) y la sexualidad no ha cejado, ni se ha atenuado su dureza. La cultura sigue proveyéndose económicamente para sus fines de las inversiones sexuales. Con tal propósito estigmatiza el sexo desde la infancia, marginando los goces extragenitales bajo el peyorativo título de "perversiones" y circunscribiendo el placer legítimo a la genitalidad heterosexual monogámica. Los esfuerzos necesarios para sufragar el trabajo, la sublimación y las exigentes demandas morales son costeadas por la sexualidad, en detrimento de la quimérica felicidad individual.

Sin embargo, la conflictividad que dicha oposición ocasiona y la amenaza que para la cultura representa no es para Freud, ni lejanamente siquiera, comparable a la que entrañan las pulsiones agresivas. La agresividad constitucional del individuo es el enemigo más poderoso de la sociedad. Desde su origen, ésta se ha defendido

de su destructiva influencia por medio del superyo o la normatividad introyectada como parte constitutiva del sujeto, que ostenta la penosa potestad de tornarlo desdichado mediante sus rígidos y, en ocasiones, inalcanzables preceptos. La sociedad se despreocupa respecto a la facticidad de sus principios morales, limitándose a la absurda posición de premiar el cumplimiento de los más difíciles y castigar el incumplimiento de todos:

"El mandamiento "Ama a tu prójimo como a ti mismo" es la más fuerte defensa en contra de la agresión humana, y un destacado ejemplo del proceder psicológico del superyo de la cultura. El mandato es incumplible; una inflación tan grandiosa del amor no puede tener otro efecto que rebajar su valor, no el de eliminar el apremio. La cultura descuida todo eso; sólo amonesta: mientras más difícil la obediencia al precepto, más meritorio es obedecerlo. Pero en la cultura de nuestros días, quien lo hace suyo se pone en desventaja respecto de quienes lo ignoran."(2)

La ética no hace sino agigantar dolosamente el espejismo ideológico del hombre como ser exclusivamente espiritual, ignorando, como disciplina, todo lo sustancial para su trabajo, a saber, que el hombre es un ser de necesidades, que en virtud de sus características, debidas originariamente al azar, se erige o constituye a sí mismo sobre el conocimiento. Este conocimiento reniega del diletantismo o del idealista conocimiento desinteresado(3). Espoleado por la necesidad, con vocación esencialmente práctica, el hombre acrecienta su patrimonio en el decurso del tiempo y transforma su medio, pero al hacerlo no se sustrae a su poderosa base biológica.

Todo proceso cultural individual, para Freud, repite en su desarrollo el recorrido por la socialización filogenética, propiciando

el progreso por acumulación, que no por una supuesta espontaneidad o por una pretendida predestinación. El contrato debe renovarse en cada sujeto, que no está dotado de ninguna semilla divina, de ningún artilugio moral o engranaje teleológico o entidad, ad hoc, innata, que le permita sortear la violencia de la socialización sobre sus pulsiones. Si algo se prohíbe es porque es susceptible de desearse, resulta por ello incongruente, como postula el iusnaturalismo, pretender afirmar la existencia de principios éticos naturales, puesto que si fuera cierto sería vanal aventurar prohibición alguna. Lo único natural, si por natural entendemos lo apriori, son las necesidades (para Freud pulsiones), que no son en sí mismas buenas o malas, pero que tanto repugnan a las pretensiones idealistas en su concepción de un hombre tan puro como inexistente.

Esta violencia que la sociedad ejerce sobre sus componentes, permutada en cada individuo desde el origen de la misma, no es, sin embargo, igual para todos. La estructuración cultural a través de las clases sociales y las desigualdades que les son inherentes, propician una tensión y una hostilidad sobreañadida a la ya de por sí existente. Los oprimidos, columna vertebral de la producción social, carecen de las compensaciones y prerrogativas que sí disfruta la minoría privilegiada dueña de su trabajo y sus productos. Esto les convierte en enemigos acérrimos de la cultura y sus fundamentos en mayor medida que sus dominadores, que sin embargo manifiestan su rebelión por la transaccionada e inconsciente neurosis:

"En cuanto a las restricciones que afectan a determinadas clases de la sociedad (...) si una cultura no ha podido evitar que la satisfacción de cierto número de sus miembros tenga por premisa la opresión de otros, acaso de la mayoría (y es lo que sucede en

todas las culturas del presente), es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad hacia esa cultura que ellos posibilitan con su trabajo, pero de cuyos bienes participan en medida sumamente escasa. Por eso no cabe esperar en ellos una interiorización de las prohibiciones culturales; al contrario: no están dispuestos a reconocerlas, se afanan por destruir la cultura misma y eventualmente hasta por cancelar sus premisas. La hostilidad de esas clases es tan manifiesta que se ha pasado por alto la que también existe, más latente, en los estratos más favorecidos de la sociedad. Huelga decir que una cultura que deja insatisfechos a un número tan grande de sus miembros y los empuja a la revuelta no tiene perspectivas de conservarse de manera duradera ni lo merece."(4)

(El subrayado es mío)

A las contradicciones intrínsecas fruto de la condición bivalente del hombre, como animal y sujeto cultural, se añaden las derivadas de la específica socialización en clases sociales, que acrecientan desmesuradamente el malestar cultural y alejan hasta el reino de lo imposible la pretendida aprehensión de la felicidad. En el epicentro de esta tensión social se sitúa el protagonismo vicario del estado, que se manifiesta como una institución represiva e interesada, perdiendo el velo de la imparcialidad y la asepsia con el cual se cubría en sus soflamas propagandísticas. El pretendido ascendente moral del estado es tan mendaz como su neutralidad social y política. Si se arroga para sí la exclusividad en el ejercicio de la violencia, la injusticia y el engaño no es para erradicar dichos males, sino para monopolizarlos, "como el tabaco y la sal"(5), encubriendo su leal vasallaje a los intereses de los poderosos bajo el repulsivo y mixtificado ropaje del patriotismo.

La actitud personal de Freud respecto al estado distaba de ser de credulidad. Se puede afirmar que nunca creyó en su pretendido propósito altruista, tras el cual vislumbraba un infinito afán

depredador para objetivos innobles(6). Sin duda, la cruel experiencia de la primera guerra mundial acrecentó su aversión por el estado y el conjunto de sus instituciones dependientes. Sus informes sobre las neurosis de guerra constatan, pese a la acción de la censura y la propia autocensura, su indisimulado rencor hacia las mismas, incluida la clase médica que delató su papel sicario y brutal en el "tratamiento" de los soldados aquejados de neurosis de guerra mediante la tortura, denominada cínicamente "electroterapia". Freud señala que los soldados, de haber estado sanos, tendrían que haber desertado o haber simulado (no padecido realmente) estar enfermos y que su padecer, precisamente, obedecía a la asimilación como algo propio (superyo) de los mitos sociales de la obediencia a los jefes o el amor a la patria.

Las neurosis de guerra expresaban un conflicto yoico entre las legítimas aspiraciones del sujeto a preservar la vida, la renuncia a matar a otros hombres, así como la revuelta a la sofocación de su personalidad por parte de sus superiores jerárquicos y, por otro lado, la exigencia y la correspondiente autoexigencia normativa (del superyo) a cumplir con los deberes mitológicos de la nación y la ciega y perruna acatación normativa(7).

El mito nacionalista Freud lo hace derivar de la práctica social, pero a pesar de su carácter superestructural, explícitamente reseñado, no deja de tener un gran poder social efectivo, especialmente como máscara mixtificadora de las desigualdades de clase.

"La satisfacción narcisista proveniente del ideal de cultura es, además, uno de los poderes que contrarrestan con éxito la hostilidad a la cultura dentro de cada uno de sus círculos. No sólo las clases privilegiadas, que gozan de sus beneficios; también los oprimidos

pueden participar de ella, en la medida en que el derecho a despreciar a los extranjeros los resarce de los perjuicios que sufren dentro de su propio círculo. Se es, sí, un plebeyo miserable, agobiado por las deudas y las prestaciones militares; pero, a cambio, se es un romano que participa en sojuzgar a otras naciones y dictarles sus leyes. Esta identificación de los oprimidos con la clase que los sojuzga y explota no es, sino una pieza dentro de un engranaje más vasto. En efecto, por otra parte pueden estar ligados a ella afectivamente y, a pesar de su hostilidad hacia los señores, verlos como su ideal. si no existieran tales vínculos, satisfactorios en el fondo, sería incomprensible que un número hartó elevado de culturas pervivieran tanto tiempo a pesar de la hostilidad de vastas masas"(8)
(El subrayado es mío)

El odio a lo diferente, apuntado en su libro "Psicología de las masas y análisis del yo", y la envidia, nuclea los prejuicios nacionalistas y racistas. Quizás sea esa disonancia normativa, que relativiza la propia normatividad en el contraste, la que provoque, como compensación, un refugio en el narcisismo o glorificación de lo propio o lo considerado como tal, por muy penosa que sea la posición social que se ocupe. Lo cierto es que los pueblos, como los individuos, olvidan los hechos penosos y desagradables encubriéndolos en fantasías que pretenden embellecer lo verdaderamente sucedido mediante un relato mitológico de lo que nunca ocurrió, pero que sí habría gustado que sucediera. Tal relato fantástico adquiere luego la condición de verdad oficial y, a la postre, de verdad histórica(9).

Freud, según el mismo reconoció, dada su condición de judío, esto es, de miembro de una comunidad inscrita en otra mayor dominante a la que se pertenece, pero sólo marginalmente, estaba libre o pudo superar críticamente estos prejuicios nacionalistas con mayor facilidad que un gentil. Pero no se limitó a eso, en un alarde

de fortaleza teórica y cosmopolita extendió su crítica hasta el judaísmo. "Moisés y la religión monoteísta", al margen de su cuestionable veracidad histórica, es una prueba más, la última antes de su fallecimiento, de su rebeldía y su carácter iconoclasta. Pese a las muchas presiones que recibió para no publicarlo, pese a la trágica situación de su "pueblo" en aquel entonces, Freud no quería dejar incólume el mito del judaísmo. Freud era judío y nunca renegó de su judeidad, pero tal judeidad era una reacción por la exclusión social de los gentiles y no estaba dispuesto a convertirla en virtud mediante el mito del judaísmo(10).

El nacionalismo se sustentaba en un goce narcisista, claramente encubridor de las contradicciones sociales de clase. El individuo "superaba" o eludía sus complejos, su objetiva situación de explotación, identificándose con el ideal cultural de la clase dominante(11). Freud advertía que el nacionalismo, como todo mito, servía instrumentalmente a los intereses más bastardos (como se había demostrado en la gran guerra), encubriéndolos bajo un disfraz que reportaba un goce transaccionado, pero, al igual que la religión, ese goce no se efectuaba en el mundo efectivo aprehendiendo conscientemente un objeto real, sino que se desarrollaba en el orden inconsciente de la fantasía y tenía como resultado un fantasma, nada, momentos fugaces de gozosa ensoñación. La crítica que Freud realizó a Dostoievski por su rancio patriotismo o su amor filial hacia el zar es suficientemente ilustrativa de cual era su actitud al respecto.

Todo parece indicar la necesidad de un profundo cambio social, pero Freud nos advierte del peligro que entraña la frustración a la hora de calibrar los contornos de la realidad y establecer soluciones a la misma. La adversidad social puede obnubilar al individuo y a

las masas que, en ocasiones, aspiran a soluciones reactivas, como el eremita. Se concibe la realidad como un enemigo, del que sólo cabe escapar, bien por un alejamiento físico, bien por la introducción en la realidad de elementos desiderativos, autojustificatorios de un discurso delirante:

(Para protegerse de la frustración que ocasiona la vida) "Hay otro procedimiento más enérgico y radical. Discierne el único enemigo en la realidad, que es la fuente de todo padecer y con la que no puede convivir; por eso es preciso romper todo vínculo con ella, si es que uno quiere ser dichoso en algún sentido. El eremita vuelve la espalda a este mundo, no quiere saber nada con él. Pero es posible hacer algo más: pretender recrearlo, edificar en su remplazo otro donde sus rasgos más insoportables se hayan eliminado y sustituido en el sentido de los deseos propios (...) Particular significatividad reclama el caso en que un número mayor de seres humanos emprenden en común el intento de crearse un seguro de dicha y de protección contra el sufrimiento por medio de una transformación delirante de la realidad efectiva." (12) (El subrayado es mío)

Uno de los empeños más acusados y constantes en la obra de Freud es el de derrumbar toda fantasía o ilusión colectiva. Los hombres más admirados por él, Copérnico y Darwin, eran precisamente los que habían derruido los espejismos del geocentrismo y el creacionismo respectivamente, ambos consustanciales a la fantasía mayor de la religión. El psicoanálisis además de demoler el ensueño de una psicología basada en la consciencia, extiende su acción a todas las producciones mitológicas humanas, desvistiéndolas de sus falsos ornamentos, para develarlas en su materialidad.

En la crítica expuesta anteriormente no se alude directa y

explícitamente a los revolucionarios, sino que se refiere a algunas manifestaciones de la religión. Sin embargo, la identificación entre religiosidad e ideología política no obedece a una interpretación particular y arbitraria sobre Freud, ya que en otros textos se apuntala el símil con toda su intencionalidad. Trufar la realidad con el deseo, sustituir la fantasía por el argumento, transmutar encubridoramente la aporía en reducción simplista o descarada ignorancia de avestruz... han sido recursos, religiosas artimañas, de los revolucionarios, incluso de aquellos que pretendían guiarse por la razón científica y sepultar en el olvido la lucha quimérica y huidiza de los primeros albores del movimiento obrero.

Marcuse ha revelado la función crítica y liberadora de la fantasía(13), destacando la reconciliación que se opera en ella entre la razón y la felicidad. Conjunción imposible en el orden social imperante, donde todo lo sexual es denigrado, bajo el puritano y represivo prisma del principio de realidad (burguesa), como producción perteneciente al ámbito de lo irracional. Sin embargo, su reivindicación del carácter progresivo de la fantasía, peca de unívoca, cuando ésta posee también un carácter regresivo que Marcuse parece ignorar.

La fantasía, en sí misma, no es liberadora. Marcuse no ha advertido, con la suficiente claridad ni con el énfasis necesario, la capacidad de integración y, por ende, de resignación de la fantasía, como goce transaccionado y sublevación eminentemente fallida, inoperante para la transformación de la sociedad.

La fantasía puede ser, según sea su contenido, el motor de la inteligencia, señalando su objetivo, pero éste únicamente puede alcanzarse mediante el ejercicio frío y despiadado, violento a la hora de mostrar sus limitaciones, de la razón. Pero entiendo que estas

consideraciones están formuladas de un modo abstracto, puesto que ambas, fantasía y razón, son producciones históricas, que dependen en su contenido de las condiciones sociales que las hacen posibles. Resaltar únicamente el carácter liberador de la fantasía y su criticismo con la realidad denegada, por lo demás, nos impide contemplar el significativo hecho de que esa liberación momentánea revierte, a la postre, en beneficio de los viscosos intereses de la realidad social hegemónica, que no se resiente en asumir el escapismo de la fantasía, como el del sueño, el síntoma, el arte... en beneficio del funcionamiento inalterable de sus engranajes. Ello no supone, en absoluto, que se deba renegar de las elaboraciones del principio del placer, únicamente señalo, en consonancia con Freud, que su inoperatividad en lo político alcanza lo contraproducente. Como señala Anthony Elliott, en su obra "Teoría social y psicoanálisis en transición", la fantasía amén de engendrar futuros posibles liberadores "es la base productiva de todos los vínculos sociales existentes, y provee las imágenes esenciales y representaciones donde arraiga la vida institucional moderna. De estas dos tendencias, me parece, Marcuse escoge sólo la primera, con lo que desgaja a la fantasía de su papel de organizadora en las relaciones sociales contemporáneas"(14)

De un modo similar, el marxismo, pese a ser explícitamente admirado, adolece de una exagerada ignorancia psicológica. Al reducir, según ha colegido peculiarmente Freud, todos los males sociales a la existencia de la propiedad privada y su consiguiente estructuración social en clases, manifiesta una incompreensión palmaria de la naturaleza humana. El obstáculo más importante de la cultura, la agresividad, no es íntegramente el resultado de la propiedad, ya que aquella, para Freud, se daba en la prehistoria,

cuando las formas de propiedad eran escasas o inexistentes, es constatable en los niños, siendo la analidad su única y arcaica manifestación de posesión, y se delata imbricado con la libido en todos los nexos afectivos, a excepción, quizás, de la relación que la madre establece con su hijo varón. Incluso si se permitiera y alentara la libertad sexual, fuente de innumerables frustraciones que encuentran su inmediata traducción en la agresividad, ésta persistiría, perenne, inseparable del hombre como su misma sombra:

"Los comunistas creen haber hallado el camino para la redención del mal. El ser humano es íntegramente bueno, rebosa de benevolencia hacia sus prójimos, pero la institución de la propiedad privada ha corrompido su naturaleza. La posesión de los bienes privados confiere al individuo el poder y con él la tentación de maltratar a sus semejantes; los desposeídos no pueden menos que rebelarse contra sus opresores, sus enemigos. Si se cancela la propiedad privada, si todos los bienes se declaran comunes y se permite participar en su goce a todos los seres humanos, desaparecerán la malevolencia y la enemistad entre los hombres. (...) puedo discernir su premisa psicológica como una vana ilusión. Si se cancela la propiedad privada, se sustrae al humano gusto por la agresión uno de sus instrumentos; poderoso sin duda, pero no el más poderoso. Es que nada se habrá modificado en las desigualdades de poder e influencia de que la agresividad abusa para cumplir sus propósitos; y menos aún en su naturaleza misma."(15)

(El subrayado es mío)

Ciertamente, la síntesis del marxismo que nos ofrece Freud resulta ser extremadamente simple o simplista cuando no abiertamente tendenciosa, pero ello no debe ser motivo para apreciar el entramado argumental de su crítica. El marxismo, merced a su análisis económico y social, ha aprehendido uno de los determinantes más decisivos de la conducta humana y sus concordantes

elaboraciones ideológicas. La negación del orden burgués en su totalidad y como totalidad, ha permitido al marxismo, a su vez, renegar de la familia y la moral burguesa, considerándolas producciones históricas en armónica y estrecha correlación con el orden productivo alienante de la burguesía. En sustitución de la hipócrita y represiva moral burguesa, el marxismo propugna la emancipación femenina y la libertad sexual, que desembocarían, una vez abolida la hegemonía burguesa y su estado, en la comunidad sexual de las mujeres, enterrando definitivamente la familia (al menos en su cristalizada forma que hoy conocemos).

Freud reconoce la decisiva influencia de los factores económicos en la vida anímica y conductual y no puede evitar, preso del estupor, sentirse subyugado por la radicalidad de las propuestas sexuales, que prometen un cambio social alentador. Sin embargo, "esta intelección es enturbiada por un nuevo equívoco idealista acerca de la naturaleza humana"(16), al desdeñar su disposición pulsional.

La crítica al marxismo no se limita a constatar la omisión de la base pulsional del hombre. La formación de las clases sociales parece delegarse, según cree Freud, en una historia natural que obra abstracción sobre sus determinaciones materiales, olvidando el estudio antropogenético de las mismas, que obligadamente debe remontarse a las diferencias en el grado de organización, armamento y riqueza del medio, que separaban a las distintas "hordas". Dicha evolución natural de la historia se sostiene, como piedra angular, en el concepto de la dialéctica, categoría incomprensible para Freud, que rememora la oscuridad idealista de Hegel y parece confirmar su metafísico contenido, en el impreciso y cuasi religioso determinismo o Moira histórica que sostienen los marxistas:

"En la teoría de Marx me han extrañado tesis como esta: que el desarrollo de las formas de sociedad es un proceso de historia natural, o que los cambios en la estratificación social surgen unos de otros por la vía de un proceso dialéctico. En verdad no estoy seguro de comprender rectamente tales aseveraciones, pero ellas no suenan "materialistas", sino, más bien, como un precipitado de aquella oscura filosofía hegeliana por cuya escuela también Marx ha pasado. (...) La fuerza del marxismo no reside evidentemente en su concepción de la historia ni en la previsión del futuro basada en aquella, sino en la penetrante demostración del influjo necesario que las relaciones económicas entre los hombres ejercen sobre sus posturas intelectuales, éticas y artísticas."(17)

Freud rechaza el desarrollo dialéctico de la historia y su tácito determinismo teleológico, no únicamente por lo que pueda poseer de profético, sino porque sus concepciones biologicistas sobre la naturaleza pulsional del hombre y la hegemonía psicológica de lo inconsciente le obligan a ello. El determinismo histórico marxista es una elaboración heredera de su ascendencia ilustrada, de la fe en el progreso humano como consecuencia necesaria de su innata racionalidad. El comunismo es, de este modo, el modelo de la sociedad racional, la ecuación social perfecta, la desembocadura inexorable de la riada humana en su proceso creciente de aprehensión científica de la realidad y consecuente lucha política.

Freud, sin embargo, ha constatado la descorazonadora debilidad racional de los hombres, indolentes y autistas, cuando no claramente hostiles, ante los más brillantes razonamientos, en virtud de la preeminencia de sus pasiones. Ha desmitificado la esencia del hombre, para resituarlo, con Darwin, en la escala evolutiva, como una especie atípica, pero indudablemente perteneciente al reino animal. Tales consideraciones fuerzan a Freud a rechazar cualquier predestinación histórica como mera ilusión, incluso si dicha ventura

pretende fundamentarse en la racionalidad humana.

Por otra parte, los motivos económicos no son los únicos estímulos de la motivación humana, ya que iguales condiciones sociales no generan las mismas respuestas. Freud reclama la pluralidad causal para explicar los fenómenos sociales:

"Pero no puede admitirse que los motivos económicos sean los únicos que presiden la conducta de los hombres dentro de la sociedad. (...) No se entiende cómo se podrían omitir factores psicológicos toda vez que se trata de las relaciones de seres humanos vivientes, pues no sólo estos han participado en el establecimiento de tales relaciones económicas, sino que, aun bajo su imperio, los seres humanos no podrían hacer otra cosa que poner en juego sus originarias mociones pulsionales: su pulsión de autoconservación, su placer de agredir, su necesidad de amor, su esfuerzo hacia la ganancia de placer y la evitación de displacer. En una indagación anterior hemos reconocido asimismo la vigencia del sustantivo reclamo del superyo, que subroga la tradición y las formaciones de ideal del pasado y resistirá durante un tiempo a las impulsiones provenientes de una situación económica nueva. Por último, no olvidemos que sobre las masas humanas, sometidas a la necesidad objetiva de lo económico, discurre también el proceso del desarrollo de la cultura (...) influido ciertamente por todos los restantes factores, pero sin duda independiente de ellos en su origen, comparable a un proceso orgánico y muy capaz de influir a su vez sobre los demás determinantes."(18)

El texto es quizás algo extenso, pero recoge todo el abanico de causas que para Freud configuran la idiosincrasia individual y colectiva. Se aprecia en él, además de la regresión biologicista de las pulsiones, la importancia decisiva que para Freud tiene el legado antropogenético aventurado en "Totem y tabú", consistente en considerar el origen de la cultura como algo similar a "un proceso

orgánico" o natural que determina genética y lamarckianamente la práctica de la humanidad por medio de la herencia. Pero, al margen de los errores, cabe recalcar el destacado papel social que desempeña el superyo freudiano, que aunque su formulación acuse un marcado mitologismo, no deja de describir una realidad psicológica y social axial.

Si la revolución es un acontecimiento social tan excepcional, ello no obedece únicamente a la preponderancia de los procesos inconscientes sobre el resto de los procesos psicológicos, ni al costoso esfuerzo económico que supone la marginal consciencia, ni tampoco únicamente a la poderosa represión que ejercen todas las instancias de socialización... a todos estos motivos se añade la conservadora influencia del superyo, que permuta el patrimonio moral de los progenitores por medio de la exigencia angustiosa del miedo a la emasculación, pero también desde el deseo del sujeto infantil hacia los mismos. Efectivamente, el superyo, en contra de la simplificada aprehensión de la escuela de Frankfurt, se establece como parte del sujeto, se introyecta, a través de la identificación narcisista del niño con la normatividad encarnada en las figuras parentales. La represión no tiene pues un carácter extrínseco que Marcuse le adjudica, sino que para ser tal represión, esto es, inconsciente, tiene que ser intrínseca, provocada por la identificación narcisista con los progenitores. Ahora bien, siendo cierto lo dicho no deja de serlo también que el proceso interdinámico que da lugar a la adquisición normativa (cosificadamente superyo) se establece desde una asimetría manifiesta.

Podríamos decir, prolongando improcedentemente la duplicación substancial, que el superyo nos hace dóciles, obedientes, culpables ante cualquier transgresión, sumisos a un orden atávico que en

buena medida nos es ya extraño. El superyo alarga la agonía de los preceptos y regímenes más indeseables. Sublevarse, y mucho más sublevarse contra todo un orden social, es una afrenta despreciable, un ultraje inaudito contra nuestros padres y sus vicarias figuras políticas, pero lo paradójico y exasperante de ello es que vivenciamos ese proceso, cuando el deseo traspasa a la consciencia, como un agravio contra nosotros mismos, que sin percibirlo siquiera hemos sufrido la mutación de nuestra pretendida identidad o que comenzamos a intuir que ésta es radicalmente disímil a lo que pensábamos que era.

La lentitud de los cambios sociales no es equiparable al exagerado y parsimonioso cambio de sus costumbres, en especial de las que afectan directamente a la moral (atendemos a la acepción vulgar de ésta, sí no sería un pleonismo). No es extraño comprobar como mentalidades y hábitos acordes a sistemas sociales obsoletos conviven con formas productivas hiperdesarrolladas. Pero veamos cual es la actitud de Freud ante uno de esos excepcionales revulsivos sociales contemporáneo a su tiempo.

La posición de Freud frente a la revolución rusa oscila entre la admiración por sus logros sociales e ideológicos, en especial la lucha desplegada contra la ilusión religiosa, y la denuncia del progresivo e "inquietante parecido con aquello que combatía"(19). Es casi una constante, en sus numerosas referencias al incipiente poder de los soviets, la acusación por la ausencia de libertad de pensamiento y creación artística y la creciente religiosidad de sus formas y garrambinas, que empiezan a delatar una correspondencia en sus contenidos.

Freud saluda alborozado el "experimento cultural" que pretende abolir la injusticia y la fantasmagoría religiosa, heredero y deudor de

esa otra grandiosa y también fallida experiencia histórica, la revolución francesa, que desgraciadamente sucumbió en similar empeño racional(20). La libertad creativa y el entusiasmo de los primeros años de la revolución, unido a la altura intelectual y política de sus entonces cuadros dirigentes (Lenin, Trotsky, Bujarin...), propiciaron una interesante y fecunda convivencia entre el marxismo y el psicoanálisis(21). La primera experiencia de educación infantil orientada psicoanalíticamente, paralela cronológicamente a la experiencia pedagógica de Makarenko, fue realizada en Moscú por Vera Schmidt, las obras de Freud fueron difundidas en y, en 1919, en la Hungría soviética de Bella Kuhn y Georg Lukacs, Sandor Ferenczi, uno de los más destacados psicoanalistas de su tiempo, fue promocionado a profesor de la universidad(22).

Sin embargo, el período de creatividad y tolerancia intelectual resultó desesperanzadoramente breve, a partir de 1930, en un proceso de intolerancia creciente, la represión de cualquier heterodoxia fue duramente perseguida por el cada vez más totalitario y mediocre, por obligado silencio o defunción de sus elementos conspicuos, partido de Stalin, que asumió un tiránico y paternal liderazgo del país, consiguiendo la infantilización y el conservadurismo de su pueblo. Los escritos de Freud reflejan una simpatía proporcionalmente inversa a tal proceso, cuanto más se patentiza el control de tan nefando personaje y su represiva política, menores son sus elogios y mayor es la incisión de su crítica, que alcanza el grado superlativo en 1938, en pleno apogeo coercitivo, cuando su decepción de la experiencia soviética roza el apólogo del nazismo:

"En la Rusia soviética se han lanzado a la empresa de elevar a unos cien millones de seres humanos, mantenidos en la sofocación,

hasta formas de vida mejores. Se tuvo la osadía de quitarles el "opio" de la religión, y se fue lo bastante sabio para concederles una medida razonable de libertad sexual. Pero, en cambio, se los sometió a la compulsión más cruel, y se les arrebató toda posibilidad de pensar libremente. (...) Uno se siente casi aliviado de una aprehensión oprimente viendo, en el caso del pueblo alemán, que la recaída en una barbarie poco menos que prehistórica puede producirse sin apuntalamiento en ideas progresistas."(23)

(El subrayado es mío)

El experimento cultural soviético, como otros anteriores a él, se premoniza fallido. Las formas religiosas en vez de sucumbir han adoptado otra máscara, en lugar de la biblia se citan, cual apotegmas, las obras de Marx, en vez del paternalismo del zar reina el paternalismo de Stalin... La mayor justicia social, así como una equivalente liberalización de las relaciones sexuales (en nada comparable a la iniciada al principio de la revolución), no consiguen ocultar el sucio rostro del totalitarismo. El mencionado despotismo encuentra cierta justificación en función de las prioridades económicas del, por su herencia zarista y la inicua intervención extranjera, arruinado régimen soviético, prioridades que desplazan la satisfacción de las necesidades intelectuales y que le llevan a interrogarse si este "ensayo grandioso" no habrá sido emprendido antes de tiempo:

"Por desdicha, ni de nuestra duda ni de la fe fanática de los otros surge indicio alguno sobre le futuro desenlace de ese ensayo. El porvenir lo enseñará; acaso muestre que el ensayo se emprendió prematuramente, que una alteración completa del régimen social tiene pocas perspectivas de éxito mientras nuevos descubrimientos no hayan aumentado nuestro gobierno sobre las fuerzas de la naturaleza, facilitando así la satisfacción de nuestras necesidades. Acaso sólo entonces se volvería posible que un nuevo régimen

social no se limitara a desterrar el apremio material de las masas, sino que atendiera también a las exigencias culturales del individuo. "(24)

El diagnóstico, coincidente con el de otros destacados marxistas (entre ellos el propio Lenin), evita caer en el personalismo interpretativo (error político característico de Freud) para centrarse en sus relaciones objetivas. El atraso económico de Rusia, unido a la personalidad genocida de su por entonces máximo líder, propician un futuro tan poco exitoso como deseable. Freud resuelve replegarse o reafirmarse en el reformismo escéptico que nunca abandonó totalmente. Una atmósfera opresiva flota por toda Europa. Ante el autoritarismo político preeminente de los años treinta las democracias conservadoras casi semejan, tristemente, el único refugio de la civilización(25).

Sin establecer una motivación unívoca, pues como veremos más adelante existen presupuestos teóricos que le hacen adoptar tal posición, se puede constatar la influencia decisiva del tormentoso acontecer histórico en la concepción social de Freud, que enfatizará la congénita agresividad de los hombres para cuestionar toda esperanza cultural, como se aprecia en la frase final, preñada de incertidumbre, que añadió en "El malestar en la cultura" tras el ascenso electoral de Hitler: "¿Pero quién puede prever el desenlace?"(26).

La agresividad es el mayor obstáculo de la sociedad y sus metas, su represión conlleva tanta desdicha como su misma satisfacción, pues lo único que logra su interiorización es reemplazar el objeto depositario del ataque. La pulsión agresiva no sólo extirpa la posibilidad de alcanzar la felicidad, sino que además amenaza

sombriamente el futuro de la humanidad.

No obstante, la solidez argumentativa de las pulsiones sexuales no encuentra su equivalencia en la pulsión de muerte. El carácter hipotético y especulativo de ésta siempre fue reconocido por Freud, que advertía sin dificultad el vagoroso suelo conceptual que la sostenía. La evolución de la teoría de las pulsiones atestigua, sin renunciar jamás a la bipolaridad pulsional, la inseguridad a la hora de definir y caracterizar a la agresividad(27). Ésta había sido considerada alternativamente perteneciente a la sexualidad, como pulsión independiente, como parte de las pulsiones de autoconservación, para alcanzar finalmente el grado de independencia definitivo.

Sin embargo, una vez postulada la pulsión de muerte, aun ignorando las numerosísimas dudas que suscita, tampoco entonces la agresividad consigue afirmarse explicativamente con seguridad. La pulsión de muerte se había definido como la tendencia de lo orgánico vivo a regresar a su estado inorgánico anterior, esto es, como un proceso interno del propio sujeto. La agresividad era un añadido aclaratorio al internalizado proceso autodestructivo, analógico a la relación existente entre la libido narcisista y la libido objetal. El origen de esta agresividad, hipotéticamente, se situaba en la decisiva unión de los organismos unicelulares y el consecuente advenimiento de los seres pluricelulares, que precisaron contrarrestar la pulsión de muerte arrojándola al exterior parcialmente:

"Como consecuencia de la unión de los organismos elementales unicelulares en seres vivos pluricelulares, se habría conseguido neutralizar la pulsión de muerte de las células singulares y desviar hacia el mundo exterior, por la mediación de un órgano particular,

las mociones destructivas. Este órgano sería la musculatura, y la pulsión de muerte se exteriorizaría ahora - probablemente sólo en parte- como *pulsión de destrucción* dirigida al mundo exterior y a otros seres vivos."(28)

La cita anterior pertenece a "El yo y el ello", que fue escrito en 1923, pero en 1930 en "El malestar en la cultura", sin mediar una explicación por tan trascendental cambio teórico, Freud establece la dualidad pulsional entre la pulsión sexual o Eros y la pulsión destructiva o Thanatos. No encontramos en esta obra, ni en las sucesivas, la nueva y posible relación existente entre la agresividad interna y la ahora originaria pulsión destructiva, salvo la que se opera en la exclusivamente humana "instancia" psíquica del superyo. Hay que esperar e indiscretamente descubrir la privada correspondencia del autor con Marie Bonaparte en 1937 para rastrear noticias al respecto:

"El vuelco de la pulsión agresiva hacia dentro es, desde luego, la contrapartida del vuelco de la libido hacia afuera, cuando esta pasa del yo a los objetos. Se podría imaginar un esquema según el cual originalmente, en los comienzos de la vida, toda la libido estaba dirigida hacia adentro y toda la agresividad hacia afuera, y que esto fue cambiando gradualmente en el curso de la vida. Pero quizás esto no sea cierto."(29)

El origen sigue cifrándose en el equilibrio económico entre ambas pulsiones. El paso de los seres unicelulares a los pluricelulares a través de la externalización de la libido debe corresponderse con un reequilibrio con la otra pulsión. Pero si antes

se afirmaba que la pulsión de muerte, interna, ante tal cambio se transforma parcialmente en agresividad, ahora se manifiesta lo contrario: que la agresividad, externa, ante la exteriorización parcial de la libido, se muda parcialmente a su vez en agresividad interna. Y no sólo eso, la inseguridad de lo aseverado se reafirma en la siguiente misiva:

"Le ruego no adjudique demasiado valor a mis observaciones sobre la pulsión de destrucción. Fueron hechas en forma espontánea y tendrían que ser cuidadosamente sopesadas si se pensara en publicarlas. Además contienen muy poco de nuevo."(30)

El último aserto del texto citado es manifiestamente incorrecto. Freud no había explicado esta cuestión anteriormente y no lo hizo en ninguna de sus obras posteriores a "El malestar en la cultura" y tampoco en ésta, donde decidiera alterar su teoría pulsional. Creo que Freud constataba hiatos argumentales insalvables en su teoría. Una teoría que siempre conservó su carácter hipotético y antidogmático, precisamente por estar subordinada a la práctica psicológica y a sus descubrimientos, pero que desde la débil, especulativa e improcedente teorización antropogenética de "Totem y tabú" y, posteriormente, de la pulsión de muerte se aleja llamativamente de la práctica analítica, perdiendo su sustento material, para abandonarse en el idealismo especulativo mitobiológico.

La existencia de la agresividad en los hombres es un hecho tan lamentable como incontrovertible, pero el origen de la misma es algo, lo sustancial, que Freud no consiguió explicar satisfactoriamente

precisamente por su empeño de vincular el psicoanálisis a la teoría evolutiva, trastocando la primitiva noción psicológica de pulsión, como transacción psíquico-social de las necesidades, por una biológica, propiamente un instinto.

Quizás esta cuestión, pese a su indudable importancia, no acapararía tanto nuestro interés si no fuera porque Freud considera la agresividad como el mayor enemigo de la cultura y de todo proceso de transformación social. Si la agresividad perdiera su carácter congénito y obedeciera a la frustración sexual, a una específica regresión de la misma índole, a las alienantes condiciones culturales y económicas... entonces se podría abandonar, sin caer en la lamentable e injustificada credulidad, esa concepción trágica de la existencia que parece adoptar Freud en sus últimos escritos.

Digo trágico no porque la oposición entre la cultura y las pulsiones se produzca en el final de la obra freudiana, es apreciable, como hemos sostenido, desde el principio de la teoría psicoanalítica. Sin embargo, la oposición que se operaba entre las pulsiones sexuales y los mandamientos culturales, por muy enconada que se manifestara la lucha, como así era, no dejaba de advertir su carácter histórico, dúctil, contingente, dependiente de la práctica social. El mismo Freud, una y otra vez, así lo delataba al actuar como reformador, a veces, osadamente, como revolucionario, y proponía o exigía cambios para atenuar o solucionar el conflicto, que se entendía social, histórico y, por ende, subsanable.

Ahora bien, con la introducción de la pulsión de muerte y, en especial con la mutación de ésta en pulsión agresiva, en función de su irreductibilidad social, la práctica social emancipatoria queda devaluada cuando no abiertamente fracasada apriori. El papel que antes jugaba el sujeto y, más allá de éste, la sociedad, lo vienen a

ocupar ahora las pulsiones. Pero por pulsiones no entendemos ya la mediación cultural de necesidades biológicas, sino entes substanciales en perenne guerra mitológica que se manifiestan o delatan a través del sujeto y la sociedad arrebatándoles todo su protagonismo. La práctica social ha cedido su protagonismo a la cosmogonía mitobiológica y la consideración de tal confrontación no puede advenir sino con el signo de la tragedia, de lo ineluctable, en la medida en que su resultado está más allá de toda transformación humana.

Sin embargo, se equivocan aquellos que, en el otro extremo, arrogándose para sí una postura crítica, acusando acertadamente a Freud de sostener una visión biologicista de los fenómenos humanos pretenden ignorar su importancia en beneficio de las elaboraciones sublimadas(31). Las pulsiones, consideradas como transacciones históricas de necesidades materiales, aportan la base objetiva de un conflicto que de otra manera devendría inexplicable. Otra cuestión, muy distinta, es la importancia que se les atribuya (De similar manera, nadie puede negar la existencia e importancia de los genes, pero ello no implica, en absoluto, aceptar el papel que improcedentemente les atribuye la sociobiología). La eliminación o el cuestionamiento global de las mismas conduce inexorablemente al idealismo y su consiguiente vacío demostrativo:

"La minimización revisionista de la esfera biológica y especialmente del papel de la sexualidad cambian el enfoque no sólo del inconsciente a la consciencia, del id al ego, sino también de las expresiones presublimadas de la existencia a las sublimadas. (...) La mutilación de los revisionistas de la teoría de los instintos lleva a la tradicional devaluación de la esfera de las necesidades materiales en favor de las espirituales. (...) La neurosis aparece, también, esencialmente como un problema moral y se hace

responsable al individuo del fracaso de su realización personal."(32)

La posibilidad de un mundo mejor únicamente reposa en nuestra frágil condición racional. En función de su endeblez no cabe ningún triunfalismo, pero su sola existencia abre la puerta a cierta escéptica esperanza, la misma que Freud demostraba en "El porvenir de una ilusión" (1927) - obra anterior a la introducción de la pulsión destructiva- cuando discutiendo con su alter ego consideraba probable que la irracionalidad y la estupidez actual del hombre fuera el resultado consecuente de su represión sexual y su educación religiosa:

"Puesto que desde muy temprana edad pesan sobre le ser humano, además de la inhibición de pensar el tema sexual, la inhibición religiosa y, derivada de esta, la de la lealtad política, de hecho nos resulta imposible decir como es él realmente."(33)

La detección de tales condicionantes, consustanciales a un régimen de explotación intrínsecamente irracional, le llevan a saludar con simpatía y contenida esperanza todo intento social, que propugne una educación para la realidad desde la razón y la ciencia, que deseche, cual trasto inútil, la deletérea ilusión religiosa y se libere de la asfixiante represión sexual. Arrumbar dichos determinantes permitiría comprobar cómo es real y prácticamente, más allá de toda especulación infundada, el hombre y los límites biológicos que lo conforman. Precisamente, cuando Freud se remite a los condicionantes sociales, bien sean clínicos y, por ende, ineludibles, o bien sean sociales, cuando se aleja de un análisis mitológico de la

base biológica, le permite albergar, dentro de su lúcida prudencia, una esperanza para la humanidad.

Segunda parte

RUPTURA IDEOLÓGICA

La política psicoanalítica. Defecciones

Ruptura teórica. La clase médica.

Atribuciones ideológicas. El antisemitismo.

Censura y autocensura. Freud político

“Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” no es una obra imprescindible para reconstruir el discurso teórico del psicoanálisis, en ella no se apuntan nuevas revelaciones conceptuales y tampoco se justifica como, ni pretende ser, un compendio del mismo. El propósito manifiesto del libro es otro, a saber, diferenciarse de las posturas de Jung y Adler. Pero a nosotros no nos interesa por tal motivo aparente, máxime cuando el tiempo, desgastando y, finalmente, ignorando la visceralidad, se ha encargado, por sí solo, de juzgar la valía e importancia teórico-práctica de tales deserciones.

Lo cierto es que la defección de Jung, a diferencia de la de Adler, provocó en Freud una profunda crisis emocional que sirvió para que afloraran públicamente multitud de cuestiones o reproches ideológicos, largo tiempo reprimidos, que trascendían la propia escisión.

Indudablemente, Jung, dentro de parámetros marcadamente idealistas, era original, creativo y emprendedor y fue uno de los pocos discípulos de Freud, de la primera hornada, capaz de realizar aportaciones teóricas aunando inteligencia y personalidad para defenderlas. Esta es una característica nada desdeñable en el movimiento psicoanalítico puesto que el grueso de tal ejército no descollaba de una mediocridad estructural⁽¹⁾ respecto al insalvable

referente del maestro; para expresar lo mismo con distintas palabras, la obra de Freud, su carácter celoso en los descubrimientos y tiránico en la exigencia de fidelidad, empequeñecían y subordinaban a aquellos hombres (y mujeres), que, individualmente, muchos de ellos, habrían destacado por sí mismos, hasta convertirlos en meros confirmadores, difusores y protectores de la obra de Freud, una obra que le pertenecía casi en exclusividad. Es más, el movimiento psicoanalítico, precisamente tras la escisión de Jung siguiendo la propuesta de Jones, se organizará explícitamente, a través de la creación del comité, para liberar a Freud de tan pesadas tareas subalternas y permitirle así concentrar sus esfuerzos en la investigación. Es interesante reseñar, a este respecto, como únicamente al final de la vida de éste, cuando su presencia, ni en lo personal ni en lo profesional, se dejaba sentir como antaño en el movimiento será cuando puedan destacar otras figuras como Reich, Erikson o Klein, pero aún cabe objetar que sólo se aprecie una diferencia de grado(2).

La relación de Freud y Jung marca el final de las amistades intensas y, en buena medida, idealizadas de Freud con otros hombres. Someramente, se puede decir que se advierte en ella una reminiscencia o repetición atenuada (retorno de lo reprimido) de la que mantuvo con su amigo Fliess(3), vínculo de marcado carácter homosexual que también condujo a una abrupta ruptura. En el caso de Jung, sin alterar lo antedicho para Freud ni dar lugar a ninguna contradicción, aumenta, si cabe, la carga afectiva de la ruptura al atribuir a Freud reiterada y explícitamente el papel de padre, un padre al que estaba obligado a negar para poder afirmarse él. La correspondencia entre ambos refleja el placentero y doloroso proceso de la amistad, las diferencias y la separación intempestiva.

Prescindiendo, empero, de los factores personales, aunque sin abandonarlos del todo, Jung era importante para Freud por lo menos por dos motivos, estos sí, de naturaleza política: En primer lugar, Jung era asistente de Bleuler en el Burghölzli y había centrado sus estudios en las psicosis. La ambición de Freud, aún siendo grande, le permitía, no obstante, percatarse de que el estudio de la psicosis, dadas las limitaciones por él mismo prefijadas para la terapia del psicoanálisis(4), le vedaban la explicación de la misma; en cambio Jung, en compañía de otros psiquiatras simpatizantes del psicoanálisis (Abraham, V. Schmidt, el mismo Bleuler...) sí podían ser los conquistadores de ese territorio inexplorado, que podría arrumbar la taxonomía descriptiva y el encarcelamiento de la psiquiatría clínica para dar lugar a la comprensión histórico-genética y a la práctica psicodinámica. El objetivo no era meramente teórico, si el psicoanálisis se apoderaba nocionalmente, desde las mismas instituciones oficiales, de las parafrenias(5) por medio de una praxis alternativa exitosa (el simple contraste con la línea hegemónica prometía un probable triunfo) su posición en la clase médica se vería notablemente alterada.

La situación del psicoanálisis dentro de la clase médica no llegaba a la marginalidad, pero se le aproximaba bastante. Cuando Freud regresa de su estancia en París, como discípulo de Charcot, y expone en la Sociedad Médica de Viena, en 1886, la teoría del origen traumático (psicógeno) de la histeria y como ésta, pese a su etimología, no se circunscribe únicamente a las mujeres, Meynert, autoridad oficial de la disciplina y antiguo mentor, le desafía públicamente a que muestre un solo caso de histeria en los hombres. Freud, obstinado, encuentra varios en el Hospital General, pero ninguno de los médicos, con potestad para ello, le da su

consentimiento para tal demostración y cuando consigue un paciente histérico, fuera de los cauces oficiales, y demuestra su postura, ésta es fríamente acogida y supone su retirada obligada del Laboratorio de Anatomía del cerebro y, en general, de la vida académica. Lo llamativo del caso es que Meynert, que en adelante mantendrá una aversión creciente por el psicoanálisis, ya en el lecho de muerte reconocerá que es un histérico.

La anécdota es sumamente ilustrativa puesto que en 1886 Freud aún no había aprehendido y, mucho menos, difundido sus escandalosas concepciones sobre la sexualidad. El psicoanálisis todavía no existía, pero la oposición enconada que ya encuentra responde únicamente a sus tímidas concepciones psicógenas, su simpatía por la hipnosis y su rigor en la observación al margen de las verdades oficiales. Tan incipiente disidencia (Freud alternaba entonces explicaciones y prácticas terapéuticas disímiles y sólo se limitaba a constatar aporías sumamente llamativas) le granjean la animadversión de la clase médica austríaca, que no está dispuesta a tolerar ni el más nimio cuestionamiento al paradigma energético-mecanicista de base orgánica.

Digo nimio porque Freud era un médico formado en dicho paradigma explicativo y firme partidario del mismo, como se puede advertir notablemente en su obra, especialmente en sus primeros escritos, marcadamente económicos y asentados sobre el mecanicismo fisiológico. Sin embargo, la dura oposición que ya entonces halla no es gratuita, esas contradicciones que Freud apunta y que, con su terquedad característica, va a tratar de resolver ya señalan el desplazamiento de la cuestión de la locura del área del cuerpo al área psíquica y, por medio de esta última, a modo de vínculo implícito o explícito, al área externa, inmersa en el ámbito social.

Atenerse al área del cuerpo era una estrategia esencial, casi de supervivencia, para la medicina cuyo papel, en el capitalismo monopolista, es cada vez más relevante. La extensión social de la atención sanitaria, esto es, la creación de la sanidad pública (la privada seguirá y sigue siendo privilegio de las clases pudientes y responde al exclusivo servicio y defensa de sus intereses, como señala Szasz (1961)) responde principalmente a la lucha emprendida por el movimiento obrero, pero también obedece al cálculo frío y lúcido de la clase hegemónica, que advierte que la observación de tal demanda puede constituir un elemento de estabilidad social(6). La ampliación de los cuidados sanitarios, además, provoca la creación de la clase médica o, si se prefiere, su adecuación al sistema productivo industrial, de masas, en el que se va a inscribir su trabajo. Es necesario crear toda una hueste de médicos que "reparen" las "averías" de los trabajadores para que la producción y los beneficios continúen su marcha ascendente(7).

Los médicos tratarán la enfermedad, pero dentro de los parámetros o límites tácitos que establecen las relaciones de producción. La enfermedad se contemplará únicamente desde el área del cuerpo, ajena a sus determinaciones sociales, exonerando de responsabilidad a las condiciones laborales o morales, esto es, políticas que la produjeron. Lo afirmado no se limita únicamente a la enfermedad mental nítida, las manifestaciones psicosomáticas son abordadas ignorando su contexto productivo y social y los accidentes se remiten a la impericia o la distracción, pero no, a su vez, a las causas que los generan.

Por otra parte, la relativa proletarización de los médicos (obligada, dado su número creciente y similar a la que se producirá más adelante con los profesores) es compensada, en un orden .

imaginario, con la atribución, progresiva, de poderes de intervención ideológica en el control social. Los médicos van a tener un papel social preponderante, cada vez más decisivo e interviniente (interferente) en la vida de los hombres, estipulando no sólo los límites de la enfermedad y el malestar al reducido ámbito del cuerpo cartesiano (artilugio mecánico, sin relación con la "mente" y con el medio social), sino también estableciendo, en consonancia con la misma lógica, las normas de conducta socialmente aceptables y recomendables para la "salud"(8).

El médico deja de ser, como en el mundo antiguo, un experto al que se llama voluntariamente para que proponga una solución al mal y al que se paga sólo si se obtiene el éxito sobre la enfermedad, para pasar a ser una autoridad social, ligada orgánicamente al propio estado, con potestad sobre el cuerpo y la mente del propio sujeto. El médico dice lo que le pasa al enfermo, qué debe tomar, qué no ha de tomar, lo que debe hacer, lo que no ha de hacer. Pero no se detiene ahí, sus competencias se irán, paulatinamente, ampliando llegando incluso a delimitar lo afectivo: qué debe ser sentido, cuándo, dónde y por qué motivos o estableciendo el umbral del dolor y el sufrimiento; sus poderes, alcanzan a estipular, por ley, su necesario y obligado permiso para alcanzar cualquier alteración psíquica o física del estado del sujeto, precisando de su receta para consumir determinadas sustancias o proscribiéndolas, definitivamente, mediante su estigmatización(9). De este modo sutil el concepto de "enfermedad" amplía sus fronteras, deviniendo "enfermos" no ya los que se reconocen en o padecen tal situación, sino también aquellos que se niegan, en virtud de su propio juicio y criterio, a refrendar las consignas médicas.

La llamada "automedicación", esto es, la autonomía del sujeto para decidir lo que quiere tomar en su propio provecho, placer o afán de destrucción, será paulatinamente exterminada, de la misma manera que el suicidio caerá también bajo su sanción. El cambio, substancial, supone la atribución de un poder ideológico y ejecutivo que, aunque se circunscribe al cuerpo en su explicación y cura, trasciende esta área y trae como resultado la infantilización del sujeto, objetivo siempre afecto al poder.

La instauración del nuevo rol médico, que supone transitar del carácter privado del contrato médico-paciente, un contrato entre iguales que únicamente otorga autoridad (no perenne) al médico en función de sus resultados exitosos, para dar lugar a la clase médica (ungida de poderes trascendentes a su práctica) por medio de la proletarización tiene su reverso que se hace sentir en la propia profesión de la medicina. La sanidad ha perdido su privacidad, su carácter particular, libre y voluntario, para ser una cuestión pública, indiferente a las voluntades. Los médicos adquieren, de este modo, una vinculación orgánica con el estado burgués que estipula, también para ellos, una práctica absolutamente reglamentada (creación de colegios de médicos, licencias, permisos, certificados, adscripción de facultativo, zona, imposición oficial de estrategias y medicamentos...). Con esta transformación no sólo se ha extraviado la capacidad de decisión del paciente, sino también la facultad de elección teórico-práctica del propio médico. Se podría argumentar que la extensión de la medicina a sectores populares que antaño estaban privados de su uso es un logro social y así podría considerarse de no ser porque el carácter de tal logro delata un medio ejemplar de control y dominación social marcadamente interferente y autoritario.

Efectuada la digresión se entenderá mejor el vacío y la hostilidad, casi obligadas, que encontrará Freud y del que se quejará reiteradamente en "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico". Nosotros remontábamos los orígenes de tal rechazo a un período anterior incluso a la aparición de la misma. Freud que, en una suerte de compensación narcisista, se vanagloriaba de haber recorrido solo, durante años, la travesía del desierto del psicoanálisis, contemplaba ahora como su política psicoanalítica fracasaba con la deserción de Jung.

Leyendo atentamente(10) la correspondencia de Freud y Jung se puede percibir que este último nunca aceptó con claridad la etiología sexual de la neurosis, la sexualidad infantil o el complejo de Edipo (por circunscribirme a las cuestiones capitales) y que sólo la ambición política de Freud, su proyecto de "conquista" de la psicosis y la respetabilidad entre la clase médica, en concomitancia con su idealizada relación de camaradería, le pudieron llevar a confundir, hasta el convencimiento ciego, lo que no era más que una admiración dubitativa por una certidumbre promisoría.

La enemistad hacia el psicoanálisis efectivamente se centraba en la oposición ideológica que despertaba éste por sus escandalosas revelaciones acerca de la sexualidad. Freud fue muy perspicaz al advertir que tan enconado rechazo no era la traslación mecánica de una realidad sociológica, por muy estructurada que esta pudiera estar, como así era. No negaba la honestidad personal de buena parte de sus adversarios, como tampoco desmentía el carácter decisivo del inconsciente en las posturas aparentemente más elaboradas. Antes incluso de teorizar la instancia del superyó, Freud ya tenía claro que la moral no poseía un correlato automático y consciente en el individuo, sino que se albergaba en éste de forma mucho más

compleja y solapada. Utilizando el símil de los pacientes, comparación interesada puesto que de esta forma Adler y Jung adquirirían la categoría de neuróticos, calificará ese rechazo como resistencia.

“En efecto, yo comprendía muy bien que en su primera aproximación a las verdades del análisis alguien pudiera emprender la huida, y yo mismo había aseverado siempre que las represiones de cada individuo (o las resistencias que las mantienen) le atajan toda inteligencia, a raíz de lo cual en su relación con el análisis no puede superar un determinado punto. Pero no estaba en mi expectativa que alguien, habiendo comprendido el análisis hasta una cierta profundidad pudiera renunciar a esa inteligencia, pudiera volver a perderla. (...) Me estaba deparado aprender que en los psicoanalistas puede ocurrir lo mismo que en los enfermos en análisis”(11)

Existen poderosas resistencias para poder aceptar el psicoanálisis y si algo, lo fundamental, demuestra la buena acogida que tuvieron las defecciones de Adler y Jung es esto mismo, en la medida que ambas escisiones renuncian a la capitalidad de la pulsión sexual en beneficio de elaboraciones secundarias o sublimadas cuando no abiertamente moralizantes. “De la sinfonía del acaecer universal se alzaron a escuchar un par de acordes culturales y se desoyó de nuevo la potente, primordial melodía de las pulsiones”(12).

Al referirse a las pulsiones como el motivo de ese rechazo Freud trazaba una analogía, tácita, entre su persona y Darwin, destacando la inquina que provocaba el reconocimiento de la animalidad del hombre. Sin embargo, sin negar lo sustancial de la crítica, Freud parecía ignorar deliberadamente el carácter

transaccionado del término “pulsión” (Triebe), como mediación social de un instinto.

Antes nos referíamos a las resistencias que provocaron en la comunidad médica, en 1886, las posiciones psicógenas de Freud, por muy vacilantes que fueran, respecto a la génesis de las neurosis, ya que éstas representaban la posibilidad de que el área social, por medio del área psíquica, se “colara” teóricamente en la amurallada fortaleza teórica de la psiquiatría, restringida rígidamente al área del cuerpo. Empero, la brecha psicógena abierta por Freud con tanta dificultad ya había adquirido carta de naturaleza cuando se producen las escisiones, de modo que no es extraño que, aún disintiendo del paradigma corporal dominante, las posturas de Adler y Jung fueran tan bien acogidas en la medida en que ambas rebajaban, si no eliminaban por completo, el grado de conflictividad que el psicoanálisis, con “actitud revolucionaria”(13), producía al señalar acusatoriamente al núcleo de la moral.

Freud, muy a su pesar, se veía obligado a reclamar un cambio drástico en la moral de su tiempo(14) si se pretendía, al menos, mejorar la calamitosa situación de la salud. Muy a su pesar, pues su insistencia en promover una reforma social radical, conllevaba la enemistad manifiesta del estado y de las instituciones médicas, que aún no eran capaces, por motivos estructurales, de alterar su estrategia para integrar la disidencia como parte del discurso oficial. La divertida anécdota de cómo Freud, tras años de estudiada y gélida indiferencia administrativa, obtiene la condición de Profesor adjunto(15) salvando el veto impuesto sobre él ilustra, no sólo el funcionamiento corrupto de la administración, sino también, y sobre todo para nuestro caso, como el discurso de Freud suponía una

ruptura ideológica contra la que había que movilizar todo tipo de defensas.

El examen de Freud sobre el particular no se limita a "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico", una década después de esta obra, en 1924, escribe "Las resistencias contra el psicoanálisis" cuyo título es fiel reflejo de su contenido, dos años más tarde, en 1924, en "¿Pueden los legos ejercer el análisis?" vuelve a aludir a la resistencia que provoca la teoría y la práctica psicoanalítica por el desenmascaramiento de la sexualidad, e, incluso, en 1932, en sus "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" retoma la cuestión extensamente dedicándole buena parte de la trigesimocuarta conferencia.

La constatación del desencuentro entre las aspiraciones sexuales y las condiciones sociales que las regulan centra el estudio sobre la resistencia al psicoanálisis en estos títulos delatando un obstáculo casi insalvable (aunque, es cierto, que la teorización de la pulsión de muerte va a marcar el inicio de un tratamiento mitológico, en esta y otras cuestiones, en detrimento de lo social, como veremos detenidamente más adelante). Sin embargo, la insistencia de Freud, a lo largo del tiempo, en abordar esta batalla ideológica está motivada, en parte, por el amargo poso afectivo que le ocasionó tan desigual combate, que con harta frecuencia adquiría las formas más groseras y abyectas.

"Pero no permiten comprender [las resistencias intelectuales] cómo pudo llegarse a esos estados de indignación, de burla y escarnio, con menosprecio de todos los preceptos de la lógica y del buen gusto en la polémica. Una resistencia así deja colegir que se han puesto en movimiento resistencias que no son las meramente intelectuales, que se despertaron fuertes poderes afectivos; y en

verdad, en el contenido de la doctrina psicoanalítica hay mucho a lo que es lícito atribuir un efecto semejante sobre las pasiones de los seres humanos, no de los científicos solos. Sobre todo la gran significatividad que el psicoanálisis concede a las llamadas *pulsiones sexuales* en la vida anímica de los hombres”(16).

(La cursiva es de Freud y el subrayado es mío)

Pero Freud también se queja de otra resistencia que se opuso, tácitamente, al psicoanálisis, a saber, la de ser una teoría creada por un judío y cuyos seguidores también lo eran casi en su totalidad.

“Por último, el autor, con las reservas del caso, tiene derecho a plantear esta cuestión: quizás su propia personalidad, como judío que no quiso ocultar su judaísmo, tuvo algo que ver en la antipatía de los contemporáneos hacia el psicoanálisis. Rara vez se expresó en alta voz un argumento de este tipo, pero por desdicha nos hemos vuelto tan recelosos que no podemos dejar de conjeturar que esa circunstancia no ha sido del todo ajena. Y, por otro lado, acaso no fue mera casualidad que el primer sostenedor del psicoanálisis fuera un judío. Para abrazarlo hacía falta cierta aquiescencia frente al destino de encontrarse aislado en la oposición, un destino más familiar al judío que a los demás”(17)

En nada importaba, en este punto, que Freud fuera ateo, como lo había sido su padre, y que tanto él como su familia no practicasen la religión ni ninguno de sus ritos o fiestas(18). Cuando Freud se refiere a su judaísmo(19) lo hace en un sentido étnico, como reflejo especular de la marginación social, etnicista, padecida a manos de los gentiles. La vida de Freud y, por ende, su obra estarán determinadas por esta circunstancia en la que abundan numerosísimas anécdotas, cuando no incidentes o altercados.

Se puede decir, sin temor a exagerar, que a Freud lo *hacen* judío los mismos prejuicios racistas de la sociedad. Un acontecimiento que marca su vida a una edad muy temprana resulta de contemplar a su padre humillado por su condición de tal. Contra este recuerdo erigirá la identificación idealizada de Anibal, el semita que tambaleó la civilización romana (Roma para Freud simbolizaba la iglesia católica, por este motivo se abstuvo de visitarla, pese a su incuestionable belleza, hasta una edad muy avanzada).

Se debe tener presente que hasta 1860 los judíos no gozaban de los mismos derechos que los gentiles en el imperio Austro-húngaro, el levantamiento de tales interdicciones les permite acceder a las profesiones liberales, sobre todo en Viena. La capital se judaiza con hombres y mujeres provenientes de todo el imperio, pero este cambio, lejos de normalizar la situación, aviva el antisemitismo ante el temor a la competencia.

El antisemitismo es un factor decisivo en la vida de Freud. No se puede si no comprender como un hombre nacido en el seno de una familia laica, de padre librepensador, formado sin conocer la religión, de vocación cosmopolita, contrario a la mitología nacionalista a la par que enamorado de la cultura alemana, pueda reconocerse en el etnicismo si no es como solución reactiva ante la marginación experimentada. Las referencias a la segregación, ya sea ésta individual o colectiva, abundan en muchas de sus obras ("Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci", "Moisés y la religión monoteísta", "Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico", "Presentación autobiográfica", "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", "Las resistencias contra el psicoanálisis"...), se tratan o aluden en sus artículos y discursos ("Comentario sobre el antisemitismo", "Antisemitismo en Inglaterra",

“Alocución ante los miembros de la Sociedad B’nai B’rith”, “Mensaje en la inauguración de la universidad hebrea”...), centran muchos de los comentarios de sus cartas o de sus chistes e, incluso, generan, tal y como han quedado registrados, algunos de sus sueños(20).

Freud nunca desvinculó el rechazo al psicoanálisis de su condición, como creador del mismo, de judío. A la aversión explícita por las pulsiones sexuales, se añadía, concomitante e implícitamente, el antisemitismo del estado, la clase médica y, en general, la sociedad. Buena prueba de lo arraigado que estaba el sentimiento antisemita lo constituyen las alocuciones de los propios pacientes gentiles(21), que forzados por el mandamiento de la asociación libre daban rienda suelta a un deseo de exclusión y a unos prejuicios compartidos por el conjunto de la sociedad. Si exceptuamos a algunos miembros del grupo Zurich y a Ernst Jones todos los psicoanalistas eran judíos. Esta cualidad indeliberada no podía pasar inadvertida, ni dejar de tener un coste político, en la Europa de principios de siglo.

Por todo ello, la segunda pretensión de Freud para con Jung, su promoción vertiginosa, la decisión de catapultarle a la presidencia de la internacional, de concederle el control de las publicaciones... expresaban también el deseo deliberado y consciente de conseguir romper la identificación entre el psicoanálisis y el judaísmo, tomado éste en un sentido étnico, que no religioso. La mayor virtud de Jung, en realidad una contravirtud, no residía en lo que era, sino en lo que no era: sencillamente, no era judío(22)

A decir verdad, Jung no sólo no era judío, sino que además tenía prejuicios antisemitas(23). Sostenía, en consonancia con el vagoroso y metafísico inconsciente colectivo, que los pueblos poseían

psicologías distintas y puesto que los judíos, más allá de su realidad social concreta, para Jung eran un pueblo aparte, detentaban, en consonancia, una psicología disímil de la aria. Con tal bagaje ideológico no resulta extraño que en 1933, cuando los nazis toman el poder en Alemania y deciden eliminar cualquier foco de disidencia cultural acudan a él para copresidir, ¡junto a Göring y siguiendo los principios del "Mein Kampf"!, la Sociedad Médica General Internacional de Psicoterapia, remedo grotesco de la antigua Sociedad Alemana de Psicoterapia(24).

Excede el propósito de este estudio aportar más detalles sobre la rancia ideología de Jung, lo anteriormente referido venía a ilustrar una disposición activa de rechazo hacia los judíos que había calado hondamente en la sociedad, en todos sus estratos, hasta el punto de ganar también a gentes que por su pasado de colaboración y amistad con los hebreos deberían haber manifestado una repulsa a la misma. Sin embargo, las raíces del antisemitismo, que databan de muy antiguo, se veían enriquecidas en el presente con nuevos nutrientes desde todas las instancias del poder. Los partidos socialcristiano y monárquico eran marcadamente antisemitas, como lo era la misma clase a la que representaban. La sociedad austríaca, exceptuando —y con las debidas matizaciones— Viena, era sumamente conservadora, pacata y antisemita (Una anécdota que informa de hasta qué extremo había arraigado el antisemitismo en Austria la aporta Peter Gay en su biografía(25) cuando nos narra como los mismos nazis se escandalizaron de la brutalidad con que los ciudadanos austríacos trataron a los judíos cuando se produjo la anexión por Alemania de ese país). Freud solía referirse con desesperación a esta circunstancia proyectando emigrar a Inglaterra, como así hizo al final de forma obligada.

No se ha sopesado hasta el momento hasta que punto este ambiente de calculada hostilidad intelectual influyó en la decisión de Freud de crear una editorial propia (la Verlag), determinación que mantuvo pese a la falta de rentabilidad de la misma (si logró mantenerse fue por las continuas donaciones de simpatizantes del psicoanálisis). Podemos sin embargo afirmar que la censura para los asuntos relacionados con la sexualidad, en el sentido laxo del término, era moneda de cambio en su tiempo. Es muy ilustrativo a este respecto el caso de las “Memorias de un enfermo nervioso” de Daniel Paul Schreber publicadas, previa censura, en 1903, que servirían a Freud como base para inteligir la paranoia.

“En la elaboración del caso Schreber, la reserva me es prescrita por el hecho de que las resistencias a la publicación de las Memorias consiguieron sustraer a nuestro conocimiento una parte considerable del material, probablemente lo más sustantivo para su inteligencia**. Por ejemplo, el capítulo III del libro que había comenzado con este promisorio anuncio: <<Trato ahora en primer término sobre cosas que sucedieron a *otros miembros de mi familia* y que, según puede pensarse, mantuvieron alguna relación con el almicidio supuesto, como quiera que fuese, todas ellas llevan un sello más o menos enigmático, difícil de explicar de acuerdo con las experiencias humanas ordinarias>>; a ese comienzo, digo, sigue inmediatamente esta otra frase: <<El restante contenido del capítulo ha sido suprimido por ser inconveniente su publicación>>. Entonces tendré que darme por conforme si consigo reconducir con alguna certeza justamente el núcleo de la formación delirante a su origen a partir de unos consabidos motivos humanos”.

**[Nota a pie] “Leemos en la pericia del doctor Weber: <<Si uno considera el contenido de su escrito, atiende a la multitud de sus indiscreciones que en él se contienen sobre él mismo y sobre otros, la desembarazada pintura de las situaciones más espinosas y estéticamente imposibles, el uso de las expresiones más chocantes, etc., encuentra por entero incomprensible que un hombre que se ha

destacado de ordinario por su tacto y fineza pueda emprender una acción que tan seriamente lo compromete a los ojos del público, a menos que...>>, etc. Pero un historial clínico destinado a describir la perturbada humanidad y su pugna por restablecerse no hay derecho a demandarle que sea “discreto” y “estéticamente” agradable.”(26)

(La cursiva y los asteriscos son de Freud, el subrayado es mío)

Si en la desarrollada Alemania censuraban a un ciudadano respetable como Schreber que era doctor en jurisprudencia y presidente, nada más y nada menos, que del tribunal superior de Sajonia, en la provinciana y tradicional Austria no debe extrañar que la situación no fuera mejor. En nada importaba, a este respecto, que lo “inconveniente” fuera la anotación descriptiva de un historial, que pretendía hallar la génesis de la “enfermedad” (como era el caso de Schreber), dado que las mismas autoridades médicas, que hipotéticamente se circunscribían al área del cuerpo, se encargaban de purgar toda referencia incómoda a la moral, la misma moral que había provocado la psicosis.

Sin embargo, lo más doloroso de la represión externa no reside en la constatación de la dificultad, por muy penosa que ésta sea, sino en la identificación ineluctable que se produce con el mismo censor. Una de las consecuencias prácticas de la censura, como Freud se encargará de elucidar con el concepto de superyo, es que tiene un indeseado correlato, la autocensura consciente o inconsciente, en aquel que, incluso, se muestra contraria a ella. El trabajo de Freud, por lo tanto, era especialmente difícil, ya que no sólo tenía que vencer las resistencias externas, sino también las suyas propias. El estilo decimonónico que caracteriza la mayor parte de sus textos (llamativo en sus primeros escritos), plagado de eufemismos y giros alusivos,

quizás se deba a este motivo. De todas formas, se tiene que tener presente que la literatura propiamente dicha, que siempre ha tenido una mayor licencia para poder contar lo vedado, no rompe con las formas narrativas, de una manera radical, hasta el principio del segundo tercio del siglo(27).

Más importantes que las formas, los contenidos o intelecciones que Freud adelanta no están exentos, en ocasiones, de una matización que denota ambivalencia teórico-ideológica. Ocurre así a la hora de valorar el factor hereditario, que en ocasiones ni siquiera se nombra mientras que en otras una visión desengañada le asigna un papel determinante; sucede también al analizar la diferencia entre géneros que se afirme que ésta sea un producto del imaginario mientras que en otras se identifica la pasividad a lo femenino mediante una apelación cuasinatural o en el caso de la acción de los fármacos que de manera prospectiva se les asigne un papel decisivo o se los ignore totalmente... los ejemplos son muy numerosos y pueden propiciar, dentro de ciertos límites, interpretaciones opuestas.

En este capítulo no nos proponemos desentrañar los paradigmas o aprioris no explicitados que el psicoanálisis adopta en su formulación teórica, aunque sin duda, tal y como ha señalado la filosofía de la ciencia(28), tales paradigmas no están exentos de supuestos ideológicos. Nos interesa ahora mostrar, en cambio, qué relación se establece entre la personalidad del propio Freud, concretamente su faceta política, que la tuvo, y su propia obra, especialmente en su concepción de la sociedad para ilustrar, precisamente, como esa ambivalencia en lo teórico se manifiesta también en la realidad política, escondiendo así una conexión social no explicitada.

Freud era, políticamente, salvo en la cuestión judía, una persona sumamente contradictoria, casi inconsecuente. Él mismo no tenía empacho en reconocer su torpeza y falta de formación en la materia al autocalificarse como “un cero a la izquierda”(29). El hecho de que su padre fuera liberal selló su fidelidad con esa causa de modo duradero, así, las escasas veces en que votó lo hizo por este partido (cuando se presentaba por su distrito en Viena). Jones y Markus, sin negar este punto, señalan las simpatías de Freud por los socialdemócratas(30) que se concretaron, incluso, en el apoyo a las elecciones de 1927(31) con la esperanza de que éstos malograrán el ascenso del fascismo. Sin embargo, poco después, se posiciona en sentido inverso y apoya al canciller ultraconservador Dollfuss y su represión brutal de la izquierda con la ilusoria esperanza de que podrá frenar la anexión nazi de Austria(32).

Esta actitud política mudable, casi caprichosa, no sustentada en un análisis riguroso, es muy característica de él. Por Jones sabemos, como hemos dicho, que simpatizaba con el socialismo, incluso en la temprana fecha en que escribe “La interpretación de los sueños”, 1899, algunos pasajes parecen confirmarlo(33). Sin embargo, esa simpatía y el buen trato que mantenía con sus dirigentes se podía empañar por el resentimiento o los celos que le producían el excelente trato que éstos mantenían con Adler(34).

Sabemos que Freud era anticlerical, antimonárquico(35) y, a raíz de la experiencia de su servicio militar, antimilitarista(36), que educó a sus hijos con libertad, sin autoritarismo, dialogando con ellos tal y como propugnaba en sus escritos y sin embargo ello no le impidió fomentar la dependencia edípica de su hija Anna(37). En lo personal era machista(38), poseía un ideal de mujer pasiva, madre y esposa abnegada, pero, en cambio, promocionó siempre a las mujeres en el

movimiento psicoanalítico y sostuvo que su retraso intelectual, respecto a los varones, se debía a una educación sobrerrepresiva de la sexualidad.

Era firme partidario y así lo manifestó en multitud de ocasiones de una libertad sexual infinitamente más libre que la de su tiempo, aunque él ejerciera una rígida heterosexualidad monogámica; se manifestaba contrario a la desigualdad y proclive al reparto de la riqueza pese a que él llevara una vida estrictamente burguesa y abominara de cualquier relación intelectual u orgánica con el marxismo(39). Apoyaba, en cambio, la necesidad perentoria de reformas, observando que incluso sería necesario "algo más radical"(40). Hasta una biografía tan señaladamente anticomunista como la de Peter Gay, muy meritoria por lo demás, se ve forzada a reconocer que contempló en su momento la revolución rusa con agrado y esperanza y, sin embargo, sintió alivio de que los espartaquistas fracasaran en Alemania(41).

En la nueva república soviética el psicoanálisis, como otros movimientos intelectuales y artísticos, cobró una fuerza espectacular como él pudo constatar con alegría. Vera Smidt, en paralelo a Makarenko, realiza una experiencia pedagógica innovadora y revolucionaria. Ferenczi, con el gobierno soviético de Bella Kun, es promocionado a profesor de universidad. Todas estas noticias, junto con la eliminación de la religión, la libertad sexual y la igualdad social le regocijan, pero es obvio que no le empujan a estudiar el marxismo ni a comprometerse. Su investigación social manifiesta un idealismo casi pueril, donde los personajes, los grandes líderes, moldean la historia como si fuera plastelina entre sus manos. Esta actitud personalista le lleva a cometer las torpezas y los juicios políticos más indeseables. Freud, como ha señalado Roazen(42), suele

extraviar la visión social centrándose en las élites, así cuando se cartea públicamente con Einstein para encontrar una solución a la guerra afirma.

“En este punto habría que intervenir; debería ponerse mayor cuidado que hasta ahora en la educación de un estamento superior de hombres de pensamiento autónomo, que no puedan ser amedrentados y luchen por la verdad, sobre quienes recaería la conducción de las masas heterogéneas. No hace falta demostrar que los abusos de los poderes del Estado y la prohibición de pensar decretada por la Iglesia no favorecen una generación así. Lo ideal sería, desde luego, una comunidad de hombres que hubieran sometido su vida pulsional a la dictadura de la razón. Ninguna otra cosa sería capaz de producir una unión más perfecta y resistente entre los hombres, aun renunciando a las ligazones de sentimiento entre ellos. Pero con muchísima probabilidad es una esperanza utópica”.(43)

(El subrayado es mío)

Su desprecio por las masas(44) así como su admiración infantil por los grandes líderes le llevan a cometer errores tan deplorables como defender a Dollfuss, condescender con Musolini u odiar irracionalmente al presidente Wilson. Su deformación psicológica le fuerza un análisis social que muchas veces peca de psicologista, como si el grupo fuera y se comportara analógica y mecánicamente como lo hace un individuo. Es perspicaz en la lectura o interpretación de los detalles, así advierte con antelación el carácter totalitario y religioso del estalinismo, pero fracasa estrepitosamente cuando trata de desentrañar el movimiento de las grandes coordenadas sociales precisamente por no alterar esa misma perspectiva individual, que, en última instancia, se remite a una concepción mitológica de los instintos.

Esta concepción mitológica le hace ajeno a las determinaciones sociales concretas y de este modo es capaz volublemente, al principio de la primera guerra mundial, de contagiarse del espíritu belicoso y nacionalista que sacude a Austria (¡Precisamente él, que siempre había sido contrario al nacionalismo alemán!) o afirmar confundiendo el deseo con la realidad, primero, que Hitler no puede llegar al poder en Alemania, sobre la base de un argumento tan estrambótico como que es la patria de Göthe(45) y, más tarde, escondiendo otra vez la cabeza bajo la tierra, sostener que no será posible la anexión de Austria.

Si la teoría de Freud tiene un carácter crítico innegable, su vacilante posición política no admite la comparación con ésta. Parece que Freud se sitúa en posturas revolucionarias desde el momento en que su análisis del individuo le hace advertir, desentrañar y denunciar los condicionantes sociales que provocan su alienación, pero curiosamente lo hace a pesar de sí mismo o, mejor dicho, luchando consigo mismo, intentando solventar las contradicciones que le reporta y los problemas que le entraña ser, a su pesar, tan radical. De aquí arrancan todos sus intentos de legitimación social, de buscar el reconocimiento oficial de las autoridades médicas y académicas. Pero tal empresa es casi imposible o su logro sólo se produce de modo muy imperfecto. Freud es obligadamente incómodo para el poder, nadie que revele el latrocinio del estado, la podredumbre de la moral, la concupiscencia del ser humano o la debilidad de la razón, entre otras lindezas, puede ser agasajado por el mismo. Pero eso es algo que Freud no acababa de comprender, después de todo él no pretendió ser nunca un agitador.

NUEVAS CONTRADICCIONES SOCIALES

Las Teorías infantiles y el Esclarecimiento Sexual.

El Esclarecimiento como Propedéutica Social.

El Fracaso Sexual de la Adolescencia y la Madurez.

Onanismo, Represión y Sentimiento de Culpa.

Impotencia, Represión y Fantasía. Virginidad y Frigidez.

El Fetichismo como Transacción heterosexual homoerótica.

La Homosexualidad. La Paranoia y su Vinculación Social.

Aunque los antecedentes se remontaran a una década antes, es a partir de 1905, con la publicación de "Tres ensayos de una teoría sexual", cuando Freud avanza una explicación coherente y sistemática de la sexualidad infantil. El hallazgo, como casi siempre acontece en la teoría freudiana, se remitía a la práctica analítica y además, en este caso, a la observación de los propios niños. Los pacientes, a modo de inexorable constante o aciaga recurrencia, terminaban por referir el núcleo patógeno, ese estrato ignoto y último de la arqueología psicoanalítica, a vivencias (sexuales) de la infancia.

La afirmación de la sexualidad infantil avivó la campaña de críticas contra Freud, pero éste se veía obligado a mantener sus descubrimientos, aún a riesgo de caer en el total aislamiento, por exigencias internas de su propia teoría psicológica. La pérdida del interés que Freud experimenta por las neurosis actuales (neurastenia y neurosis de angustia) responde a la constatación de que éstas son un injerto muy posterior en el árbol de la neurosis cuya semilla no es otra que la infancia.

Ya no era necesario defender esa suerte de conspiración pedófila generalizada de los progenitores para establecer la génesis de la neurosis si se tomaba en consideración el deseo sexual infantil y el valor efectivo de la fantasía. La neurosis, estructurada en el imaginario, podía ser el resultado de una sobreexcitación sexual – siempre en un sentido laxo - o de una represión exagerada. Ocasionalmente, Freud atribuía según el grado de dificultad en su cura (según la intensidad de la fijación) una mayor o menor influencia al factor constitucional. No obstante, al igual que sucediese con la relación entre la penosa práctica sexual de los adultos y las neurosis actuales, Freud debió constatar un vínculo similar, aunque con raíces más profundas, entre el proceso de socialización en la infancia, verdaderamente calamitoso por sobrerrepresivo, y las neurosis de adultos y pequeños para que se decidiera a combatir públicamente el tipo de enseñanza sexual que se proporcionaba a los niños.

La educación sexual no es ni era una entelequia de los adultos para su satisfacción o escándalo intelectual. Surgía ésta, por el contrario, por la necesidad de satisfacer la curiosidad de los propios niños. Ahora bien, esta curiosidad, para Freud, no tenía el carácter idealista que se le pudiera atribuir, esto es, desinteresada, desconectada de sus intereses inmediatos y perentorios. Al contrario, el descubrimiento de la sexualidad infantil, una sexualidad poderosa y polimorfa, develaba al niño como un ser “gobernado por el ello”, que sólo muy trabajosamente dejaba lugar al alumbramiento de la consciencia (freudianamente del yo) y, con mucha más dificultad y coerción, a la adquisición normativa (freudianamente superyo).

El interés del niño por la sexualidad era algo natural y necesario, dado que ésta se reconocía como el elemento axial de su

existencia. La cuestión, por tanto, no era plantearse si se informaba o no a los niños sobre el sexo, sino si se les debía contestar a sus requerimientos sobre la materia de una forma honesta y directa o si, por el contrario, se les debía reprimir toda indagación con amenazas más o menos veladas, silencios cargados de desestimación, respuestas elusivas o fábulas tan inverosímiles e inicuas como la de la cigüeña, que atentaban contra la observación y la lógica de los hechos empíricos. Baste recordar a este respecto la ironía y el doblez hipócrita con que el pequeño Hans(1) se refería a este mito explicativo.

Únicamente la mojigatería y la mala conciencia de los adultos, ambas relictos de la represión, impedían el acceso a la consciencia – y por ende a la normalidad- de la sexualidad en los niños. Uno de los motivos por los que Freud utiliza el término “esclarecimiento” y no el de “información” se refiere probablemente a estas dificultades que oscurecen o enturbian el conocimiento sexual. Se debe pues esclarecer, aclarar lo que previamente los adultos han emponzoñado con mixtificaciones, estigmas y angustias. Pero también el esclarecimiento es necesario para derogar las construcciones teóricas erróneas que sobre el sexo y sin ayuda de nadie elaboran los niños.

Las teorías sexuales infantiles expresan el intento de comprender la realidad por medio de los sentidos, la observación y control de mecanismos fisiológicos, su transposición analógica, la constatación de hechos anatómicos y su extrapolación universal. Es una aspiración racional, obligadamente fallida dada la escasez de información y de experiencia que poseen los niños. La constatación del pene en el niño varón le lleva a suponer que éste es un atributo universal de hombres y mujeres. La niña, para Freud, ante el descubrimiento del pene (a través de la observación del padre o de

otro niño) le hace suponer, a su vez, que a ella le crecerá el clítoris con posterioridad hasta adoptar la forma observada. Ambos, niña y niño, desestiman obstinadamente la diferencia anatómica corroborada por la experiencia para eludir, por diferentes motivos específicos, la temida castración. El origen de los niños se supone ligado al ano y similar o idéntico a la defecación y el coito, si es contemplado o meramente escuchado, se concibe como un acto sádico y doloroso...

Todas estas construcciones, entre otras, se generan en la primera infancia y son o pueden ser derogadas, sin ningún trastorno, si se establece una comunicación sincera y abierta con los adultos. La situación se complica cuando no existe dicha comunicación o incluso los intentos de establecerla han sido violentamente rechazados. Las teorías infantiles entonces arraigan con fuerza permaneciendo inconscientes y, a modo de gérmenes, inficionan con la neurosis al sujeto. Se puede decir, que con este proceder represivo, las teorías sexuales infantiles han devenido fantasías inconscientes que procederán como almácigos de la neurosis o bien, que el yo ha asumido con posterioridad la realidad objetiva a la par que su denegación (la fantasía o un subrogado de ésta, como, por ejemplo, el fetichismo) produciéndose una escisión del yo(2).

Freud advierte en varias publicaciones(3) que la denegación de un diálogo franco sobre la sexualidad, así como la exigencia de elevadas metas culturales a los niños genera inexorablemente patologías. Pero el problema dista de terminar ahí, la sexualidad no es un elemento cualquiera en la vida infantil, su explicación centra el pensamiento del niño y la suerte de tales indagaciones condiciona la adquisición de otras nuevas o, por el contrario, coarta su misma posibilidad.

“Pienso que no existe fundamento alguno para rehusar a los niños el esclarecimiento que pide su apetito de saber. Por cierto que si el propósito del educador es ahogar lo más temprano posible la aptitud de los niños para el pensar autónomo, a favor del tanpreciado <<buen juicio>>, no puede intentar mejor camino que despistarlos en el campo sexual y amedrentarlos en el religioso. Claro está que las naturalezas más fuertes resistirán esos influjos y se convertirán en rebeldes a la autoridad de los progenitores y luego a toda otra autoridad. Cuando los niños no reciben los esclarecimientos en demanda de los cuales han acudido a los mayores, se siguen martirizando en secreto con el problema y arriban a soluciones en que lo correcto vislumbrado se mezcla de la manera más asombrosa con inexactitudes grotescas, o se cuchichean en que, a raíz de la conciencia de culpa del investigador, se imprime a la vida sexual el sello de lo cruel y lo asqueroso. (...) En la mayoría de los casos, los niños yerran a partir de este momento la única postura correcta ante las cuestiones de sexo, y muchos de ellos jamás la reencontrarán”(4).

(El subrayado y la negrita son míos)

Con anterioridad, en otro capítulo, ya nos habíamos referido a que el retraso intelectual, cuando no la abierta estolidez, de las mujeres obedecía no a factores constitucionales sino a una mayor represión de la sexualidad y de los intentos de investigación de ésta. Freud amplía lo antedicho señalando que la inteligencia de la persona, amén de su equilibrio, descansan, en buena medida, en la suerte de esas primeras indagaciones sexuales. El afán de saber principia por lo que más interesa al niño, el sexo, el placer de las zonas erógenas, el placer narcisista de saber cómo le han generado o bien la envidia y los celos, y la fantasía de eliminación consustancial a los mismos, de cómo nació o nacerá el hermanito... estas y otras muchas cuestiones absorben el interés del infante en un primer momento. Si afronta con éxito estos interrogantes su

apetito se dirigirá luego, de un modo natural, hacia otras cuestiones más sublimadas.

Es interesante constatar como la falta de respuesta a las preguntas de carácter sexual no sólo genera tanta frustración como la prohibición de su práctica, sino que además puede dar lugar a una incesante interrogación sobre el por qué de todo tipo de cosas, interrogación constante que no cesa jamás y ninguna respuesta satisface puesto que las preguntas originales han quedado sepultadas como la misma posibilidad de respuesta. Otro síntoma llamativo ante este mismo fenómeno es el de la logorrea, monólogo desmesurado apuntalado en circunloquios interminables que oculta en la palabrería las representaciones sexuales que dominaron la atención infantil y fueron improcedentemente acalladas.

La indagación sexual y el necesario y consecuente esclarecimiento son para Freud una medida básica, propedéutica, que deberían afrontar todos los padres, pero que vista su manifiesta incapacidad para hacerlo, sus permanentes reticencias y desautorizaciones, casi parece más conveniente que la tarea se acometa en los primeros años de la escuela en un proceso continuo y coherente que arrancaría por el estudio de la sexualidad de los animales.

“Lo importante es que los niños nunca den en pensar que se pretende ocultarles los hechos de la vida sexual más que cualesquiera otros todavía no accesibles a su entendimiento. Y para conseguir esto se requiere que lo sexual sea tratado desde el comienzo en un pie de igualdad con todas las otras cosas dignas de ser conocidas. Principalmente, es misión de la escuela traerlo a cuento, introducir en las enseñanzas sobre el mundo animal los grandes hechos de la reproducción en su significatividad y, al mismo

tiempo, insistir en que el ser humano comparte con los animales superiores todo lo esencial de su organización(5).”

Esta sería la introducción, a la que se debería añadir el esclarecimiento de las relaciones específicamente humanas de la vida sexual así como su dimensión e implicaciones sociales, que cerrarían el proceso “no después de los diez años”(6). La aclaración de lo sexual debería ser una de las labores de la escuela (vista la impericia de los padres), como debería serlo también fomentar dionisiaca e intelectualmente “el goce de vivir”(7). Pero la realidad escolar dista con mucho, también, de estar a la altura de las exigencias o necesidades sociales. Así, un proceso de esclarecimiento dinámico e interactivo que arrancara con la inclusión del hombre en el reino animal se haya en abierta confrontación con las estructuras sociales, más concretamente con el papel axial de la religión en la educación y en la fundamentación de la moral.

“En estados donde la educación de los niños se confía al clero en todo o en parte, ciertamente no está permitido plantear semejante reclamo. El sacerdote jamás admitirá la igualdad esencial entre el hombre y el animal, pues no puede renunciar al alma inmortal, que le resulta indispensable para fundamentar el reclamo moral. Vuelve así a demostrarse cuán poco inteligente es poner remiendo de seda a una chaqueta andrajosa, cuán imposible es llevar adelante una reforma aislada sin alterar las bases del sistema”.(8)

(El subrayado es mío)

La cita expresa con gran exactitud el origen, la forma y los límites del pensamiento social de Freud, como éste ante la

constatación de los problemas clínicos adquiere conciencia de sus causas sociales y como al plantear una solución particular a las mismas se apercibe que es enteramente ilusorio solventarlas sin aplicar una transformación radical de las estructuras. Es decir, como el estudio del área psíquica y del área corporal devienen, en su solución, en el estudio del área social. Por esta misma razón advierte, en multitud de ocasiones, que la cura de los psicóticos o neuróticos de la clase trabajadora(9) es casi un imposible metafísico puesto que la enfermedad, por muchos problemas que entrañe, les libera de sufrir la explotación y la deletérea relación laboral.

Freud, por exigencias teóricas internas, se ve abocado a la radicalidad social. Como si de un juego de muñecas rusas se tratara la contradicción o el contenido de la parte implica en sí misma, dada su relación estructural, la contradicción de la totalidad. De la neurosis de los pacientes se abre la necesidad del esclarecimiento sexual infantil, ésta constatación implica a su vez la necesidad de alterar la familia así como las relaciones sexuales, pero por la imposibilidad manifiesta de aplicar inmediatamente esta medida se acude a una reforma de la escuela que también resulta fallida y nos remite a su vez a la religión y su vinculación estructural con el estado y, lo que es más grave aún, a la fundamentación misma de la moral, basada en la afirmación de un más allá, ajeno al disfrute presente, que resarcirá los sufrimientos actuales. Así, la reforma o, lo que es lo mismo, la alteración de la parte para salvar el todo, está condenada al fracaso. La solución de la parte transita obligadamente por la alteración intrínseca del cuerpo social.

Es interesante constatar sin embargo que esta crítica ha llegado a una solución revolucionaria partiendo de y finalizando en elaboraciones ideológicas y que las causas materiales profundas han

sido convenientemente soslayadas o abordadas con gran prevención, incluso en el cierre del argumento. Sólo así se explica el uso de expresiones alusivas y un tanto abstrusas como "sistema" (¿qué sistema, el capitalista?) o como "bases" (¿las bases económicas?). No se critica aquí la procedencia de Freud o cualquier otro de revelar los contenidos imaginarios, las fantasías, o de partir de éstas para alcanzar conexiones más profundas, al contrario, se echa en falta, en cambio, acabar de completar la argumentación explicitando lo meramente insinuado, estableciendo una relación entre las producciones psíquicas y los elementos materiales que las sustentan y develando, además, el papel disímil que adquieren las diferentes clases sociales ante las interdicciones sociales o el posible cambio de las mismas.

No obstante, la crítica de Freud a la educación infantil y la alternativa que sugería, eran enteramente irrealizables en el mundo burgués de su tiempo, pese a la indudable capacidad de integración y domesticación del capitalismo, en virtud de su carácter subversivo. En cambio, en los albores de la Rusia soviética, cuando el cuestionamiento del capitalismo no afectaba únicamente a la propiedad de los medios de producción, sino que también se subvertían las formas cotidianas de organización social como la familia, la moral, el arte o la pedagogía burguesa, entre otras muchas cosas, Vera Schmidt(10) podrá mostrar prácticamente lo que Freud había sustentado de una manera teórica, a saber, que si no se estigmatiza la sexualidad por parte de padres y maestros, si se responde con naturalidad y franqueza a las preguntas de los niños éstos desarrollan su inteligencia y evitan la neurosis.

Por Alik, el niño que centra el estudio de Schmidt, sabemos que cada enigma sexual entraña un grado de excitación comparable al

de cualquier otra pulsión y que su resolución conlleva, a su vez, la relajación afectiva propia de la satisfacción pulsional. El niño quiere saber, se apacigua cuando sacia su afán de saber y se excita y se enfurruña si no se le contesta o se le trata de engañar.

“El niño que formula una pregunta quiere, antes que nada, saber si su idea es cierta”(11) había afirmado Freud para recalcar que el interés sexual no era impostado, sino que brotaba de la misma necesidad del niño, de su apoderamiento paulatino de la realidad. Schmidt confirma este punto y lo hace principiar en la lactancia, luego se expresa en el tragar y morder con la boca, en la manipulación con las manos, con los pies, para finalmente apoderarse de las cosas de una manera abstracta, sin necesidad de tocar los objetos. Este proceso intelectual, de por sí placentero, se malogra si se reprime o se desautoriza la sexualidad. Alik patentizaba una autonomía, una adaptación y una inteligencia inusuales en los niños que habían recibido una educación represiva, careciendo además de los lastres moralizantes y los recursos mágicos característicos de éstos.

Wilhelm Reich en el mismo año en que finaliza su estudio Schmidt, en 1926, siguiendo la teoría freudiana de un modo consecuente, había señalado(12) que la compulsión de los padres a educar las pulsiones de sus hijos respondía, entre otros motivos, a una estructura de defensa ante la amenaza que suponía la evocación de sus propios deseos infantiles reprimidos. La represión en el niño suponía un intento de apuntalamiento de sus convulsionadas represiones internas. La educación era necesaria, pero debía establecerse desde el compromiso, desde el amor, posibilitando que las sublimaciones se produjeran como renuncia a un placer parcial en beneficio del amor de objeto, esto es, de la consideración o

afecto hacia los progenitores, (antesala del superyo freudiano aunque no lo mencione Reich).

Sin embargo, el pensamiento de Freud irá evolucionando hacia posiciones más conservadoras como consecuencia de su concepción mitológica de la teoría de las pulsiones. Así en 1937 afirmará:

“Opino que es posible hacer experiencias análogas si se dan esclarecimientos sexuales a niños. Lejos estoy de afirmar que sea este un proceder dañino o superfluo, pero es evidente que se ha sobrestimado en mucho el efecto profiláctico de estas liberales prevenciones. Los niños saben ahora algo que antes ignoraban, pero no atinan a nada con las nuevas noticias que les regalaron. Uno se convence de que ni siquiera están prontos a sacrificar tan rápido aquellas teorías sexuales – uno diría: naturales – que ellos han formado en acuerdo con su organización libidinal imperfecta y en dependencia de esta: el papel de la cigüeña, la naturaleza del comercio sexual, la manera en que los niños vienen al mundo. Todavía largo tiempo después de haber recibido el esclarecimiento sexual se comportan como los primitivos a quienes se les ha impuesto el cristianismo y siguen venerando en secreto a sus viejos ídolos”(13).

(El subrayado es mío)

Se advierte en la cita un cambio sustancial que traslada la gravitación de los problemas y, por lo tanto, de sus soluciones (o su imposibilidad de solución) del área social al área, previamente mitologizada, del cuerpo. El cuerpo pierde su carácter anterior de soporte biológico, caracterizado por ciertas predisposiciones que deben tramitarse socialmente, para adquirir una hegemonía explicativa que devalúa o anula los determinantes sociales. Este cambio ha sido posible merced a la nueva teoría de las pulsiones y a su consiguiente substancialización. Los hombres han perdido su

protagonismo en la historia en beneficio de esas entidades, eros y tanathos, dotadas de vida autónoma.

Freud abstrae los condicionantes sociales e históricos y afirma que las teorías sexuales tienen el sello de “naturales” y para ilustrar este aserto pone de ejemplo la teoría del origen genésico de la cigüeña, elaboración claramente cultural que los niños actuales desconocen en su mayor parte y ni al más peregrino e ígarno de ellos se le ocurriría reinventar. No niega totalmente el esclarecimiento, pero sostiene, obviando la represión social y familiar, que su mera información no desestima, por sí misma, las teorías sexuales erróneas, cuando dichas teorías sólo pueden subsistir e, incluso, originarse en un ambiente que desautorice tácita y/o explícitamente la sexualidad. La crítica que se desprende parece dirigirse más contra sí mismo y su antaño empeño de subvertir un orden social caduco al que estaba vinculada estrechamente la misma enfermedad.

Pero regresemos de nuevo a la sexualidad infantil y esta vez para abordar una cuestión, el onanismo, que siempre había estado vinculada a la adolescencia y a la capacidad genésica. Freud, en la reunión del 12 de Mayo de 1909 de la asociación psicoanalítica de Viena, critica a Bleuler(14) por ignorar, siguiendo el criterio común, la masturbación infantil. Bleuler, que, al principio, no aceptaba totalmente el paradigma organicista y meramente nosológico de la psiquiatría, concebía sin embargo la masturbación como algo mórbido, nítidamente patológico. La educación sexual debía circunscribirse a su prevención y su constatación en la infancia delataba una temprana neurosis, estipulando para la normalidad su ausencia.

El caso de Bleuler es ilustrativo de la concepción puritana que primaba en algunos simpatizantes, especialmente suizos, del

psicoanálisis. Habían aproximado posturas con Freud al delatar la importancia de los factores psicológicos en la etiología de la neurosis y la psicosis, pero no podían compartir con Freud todo el trayecto teórico y, especialmente, sus consecuencias rupturistas dadas sus fuertes resistencias internas. Por eso la observación tenía que adecuarse a sus propios prejuicios ideológicos y adoptar un sesgo y una aceptación parcial de las conclusiones del psicoanálisis. Así, cuando Bleuler constataba la masturbación infantil atribuía a estos niños (no a su propia perspectiva) una predisposición morbosa cuando en realidad, como señalaba Rie(15), por regla general ocurría todo lo contrario.

Lo cierto es que el onanismo acaparaba la atención del incipiente movimiento psicoanalítico en virtud de su manifiesta conexión con la neurosis. Freud había establecido, en sus primeros escritos, la vinculación del autoerotismo de los adultos y la neurastenia, pero el descubrimiento de la sexualidad infantil y la derogación de la teoría traumática en beneficio de la acción eficiente de la fantasía iban a reestructurar radicalmente la noción que sobre el particular se tenía hasta entonces.

La importancia del nexo entre la masturbación infantil y la fantasía queda reflejada en multitud de textos de entre los cuales destacamos el siguiente por el carácter plástico y, literalmente, representativo que ostenta el ataque histérico.

“La exploración de la historia infantil de los histéricos enseña que el ataque está destinado a ser el sustituto de una satisfacción *autoerótica* antaño ejercida y desde entonces resignada. En un gran número de casos, esta satisfacción (la masturbación por contacto o apretando los muslos, el movimiento de la lengua, etc.) retorna

también en el ataque mismo, con extrañamiento de la conciencia. La emergencia del ataque por aumento de libido y al servicio de la tendencia primaria como consuelo repite también con exactitud las condiciones bajo las cuales el enfermo antaño buscaba adrede esa satisfacción autoerótica. La anamnesis del enfermo arroja los siguientes estadios: a\ satisfacción autoerótica sin contenido de representación; b\ la misma, engarzada a una fantasía que desemboca en la acción-satisfacción; c\ renuncia a la acción conservando la fantasía; d\ represión de esa fantasía, que luego se abre paso en el ataque histérico sea inmodificada, sea modificada y adaptada a las nuevas impresiones vitales; e\ llegado el caso ella devuelve la acción-satisfacción que le corresponde, que en vano se intentó desarraigar. Un ciclo típico de quehacer sexual infantil: represión-fracaso de la represión y retorno de lo reprimido”(16).

(La cursiva es de Freud)

Si todos los progenitores no podían haber seducido a sus vástagos neuróticos, pero éstos continuaban asidos a una tal seducción con inusitada fuerza, esa fuerza o intensidad erótico-afectiva tenía que resultar ser, para entender su magnitud, fruto del onanismo. El ataque histérico repetía actuándolo no ya la seducción real, sino la fantasía, reforzada por el onanismo, de tal seducción. En otras palabras, el onanismo concedía la verosimilitud, como vivencia real, a la fantasía. Lo afirmado en la histeria era extrapolable al resto de las neurosis con idéntico valor efectivo.

Ahora bien, en el análisis del onanismo faltaba por afirmar un extremo sin el cual éste perdería su entidad problemática y que era la consecuencia, dentro de un medio social represivo, del anudamiento entre la masturbación y la fantasía, a saber, el sentimiento de culpa. La masturbación se vivía con culpa, los propios pacientes la señalaban acusadoramente como responsable de su neurosis. Freud no encontraba errónea su impresión, pero, salvo en la

neurastenia, rectificaba la datación del onanismo trasladándolo desde la madurez a la infancia. Era el motivo incestuoso de la fantasía infantil lo que impedía su acceso a la conciencia y provocaba el sentimiento de culpa y, como en el caso del pequeño Hans(16), el temor mismo a la castración.

El onanismo era una actividad originariamente infantil, vinculada tempranamente a una fantasía con los progenitores o sus equivalentes y enlazada, merced a la represión y al motivo incestuoso de la fantasía, con el sentimiento de culpa en su expresión más drástica e interdictiva, esto es, a la castración.

En la pubertad, debido a la poderosa excitación del área del cuerpo que clama su satisfacción, en un orden claramente restrictivo, se produce una reactivación del onanismo. El problema entonces estriba en si las fantasías masturbatorias esconden inconscientemente las fantasías onanistas primitivas (y el consecuente sentimiento de culpa) o si, por el contrario, están dissociadas de las mismas y dan paso, como transición aproblemática, a la elección de un objeto exógeno al clan familiar. Freud afirmaba, con las debidas matizaciones (neurosis actuales), que toda neurosis adulta era la lectura parafraseada de una neurosis infantil. Así, las fantasías del onanista, pese a su aparente evocación consciente, eran un remedo encubridor de las originarias fantasías masturbatorias infantiles.

No obstante, a partir de la adolescencia se daban, coincidiendo con la reactivación sexual, una serie de fantasías recurrentes que Freud analizó con sumo detenimiento. Una de ellas, común a la histeria y la neurosis obsesiva, era la de observar como pegaban a un niño y tenía como corolario la masturbación. Otra, por limitarme a sólo dos ejemplos, se daba en los varones y consistía en la

ensoñación de “rescatar” o “redimir”, mediante la unión con ella, a una prostituta.

La primera tenía por objeto al padre y la segunda a la madre. La primera detentaba un origen infantil, pero la segunda se generaba ante el descubrimiento del comercio sexual objetivo (no distorsionado por la apreciación sádica infantil) de los progenitores, fenómeno que se percibía, en general, en la pubertad. La desaprobación social de la sexualidad, netamente represiva y, valga el pleonismo, machista, hacía concebir a los muchachos que la práctica del sexo estaba restringida, en las mujeres, a las prostitutas y, por tanto, que la madre era ajena a ella. La percepción de tal práctica, en un primer momento, se desestimaba y cuando la realidad se acababa por imponer hacía emerger la fantasía mencionada, cuyo significado sería asimilable al siguiente silogismo: Todas las mujeres que practican el sexo son prostitutas. Mi madre practica el sexo. Mi madre es prostituta.

La fantasía de salvación o rescate de la meretriz reprimía todo este razonamiento inconsciente para salvaguardar la verdadera identidad encubierta de la prostituta, que no era otra que la madre. Pero de nuevo los cimientos sobre los que se edificaba la fantasía y el onanismo a ella asociado se remontaban a la fijación materno-infantil. Freud derruía una vez más la apariencia de los fenómenos, lo manifiesto, para hallar en lo primigenio-infantil el contenido latente.

El onanismo era pues un quehacer infantil, sin embargo, en sí mismo, no tenía nada de repudiable. La estigmatización social de la sexualidad a la par que fomentaba el onanismo hipócritamente lo condenaba, imprimiéndole el sello de lo patológico y acentuando su

carácter inconsciente. Freud únicamente se permitía objetar el alejamiento de la realidad que entrañaba.

“[El onanismo] Por el de posibilitar la *fijación de metas sexuales infantiles* y la permanencia en el infantilismo psíquico. Con ello está dada la predisposición a caer en la neurosis. Como psicoanalistas estamos obligados a conceder el máximo interés a ese resultado del onanismo – aquí me refiero, desde luego, al onanismo de la pubertad y que es proseguido fuera de tiempo -. Tengamos presente el significado que el onanismo cobra como ejecutor de la fantasía, ese reino intermedio que se ha interpolado entre vivir según el principio del placer y vivir según el principio de realidad; y cómo el onanismo posibilita consumir en la fantasía unos desarrollos sexuales y unas sublimaciones que, empero, no constituyen progresos, sino dañinas formaciones de compromiso. Es verdad que este mismo compromiso, según una importante puntualización de Stekel, vuelve inocuas serias inclinaciones perversas y esquivas las peores consecuencias de la abstinencia”(18).

(La cursiva es de Freud)

La pretensión psicoanalítica de que los hombres vivan conforme al principio de realidad era, a la postre, un objetivo asentado en un criterio pragmático, no moralizante, ya que la vida regida por el principio del placer era imposible y acababa reportando un sufrimiento mayor al individuo que así lo pretendía. Ahora bien, a nadie se le escapaba que adecuarse a las exigencias de una realidad conservadora, tan restrictiva en lo sexual, provocaba un grado de frustración, a su vez, difícil de tolerar.

Los continuos llamamientos de Freud encaminados a incoar un cambio sustancial en las relaciones sexuales tenían por objeto, precisamente, hacer posible que la vida de las personas se pudiera gobernar por el principio de realidad y la consciencia, pero, obviamente, para que esa meta fuera verosímil sería necesario

modificar previamente la realidad misma. Una realidad que en lo afectivo y de modo universal estaba absolutamente corrupta. Es sumamente significativo que un artículo de 1912 dedicado a la frigidez y la impotencia, Freud lo intitule "Sobre la más generalizada degeneración de la vida amorosa", introito que nos sitúa en un escenario social pútrido, en abierta contradicción aparente con su rígida normatividad. Lo patológico es lo común, la normalidad, lo real, lo que sedicentemente se reclama como sano dista, en verdad, de ser lo que mixtificadamente se proclama.

Freud, en su análisis de la impotencia, no renuncia a la metodología histórico-genética señalando que el origen de ésta arranca en la fijación infantil incestuosa amén de impresiones penosas accidentales coadyuvantes del mismo período. El advenimiento de la impotencia acontece, sobre esta premisa, por la acción eficiente de la frustración sexual. A partir de la adolescencia, cuando el joven o, con muchos más inconvenientes, la joven, en virtud de las alteraciones orgánicas suscitadas, aspiran a un objeto sexual exógamo la realidad, estructurada sobre principios absolutamente restrictivos, deniega tal pretensión. La frustración de la moción sexual extrínseca no viene dada únicamente por el entorno social sino también por el propio individuo que ha asimilado las interdicciones sociales hasta hacerlas propias.

La coerción de la moral y de su freudiano representante psíquico individual, el superyo, propician la frustración de una respuesta al amor de objeto edípico. La libido se extraña así de la realidad, se enajena de una práctica adulta y consciente para replegarse sobre la fantasía incestuosa infantil y el onanismo consecuente. La introversión del sujeto, fracasado en su trato con la realidad, activa el mundo de la fantasía como regresión infantil a los

primeros objetos de la infancia (no sólo a la madre como vulgar e improcedentemente se atribuye a la teoría de Freud). Es precisamente este aherramientamiento en la fantasía incestuosa lo que produce la impotencia.

Curiosa contradicción. Los objetos amados de la infancia están proscritos por el tabú del incesto, que es interiorizado como norma de normas o el límite sobre el que se fundamentarán el resto de los límites, sin embargo, cuando se hace imprescindible, por motivos biológicos y sociales, corroborar ese límite en la práctica buscando un objeto sexual fuera del entorno familiar la estigmatización de lo sexual aparece, objetiva y subjetivamente, extendida a los objetos exógamos también, lo que provoca una regresión edípica a la fantasía que acaba por ser una fijación, reforzada por el onanismo, de inusitada intensidad. El desenlace de este drama puritano no puede ser otro que el fracaso estrepitoso de la ansiada elección de objeto, pues cuando al fin se produce no puede competir con un fantasma tan poderoso. La actividad sexual en la realidad extrafamiliar naufraga en la impotencia ya que el sujeto no se puede desprender de su fantasma al que confunde con el objeto.

La acción coordinada de la fijación infantil a la fantasía y de la represión conlleva, además, otro efecto indeseado, la escisión de la corriente afectiva y la sensual en la elección de objeto. La identificación de lo afectivo con lo familiar o edípico propicia que se busquen objetos sensuales carentes de esta moción para eludir la realización fantaseada del incesto. Se pretende de este modo cínico e hipócrita, aunque enteramente inconsciente, evitar la impotencia por el retorcido proceso de desvalorizar el objeto de deseo. Lo que se desea no debe ser amado si se quiere mantener una mínima actividad sexual. Así, el matrimonio queda circunscrito a lo afectivo

mientras que el burdel o la amante, degradada de todo investimento tierno, son los depositarios de la moción sexual. Si el objeto sexual degradado evoca, aunque sea en un rasgo nimio, al objeto amado infantil sobreviene de nuevo la impotencia.

La dicotomía de la corriente sensual y la tierna es una producción histórica tan universal como alienada, ya que ambas son facetas de una misma moción que sólo la represión y la defensa de la fantasía incestuosa hacen posibles como expresiones autónomas. Por el mismo motivo y como consecuencia de él, la impotencia es un fenómeno generalizado, sobre todo si en tal concepto se incluyen variantes como el coito psicoanestésico, la anafrodisia o la frigidez.

“Por el contrario, sustentaré la tesis de que la impotencia psíquica está mucho más difundida de lo que se cree, y que cierta medida de esa conducta caracteriza de hecho la vida amorosa del hombre de cultura.

Si se toma el concepto de impotencia psíquica en un sentido más lato, sin limitarlo al fracaso de la acción del coito no obstante el previo propósito de obtener placer y la posesión de un aparato genital intacto, se nos presentan en primer lugar todos esos hombres a quienes se designa como <<psicanestésicos>>: la acción misma no se les deniega, pero la consuman sin una particular ganancia de placer – hechos estos más frecuentes de lo que se creería. La indagación psicoanalítica de estos casos descubre los mismos factores que hemos hallado en la impotencia psíquica en el sentido estricto (...) no podemos desconocer la intelección de que la conducta amorosa del hombre en el mundo cultural de nuestros días presenta universalmente el tipo de la impotencia psíquica. La corriente tierna y la sensual se encuentran fusionadas entre sí en las menos de las personas cultas; casi siempre el hombre se siente limitado en su quehacer sexual por el respeto a la mujer, y sólo desarrolla su potencia plena, cuando está frente a un objeto sexual degradado (...) Sólo le es deparado un pleno goce sexual si puede entregarse a la satisfacción sin miramientos, cosa que no se atreve a hacer, por ejemplo, con su educada esposa. (...) Es posible que la inclinación,

tan a menudo observada, de los hombres de clases sociales elevadas a elegir una mujer de inferior extracción como amante duradera, o aun como esposa, no sea más que la consecuencia de aquella necesidad de un objeto sexual degradado, con el cual psicológicamente se enlaza la posibilidad de la satisfacción plena”(19).

(El subrayado es mío)

La frigidez es igualmente resultado de la fijación a la fantasía sensual infantil y de la represión adolescente, pero en las mujeres la degradación amorosa es sustituida por la prohibición debido a la mayor represión educativa así como, para Freud, a su menor tendencia a sobrestimar el objeto sexual. El diferimiento de la acción sexual en la mujer, generalmente no transgredido en la adolescencia, atrofia su apreciación al recluirse en la fantasía y fuerza la identificación entre actividad sexual y prohibición. La disociación de ambos elementos deviene casi imposible en un entorno social que criminaliza la sexualidad, especialmente en las mujeres.

Pero a los motivos reseñados, en la mujer, se añaden otros fruto de su dominación y cosificación por parte del hombre. La mujer es considerada una propiedad, alguien subordinado al padre y luego al marido y que por eso mismo carece de autonomía. El contrato matrimonial, única vía de escape entonces para afirmar una sexualidad consciente, se estipula sobre la base de un requisito comercial garantista, la virginidad, que asegure el correcto estado de la mercancía adquirida.

La virginidad “no es más que la aplicación consecuente del derecho de propiedad exclusiva sobre una mujer; es la esencia de la monogamia: la extensión de ese monopolio hacia el pasado”(20). La virginidad asegura pues la posesión sexual de la mujer con carácter

retroactivo, representa la condición a priori para perpetuar su sojuzgamiento, esta vez dentro del matrimonio, y asegurar su heteronomía. El delicado trance que representa la desfloración no deja indemne a la mujer, que transita en breves momentos de la prohibición sexual más rotunda a la exigencia, sin mediaciones, de una actividad perentoria cargada de ansiedad e insatisfacción.

La frigidez suele sobrevenir así desde la misma cesación de la virginidad por varios motivos. En primer lugar por el dolor (evitable si se atendiera a su satisfacción, en paridad como sujeto que es, sin apremios desbocados) que conlleva la desfloración apresurada, así como la afrenta narcisista que implica la pérdida de una parte de sí, el himen, pérdida que se vive con dolor precisamente porque no está nada claro la ganancia que puede obtener. En segundo lugar porque la prohibición constante de la sexualidad hace que ésta se viva como algo ilícito incluso en el matrimonio. En tercer lugar porque la fantasía incestuosa dirigida hacia al padre o los hermanos ha quedado fijada duraderamente y resulta casi imposible desprenderse de ella o vivir el sexo sin la interferencia de la misma. A estas razones Freud añade, en algunos casos, la famosa envidia del pene que lleva a algunas mujeres a un enfrentamiento con el marido que trasluce su deseo de castración.

La única forma de eludir esta penosa situación sería alterar profundamente las relaciones sexuales, principiando por la célula estructural de las mismas, la familia monogámica, pero esta tarea se le antoja a Freud tan ilusoria, aunque por distintos motivos, que no llega siquiera a plantearla, adelantando como ortopédico subrogado individual el siguiente proceso y señalando en otro pasaje del artículo, que no citaremos para no reiterar tautológicamente la misma

idea, que aquellos que pretenden reformar la sociedad deben tener en cuenta lo colegido.

“Suena poco alentador y, por añadidura paradójico, pero es preciso decir que quien haya de ser realmente libre, y, de ese modo, también feliz en su vida amorosa, tiene que haber superado el respeto a la mujer y admitido la representación del incesto con su madre o hermana. Quien se someta a un serio autoexamen respecto de este requisito hallará dentro de sí, sin duda alguna, que en el fondo juzga el acto sexual como algo degradante, que mancha y ensucia no sólo en lo corporal. Y sólo podrá buscar la génesis de esta valoración – que por cierto no confesará de buena gana – en aquella época de su juventud en que su corriente sensual ya se había desarrollado con fuerza, pero tenía prohibido satisfacerse en el objeto ajeno casi tanto como en el incestuoso”(21).

Se evidencia en lo antedicho que la represión (la sobrerrepresión) de la sexualidad es un fenómeno tan generalizado como inicuo, que se estrena con la sexualidad infantil y produce, a modo de reflejo individual, una introyección normativa enajenada (el superyo freudiano), así, el sujeto se comporta quizás más restrictivamente que la propia norma moral. Paralelamente a este proceso o como contrapartida del mismo, se generan un cúmulo de fantasías compensatorias, netamente transgresoras de la norma acatada, que “resuelven” el conflicto inconscientemente mediante su cumplimiento imaginario. La producción de estas fantasías, de las cuales hablaremos más adelante, se debe comprender en el contexto represivo antes mencionado, no de una forma independiente o ahistórica, pues responden a una práctica social determinada y si llegan a prosperar como fijaciones decisivas en la vida del sujeto – como sucede en la neurosis – es precisamente porque la praxis social - del individuo y el grupo, del grupo y el individuo - acaba por

devenir fallida, esto es, frustrada en su intento de desasirse de ellas aprehendiendo objetos reales de satisfacción.

En 1912 Freud resumía explicativamente los motivos etiológicos de la neurosis ("Sobre los tipos de contracción de neurosis") agrupándolos, según su origen, en tipos. El primero de los motivos se atribuía a la frustración, entendiendo ésta, unívocamente, como la denegación exterior sobre el sujeto pasivo. El segundo descargaba su responsabilidad sobre el propio individuo (fijación, predisposición, dificultades internas...), es decir, la frustración se circunscribiría aquí, por diferentes causas, al sujeto. El tercero no era sino una variante del segundo (inhibición del desarrollo). Y el cuarto no hacía sino introducir en el primer supuesto una variante biológica (como la menopausia o la adolescencia) que provocaría un desequilibrio en la libido no tramitable y, por ende, acarrearía la frustración. La metodología y la clasificación de Freud responden a un planteamiento, en buena medida, mecanicista al descomponer la totalidad para su análisis en partes desconectadas entre sí. No obstante, a fuer de exhaustivo recoge, siquiera como mosaico, la totalidad genética de la neurosis y de ello se desprende, a modo de paráfrasis, que su causación responde a la frustración tanto externa, como interna o, lo que es más probable, como la suma de ambas. La práctica sexual del sujeto debe naufragar en el área social para que la fijación se afiance en el adulto o, lo que es lo mismo, la fantasía deviene poderosa sólo cuando la realidad y sus objetos han devenido imposibles o frustrados.

La introducción de la noción de fantasía resulta decisiva para comprender un número creciente de fenómenos que deberían interpretarse en su contexto histórico y social. Sin embargo, este último y decisivo elemento del análisis, después de "Totem y tabú"

y, en especial, de la reformulación de la teoría de las pulsiones cede su protagonismo, aunque sin llegar a desaparecer, en beneficio de las mismas pulsiones, que adquieren una entidad ontológica improcedente y abstracta.

La fantasía se postula como resultado de la investigación psicoanalítica y dada la imposibilidad universal del trauma adquiere un mayor protagonismo efectivo en la génesis de la neurosis (se entiende que en el contexto de una práctica en el ámbito social fracasada). Pero la fantasía es una producción psíquica cotidiana, en absoluto circunscrita a la patología, que en el caso de la perversión tiene un especial interés. En "Tres ensayos de una teoría sexual", Freud se refería a un trueque simbólico, plasmado en la realidad, entre el objeto sexual y su sustituto, tropo asociativo que religaba en sí la carga antes investida en el objeto.

El fetiche iba asociado a la mujer amada y absorbía parte de la sobrestimación sexual que se le profesaba, pero podía llegar incluso a apoderarse de toda la libido de ese y otros objetos constituyéndose en un fin objetual en sí mismo. En una nota al pie de página agregada en 1910 Freud, sucintamente, resolvía la etiología del fetichismo al apuntar que el fetiche no era sino el sustituto fantaseado del pene de la madre.

Para nosotros, el fetichismo, esa breve nota al pie de 1910 y el trabajo monográfico posterior en 1927, suponen un eslabón teórico de vital importancia para emprender una lectura social e histórica de la sexualidad, concretamente de su inclinación más arcana, por proscrita, la del amor de objeto hacia el mismo sexo. Y ello es así no porque el descubrimiento teórico del fetichismo condujera a Freud a desentrañar la paranoia o a esclarecer la homosexualidad. Ambas fueron develadas antes o, por lo menos si tenemos en

cuenta la breve nota al pie, a la par que el fetichismo(22). Sin embargo, para el propósito de este proceso explicativo el fetichismo se presta, pedagógicamente, como el eslabón cómodo, accesible y supuestamente heterosexual por medio del cual es posible transitar teóricamente, de una forma no abrupta, a la sexualidad más estigmatizada, mostrando además como ésta coexiste necesariamente bajo formas tan generalizadas como encubiertas.

Precisamente el carácter encubridor del fetichismo, como el del síntoma o el sueño, permite una alocución descriptiva sin trabas, es más, los varones tienen incluso a gala alardear de él en sus conversaciones como muestra inequívoca de virilidad. La aparente inocuidad textual del fetiche unida a su carácter estimulante del coito semejan ser incompatibles con la moción homosexual. Sin embargo, el fetichismo tiene un origen y un contenido disímil a los que se pueda suponer en apariencia.

Situar genéticamente el fetichismo en la infancia es casi una tautología para el psicoanálisis. Freud insistirá en que es en este período existencial donde se dirimen las grandes cuestiones psicológicas que estructuran posteriormente la vida del adulto(23). El fetichismo no supone una excepción a esta regla psicoanalítica, al ser una prolongación fáctica de la pervivencia de las teorías sexuales infantiles. El niño supone la existencia del pene en todas las personas, en todos los miembros de la familia. Este período se conoce con el denotativo nombre de fase fálica, pues el falo o el clítoris (que en su lectura machista es asimilado a un remedo de falo), gobiernan el interés sexual infantil. El descubrimiento de los genitales femeninos produce una fuerte impresión en el niño al enfrentarle al fantasma de la castración.

La reacción ante la amenaza que supone la ausencia de falo en la mujer, tal y como erróneamente se imaginaba, provoca la creación de un sustituto del mismo, el fetiche, que simbólicamente, esto es, inconscientemente, permite perdurar la creencia infantil de la universalidad del pene haciendo tolerable a la mujer como objeto. El fetiche “perdura como signo de triunfo sobre la amenaza de castración y de la protección contra ella y le ahorra al fetichista el devenir homosexual, en tanto presta a la mujer aquel carácter por el cual se vuelve soportable como objeto”(24).

Llama poderosamente la atención el modo en que se produce y las consecuencias que tiene la creación del fetiche, ya que por un lado se acata la realidad objetiva, esto es, la inexistencia de pene en las mujeres, y por otro, a la par, se desmiente dicha realidad al erigir un sustituto, que siguiendo la doctrina infantil afirme el pene en las mujeres y evite la angustia de la castración. El sujeto fetichista acepta y desestima a la par la castración, para ser más precisos, su yo se escinde, se divide en el proceso de defensa (de la amenaza de castración). El yo se comporta de una manera normal al admitir la percepción y de forma psicótica al negar la realidad objetiva de los genitales femeninos. La diferencia con el psicótico estriba en que éste se enajena totalmente de la realidad al afirmar únicamente la desestimación de la percepción; su yo no se escinde ante un fragmento de la realidad, sino que, mitológicamente, al estar gobernado por el “ello” se pliega a sus exigencias y elude la frustración negándose a procesarla.

Como fetiche se “selecciona” el objeto asociado al momento previo al descubrimiento de los genitales femeninos, bien sea la mirada infantil desde abajo que se fija al pie o al zapato, bien sea en el momento previo a la impresión traumática, fijada en las

bragas, bien sea, por sinécdoque, un elemento desestimativo de lo real relacionado empero con las impresiones comunes a la observación objetiva (fijación en el vello púbico que asociativamente erige en fetiche el terciopelo o las pieles etc.). El fetiche puede reunir en sí mismo las dos tendencias opuestas que han producido la escisión del yo, la castración y su desestimación, logrando incluso una representación dinámica de tal conflicto como acontece con la reducción del pie en las antiguas mujeres chinas o el corte del cabello (la trenza) de la amada.

El fetiche satisface en la fantasía la teoría infantil que supone la existencia de pene en la madre, asertivamente elude así la castración al tiempo que delata una fuerte fijación materna y son precisamente estas dos características, entre otras, las que definen la etiología de la homosexualidad(25). En el fetichismo, al igual que en la homosexualidad prístina, se manifiesta un horror por los genitales femeninos y una pareja sobrestimación del pene, que conlleva un fuerte menosprecio y una soterrada reluctancia hacia la mujer. La necesidad de que el objeto posea falo también se puede interpretar en el fetichismo como una identificación narcisista con el objeto, rasgo sustancial también de la homosexualidad masculina.

El fetichismo entonces expresa una moción homosexual, que merced a su enmascaramiento en lo simbólico inconsciente, hace viable su mediación y goce en un objeto heterosexual. No se compadece con la verdad sin embargo exagerar la moción homosexual hasta hacerla casi hegemónica. Freud parte de la afirmación de la bisexualidad originaria y únicamente por motivos culturales, como ya vimos en capítulos precedentes, ésta bisexualidad se trastoca en una heterosexualidad imperfecta, que expresa

contradicciones homoeróticas como el fetichismo o la paranoia, entre un piélago de manifestaciones.

La posición de Freud distaba de ser complaciente teóricamente con la homosexualidad, de igual forma que tampoco lo era con la heterosexualidad. Ambas, homosexualidad y heterosexualidad, eran prácticas restrictivas de la natural disposición bisexual del ser humano(26). No cabe duda de que tal actitud teórica sobre la homosexualidad era sumamente rupturista y valiente para un tiempo tan puritano como lo demuestra la carta en respuesta a la madre de un hijo homosexual que le pedía consejo.

“Deduzco de su carta que su hijo es un homosexual. Me impresiona mucho el hecho de que usted no mencione esta palabra en su información sobre él. ¿Puedo preguntarle por qué evita el uso de ese término? La homosexualidad no es, desde luego, una ventaja, pero tampoco es nada de (lo) que uno deba avergonzarse, un vicio o una degradación, ni puede clasificarse como una enfermedad; nosotros la consideramos como una variante de la función sexual, producto de una detención en el desarrollo sexual. Muchos individuos altamente respetables, de tiempos antiguos y modernos, entre ellos varios de los más grandes (Platón, Miguel Angel, Leonardo da Vinci, etc.) fueron homosexuales. Es una gran injusticia perseguir a la homosexualidad como un crimen, y es también una crueldad. (...) Cuando usted me pregunta si puedo ayudarle, debo suponer que lo que usted me pregunta es si puedo abolir la homosexualidad y hacer ocupar su lugar por la heterosexualidad. La respuesta, en términos generales, es que no podemos prometer semejante éxito. En cierto número de casos conseguimos desarrollar los marchitados gérmenes de la heterosexualidad presentes siempre en todo homosexual, pero en la mayor parte de los casos eso ya no es posible. (...) Lo que el psicoanálisis puede hacer por su hijo ya es cosa diferente. Si es desdichado, neurótico, si vive desgarrado por sus conflictos, inhibiciones en su vida social, el análisis puede traerle armonía, tranquilidad mental, completa eficiencia, ya sea que siga siendo homosexual o cambie”(27).

(El subrayado es mío y también el paréntesis aclaratorio)

El texto sintetiza perfectamente la posición de Freud sobre el particular. Al señalar que muchos de los grandes hombres que ha dado la humanidad han sido homosexuales no planteaba sino una remisión a parte de su trabajo interpretativo, manifiesta en obras como "Un recuerdo de Leonardo da Vinci" o "Dostovieski y el parricidio" (Dostoievski, strictu sensu, no era homosexual, pero sí que expresaba una intensa actitud homosexual y masoquista ante el padre, además de otras manifestaciones significativas) donde, a la par que desdramatizaba sus tendencias sexuales, analizaba sus producciones a la luz de su estructura psíquica.

Sin embargo, la actitud de Freud hacia la homosexualidad transitaba de la tolerancia casi cómplice a la intolerancia más intensa. Como bien ha señalado Paul Roazen "Freud se sentía amenazado por la homosexualidad masculina, y por esta razón, se mostraba intolerante con ella"(28). Lo dicho por Roazen sería la prótasis. La apódosis la constituiría su actitud igualmente sincera de comprensión, pero ajena al paternalismo, tantas veces demostrada, como cuando advertía a Abraham que, en la sociedad psicoanalítica alemana, tratara con delicadeza y tolerancia a Hirschfeld, defensor de los derechos de los homosexuales(29) o cuando atacaba la caracterización de la homosexualidad como una enfermedad y su supuesta etiología orgánica, salvaguardando el derecho de su práctica libre de estigmas sociales e intervenciones terapéuticas supuestamente proficuas, actitud patente en obras como "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci", "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", "Tres ensayos de una teoría sexual" o la carta anteriormente citada.

Peter Gay, con gran sutileza y un manifiesto y detallado conocimiento de la vida de Freud, traza en su descripción biográfica

la íntima imbricación establecida entre los descubrimientos e investigaciones del psicoanálisis y la vida y las emociones de su descubridor. En esa aguda e incisiva descripción, ubérrima en los elementos significativos, queda patente, ajena a toda violencia hermenéutica, que la tendencia homosexual de Freud fue decisiva para su comprensión teórica de fenómenos como la paranoia o aspectos homoeróticos de la neurosis obsesiva, entre otros(30).

No obstante, la persona de Freud, tan aporética, no debe confundirnos en nuestro propósito de aprehender la teoría psicoanalítica. Es evidente que en él se expresaban contradicciones personales muy acusadas que responden a un tiempo nítidamente represivo y ello se evidencia no sólo con relación a la homosexualidad, sino que también afecta a su concepción social explícita, a su posición respecto a la liberación de la mujer o, incluso, al trato y la opinión que le merecen los pacientes(31). El psicoanálisis, pese a las zozobras o complejos personales de su autor, adopta una posición desmedicalizada y valiente respecto a la homosexualidad. No es algo, una enfermedad, que deba tratarse y menos en contra de la libre voluntad del sujeto. Es más, en la medida que expresa una tendencia natural u originaria de la sexualidad humana, dada la bisexualidad primigenia y el desarrollo del complejo de Edipo completo, únicamente atestigua, eso sí, una limitación interdictiva de la sexualidad y, en función del orden social represivo, puede entrañar dificultades de adaptación.

"La muchacha no era una enferma -- no padecía por razones internas ni se quejaba de su estado -, y la tarea propuesta no consistía en solucionar un conflicto neurótico, sino en transportar una variante de la organización genital sexual a otra. La experiencia me

dice que este logro, el de eliminar la inversión genital u homosexualidad, no resulta fácil. He hallado, más bien, que sólo se consigue bajo circunstancias particularmente favorables, y aún en esos casos el éxito consiste, en lo esencial, en que pudo abrírsele a la persona restringida a lo homosexual el camino hacia el otro sexo, que hasta entonces tenía bloqueado; vale decir, en que se le restableció su plena función bisexual. Depende después de su albedrío que quiera desertar de ese otro camino proscrito por la sociedad, y en casos singulares es lo que en efecto ha sucedido. Es preciso confesar que también la sexualidad normal descansa en una restricción de la elección de objeto, y en general la empresa de mudar a un homosexual declarado en un heterosexual no es mucho más promisoria que la inversa, sólo que a esta última jamás se la intenta, por buenas razones prácticas”(32).

(El subrayado es mío)

Partiendo de la bisexualidad originaria o, aunque no lo afirme Freud, de la plasticidad cultural de la sexualidad, la homosexualidad, al igual que la heterosexualidad, es una variante restrictiva de la misma, que si se plantea como problema es únicamente por el carácter represivo del ámbito social. La fijación fálica o el narcisismo o la ligazón materno-filial o el pánico ante la emasculación no son, por sí mismas, salvo casos de inusitada intensidad, relevantes ni portadoras de ningún atributo patológico. Lo patológico se puede fraguar precisamente en la interacción frustrante entre el sujeto y su medio social interdictivo. Con ello no queremos afirmar que los fundamentos etiológicos reseñados no se atengan a una historicidad precisa, por el contrario, al igual que la misma homosexualidad, sus fundamentos son producciones que descansan en la práctica social y sólo a ella cabe remitirse. Freud desestimó desde el principio (“Tres ensayos de una teoría sexual”) el origen

pretendidamente hereditario de la homosexualidad remarcando su etiología cultural.

Apelar a la fijación en alguna de las fases sexuales del niño o a la predisposición constitucional o a la herencia o a las pulsiones como entes sustanciales protagónicos para discernir la esencia de un fenómeno psíquico representa malograr su aprehensión, pues los citados elementos o, algunos de ellos, son condiciones necesarias, pero no suficientes en la constitución del mismo. El fenómeno psíquico, cualquiera, se erige por medio de la práctica interactiva del sujeto, manifiesta en el área psíquica, el área corporal y el área externa, y el ámbito social. Delegar unívocamente la determinación en alguno de los factores aludidos supone hacer abstracción en el sujeto de su conducta (en un sentido laxo del término, manifiesta en las tres áreas reseñadas) y de la conducta recíproca de los ámbitos de socialización en los que se desenvuelve, esto es, representa automatizar al sujeto en función de unas entidades autónomas (pulsiones, genes...) al margen de la práctica social e individual. Tales entidades autónomas, como reduplicados no explícitos que son, heredan por usucapión teórica las cualidades que sólo al sujeto pertenecen en virtud de su praxis. Se habla así, sin asomo de embozo o ridículo, de un gen "egoísta" o "altruista", o, en nuestro caso, de que un sujeto es u ostenta determinada cualidad en virtud del predominio en él de una pulsión de idéntico signo.

Empero, a pesar de lo dicho, lo que hace de Freud un pensador revolucionario, inasimilable para cualquier estructura de dominación, es esa vinculación férrea, ajena a la especulación, que establece, en gran parte de sus trabajos, entre sus intelecciones y la práctica social que las genera. De este modo, se puede afirmar el contenido netamente transgresor de la teoría freudiana independientemente de.

las intenciones más o menos acomodaticias de su creador o de sus abiertas contradicciones personales o, incluso, en contra de sus especulaciones mitológicas. Es, predominantemente, en los historiales publicados donde la teoría colegida cobra cuerpo de poderoso revulsivo social, al develar en la práctica las determinaciones sociales que producen la enajenación del sujeto.

En los primeros capítulos ya definimos la neurosis como una protesta social fallida e ineficaz, en la medida que inconsciente y, por ende, desvinculada de una práctica transformadora. Ateniéndonos a ese marco conceptual, el fetichismo y la paranoia representan, particularmente, aunque su significado no se agote sólo en ello, una revuelta homosexual en la hegemónica heterosexualidad dominante. Por su especial relevancia conviene que analicemos la paranoia con cierto detenimiento y para tal fin empecemos su recorrido por el fascinante y lúcido relato que Schreber y Freud trazan de la misma.

Quizás, una de las cosas que más subyugan de la descripción autobiográfica de Schreber es ese empeño feroz y desmedido por revelar la verdad al margen de cualquier consideración moral y, por tanto, de su propio interés personal. Schreber era un prócer de la Alemania de principios de siglo, un burgués íncito y acomodado, perteneciente a la alta magistratura, parlamentario, cuya eximia posición y estima social estaban fuera de toda duda. Resulta chocante que un hombre con tan encumbrado rango social arriesgue su reputación por su obstinación filosófica en la verdad y el beneficio futuro de los seres aquejados de un mal como el suyo.

Las manifestaciones de Schreber no son ajenas a cierto exhibicionismo, pero ello no les resta la audacia heroica de los protagonistas de las tragedias griegas. El proceder de Schreber rememora o semeja la actitud del Edipo de Sófocles, que no cesa en

su propósito hasta asir, por sí mismo y aún en contra de sí mismo, la verdad. Schreber pretende redimir al mundo, como Edipo aspira a eliminar la peste de la ciudad develando la culpa originaria, y para tal fin se muestra dispuesto a convertirse en mujer por mandato divino, para aplacar a Dios.

El Dios de Schreber adquiere especial significación analítica desde el momento en que es una producción circunscrita al delirio. Schreber era un ilustrado, ajeno a la religión, pero crea a Dios por necesidad intrínseca de su propio relato paranoide; un Dios que le produce ambivalentemente desprecio y admiración, un Dios al que se califica de Omnipotente y Estólido a la par, pero al que se debe sacrificar, en cualquier caso, adoptando una actitud "femenina" (strictu sensu, pasiva) frente a él y aceptando la emasculación y la posesión divina de su cuerpo, aunque, eso sí, para redimir supuestamente a la humanidad.

La aceptación de la transformación sexual hace cesar las persecuciones que se han venido encarnando en los doctores que le atienden, incluso le lleva a confesar que la fantasía de ser mujer, una mujer acoplada en el acto sexual, le resulta "hermosísima". La relación divina se extiende al astro solar, Schreber siente como sus rayos lo penetran y se jacta de poder mirar su luz sin aturdir su visión.

El análisis posterior de Freud semeja traslucir la estupefacta fascinación que supone contemplar corroboradas tantas y tan antiguas intuiciones sobre la paranoia. En mi opinión, Freud al leer la narración de Schreber le es posible expresar algo que ya rondaba por su cabeza desde que iniciara el método catártico. A saber, que la paranoia atiende a una estructura de defensa y que ésta se halla imbricada con una moción homosexual.

En 1896, en "Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa", Freud ya había analizado el caso de una mujer aquejada de un delirio autorreferencial, coligiendo que la paranoia obedecía a una reacción de defensa, similar a la neurosis, ante la represión de mociones sexuales. También en este mismo trabajo Freud constataba el papel esencial que en el cuadro de la enfermedad jugaba la proyección como mecanismo defensivo, garante de la represión, que eludía las mociones sexuales reprimidas atribuyéndoselas a agentes externos.

La vinculación en esta mujer entre la persecución y las fantasías de desnudos y regazos femeninos son equivalentes a la persecución de Schreber y sus fantasías de emasculación y posterior posesión por parte de un hombre o una divinidad masculina. La mujer fantasea un regazo desnudo al ver a su joven asistente y proyectivamente le atribuye un pensamiento indecente. Schreber siente y oye como el doctor Flechsig o Dios o el Sol le persiguen y proyectivamente imagina su penetración por Dios o los rayos del astro. El deseo homosexual ha sido eludido y volcado al exterior bajo la forma de amenaza a través de los siguientes pasos: Yo deseo a un objeto del mismo sexo. Yo no lo/la deseo puesto que lo/la odio. Yo no lo/la deseo – puesto que lo/la odio – porque él/ella me persigue.

Pero la crítica iba a alcanzar ámbitos aún más sensibles. La proyección era el artificio adecuado para escapar a la moción homosexual desfigurándola, así, el donjuanismo o la erotomanía, quintaesencia de la virilidad machista, esto es, de la cosificación de la mujer como mero objeto o trofeo sexual, componía un similar artificio proyectivo para escapar a su esencial reconocimiento: Yo no lo amo pues yo la amo. Yo no lo amo – yo la amo – porque ella

me ama. En un breve y magistral trabajo sobre los celos de 1921(33), Freud venía a ampliar la crítica de la sexualidad convencional al demoler, descubriendo sus heteróclitos e inmorales contenidos, uno de los principales mitos de la autosatisfacción e hipócrita heterosexualidad monogámica.

Los celos son estados afectivos pretendidamente normales que se componen secuencialmente de un duelo por el objeto supuestamente perdido, una afrenta narcisista del sujeto por la hipotética pérdida, un sentimiento de hostilidad hacia los rivales virtuales y, como colofón, un monto de autocrítica, superyoico, que hace responsable al sujeto de la pérdida del amor del objeto.

La mixtificación, la mascarada social estribaba en considerar los celos como la auténtica ordalía del amor. Freud señala que existen celos proyectados que provienen de la propia infidelidad real o deseada, que al ser reprimida se torna inconsciente. "Es una experiencia cotidiana que la fidelidad, sobre todo la exigida en el matrimonio, sólo puede mantenerse luchando contra permanentes tentaciones"(34). Aquel o aquella que desmiente en sí mismo/a el deseo de infidelidad monogámico busca alivio inconsciente, a salvo además de su propia normatividad (freudianamente superyo), en los celos proyectivos.

También puede ocurrir que el anhelo de infidelidad se deposite en un objeto del mismo sexo, esto es, que la moción que inspire a estos celos sea homosexual. La irrupción de este deseo provocaría los celos delirantes como mecanismo elusivo de defensa viniendo a decir: Yo no soy quien lo/la amo, ella/él lo/la ama. Se tendrían celos, mediando el cónyuge como disfraz del objeto anhelado, de todos los hombres/mujeres a los/las que, en realidad, el sujeto desea. La bisexualidad humana complica notablemente el panorama

de la sexualidad, por lo menos desde el estrecho prisma de la heterosexualidad monogámica. Los celos eran cualquier cosa menos una manifestación emocional clara, también era posible que los celos expresaran dos mociones concomitantes de distinto signo, una heterosexual y otra homosexual, es decir, por la mujer o el marido y por la amante o el amante. Incluso la satisfacción de una moción heterosexual podía coexcitar una moción homosexual reprimida y disparar proyectivamente los celos. Y es que la orientación sexual distaba de ser, ni por asomo, lo clara que, sedicentemente, se autoproclamaba en sus exigencias morales. Freud afirmaba que todo sujeto detentaba ambas mociones sexuales y que a lo largo de la vida oscilaba, alternativamente, en mayor o menor intensidad por una de ellas.

Pero retornemos al análisis de la paranoia porque éste no se agota en su contenido homosexual reprimido ni en el mecanismo evitativo de la proyección. Ya en 1901, en "Psicopatología de la vida cotidiana"(35), Freud consideró que en la paranoia existía un núcleo de verdad luego deformado en virtud de la especial receptividad del sujeto así aquejado para intuir o captar los más leves rastros del inconsciente de los demás y a partir de ellos deformar la realidad perceptiva. En 1914, en "Introducción al narcisismo"(36), relaciona el delirio paranoico con una persecución real, aunque intrasubjetiva, la que se establece entre el ideal del yo y el yo, y cinco años más tarde, en "Pegan a un niño"(37), corrobora esta intuición aportando la fantasía masoquista de ser pegado por el padre como base imaginaria del delirio, de igual forma que en las mujeres la fantasía consistirá en la amenaza de ser asesinada o devorada por la madre(38). En 1927(39), Freud advierte que la formación de la idea del delirio acontece a una edad muy temprana,

pero que la desestructuración del mismo pasa por la sustracción de la carga posteriormente añadida a la idea. Pero es en 1937, en "Construcciones en el análisis", donde el delirio se enraíza teóricamente a la práctica infantil objetiva al señalar que se constituye sobre "un fragmento de *verdad histórico-vivencial*"(40)(La cursiva es de Freud).

Ahora bien, esa práctica no se refiere únicamente a la ontogenia, sino a la filogenia, esto es, parte de la premisa errónea, trazada en "Totem y tabú", del tiránico protopadre y la persecución de sus supuestos hijos. El suceso histórico-vivencial finalmente quedará reducido a la filogenia ("Moisés y la religión monoteísta"), lo que conllevará desestimar la experiencia del sujeto, su delirio, atribuyéndolo mecánicamente a la fantasía filogenética heredada (esta crítica no supone, en absoluto, un cuestionamiento de la fantasía actual, que sí de la supuesta e inexistente fantasía filogenética, en cuyo nombre se desestima la comprensión del relato delirante, que, por otra parte, no cabe aceptarlo ingenuamente en su textualidad). El origen de tal error se debe rastrear en los presupuestos teóricos de los que parte el psicoanálisis, concretamente en la teoría evolutiva, compatible con Lamarck, que Freud asimila, pero sobre el particular nos extenderemos más adelante.

Este apresurado recuento(41) de breves referencias a la paranoia desperdigadas en el discurrir de la obra freudiana nos permite enlazar con lo afirmado anteriormente, cuando establecimos la subversividad de su trabajo analítico reposaba en la vinculación a la práctica y que su conservadurismo obedece a la adopción de presupuestos mitológicos que le alejan de la conducta real. El delirio paranoico no es resultado entonces de una mera moción homosexual, por lo demás común a todos los seres humanos, sino

que se erige muy temprano (en la infancia) sobre la base de una huella mnémica real posteriormente fantaseada. El error de Freud estribaba, admitiendo cierta simplificación explicativa, en considerar finalmente esa huella de carácter filogenético, que no ontogenético. En este último supuesto, el de la fantasía, Freud reconocía que ésta no hacía sino quedarse fijada en el sujeto debido a antecedentes prácticos y reales (estos sí, explícitamente ontogenéticos). Así, el niño que introyectaba la fantasía de ser pegado por el padre, se remitía para su elaboración a otras veces en las cuales había sido pegado en la realidad. Incluso muchos años después de haber abandonado la teoría del trauma como etiología de la neurosis, Freud admitía que los adultos tenían por costumbre seducir a los niños para amansar sus requerimientos o por otros motivos menos confesables(42), remarcando así la relevancia de la práctica conductual y la subordinación de las elaboraciones fantaseadas a la misma. La persecución se perpetuaba después de adquirir el niño la normatividad (el superyo), sobre la huella mnémica inconsciente, el sujeto permutaba la situación persecutoria ahora de una manera intrasubjetiva. Expresado en los términos de la dinámica freudiana, el superyo obraba como el perseguidor y el yo adquiría la condición de perseguido.

Consecuentemente, ante un medio social represivo la aparición de una moción homosexual, reflejo de la situación infantil primigenia en la que el objeto era el padre/madre agresivo/a y castrador/a o su equivalente, provoca el delirio de persecución como forma social, paradójicamente, más integrada que la aceptación del deseo. Según lo relatado, se comprenderá que la paranoia, no sólo fuera mucho más frecuente en los hombres que en las mujeres, sino también predominara en las clases populares(43). El rol paterno, equivalente de

la normatividad represiva impuesta bajo formas brutales y persecutorias, que en las clases populares, por razones evidentes, adoptaba expresiones más lacerantes, así hacía que sucediera.

Si la censura nos hubiera permitido conocer el capítulo tercero de las memorias de Schreber quizás podríamos haber sabido como se fraguó originariamente el delirio y qué papel jugaron todos los miembros del clan familiar, en especial, el padre, el autodenominado doctor Gottlieb, de nombre tan esclarecedor, dedicado a una siniestra pedagogía gimnástica que se hacía valer, verbigracia, de instrumentos propios de la tortura para mantener a los niños rectos o corregir otra suerte de "errores" de la conducta(44). La actitud de homosexualidad pasiva que adopta Schreber ante ese Dios (Gott) amado (lieb) y repudiado a la par no es sino una repetición fantaseada de su propia experiencia infantil. Importa pues constatar que el supuesto delirio recoge o, mejor dicho, vuelve a actuar, una praxis infantil enajenada ante la aparición de una moción que se considera también punible. La solución para integrar el conflicto pasa por hacer emerger mociones agresivas que socialmente no son tan severamente consideradas.

Deleuze y Guattari(45) han sostenido que el caso de Schreber no es reducible al estrecho "escenario" freudiano donde se representa sempiternamente el complejo de Edipo. Advierten la multiplicidad de sugerencias y referencias políticas que ofrece su protagonista y que hilan su delirio de modo, al parecer, más señalado que sus parcas alusiones al núcleo familiar. La apreciación de que la paranoia (o la neurosis) manifiesta un contenido social y político es enteramente correcta, pero el error de ambos, a mi parecer, estriba en subvertir la importancia jerárquica atribuida a los distintos ámbitos de socialización del sujeto.

Freud no niega la trascendencia de los factores sociales en la generación de la enfermedad, al contrario, desde el principio de su obra señala a la moral, la educación, la iglesia, el ejército, el estado y, en general, el conjunto de las instituciones y normas sociales como agentes responsables de la enfermedad. La sociedad está pautada por reglas represivas que generan, consecuentemente, la enajenación individual. No obstante, ese código enfermo se difunde primero, y de un modo decisivo para el desarrollo ulterior, en el núcleo familiar. En la familia se introyectan los valores políticos y sociales y se crea y moldea la personalidad del sujeto de un modo mucho más determinante que la socialización que acontecerá después. De tal suerte o desgracia, que se puede afirmar que cuando el sujeto ingresa, como adolescente o adulto, en otro ámbito de socialización su psique está ya estructurada.

Deleuze y Guattari recriminan a Freud que su mencionada desatención por lo social le lleva a atribuir un valor desmesurado a las escasas referencias que hace Schreber de su padre, construyendo una interpretación desfigurada y miope de su conflicto. Merece la pena en este punto señalar, sin entrar aquí en el papel encubridor inconsciente de los recuerdos de Schreber o de cualquier ser humano, que ambos autores parecen olvidar el significativo hecho de que el capítulo tercero dedicado monográficamente a su familia fue censurado íntegramente, al igual que también lo fueron los reveladores pasajes explicativos sobre el "almicidio" que pretendía perpetrar Dios sobre su persona.

Me parece además improcedente la crítica a la supuesta reducción freudiana de la vida del sujeto a la representación de la tríada edípica (padre, madre, hijo). En este caso también, advierto que el prejuicio o la reducción teórica no parte del propio Freud sino

de Deleuze y Guattari, que no constatan lo que sí es apreciable en los propios textos de Freud, a saber, que el complejo de Edipo no se circunscribe a los progenitores sino a todos los miembros intervinientes en la socialización del niño, como es fácilmente apreciable tanto en los escritos teóricos como en la exposición de los historiales. Por atenernos a la paranoia, en Schreber o en la paciente protagonista del historial de 1896 o en la paciente de R. Mack Brunswick (1929)(46), se constata la importancia de los hermanos.

No sostengo sin embargo que Freud estuviera subjetivamente interesado, a propósito de este u otro caso, en las condiciones sociales objetivas. La persona de Freud, como ya se reflejó anteriormente, ofrece una perspectiva social y política contradictoria, de similar manera, su análisis social explícito, en las obras consagradas a tal fin, adolece, desde su misma bibliografía o fuentes de consulta (Ricoeur 1965, Ureña 1977), de defectos e insuficiencias manifiestas y difícilmente se podría tomar como referencia rectora. No conviene olvidar a este respecto, sin embargo, que la labor de la psicología no debe ser confundida con la de otras disciplinas sociales, pues aunque su objeto, el hombre, sea el mismo a muchas de ellas, la perspectiva metodológica y de integración de los fenómenos la hace diferente de otras ciencias. La psicología tiene que integrar en su análisis elementos sociales, pues estos forman parte de su objeto de estudio, pero en el análisis individual esa parte viene subsumida tácita o explícitamente en el sujeto; el sujeto nos ofrece sintéticamente el reflejo especular, el suyo propio, de su medio de socialización. Creo que se puede afirmar, en justicia, que gran parte de la teoría freudiana, independientemente de la

subjetividad de quien la inspira, por su estrecha vinculación práctica, ostenta un contenido social marcadamente crítico.

En el caso de la paranoia ese contenido delata, en primer lugar, si alteramos la apreciación filogenética por su correspondiente práctica ontogenética, el maltrato del niño, un claro fracaso en la socialización infantil al erigirse poderosas ideas persecutorias merced a una práctica agresiva y amenazante. Sobre esa base persecutoria o núcleo de verdad se edificará deletéreamente la normatividad del sujeto (el superyo freudiano)(47), que en lo sucesivo será para el mismo una referencia no sólo tiránica, como acontece en la neurosis obsesiva, sino abiertamente torturadora y hostigante. No es de extrañar que la emergencia de una moción proscrita socialmente, como es el deseo de signo homosexual, provoque el investimento del delirio y, por ende, su activación por medio de mecanismos proyectivos, que a su vez se sirven de elementos verdaderos, de la práctica inconsciente, distorsionados por la subjetividad.

La paranoia entonces expresa una verdad delirante por distorsionada que sea su elaboración posterior, no se podría calificar de otra forma la persecución real de un menor. La manifestación patológica no viene dada por el delirio en sí, pues éste corresponde a la esfera de lo objetivo, sino a su anacronismo, a la fijación que delata el sujeto por tan siniestra práctica infantil ante la percepción de un deseo prohibido. La persecución se reactualiza, mitológicamente expresado, por el superyo, que heredero de la censura social, deniega la moción homosexual y emprende la persecución del yo mediando proyectivamente agentes externos. Ninguna de las dos persecuciones la pasada y la actual son imaginarias, en la realidad se produjeron y se producen y son firmes exponentes de una sociedad enferma. Si nos detenemos a analizar las persecuciones como base histórica del

delirio observamos que la pasada, la que se produjo de modo real y efectivo en la infancia, se trastocó y metamorfoseó como normatividad inconsciente del sujeto (superyo), en una persecución interna que ante la moción prohibida social e individualmente se recarga. La primera persecución es externa, la segunda, heredera de la externa, a devenido interna, pero concordante y armónica a los principios morales de la realidad social. Ahora bien, el paranoico delira por inconsciente, por inconsecuente social. Delira porque se autoengaña. La persecución o lo que es lo mismo, la represión proyectiva, sólo se puede mantener, como toda represión, mediante el desconocimiento perceptivo del yo, que se ve incapaz de transaccionar con la realidad o de transformarla. El problema se mantiene por el carácter inconsciente de la represión, inconsciente porque ésta se establece no por el yo, sino por su ideal (el superyo). Pero este último se erige interactivamente entre el sujeto, la familia y el conjunto del ámbito social, siguiendo un código simbólico sumamente estructurado, denominado moral y ésta atiende, materialmente, a la regulación de las mociones sexuales, pero también a otra suerte de necesidades económicas.

Se puede decir que tras toda conducta "enferma" subyace un conflicto social, en el que las manifestaciones o síntomas expresan un intento de resolución del mismo al tiempo que el cumplimiento fantaseado del deseo. El deseo no es comprensible sin la norma y la norma tampoco se puede entender sin el deseo contra el cual se erige; para ser más precisos, no es que el deseo esté prefigurado y la norma lo castigue, sino que la norma constituye al deseo en sí mismo, intrínsecamente. Uno de los errores más gruesos de la escuela de Frankfurt y otros autores (Pérez, Fuentes) fue considerar el deseo como la expresión de algo individual, biológico, preexistente y

acabado y, en consecuencia, la norma como un ente social extrínseco y meramente sancionador del sujeto. El conflicto se dirimiría entre dos polos antagónicos, el biológico y el cultural. Tal concepción consideraba, en consecuencia, al deseo como instinto y no como pulsión, esto es, le atribuía un automatismo y prefiguración apriori, al margen de la experiencia, cuando Freud no lo concebía de esta suerte, sino como una mediación cultural ininteligible sin la norma. Es más, la norma forma parte del deseo y no únicamente como umbral o límite estructurador, sino que también como contenido u objeto, tal y como se muestra en el superyo freudiano. En la paranoia, el sujeto desiderativamente se identifica con la figura perseguidora y castrante internalizándola en el superyo a la par que adopta el papel de víctima pasiva receptora de la agresión.

Precisamente el problema de la locura estriba en la normatividad que la prefigura y ésta, en su esencia, como sostiene Pichon-Riviére, atiende a poderosos intereses de clase. "La norma que configura el criterio a partir del cual se juzga la conducta de los individuos como "sanos" o "locos" es, como toda norma, expresión de intereses de clase y cumple el rol de dirigir esas conductas para la reproducción de las relaciones sociales que asientan(48)". No se trataría, de ser posible, de eliminar toda norma, sino de alcanzar una que no fuera alienante, pero alterar la normatividad que estructura la locura y la sexualidad implica, como hemos visto, alterar su fundamento económico de clase. En palabras de Freud, "El problema sexual no puede resolverse sin tener en cuenta el problema social"(49).

EL GÉNERO

Mitología Femenina. La Virgen y Eva.

El Complejo de Edipo Femenino. La Fase Fálica.

Una lectura progresiva de la Teoría del Género de Freud.

Las polaridades Sexuales. El Mito Zoológico. Pasivo y Activo.

Contradicciones y límites de la Teoría del Género de Freud.

La sexualidad femenina constituye un hiato en la teoría psicoanalítica. Se hace notorio que la comprensión psicológica se circunscribe al varón y, sólo en ocasiones, ésta se matiza con observaciones puntuales sobre la mujer, anomalías o disensiones que condicionan un discurso, por lo demás, acabado. Más tarde, a partir de mediados de los años veinte, se comenzó a corregir esta asimetría con aportaciones teóricas, que, sin embargo, no alcanzaron la aquiescencia de la comunidad psicoanalítica ni dejaron del todo satisfecho al propio Freud.

La mujer era un territorio inexplorado, temido, condicionado por los prejuicios sociales. Una de las primeras aportaciones de Freud, ya patente en los supuestos del método catártico, fue el reconocimiento de la mujer como sujeto de deseo sexual en paridad con el hombre. Hoy, sin duda, por lo menos en buena parte del mundo, esta aseveración no reviste, por su obviedad, ninguna importancia, pero entonces la mujer poseía un estatuto jurídico e ideológico radicalmente distinto al del hombre. Por una parte, estaba desprovista de los derechos que sí asistían al hombre, semejándola legalmente a la condición de accidente, que no sustancia, apéndice del varón responsable de su guarda, bien fuera éste el padre, el hermano o el marido. La mujer era, a casi todos los efectos, como el niño, un ser

heterónimo, dependiente, infantil, incapaz de valerse por sí sola. Históricamente, su situación no era conforme con el nuevo orden burgués del ciudadano, como ser portador de derechos, asemejándose más a la condición de siervo propia del Antiguo Régimen.

Ya nos hemos referido a como Freud constató en el varón la existencia de una dicotomía en la elección de objeto entre la moción tierna y la sexual que conllevaba, soterradamente, la impotencia. Esa generalizada degeneración amorosa, en palabras del propio Freud, delataba una distribución correlativa de roles femeninos, a saber, el de madre y esposa, depositaria de la moción tierna y vinculada a la sexualidad únicamente por la procreación o una ocasional actividad frustrante y, por otro, el de la amante o prostituta, mero objeto sexual, degradado de sus cualidades humanas, liberado de cualquier afecto.

El primer rol femenino suponía una idealización siniestra de la mujer, pues la despojaba de sus necesidades sexuales, de tal suerte, que el marido o el hijo adolescente, desde posiciones familiares distintas, pero por idénticas razones ideológicas, no eran capaces de concebirla como sujeto sexual, poseedora de deseos y motivaciones idénticos a los del hombre. El otro rol recibía el contenido denegado en el primero, la sexualidad desprovista de consideración y afecto. La dicotomía entre el alma y el cuerpo, característica de los sistemas idealistas, reflejo a su vez de una situación de explotación social y de división del trabajo, se encarnaba también en los papeles femeninos.

La mujer era la virtud, el ser sublimado y sublime exento de apetitos, generador de vida o paridora eterna y tierna, esto es, la virgen María o, por el contrario, era la depositaria de la voluptuosidad, la tentación carnal malogradora de la virtud

masculina, fuente de disputas, envidias, deseos del prójimo, motivo al parecer de guerras troyanas independientemente del valor comercial y estratégico del paso del Bósforo, aliada de los seres reptantes e infernales, responsable del pecado original, de la culpa, esto es, Eva. El alma o la materia, la madre de dios o el aliado estratégico del diablo. La historia de la cultura occidental, la historia contada por los hombres, hecha por y para los varones, así la ha descrito e introyectado en nuestro imaginario colectivo.

Subyace en este apresurado resumen la idea de que la mujer es o debe ser sólo un objeto pasivo y cuando así no sucede, cuando se delata como sujeto de necesidades y transgrede los angostos límites de su enclaustramiento, entonces su actividad deviene moralmente en vicio o pecado, mejor dicho, permuta en su obrar, inconscientemente así se percibe, el pecado original. La mujer en el binomio sexual representa el polo pasivo, el objeto, la mercancía aprehendida o intercambiada por el sujeto por antonomasia, el varón. Es fundamental, para asegurar la supervivencia de este ominoso binomio, que el discurso médico corrobore o justifique fisiológicamente la anafrodisia femenina. La mujer no tiene deseo ni siente placer, si ocurre de otro modo se debe a la enfermedad física de su órgano – la histeria – o a la corrupción moral de su alma – la prostituta o la que obra como tal -. Por ello, la solución para el primer caso estriba en la ablación del clítoris(1), tan afecta aún en países islámicos, que asegura la inoculación del placer o, en el segundo caso, en la segregación moral que, a la postre, obtiene idéntico resultado.

La sexualidad de la mujer existe como mecanismo, como engranaje físico dissociado de su representación mental. La construcción simbólica del rol de la mujer corrobora y refuerza la

dicotomía entre el cuerpo y "alma". El cuerpo puede funcionar como máquina u objeto, pero no se establece entre éste y el "alma" o "mente" femenina una conexión eficaz de la cual resulte el placer y el apetito del mismo, su demanda abierta y consciente. La desconsideración intelectual de la mujer, su relegamiento para actividades menores, secundarias o subordinadas, el infantilismo femenino, es enteramente concordante con su cosificación. Ahora bien, sin establecer una paridad en el perjuicio, se puede afirmar sin embargo que con tal práctica sexista el hombre acaba por perder también. La impotencia, la frigidez, la culpabilidad sexual, las fantasías o fantasmas socavan todo amago de placer sano y sincero.

El relegamiento de la mujer a la mera condición materna provocaba, como ya vimos, que el amor de la mujer se volcara, por insatisfacción marital, en un exceso de cuidado (sexual) sobre los hijos, éstos quedaban fijados incestuosamente a la madre lo que les imposibilitaba en la adolescencia, en conjunción con una fuerte represión social, transitar en pos de un objeto externo. El resto es de sobra conocido, la fantasía incestuosa, reforzada por el onanismo, devenía en impotencia y degradación del objeto sexual. El infantilismo femenino era resultado de esa misma represión sexual, especialmente intensa sobre la mujer. Todo amago de actividad o rasgo de autonomía era tempranamente extirpado para perpetuar la hegemonía sexual masculina, aunque no se obrara con tal propósito consciente. El hombre se encargaba de entontecer a la mujer a base de limitar hasta el extremo su actividad desde la infancia, el resultado empero no era de su satisfacción. No podía establecer una comunicación entre iguales con ella, se quejaba de su falta de inquietud, de su exasperante docilidad, de su grosera estupidez... pero cuando no era así, entonces se sentía amenazado. El deseo de la

mujer, sus requerimientos en pie de igualdad parecían derrumbar esa seguridad intrínseca que socialmente se adjudicaba a todo varón por el mero hecho de serlo.

Freud no era un machista al uso de su tiempo(2), pero su teoría sobre la sexualidad femenina no está exenta de tales rémoras históricas. Ya nos hemos referido anteriormente a la actitud de su persona con relación a las mujeres, a su ambivalencia, que basculaba entre una postura avanzada que promocionaba y ayudaba, sin paternalismos, a la mujer y su fijación a la fantasía, común en el imaginario colectivo, de la mujer como valedora del papel de madre y esposa abnegada. En Freud conviven elementos para una lectura transformadora de la sexualidad femenina y su futuro papel social junto a otros claramente regresivos, relictos de un imaginario rancio y temeroso de la acción femenina.

Freud, promisoriamente, comienza por aseverar que la sexualidad infantil no distingue lo masculino de lo femenino. La polaridad sexual experimenta cambios a lo largo de la infancia siguiendo el recorrido de las fases sexuales. Así, en la fase sádico-anal no existe lo masculino y lo femenino, sino que se decantan actitudes y conductas pasivas y activas, independientemente del género. En la organización fálica todo el interés sexual lo monopoliza el falo y el clítoris, para Freud su equivalente, pero no los testículos ni la vagina. El descubrimiento de la anatomía del otro sexo supone un acontecimiento traumático pues activa la amenaza de la castración, la patentiza plásticamente. Evidentemente, el miedo a la castración no adviene por la percepción de la diferencia anatómica, sino que la represión sexual ejercida por los adultos, que en muchas ocasiones se expresa abiertamente bajo la amenaza de castración, se manifiesta como una acción verosímil al contemplarla. El varón experimenta.

miedo narcisista por sus genitales. La visión de la anatomía femenina primero, en contra de toda evidencia, es desmentida, pero cuando la experiencia se impone a la fantasía entonces acaba por aceptar tal realidad perceptiva que supone consecuencia de una castración. La emasculación concibe que es el resultado de una conducta inapropiada, esto es, del onanismo fálico, de las mismas mociones que él experimentó. Las mujeres, piensa, eran varones que por su quehacer perverso han sido castradas.

El complejo de castración actúa como un catalizador en la superación del complejo de Edipo y en la introyección del superyo (estrictamente en su creación o introyección de la normatividad, el superyo no se puede introyectar ya que no existe de suyo, dicho sea en contra de algunas explicaciones del propio Freud). Es la amenaza al narcisismo infantil de la castración la que mueve psíquicamente al niño a acatar la normatividad edípica o su espectro fantaseado y sepultar el deseo de la madre. Toda la frustración anterior, la imposibilidad de consumir su pulsión sexual en la madre, las numerosas decepciones, el nacimiento de nuevos hermanos... habían preparado el camino, pero es la amenaza de castración la que, por sobredeterminación, acaba por reprimir el amor hacia la madre. De la fijación traumática en la castración puede derivar un horror homosexual hacia la mujer o una transacción homoerótica fetichista para acatar tal percepción, que concebiría a todas las mujeres castradas excepto la propia madre, figura idealizada y respetable, ajena al onanismo.

Freud afirma que en el varón la contemplación de los genitales femeninos conduce a la superación del complejo de Edipo y la introyección de la normatividad, en la niña el contraste anatómico supone una actitud contraria, que empuja a la misma a pretender al

padre como objeto. La niña culpa a la madre de su falta y abandona el onanismo del clítoris por imposibilidad de competir con el varón. En la niña, al igual que el fetichismo en el niño, cabe una escisión del yo como defensa ante el contraste anatómico. Puede admitir su ausencia a la par que creer que lo recibirá o le crecerá en el futuro. Cabe incluso una desmentida absoluta de la realidad ausente por medio de la alucinación de su existencia y un comportamiento masculino.

Las orientaciones de la sexualidad femenina ante la castración se pueden resumir en tres opciones según la teoría analítica: La primera comportaría un extrañamiento no sólo del onanismo del clítoris, sino que a él se añadiría toda la sexualidad en su conjunto. La segunda supondría retener la masculinidad fálica (complejo de masculinidad) con la esperanza de llegar a poseer el pene o la alucinación de su posesión efectiva, ésta orientación puede devenir en homosexualidad unívoca (téngase presente la bisexualidad originaria que además en la niña es más patente por la existencia, para Freud, de dos órganos susceptibles de polarización, la vagina y el clítoris). La tercera y última supone el desarrollo "normal" del complejo de Edipo, esto es, la elección del padre como objeto.

La niña culpa a la madre por la falta de pene, le recrimina la falta, la acusa de no haberla criado adecuadamente. La ligazón con la madre se rompe. Se aspira a tener el pene ausente y para ello se pretende al padre que sí lo posee. La envidia del pene propicia el abandono del onanismo del clítoris y del objeto materno, para aspirar al objeto del padre y conceder más relevancia a la vagina, produciéndose un cambio en las aspiraciones sexuales que se trastocan de la actividad a la pasividad. El deseo del padre viene a suplir, como subrogado, el deseo del pene, que luego a su vez

deviene deseo del hijo, preferiblemente varón. Las sucesivas subrogaciones ya habían sido inteligidas por Freud en 1917 ("Sobre las transposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal"), mucho antes de publicar sus primeras obras sobre la sexualidad femenina, comprobando que eran fruto de las teorías infantiles de niños y niñas.

Además de manifestar hostilidad hacia la madre por hacerla responsable de su falta y por la nueva competencia establecida por el padre, la niña al ingresar en un nuevo enamoramiento y carecer del fantasma amenazante de la castración, dilata en el tiempo la asunción normativa que el varón, a su edad, establece, de tal modo, que su propia normatividad (superyo) carecerá de la agresividad y la exigencia del que posee el niño. Otra consecuencia del contraste anatómico será una sobrecompensación narcisista de su cuerpo para ocultar la vivencia de la falta de pene.

La exposición freudiana de la sexualidad femenina es conforme con el orden social patriarcal dominante, sin embargo existen indicios abiertamente disonantes con una lectura tan simplificada de la cuestión del género. Uno de ellos lo constituye la ausencia de correlación entre la elección de objeto sexual y el carácter y la actitud sexual.

"La bibliografía sobre la homosexualidad no suele distinguir con nitidez suficiente el problema de la elección de objeto, por un lado, y el del carácter y la actitud sexuales, por el otro, como si la decisión sobre uno de esos puntos se enlazara necesariamente con la decisión sobre el otro. Pero la experiencia muestra lo contrario: Un hombre con cualidades predominantemente viriles, y que exhiba también el tipo masculino de vida amorosa, puede, con todo eso, ser un invertido con relación al objeto, amar sólo a hombres, no a

mujeres. Un hombre en cuyo carácter prevalezcan de manera las cualidades femeninas, y aun que se porte en el amor como una mujer, en virtud de esa actitud femenina debería estar destinado al varón como objeto de amor; no obstante, muy a pesar de eso, puede ser heterosexual y no mostrar hacia el objeto una inversión mayor que una persona normal media. Lo mismo vale para las mujeres; tampoco en ellas carácter sexual y elección de objeto coinciden en una relación fija. Por tanto, el misterio de la homosexualidad en modo alguno es tan simple como se propende a imaginarlo en el uso popular: Un alma femenina, forzada por eso a amar al varón, instalada para desdicha en un cuerpo masculino; o un alma viril, atraída irresistiblemente por la mujer, desterrada para su desgracia a un cuerpo femenino. Más bien se trata de series de caracteres:

Caracteres sexuales somáticos

(Hermafroditismo físico)

Carácter sexual psíquico

(Actitud masculina o femenina)

Tipo de elección de objeto

que hasta cierto grado varían con independencia unos de otros y se presentan en cada individuo dentro de múltiples permutaciones. La literatura tendenciosa ha dificultado la intelección de esos nexos, en cuanto por motivos prácticos ha empujado al primer plano la única conducta llamativa para el lego, la correspondiente al tercer punto, el de la elección de objeto, y además ha exagerado la fijeza del vínculo entre éste y el primer punto”(3).

(El subrayado es mío)

La inconcordancia entre la elección de objeto y la actitud sexual delata contradicciones sociales que habían sido soslayadas o encubiertas mediante teorías organicistas sobre el género; en éstas últimas se hacía coincidir interesadamente la elección de objeto homosexual con el hermafroditismo para mantener el mito fisicalista como soporte y causa de la conducta. Tampoco existe un nexo entre la elección de objeto y la actitud psíquica, que el propio Freud define como masculina y femenina en vez de activa y pasiva.

La mujer puede ser predominantemente activa y el hombre predominantemente pasivo. La identificación de lo masculino y lo activo, por un lado, y lo femenino y lo pasivo, por el otro, constituye una mixtificación marcadamente ideológica a la que nuestro autor, pese a sus continuas matizaciones, no logra escapar siempre y ello pese a que tan decisiva cuestión fue abordada por él en, al menos, tres ocasiones. La universalidad de los procesos psicológicos inconscientes no obra excepción con su descubridor.

La polaridad sexual no dependía de los géneros. Freud había constatado que la sexualidad infantil arrumbaba tal distinción para establecer una dialéctica entre lo activo y lo pasivo o lo fálico y lo castrado. La elección de objeto suponía un añadido en la enmarañada identidad sexual del sujeto, pero no establecía, por sí misma, un orden conductual acorde al prototipo simbólico de género sexual. Tampoco la zoología se prestaba como coartada para legitimar el mencionado paradigma.

“Estamos habituados a usar <<masculino>> y <<femenino>> también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos transferido el punto de vista de la bisexualidad de la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en estotro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. (...) en muchas clases de animales las hembras son las más fuertes y agresivas, y los machos son activos exclusivamente en el acto de la unión sexual. Tal sucede, por ejemplo, en las arañas. Las funciones de la crianza, que nos parece por excelencia femeninas, tampoco se asocian entre los animales de una manera regular con el sexo femenino. En especies muy adelantadas en la escala zoológica se observa que los sexos se distribuyen la tarea de la cría, o aun sólo el macho se consagra a ella. También en el campo de la vida sexual humana notarán enseguida cuán insuficiente es hacer corresponder conducta.

masculina con actividad, y femenina con pasividad. (...) Las mujeres pueden desplegar una gran actividad en diversas direcciones, y los varones no pueden convivir con sus iguales si no desarrollan un alto grado de docilidad pasiva. Si ahora me adujeran que justamente esos hechos contendrían la prueba de que tanto varones como mujeres son bisexuales en sentido psicológico, yo inferiría que se han decidido de manera tácita a hacer coincidir <<activo>> con <<masculino>> y <<pasivo>> con <<femenino>>. Pero se los desaconsejo. Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo”(4).

El error no estriba en partir de la bisexualidad del ser humano, sino en considerar que ésta atiende a una actitud psíquica masculina o activa y a otra femenina o pasiva. Ni el estudio zoológico ni el psicológico permiten establecer esa identidad del género, aunque tácita e inadvertidamente, esto es, inconscientemente, muchos —el propio Freud— lo hagan. Ahora bien, Freud critica el establecimiento de roles innatos para los géneros, derrumba el mito de la pasividad intrínseca femenina, desmonta la existencia de tal polaridad en la infancia, ensancha el análisis de las polaridades introduciendo nuevas variables susceptibles de oposición psíquica al margen del género, empero parece escapársele el motivo por el cual, pese a tales revelaciones, él mismo siga estableciendo un nexo “tácito” o explícito entre los roles femeninos y los atributos manifiestamente culturales.

Al analizar la recurrencia del masoquismo en las mujeres — y del sadismo en los hombres, especialmente con sus esposas — Freud revela que la sociedad impone a la mujer la represión de la agresividad, con lo cual promueve que la agresión se vuelva hacia adentro en forma de masoquismo. Sin embargo junto a esta constatación afirma que “su propia constitución le prescribe a la

mujer sofocar su agresión”(5). Llama poderosamente la atención cómo la perspicacia de Freud para develar el carácter histórico de las perversiones o las “enfermedades mentales” se quiebre, en este caso, debido a sus propios complejos y resistencias inconscientes. Freud ensambla o hace convivir dos discursos incompatibles entre sí, el que se atiene a la tradición y a las fantasías inconscientes que le son propias, y el de sus propios descubrimientos psicoanalíticos

La desazón teórica de muchos psicoanalistas con la teoría del género de Freud estribaba en, aun rechazando ideológicamente su contenido, verse obligados a admitir que las aseveraciones sobre la envidia del pene, la minusvaloración de los genitales femeninos o la recurrente pasividad y masoquismos femeninos, por poner sólo tres ejemplos de lo ya expuesto, eran ciertas y así lo corroboraba su propia experiencia como analistas, aunque esta era sólo una parte de la verdad empírica, e incluso ateniéndose a esa única parte la explicación distaba de ser la apuntada por Freud.

El error principiaba al considerar la realidad social como algo fijo y acabado, no sujeta a transformaciones y cambios, en suma, en desvincular las producciones psicológicas de la práctica social del sujeto en beneficio de explicaciones biologicistas o, como en este caso, anatómicas. A Freud parece olvidársele que la socialización de niños y niñas era y es radicalmente distinta, explícita e implícitamente, consciente e inconscientemente. Las exigencias, los juegos, las normas, los modelos, los castigos, los premios, la manifestación o la represión de los afectos... toda la conducta, tomando este concepto en su acepción amplia(6), disiente y discrimina su trato según el género.

El falocentrismo que Freud y el resto de los psicoanalistas constatan, la minusvalorización de la mujer, la naturaleza de tantas

fantasías de castración masculina o de posesión de un pene, son producciones genuinamente históricas (o, cuanto menos, son históricas las valoraciones sociales de los hechos anatómicos), claramente concordantes con un orden social machista en el que el hombre ocupa una posición hegemónica y dominante. No es extraño que la mujer pueda aspirar a tener pene si la condición para ser libre estriba en su mera posesión. Sólo las resistencias internas explican la ceguera de Freud sobre el particular, escasamente explicables resultan, en cambio, que sus seguidores continúen manteniendo tales concepciones(7). Freud había roto los estereotipos o roles sociales sobre el género al descubrir el complejo de Edipo (completo) como socialización multidireccional de deseo y normatividad. El sujeto de socialización deseaba al padre y a la madre, amén de otras figuras familiares presentes. La sexualidad distaba de atenerse al corto recorrido estipulado por la convención social. No había una elección natural, pues ambas lo eran dada la bisexualidad originaria, no existía una legitimidad moral prefigurada pues ésta dependía del período histórico tal y como demostraba el diferente trato que se había dado a la sexualidad y, en particular, a las llamadas perversiones.

La naturaleza no construía la identidad sexual del sujeto, ésta era una creación práctica, cultural, que no se atenía a los rígidos parámetros ideológicos de un período histórico determinado. Lo cierto es que esos parámetros conscientes y el orden simbólico inconsciente obraban como un elemento estructurador de primerísima importancia en la construcción de la identidad sexual. El complejo de Edipo hace posible la introyección como deseo de la normatividad patriarcal (superyo freudiano) y ésta se mantiene o sustenta en la discriminación anatómica, en la posesión o ausencia de falo. Pero cuando decimos falo o vagina, no significamos el mero

miembro genital, sino que por su relevancia conductual atribuimos al mismo una significación social práctica perfectamente pautada en lo simbólico. Y ello es así porque lo simbólico deriva de la práctica, especialmente del primer aprendizaje infantil, que no, como sostiene Freud, de una disposición anatómica que se remitiría a lo biológico para fundamentarse. La posición de Freud es esencialista y ahistórica en la interpretación que realiza de la experiencia que le ofrece la clínica y a fuer de serlo delata una historicidad implícita que, sin embargo, no es capaz de reconocerse en sus fundamentos.

La anatomía o la herencia no entrañan disposición psíquica alguna, es la práctica social la que otorga o puede denegar un significado ideológico a la anatomía. De la teoría del género freudiana se puede colegir que la sexualidad deviene de la práctica familiar consciente e inconsciente, de la interacción del sujeto con las figuras parentales que participan en su socialización, de las fantasías que se generan en dicha práctica, de los límites que se oponen a esa sexualidad y que definen como umbrales las fantasías inconscientes. La fantasía, verbigracia, de Schreber de ser una mujer, una mujer acoplada en el coito por otro hombre, revela que el deseo debe rastrearse de un modo histórico-genético, atendiendo a la práctica del sujeto y no a predisposiciones apriorísticas.

Freud podría haber realizado una lectura inversa del género, aseverando que el hombre envidia la sexualidad femenina (Schreber, el hombre de los lobos, el hombre de las ratas...). La práctica analítica le daba numerosas muestras de tal envidia, especialmente patente en la neurosis obsesiva o la paranoia. Sin embargo, Freud, en consonancia y correlación con el orden social burgués, realiza una lectura del género tomando como modelo al varón (Emilce Dio Casanova 1996)(8). Sólo así cabe entender que el clítoris se conciba

como un escorzo de pene, un “muñón”, un pene pequeño que se espera que crecerá.... El varón socialmente es el paradigma para la construcción de la identidad sexual y la teoría analítica no escapa a tal presupuesto ideológico. La sexualidad femenina, partiendo del paradigma masculino, no puede contemplarse sino como una “desviación” del mismo (Emilce Dio Casanova 1996). Se constata pues una asimetría simbólica entre los géneros, similar a la que se produce entre el niño y el adulto en el proceso de socialización y que tan decisiva será para la identidad sexual.

Ateniéndonos a la práctica analítica del propio Freud (Eva Feder Kittay 1984)(9) se podría sostener con idéntica legitimidad teórica que el varón, con menor o mayor intensidad, también desea ser una mujer. La multidireccionalidad mocional del complejo de Edipo así lo muestra. El niño desea a la madre y, con temor, concibe al padre como rival castrador, a la par que desea al padre y fantasea con la posibilidad de su castración para ocupar el lugar de la madre, entonces rival. En la primera moción adopta una actitud activa y en la segunda una pasiva y ambas son resultado de la práctica, no de ninguna disposición anterior a la misma. Karen Horney y Melanie Klein señalan que la mujer envidia el pene del varón, pero éste envidia, a su vez, sus senos.

El deseo no es nada fácil de aprehender, no atiende al sencillo mecanismo del arco reflejo, como el estornudo o el parpadeo, el deseo supone un extrañamiento, una transacción cultural de la necesidad sexual, a la que intenta satisfacer pero por medio de las complicadas relaciones objetales y sus espectros fantaseados. El deseo no es la necesidad sexual, es la necesidad sometida a la socialización y delatada como representación psíquica, ya sea ésta de naturaleza consciente o inconsciente. El cuerpo residencia un cúmulo.

de necesidades o, si se prefiere, de disposiciones instintivas, pero la expresión de las mismas viene mediatizada por el compromiso normativo y práctico, de modo que la forma de atenderlas o desatenderlas puede adoptar una variedad casi infinita de producciones psicológicas.

Sólo un orden sexual restrictivo, tácitamente autoritario, puede pretender canalizar unívocamente la capacidad heurística del deseo bajo una rígida manifestación conductual (no afirmo, empero, que la represión sea el oponente extrínseco del deseo, el niño desea inconscientemente el límite al identificarse con los progenitores). El deseo no preexiste, al margen de la experiencia, de una manera predeterminada o zoológica. La práctica social, especialmente la familiar, se encargan de moldear lo que no es más que un mero acervo de necesidades. El deseo nace de la necesidad biológica, pero ni por asomo se limita a ella, muy pronto - ya en la fase oral es probable que se generen las primeras fantasías de satisfacción al margen de la necesidad nutritiva - comienza su autonomía y, con el tiempo, alcanza un grado considerable de independencia. Existe una vinculación entre la necesidad y el deseo, pero en absoluto una equivalencia.

Paradójicamente, el término "pulsión", como transacción psíquica y social de una necesidad biológica, para referirnos a las mociones sexuales nos pone sobreaviso sobre la historicidad de la sexualidad humana. En cambio, la apelación a esas mismas pulsiones y a la predisposición constitucional, que autónomamente explicarían la conducta, elimina toda comprensión de la misma al desestimar o minusvalorar el papel de la práctica del sujeto y de las relaciones objetales. Es más, el sujeto desaparece de la escena social y con él el propio escenario, esto es, la sociedad. Las pulsiones funcionan

como subrogados duplicados del sujeto, devaluando su sentido hasta transformarlo en un medio de expresión de sus propias contradicciones. La historia, las múltiples mediaciones culturales para satisfacer las necesidades del hombre, son sustituidas por el esencialismo de las pulsiones. La devaluación del marco histórico es concordante con la devaluación del sujeto, si ambos dejan de contar como factores determinantes el protagonismo recae automáticamente en las lecturas de género o anatomía, en la predisposición de género o individuo y en el obrar mitológico de las pulsiones. De esta forma, la constatación de una producción psíquica, netamente histórica, ha sido desvinculada de su materialidad social y práctica en una apelación esencialista.

La misma apelación esencialista de Freud sobre el género, que delega la identidad sexual en la anatomía biológica se puede hallar en trabajos de signo contrario, que suponen determinada o constatan una envidia en los varones de los genitales femeninos. Se habla así de “envidia del parto”(10) o de “envidia de la vagina”(“vagina envy”)(11) o del “útero” (“womb envy”). La variedad de las producciones sexuales fantaseadas es extensa, pero no conviene a la verdad confundir su existencia con una supuesta envidia determinada biológica o anatómicamente. El deseo, como Freud mismo remarca en infinidad de ocasiones, no es equivalente al instinto, sino que tempranamente cobra autonomía y se constituye mediante la práctica social. El deseo resulta incomprensible sin su remisión al orden sumamente estructurado de lo simbólico (Elliott 1992, 1996, Dio Casanova 1996), que lo preexiste. La sexualidad y el deseo son, como hemos señalado reiteradamente, producciones o transacciones culturales de las necesidades biológicas que delatan una acusada historicidad. La apelación biologicista devalúa la

historicidad y la práctica social para colegir las producciones psicológicas, desembocando en una concepción social mitológica y eminentemente trágica, donde el sujeto, inerme, se halla a merced de un destino cósmico, gobernado y protagonizado por las pulsiones.

UNA LECTURA SOCIAL DE LOS MECANISMOS DE DEFENSA DESDE EL PROPIO MARCO CONCEPTUAL FREUDIANO

Descripción de la teoría freudiana de la represión

Lectura social, dentro de las coordenadas freudianas de la metapsicología, del carácter inconsciente de la represión

Crítica de la angustia como herencia

filogenéticamente adquirida

La desestimación racional como paradigma defensivo de una socialización consciente que posibilite el desarrollo del sujeto

Freud señaló en repetidas ocasiones que la represión era el pilar en el que se asentaba la teoría de la neurosis. No se trataba de afirmar, como ya analizamos detalladamente en anteriores capítulos, que fuera el único elemento en la constitución de ésta, sino que suponía una condición necesaria sin la cual la misma no era posible.

Lo que se reprimía era una moción pulsional, más precisamente, una representación. La representación podía descomponerse analíticamente en la representación misma o idea y la carga o monto afectivo, esto es, el aspecto cuantitativo de la representación(1).

El motivo de la represión nos remitía al principio del placer(2), se reprimía una representación porque ésta entrañaba displacer para el yo, concretamente, merced a la acción de esta instancia, el placer que pudiera provocar devenía en displacer. El motivo a su vez, dada la naturaleza sexual de la pulsión a reprimir y, por tanto, de suyo,

apriori, placentera, nos obligaba a plantearnos el origen cronológico de esa represión, intrínsecamente relacionado con la tópica psíquica. La represión sólo era posible cuando aparecía el yo como "instancia psíquica", de tal suerte que en los primeros años del niño la represión era imposible.

La represión era un producto o manifestación del yo, si no existe éste no existe aquella. Freud distinguía una represión primordial o fijación(3) de la representación reprimida, cuyo destino sigue inmutable, ligada a la pulsión que la provocó y, en tanto que reprimida, permanece inconsciente. La fijación es una de las claves para entender el carácter de la persona, pero no es este el objetivo de este capítulo, baste señalar, en cambio, que esta fijación o represión primordial obra como un modelo de futuras defensas, más aún, las siguientes represiones van a recaer precisamente sobre las ramificaciones o retoños de la represión primordial(4). Y añadir a lo dicho que una fijación y la consiguiente regresión de la libido sin represión no darían lugar a la neurosis, sino a la perversión(5). La perversión pues, partiría, como la neurosis, de una fijación o complejo, pero en virtud de la ausencia de represión y, por tanto, debido a su carácter consciente no generaría un cuadro sintomático.

La represión, propiamente dicha, es aquella que se ejerce sobre las ramificaciones de la fijación o represión primordial. Ahora bien, si la cadena de ramificaciones es sumamente larga (lo cual no es extraño, piénsese que la represión moldea o troquela una forma alienada de defensa ante la realidad psíquica, haciendo del sujeto neurótico un reprimido perenne) entonces es posible, en la terapia obviamente, que tales retoños puedan devenir conscientes. La represión en la terapia toma el nombre de resistencia(6) y expresa idéntico objetivo, eludir el displacer de lo reprimido luchando contra.

la consciencia por múltiples caminos y artimañas. La terapia, en contraposición, aspira a develar conscientes las representaciones reprimidas, hasta llegar al núcleo o complejo patógeno que las provocaron, mostrando que tal proceder reprimido, que expresa una fijación libidinal inconsciente e incestuosa, no es viable por antieconómico y problemático, y posibilitando como alternativa una vida regida por la consciencia, esto es, por el principio de realidad. Donde había ello en su lugar debe devenir el yo y en vez de la represión como defensa debe advenir la desestimación racional(7).

Para comprender la desestimación debemos retornar a la descomposición analítica que Freud establecía en la representación reprimida. La representación o idea si era consciente, tras la represión, quedaba relegada a lo inconsciente y si era inconsciente, tras su represión o denegación a lo consciente, sufría idéntica suerte. La carga de la representación, en cambio, podía sofocarse totalmente, emerger a la luz como afecto o mudarse en angustia(8). La angustia, por tanto, se hacía derivar económicamente de la carga de la moción reprimida. En la desestimación el yo sustrae a la representación la carga. La representación desestimada deviene consciente, el yo, a través de la memoria, posee recuerdo de la misma, pero la representación descargada deviene ineficiente o neutra y, por ende, indehisciente para la formación patógena. Mientras que en la represión la carga de la moción permanece unida a la idea en lo inconsciente y deviene eficiente para la formación neurótica. Retomaremos más adelante el concepto de desestimación como eje de una teoría de límites social transformadora.

Aunque la teoría de la represión freudiana sufrió diferentes correcciones, las más importantes y significativas o la sistematización de las mismas se producen a partir de "Inhibición, síntoma y

angustia", datada en 1926. Freud altera su teoría de la represión denegando la equivalencia entre los términos "defensa" y "represión". La defensa o, mejor dicho, los mecanismos de defensa son muchos y variados entre los cuales se cuenta la represión, como el específico de la histeria. Existen diferentes tipos de defensa de orden caracterológico y también según un criterio cronológico, en concordancia tópica, se pueden describir varios tipos antes y después de la formación del superyo.

Además de lo señalado, Freud redefine el concepto de angustia. La angustia ya no es el resultado económico, sintomático, de la represión. La angustia pasa a ser la señal de alerta o peligro que moviliza al yo en pos de una respuesta defensiva. La angustia objetiva o miedo se activa ante un peligro exterior y la angustia neurótica lo hace ante una moción pulsional. Por tanto, para Freud, la angustia precede a la represión (u otro mecanismo de defensa) y no al revés, tal y como sostenía anteriormente. Freud, además de apuntar esos dos tipos de angustia distingue un tercero, la angustia moral que se activa ante una amenaza del superyo.

Por último, Freud apunta que si el sujeto vivencia con angustia la moción libidinal o representación de claro signo incestuoso (nos referimos naturalmente a la represión primordial o fijación) es debido al complejo de castración, que Freud lo remite a la posible pérdida del amor de los progenitores, a la amenaza de emasculación o al castigo ante el onanismo, y también a la filogenia(9). El yo puede adoptar al ello como fuente de angustia aunque, paradójicamente, para sufragar el gasto represivo extraiga del mismo el coste económico. Después de todo, para Freud la distinción tópica no supone la existencia de compartimentos estancos o espaciales, sino que apuntan, más bien, a la funcionalidad psíquica(10).

Uno de los aparentes contrasentidos de la represión y, en general de los mecanismos de defensa, es su carácter inconsciente. Parecería lógico, aparentemente, que si algo se reprime o rechaza ese algo debe ser consciente puesto que el acto de rechazar o reprimir implica el examen y, por ende, la consciencia del objeto o representación. La aporía se exacerba si tenemos presente que además de un objeto o representación reprimido, el acto de reprimir conlleva un agente represor que examina, juzga y sentencia en un sentido u otro (permítaseme en adelante el impropio desdoblamiento del sujeto, pero la dinámica precisa de tales artificios, pese a todo, concordantes con la realidad práctica). Freud señala al yo como responsable de la represión, aunque admita que en tal proceso el yo se enajena de una parte, la reprimida, de la realidad(11).

La enajenación del yo respecto a lo reprimido nos explica el comportamiento de éste, a posteriori, respecto de la representación y sus retoños reprimidos, pero no del momento estimativo de la misma, que se supondría consciente. Freud, en un primer momento explicativo, adjudica al preconscious(12) el papel de portero o guardián de las representaciones, precisando cuáles pueden o no pasar o devenir conscientes, pero reconocemos que la metáfora y la adscripción tópica no son enteramente satisfactorias, puesto que del preconscious cabe lo consciente en la medida que sujeto al ejercicio de la memoria (si se observa atentamente, el problema de la "identidad" tópica que pretendemos aprehender aquí es similar al de la censura y la elaboración secundaria del sueño, pues se trata, en ambos casos, de la misma "entidad funcional" y de hecho Freud atribuía al preconscious las tareas reseñadas(13)).

La pista, a mi entender, para encontrar una respuesta adecuada nos la proporciona Freud cuando nos advierte de la existencia de diferentes tipos de defensa antes y después del superyo(14) y, sobre todo, cuando deriva la angustia por la moción de un objeto incestuoso, núcleo de la fijación, del complejo de castración y del temor a la pérdida de amor por parte de los progenitores o sus equivalentes(15). Tanto el complejo de castración como el temor a la pérdida de amor de los padres son el anticipo coactivo de la instancia superyoica.

El superyo es introyectado como instancia, como parte indisoluble del sujeto, ante la amenaza de perder el amor de los progenitores o sus equivalentes y dicho rechazo ante la disonancia normativa puede llegar a expresarse en la amenaza de castración o su fantasma. La angustia, desde esta perspectiva, vemos que no supone un temor irracional o infundado, ya que responde al desvalimiento infantil, a su dependencia respecto a los mayores, a su debilidad física y psíquica... La normatividad superyoica, valga el pleonismo, desde el momento en que ha sido introyectada en un proceso de socialización enajenado respecto, entre otras cosas, a la sexualidad, expresará en el adulto un contenido análogo.

El niño no sólo desea al objeto en su vertiente placentera, la socialización desde el desvalimiento y la inexperiencia intelectual le empuja a desear la norma, en su peculiar idiosincrasia familiar, como parte de su ideal, identificándose con ella. El niño metaboliza en la praxis de la socialización a los agentes ejecutores de esa práctica (se entiende que fragmentos de ellos, no íntegramente) como parte de sí mismo. No sólo los desea sexualmente, sino que temeroso por perder su amor si no se comporta o cumple con la normatividad llega a desear la propia normatividad como objeto de identidad,

desea ser como ideal y normativamente concibe que son sus mayores. Esto es, en términos freudianos, desarrolla en la identificación un amor hacia sí mismo narcisista, se quiere a sí mismo según el pretendido modelo de sus progenitores o sus equivalentes. Es esa identificación o su obrar en nombre de ella la que explica el proceso de defensa ante una moción pulsional que resulta inasumible para la imago de referencia del sujeto, aquella con la que se ha identificado inconscientemente de un modo narcisista y, por tanto, ha de devenir reprimida. Lo que se espera salvaguardar con la represión (u otro mecanismo de defensa que devenga inconsciente la representación y eficaz la carga) es precisamente el ideal del yo narcisista y para tal fin se sacrifica o enajena una parte de la realidad y del yo que la podría percibir y estructurar.

El sujeto, y los mecanismos de defensa que le son propios, ha sido troquelado por una práctica social interdictiva que prima la cualidad de lo inconsciente, se comporta de adulto expresando una dependencia idéntica respecto a una parte de sí, el superyo, que en gran medida escapa a su comprensión consciente. El yo repite respecto al superyo la conducta del niño respecto a sus progenitores(16), incluyendo en tal conducta las producciones fantasmáticas que median en la práctica humana.

Sin embargo, cabe destacar que la fijación de una moción libidinal y la consiguiente regresión conductual en el sujeto no conllevan necesariamente la aparición de un síntoma si el yo tramita conscientemente dicha moción y transacciona con ella en la realidad, tal es el caso de las perversiones. Como tampoco se generaría el síntoma neurótico si el yo hubiera desestimado racionalmente la moción por entenderla inconciliable con la realidad.

y hubiera volcado el empuje hacia otro objeto asequible o hacia una producción sublimada. En ambos casos, aunque de diferente manera, el sujeto ha sido sometido a una socialización normativa que no ha mutilado la capacidad perceptiva del yo (se entiende que la percepción, en este caso, es interna o pulsional), permitiendo una mayor autonomía de éste.

La reformulación del concepto de angustia que lleva a cabo Freud en "Inhibición, síntoma y angustia" parece sumamente adecuada a la descripción de los fenómenos psíquicos y conforme, además, con la teoría de la evolución (en la anterior concepción la angustia quedaba irregularmente separada del miedo). La angustia como señal o aviso (reflejo incondicionado) ante un peligro debe suponerse como un legado genético de nuestra especie compartido con otras muchas. Naturalmente, nos referimos a la que Freud denomina angustia real. Es lógico y muy verosímil suponer que el soporte biológico de la angustia se adapte a las exigencias sociales mediante el aprendizaje y obre de idéntica forma (el reflejo se condicione) para advertir de un peligro interno o pulsional (angustia neurótica).

Ahora bien, Freud hace derivar esa angustia interna o pulsional, al menos parcialmente, de la herencia adquirida filogenéticamente, esto es, de un supuesto evolutivo lamarckiano. Para Lamarck los caracteres se pueden adquirir, en consonante adaptación al medio, merced a la voluntad y al esfuerzo, trasmitiéndose a sucesivas generaciones por la herencia. Para Freud, el temor o la angustia a la castración habría sido adquirido originariamente⁽¹⁷⁾ desde que en tiempos del protopadre castrador, el miedo a la castración (real) de los hijos habría activado el mecanismo automático de la angustia a

la castración como señal propiciadora de una defensa (la huida). La fantasía de castración ante la emergencia de una moción incestuosa sería producto de ese inconsciente arcaico heredado, que constituye para él el núcleo mismo de lo inconsciente, por una práctica real originaria.

Hoy sabemos que la teoría de Lamarck, en términos generales, es fundamentalmente errónea y el supuesto de Freud es doblemente erróneo, ya que no existió ningún protopadre de ninguna horda primigenia (supuesto antropológico falaz)(18) y no hemos heredado ningún carácter adquirido (supuesto evolutivo falso). La angustia real no precisa de ninguna práctica originaria para transmitirse por la herencia y la neurótica debe atribuirse, exclusivamente, al condicionamiento social y práctico, especialmente en la primera socialización familiar, de esa angustia real heredada por nuestra especie.

El evolucionismo que sostenía Freud estaba fuertemente influenciado por la teoría lamarckiana, ello no debe resultarnos extraño ya que la propia teoría de Darwin recurre a supuestos lamarckianos para rellenar lagunas explicativas que sólo los estudios de la herencia, que se comenzaron a publicar a principios del siglo veinte, lograrían armonizar con tales supuestos teóricos(19). La teoría evolucionista que hoy denominamos darwiniana es una síntesis del entramado teórico básico de Darwin y de los estudios de la genética, especialmente de la genética de grupos (otro de los vacíos conceptuales de Darwin, amén del término variabilidad, era que ésta se operaba sobre individuos y no grupos enteros de estos). La teoría evolucionista que Freud conoció e hizo propia partía de una síntesis compatible entre Darwin y Lamarck, a ello coadyuvó la difusión que del evolucionismo realizó Haeckel(20), el primer y principal

evolucionista en lengua alemana, de quien Freud, como ya señalamos en otro capítulo, era deudor en su concepción de la repetición filogenética en el proceso embriológico ontogenético.

También, es muy posible, que la estancia de Freud en París como discípulo de Charcot, que adjudicaba a la herencia la causalidad de las neurosis, debió o pudo consolidar tales supuestos etiológicos adquiridos. Francia era y aún hoy sigue siendo un baluarte en la defensa de la teoría de Lamarck(21) y las teorías psiquiátricas estaban fuertemente influenciadas por el evolucionismo lamarckista. Precisamente la teoría degeneracionista tuvo su cuna en Francia(22). Morel, su iniciador, sostenía un lamarckismo tácito compatible con el creacionismo de Cuvier y Buffon. La locura o degeneración, ateniéndose a un sustrato organicista, era producto de una influencia morbosa de causalidad física (intoxicación, principalmente el alcohol, enfermedad congénita o herencia) o causalidad moral (educación perniciosa o herencia). Morel plantea que Dios creó al hombre perfecto y desde el pecado original, éste, desde tal perfección, únicamente puede degenerar transmitiéndose la degeneración, adquirida por la "práctica degenerada" o por la enfermedad, a la descendencia. Las consecuencias de la práctica, para Morel al igual que para Lamarck, se heredan y transmiten a la descendencia.

Magnan, antecesor de Charcot en Salpêtrière, abandona el creacionismo de Morel para abrazar el evolucionismo con todas sus consecuencias, un evolucionismo lamarckista. La teleología evolutiva de Lamarck se afirma con claridad en Magnan, el hombre primitivo, para éste, no es perfecto, sino que va evolucionando hacia formas más perfectas desde la inferioridad psicofísica de su origen. La degeneración se centra en la organicidad, en la intoxicación o en los

estigmas, suerte de somatizaciones del conflicto anímico, transmitiéndose por la herencia a los descendientes. Para Magnan, al igual que para Freud, el degenerado o loco es un regresivo filogenético, un inadaptado al medio histórico o cultural, su retrogresión al hombre primitivo le convierten, en la sociedad histórica, en un enfermo(23). Morel publica su obra capital en 1857, las obras de Magnan, publicadas bajo los auspicios de Charcot, datan de finales de siglo y es muy probable que Freud las conociera.

A todo lo dicho cabe añadir que en Austria, gracias a la meritoria labor de Kamberer(24), cuyos experimentos suponen anomalías en la teoría neodarwiniana aún no resueltas, primaba también el paradigma lamarckiano precisamente cuando en otros países se comenzaban a aceptar las tesis de Darwin, extirpadas de los supuestos lamarckianos y apuntaladas por los descubrimientos genéticos.

El caso es que dicha concepción o, más precisamente, una concepción ingenua y poco rigurosa del propio lamarckismo alteró erróneamente la comprensión de la teoría evolutiva y, dada su naturaleza práctico-hereditaria, supuso un comodín teórico que permitió a Freud alejarse de la práctica actual, real y eficiente de los procesos psíquicos y sociales.

“Totem y tabú”, a la que se remite tácitamente Freud en apoyo de la herencia filogenética del complejo de castración, es un libro mítico en un sentido literal, aunque impremeditado, pues narra la génesis de la humanidad y de sus principales producciones a través de una gama imposible de personajes sedicentemente reales y familiares (el protopadre, la horda originaria, los hijos castrados y huidos, las hembras del padre). Freud, de un solo golpe teórico, resuelve el origen de la sociedad a la par que el de la religión

merced a una producción histórica cristalizada, el complejo de Edipo, que deja de ser considerada como tal para afirmarse de un modo esencialista, como condición y causa de la misma historia (strictu sensu, la hace posible). De tal suerte, que una producción cultural genera el mismo proceso cultural al margen de sus determinaciones materiales.

Para ello se sirve de la alteración, es de suponer que inconsciente, de los datos antropológicos de su tiempo (olvido del matriarcado, interpretación de las deidades matriarcales como compensaciones, que no reflejos de la estructura social, por la pérdida de poder, alteración de la composición de género en los banquetes totémicos...) y tras su publicación y fundada crítica, en un dogmático y megalómano proceder consciente, reñido con su anterior y posterior trayectoria, se atiene al autismo perceptivo de las críticas(25) para salvaguardar la perfección ideal de su "descubrimiento", pieza clave y metateórica de su práctica clínica, que no precisaba ese tipo de defensas.

En este caso nos referimos al complejo de castración, a la angustia como señal ante tal peligro heredada filogenéticamente, aunque en la obra haga hincapié en otra herencia mística, la de la culpa originaria por el asesinato del protopadre, que muchos años después, en el final de su vida, repite, pero esta vez en la figura de Moisés, estableciendo idéntico mecanismo hereditario. Uno se pregunta cómo es posible que Freud obrara tal permutación idealista, en buena medida contradictoria, cuando la referencia a la práctica actual, en cada individuo, explicaba por sí misma la emergencia de la angustia y la culpa. En su "Análisis terminable o interminable" Freud establece que la herencia determina el yo y los mecanismos de defensa en los pueblos, razas y sujetos. El peso de la teoría

evolutiva (compatible con Lamarck), patentizado en la herencia, es tan grande que la terapia, de hecho, se enfoca como una reestructuración radical, esto es, genética, de los mecanismos de defensa del sujeto(26).

Lo cual no sería criticable, en la medida en que se atiene a la práctica del sujeto, si no fuese porque la práctica actual se devalúa en beneficio de la sedicente práctica filogenética.

“Totem y tabú” supone el primer paso de Freud en su despegue especulativo que lo irá alejando gradualmente de la práctica social, de su comprensión y su compromiso con la misma patente, ineludiblemente, en sus escritos clínicos. El siguiente gran hito especulativo, sin negar con ello la existencia de pasos intermedios, es la teorización de la pulsión de muerte y la consecución de este malogrado proceso o colofón teórico lo constituye la transformación injustificada de ésta en pulsión destructiva(27). Pero cabe advertir que el proceso especulativo descrito sólo es posible por la adopción, desde el principio mismo del psicoanálisis, de una teoría evolutiva ingenua e impropia, que contempla las pulsiones como desdoblamientos substanciales del propio sujeto y sobre las que recaen, a la postre, la responsabilidad de los actos conductuales. No se trata de negar una base instintiva común a nuestra especie, tales determinantes materiales son insoslayables para cualquier teoría materialista, sino de valorar la apreciación epistemológica que estos puedan tener en la psicología. Coincido en este punto con Bleger cuando afirma al respecto que “el instinto no es una fuerza ni una conducta, sino la estructura orgánica que posibilita determinadas conductas, pero estas últimas no aparecen si no se da la experiencia”(28). Es impropia, por idealista, ignorar la base instintiva como precondition de la conducta, pero es igualmente

improcedente e idealista adjudicarle su protagonismo como una entidad sustancial desligada del sujeto y su práctica(29).

Ha quedado claro a lo largo de este trabajo la debilidad que Freud atribuía a la consciencia y, en especial, a la razón, facultad casi contingente, antieconómica, cuando no, abiertamente anecdótica. Sin embargo, al mismo tiempo, Freud delataba que la única posibilidad de un mundo mejor descansaba en esa débil capacidad del hombre. Todavía en sus "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" escritas al final de su vida, cuando ya había afirmado la pulsión destructiva atribuyéndole una fuerza cósmica indomeñable socialmente, todavía entonces, Freud deposita su esperanza en la construcción de una sociedad regida por la dictadura de la razón.

"Nuestra mejor esperanza para el futuro es que el intelecto – el espíritu científico, la razón – establezca con el tiempo la dictadura dentro de la vida anímica. La esencia de la razón garantiza que en tal caso no dejaría de asignar su lugar debido a las mociones afectivas de los seres humanos y a todo lo comandado por ellas. Pero el yugo común de ese imperio de la razón demostrará ser el más fuerte lazo unificador entre los hombres y abrirá el camino a ulteriores unificaciones. Todo lo que contraríe ese desarrollo, como de hecho lo hace la prohibición de pensar decretada por la religión, constituye un peligro para el futuro de la humanidad"(30).

Se advierte en el texto, además de la afirmación de que el único futuro de esperanza descansa en la razón, una desconfianza llamativa hacia los afectos. Ello es así, en gran medida, porque dada la preponderancia de las pulsiones en la responsabilidad conductual y la estrecha vinculación de los afectos como derivados de las

mismas, como montos de carga pulsionales, la actitud hacia éstos debe ser, en consonancia, adversa si se pretende alcanzar una sociedad mejor.

Como vemos, una vez más, la teoría de las pulsiones en su peculiar formulación sustancialista hace caer a Freud, una y otra vez, en concepciones abstractas sobre la realidad social. Lo aseveramos, no desde la negación de esa base biológica-instintiva, sino partiendo de que tal soporte es sumamente plástico y que la conducta (patológica o no) se constituye sobre el modelado práctico de la socialización. Freud en este punto obra como los filósofos, a los que en tantas ocasiones combatió, al dicotomizar las representaciones de sus cargas afectivas, al considerar a las ideas racionales descargadas de emotividad y al concebir a las ideas desconectadas de la realidad social, de la práctica social e histórica que las ha generado. No se puede dissociar el sujeto en su emotividad, presuntamente adjudicable al ello, y su razón, presuntamente adscribible al yo. El sujeto es uno e indivisible, aunque su práctica exprese disociaciones llamativas de nítida motivación histórica. Sólo en la última parte del texto recupera la vinculación con la realidad práctica, de la que la labor clínica le nutre siempre, al señalar a la religión o cualquier equivalente como obstáculo para ulteriores unificaciones, que han de suponerse, en tal caso, afectivas o, mejor dicho, quizás entonces devengan unidas convenientemente la afectividad y la razón de un modo indisoluble. Pero para que ello fuera posible Freud se olvida de los cambios en la estructura social, de clases, que habría que operar para derruir tales manifestaciones superestructurales, amén del conflicto que entrañan por sí mismas. Sus continuas apelaciones contra la religión y a favor de la ciencia olvidan que ambas no son deslindables, como él mismo se avino a reconocer, de las condiciones

materiales que las generan. La adopción de la razón como guía de una práctica social y educativa implica necesariamente profundos cambios sociales o, para decirlo de otra forma, la ciencia, como el propio Freud pudo comprobar en su experiencia, no escapa a la contaminación ideológica, sino que está indisolublemente imbricado a ella.

La teoría de las pulsiones que defiende Freud parece relegar tan decisivo asunto al devaluarlo en beneficio de las mismas, de su hegemonía casi omnímoda. Los hombres no protagonizan la historia, la protagonizan las pulsiones a través de los hombres y en contra de su razón. Es del todo coherente, en cambio, que nosotros invirtamos el proceso y situemos a la represión, como paradigma de mecanismo de defensa enajenante, en el contexto social, histórico y práctico que la hace posible y sumamente extendida. Sobre todo si tenemos presente, siguiendo al propio Freud, que la represión depende, a través del condicionamiento social de la angustia, de la instancia del superyo.

Con el superyo significamos ese desdoblamiento metapsicológico del yo que expresa la normatividad social, en especial, la primera y más decisiva, la familiar de la infancia temprana. El proceso de socialización superyoico (el proceso de socialización que da lugar a la adquisición normativa) permuta microsocialmente el código irracional macrosocial. El sujeto se constituye prácticamente por la interacción conductual entre el área corporal, el área psíquica y el área social, la conducta delata una adaptación interdinámica, un reequilibrio homeostático, entre las diferentes áreas de conducta con relación a un campo de referencia.

La represión, como paradigma de defensa fallida y contraproducente, supone un alto coste económico y social para el

sujeto. El yo se enajena, se extraña de una parte de la realidad, realidad interna en tanto que perteneciente al área corporal y psíquica como externa en su correlato del área social. Pero lo más grave estriba en que esta primera impronta represiva o fijación (con “primera” señalo la cronología que no el número) se establece como modelo de defensa produciendo un extrañamiento creciente del sujeto respecto a la realidad, que cada vez adquiere perfiles más angostos. El yo del reprimido es un yo débil, agotado en el gasto que supone costear el desalojo de fragmentos cada vez más extensos de la realidad, incapaz de plantear batalla a las dificultades puesto que, entre otras cosas, se muestra inconsciente para definir el contorno de los problemas que entraña la existencia.

Si en lugar de la represión se privilegiara la desestimación como mecanismo de defensa, se haría vascular el aprendizaje de los límites sociales desde la cualidad psíquica de lo inconsciente a la del consciente. No se trataría de negar la existencia ineludible de la frustración, máxime cuando hablamos de la convivencia social, sino de advertir que la realidad social, cualquiera, implica unas limitaciones sociales precisas, que lejos de mixtificarse o eludirse nombrar deben ser explicitadas y develadas en su contenido racional, como herramientas que son de convivencia.

Obviamente, para que ello fuera posible el ámbito social, principiando por sus estructuras clasistas y todas sus producciones, deberían ser acordes, racionalmente concordantes y, por ende, transformadas, con un proceder defensivo racional como el que se propone. La insistencia de Freud, especialmente apreciable en sus primeras obras, en subvertir el orden social represivo, las desigualdades sociales, la educación familiar y escolar reprimida, fóbica respecto a lo sexual, las superestructuras ideológicas, cuyo .

máximo exponente, la religión estigmatizaba el placer e impedían el desarrollo intelectual... parece establecer una similar vinculación cuando precisa y exige esos cambios en nombre de la salud de los hombres. Entiende que existe una fuerte vinculación práctica entre la neurosis del sujeto y el ámbito social, especialmente patente y grosera entre éste y las instituciones ideológicas.

No se me escapa que los mecanismos de defensa son adquiridos en buena medida de forma inconsciente, por identificación, ya señalamos anteriormente al superyo como la instancia mitológica que promovía tal proceso defensivo. Y no sostengo, en absoluto, que la defensa sea extrínseca o impuesta sobre un individuo pasivo. El proceso de adquisición de la defensa es interactivo, social e individual, práctico. El sujeto infantil hace suya la norma desde el desvalimiento y desde el deseo, pero es obvio que tal proceder no se puede concebir haciendo abstracción del marco de socialización que lo propicie.

A este respecto merece la pena que analicemos el proceso desencadenante de la angustia como una señal condicionada por una normatividad, asumida como propia, esto es, introyectada, por medio de una práctica social, especialmente familiar, enajenada de lo sexual. No se trata de ver, como plantea mecánicamente Freud(31), qué es primero sí la angustia o la represión, sí la gallina o el huevo. Un planteamiento holista desecharía tales disquisiciones como escolásticas. Es la práctica social, específicamente el aprendizaje en la primera infancia el que posibilita la dimensión social del sujeto. Entiéndase que el sujeto no se construye como tal sin dicha dimensión social o normativa, esto es, en términos freudianos, sin superyo. La constitución del sujeto implica la adquisición de mecanismos de defensa que se estructuran sobre la base del material

biológico o instintivo; en otras palabras, el reflejo incondicionado de la angustia se condiciona socialmente. No tiene sentido preguntarse qué es primero en un proceso interactivo, pero si se afirmase que es la angustia, como unívoca y mecánicamente sostiene Freud, se podría objetar, con igual valor demostrativo, que primero fue la represión, aunque no la propia, sino la denegación de amor de los padres que la provocó y propició la adquisición del superyo mediando como señal la angustia. Pero este análisis peca de mecánico a su vez, pues no podemos referirnos a un acontecimiento único, sino a una serie de ellos, a una práctica conductual constante que interactúa entre el sujeto y los agentes de socialización.

Como pudimos apreciar en la experiencia de Vera Smidt(32), como también se aprecia en la escuela de Neill(33), la adquisición normativa no implica necesariamente la represión y la infelicidad personal si el ámbito de socialización no proscribe ni estigmatiza el goce y fomenta el aprendizaje de las limitaciones desde la consciencia, no desde la agresividad y el ocultamiento. Obviamente, con ello no se logra la felicidad, si por tal entendemos un estado perenne de gracia o dicha absoluta, pero conviene a la educación en la razón precisamente enseñar que los límites son inherentes a la vida social, desde el momento en que atienden a una racionalidad común, no bastarda o ideológica, privativa o en beneficio de unos pocos en contra de la mayoría, y que el placer consiste y pasa por aceptarlos para encontrar satisfacciones en la realidad efectiva, que no en fantasmas de realidades previamente reprimidas.

Cuando hablamos de la necesidad de límites, no nos referimos a cualquier normatividad independientemente de su contenido y de la metodología con la que se impongan, nos referimos a la distinción de unos umbrales insoslayables para el bien común y

para el sujeto como parte que es de la comunidad, esto es, nos referimos a los límites de una comunidad socialista. Una concepción que persiga la felicidad sin transacciones, sin mediaciones sociales (racionales), está abocada a caer en el pensamiento trágico: O todo o nada, tal es la apuesta quimérica y tal es el caso, entre otros, de Freud que confía la suerte y el futuro de los hombres al desenlace de la batalla cósmica entre Eros y Thanatos(34) y no a la práctica transformadora de los hombres que pasaría por cambiar los condicionantes patológicos que él mismo, en un alarde de lucidez, señaló reiteradamente como determinantes de la desdicha social.

FICCIONES

Fantasía vs Teoría Traumática.

Funciones de la fantasía.

Tipos y Tiempos de la Fantasía

Proceder y vinculación práctica de la Fantasía.

Historicidad de la fantasía vs fantasías Primordiales.

A lo largo de este trabajo hemos ido mostrando cómo la teoría psicoanalítica, a pesar de sus desviaciones idealistas, conservaba desde su origen un núcleo teórico subversivo en la medida en que expresaba una vinculación a la práctica social. Era precisamente esa vinculación práctica, especialmente patente en los historiales clínicos, la que nos interesaba delatar y remarcar pues entendíamos que el aporte teórico resultante era sumamente valioso para el análisis de la realidad y su posible transformación. Uno de los objetivos de este trabajo consistía en mostrar la existencia de tal vinculación teórico-práctica, rescatarla en una lectura comprensiva, al tiempo que señalar, sin ningún encubrimiento, su coexistencia con la asunción paulatina por parte de Freud de postulados teóricos de corte mitológico-idealistas, nítidamente manifiestos en su concepción de la teoría de las pulsiones, las tópicas y los escritos culturales. La lectura entrañaba una criba, una discriminación, pero ésta, al mismo tiempo, no conllevaba mixtificación alguna en la medida que suponía atenerse al mismo Freud al tiempo que se contrastaban críticamente sus limitaciones.

En el marco de esa lectura social de Freud que nos propusimos adquire un gran interés la crítica desarrollada por varios autores(1) a la obra freudiana desde el momento en que,

genéticamente, ésta acepta la existencia del valor eficiente de la fantasía y abandona, consecuentemente, la teoría traumática. Dicha crítica comparte nuestro propósito de reconstruir la obra freudiana desde el materialismo, pero en virtud de su rechazo del valor eficiente de la fantasía o, mejor dicho, de la existencia de la propia fantasía, no alcanza los mismos resultados. Nuestra valoración del concepto de fantasía, la importancia que nosotros sí le atribuimos, supera quizás el que le pudiera conceder Freud, debido a su relevancia social (Elliott 1992, 1996).

A grandes rasgos, podríamos resumir dicha postura crítica declarando que para los mismos la psicología de Freud hasta la ruptura de la teoría traumática era una psicología, aún "pintoresca", efectiva pues se atenía a la práctica social, siendo la neurosis una consecuencia del conflicto normativo que la sociedad genera a la par que falla políticamente en su resolución. Sin embargo, la adopción por Freud de la "fantasía desiderativa" de "disposición constitucional" actuaría como un principio psíquico universal y apriorístico en todos los hombres invirtiendo (ideológicamente) el proceso etiológico de la neurosis.

La "fantasía desiderativa" supone para Fuentes el principio axiomático desde el cual se erige toda la arquitectura psicoanalítica, propiciando la distinción o fractura entre lo consciente y lo inconsciente (distinción esta que se entiende desvinculada de la práctica ya que los términos se admiten anteriores a la fantasía desiderativa) como planos yuxtapuestos. Lo inconsciente se concibe como la subjetividad genérica y anterior a los procesos normativos sociales que vienen caracterizados por lo consciente. Las propias normas son emanaciones del proceso inmanente del propio inconsciente que los precontiene en su anterioridad.

La fantasía desiderativa, debido a la disposición constitucional que se le atribuye, supone una inversión radical de toda la teoría freudiana, que ya no se explica por las condiciones históricas que generan la neurosis, sino que ella "actúa, no ya exactamente al margen, sino más bien a través de cualesquiera contenidos o configuraciones socioculturales e históricos"(2). El conflicto ya no es normativo, sino constitucional, necesario, independiente del contenido normativo y, por ende, político e histórico.

Se califica, en consecuencia, al psicoanálisis como una doctrina "indiferente" respecto a cualesquiera contenidos positivos vigentes, cuya ayuda consiste precisamente en aportar un marco normativo al que enganchar indefinidamente al individuo "equifugado" (neurótico) y que, "ultraparadójicamente", merced a ese marco psicologista irreal consigue, de alguna y alienada forma, integrarlo, pero, eso sí, en la misma comunidad psicoanalítica.

Por ser la fantasía un concepto tan decisivo a la par que controvertido conviene que, en primer lugar, demos su aparición y la función que Freud le atribuye desde el principio en su obra, para posteriormente analizar la supuesta "predisposición constitucional" que la caracteriza, pues la relación entre el concepto y su pretendido atributo y entre ambos y la evolución de la teoría de Freud en su conjunto nos aclarará cabalmente su significado.

El concepto de fantasía es anterior a la quiebra de la teoría traumática - podemos datar esta ruptura en la carta a Fliess del 21 de Septiembre de 1897, aunque se publique por primera vez en "Tres ensayos de teoría sexual" en 1905(3) - concretamente en la carta a Fliess del 2 de Mayo de 1897 Freud señala que las escenas reproducidas en la histeria con el método catártico se obtienen bien de forma directa o bien a través de fantasías interpuestas. Las

fantasías, ya entonces, son caracterizadas como edificios protectores o sublimaciones de los hechos que tienen como función embellecer lo ocurrido, propiciando el autodescarga del sujeto a partir de un material oído.

Esta labor de encubrimiento está ligada obviamente a lo que se pretende encubrir, que no es otra cosa que la sexualidad, e incluso se llega a intuir su relación con el onanismo. Es muy importante remarcar que Freud ya concede en esta misiva a la fantasía un valor eficiente en la generación de las psiconeurosis (histeria, neurosis obsesiva, paranoia) como mediación encubridora y desfiguradora de los recuerdos mnémicos, de sus mociones correlativas y de un posible autoerotismo ligado a ambos. Esta misma concepción de la fantasía, que aún con prevención y timidez se pretende de base neurológica y química(4), es un elemento esencial en la formación patológica y su papel, constante, varía únicamente en función de la morfología sintomática (del tipo de psiconeurosis) y, en consonancia, de la actuación de las instancias psíquicas (consciente, preconsciente, inconsciente)(5).

Se señala la analogía entre la fantasía y el sueño, pero se advierte, en cambio, del carácter progrediente de la primera, como mediadora del síntoma que se atiene a la función inconsciente del cumplimiento del deseo, esto es, de satisfacer la libido(6). Ahora bien, cuando en la carta a Fliess del 21 de Septiembre del mismo año Freud confiesa a su amigo que ya no cree en su paciente (en la seducción de su paciente), el cambio parece más drástico de lo que en realidad es, porque Freud ya había constatado, como acabamos de reseñar, la elaboración de fantasías sexuales por parte de los neuróticos y de los sanos (si entre los mismos incluimos su persona). Lo que manifiesta entonces es que ya no cree en el papel

que jugaban los diferentes factores intervinientes en la creación de la neurosis, que no en la eliminación de alguno de ellos y la supuesta creación de otro, ad hoc, para suplir su ausencia. Es más, Freud, en su "Proyecto de psicología" de 1895, ya había establecido la significativa diferencia, vital para la psicología y la afirmación posterior de la fantasía, entre "realidad psíquica" y "realidad exterior".

Freud comenta que "en el inconsciente no existe un signo de realidad, de tal manera que no se puede distinguir la verdad y la ficción cargada de afecto"(7). Es decir, que la fantasía cargada de afecto, intensa, tiene un valor eficiente similar a la práctica real. No sin cierto maximalismo trágico impostado (pues acaba de resituar los elementos intervinientes en la causación de la neurosis) afirma entonces que no es capaz de inteligir la etiología de la neurosis, añadiendo además que parece discutible que sólo vivencias posteriores sean capaces de avivar o activar dichas fantasías infantiles, con lo cual la "predisposición hereditaria recobra una jurisdicción de la que yo me había propuesto desalojarla"(8).

J. B. Fuentes interpreta, a mi parecer erróneamente, que la "predisposición hereditaria" a la que alude Freud en esa ocasión se refiere a la fantasía, cuando en realidad lo hace a la sexualidad, siendo la fantasía una mediación de la satisfacción de ésta. Freud, en su ecuación etiológica de la neurosis, sostendrá que la predisposición constitucional es uno de los factores, junto a la práctica familiar y a la posterior frustración de la adolescencia en pos de un objeto externo.

Freud no altera, en la mencionada carta, el papel que concedía a la herencia en la etiología de la neurosis puesto que antes ya le concedía el mismo que a tal fecha, 21-IX-1897, se señala(9). En los

“Estudios sobre la histeria” Freud declara que la histeria es fruto de la herencia, de la herencia más una acción traumática y de la mera acción traumática, siendo la segunda opción, herencia más la acción del trauma, la más común y plausible(10) y la que sirve, además, de ejemplo para la exposición de sus casos.

Ahora bien, es probable que Freud acariciara la idea de llegar a desterrar a la herencia en la etiología de la neurosis, si se lee atentamente, entre líneas, buscando el acento o énfasis etiológico-explicativo se puede apreciar que bien pudo ser así, pero lo que es cierto e indudable es que si pretendió tal propósito nunca se atrevió a hacerlo público, quizás porque le habría obligado a afrontar una ruptura más abrupta que la que ya le supuso la adopción de sus postulados psicógenos. Sólo así se entiende su apostilla confidencial e íntima a su amigo Fliess, tras el abandono de la teoría traumática, a la predisposición hereditaria “que recobra una jurisdicción de la que yo me había propuesto desalojarla en interés del total esclarecimiento de la neurosis”(11). La decepción estriba en eso mismo, en el abandono de una pretensión íntima, confesable únicamente a su mejor amigo, que sólo era posible con el mantenimiento de la teoría de la seducción y en la obligada reafirmación de lo ya sostenido pública y diplomáticamente.

La teoría de la seducción permitía a Freud abrigar esa íntima esperanza, se trataba de actos de una naturaleza inequívocamente traumática, similares a los grandes accidentes, que justificarían por sí solos la complicada y barroca manifestación de las psiconeurosis. Ahora bien, si resultaba que la pretendida seducción infantil no había tenido lugar y, sin embargo, el sujeto permanecía fijado a la misma y la revivía sintomáticamente una y otra vez, ello implicaba obligadamente un nuevo enfoque etiológico, para pasar de centrar la

atención unívocamente en los progenitores como sujetos de deseos (perversos) y advertir la existencia del deseo infantil.

Este deseo infantil, en un primer momento, no es de extrañar, a Freud no le puede parecer sino patológico y, por tanto, lo supone heredado. Freud en 1897 aún no había llegado a concebir la sexualidad infantil como fenómeno universal y cuando lo haga no dejará de tener presente a la herencia, pero no de la misma manera a como indica en 1897, que parece sugerir la herencia de la misma enfermedad de un modo acabado (histeria, paranoia, neurosis obsesiva) o de la sexualidad precoz puesto que se manifiesta anómalamente en la infancia. Se hereda una predisposición constitucional sexual, que no la sexualidad infantil misma, fenómeno común a todos los niños, es decir, se hereda una intensidad sexual y una predisposición a un tipo de fijación sexual, que en función de la práctica familiar y del curso posterior puede dar lugar o no a la neurosis.

El contenido al que remite la mencionada herencia no se refiere, al principio, a la propia fantasía, que ahora adquiere un mayor protagonismo, sino a la sexualidad que la anima. No en vano, en "Tres ensayos de teoría sexual"(12), Freud afronta la cuestión desde la sexualidad infantil, que no precisa ya de ningún objeto (según su epistemología mecanicista, aunque para nosotros el objeto esté siempre implicado, desde el mismo lactante, en el sujeto, incluso en el autoerotismo infantil)(13). La sexualidad infantil, salvando el proceder mecanicista explicativo, supone el abandono de la pasividad sexual infantil, esto es, de la seducción y no porque no exista tal seducción demasiado a menudo, sino porque no es necesaria para que el niño alucine o fantasee con el objeto incestuoso, siendo la fantasía no sólo una fuente de satisfacción, en la medida que

satisface el deseo alucinatoriamente, sino también una manera sutil de encubrir la motivación del propio sujeto, su deseo.

Ello no significa que la práctica haya quedado desterrada en el proceso etiológico. Freud se refiere a que no se puede distinguir la realidad seductora de la fantasía "cargada de afecto", pero en la misiva no aclara a qué se pueda deber que la fantasía esté o no cargada, salvo la mención a la herencia sexual del sujeto. Se descarta entonces, en plena desilusión y desconcierto teórico, lo que sí se admitirá después, que la fantasía incestuosa, por medio de vivencias posteriores frustrantes y reforzada por el onanismo, en un contexto histórico-social represivo, genere la neurosis(14).

Lo que se sostiene es que la seducción no siempre ni necesariamente acontece, aunque sea una práctica habitual(15). La práctica implicada ya no es unívoca, pues supone no sólo la acción y el deseo de los progenitores o sus equivalentes, sino también el proceder del sujeto infantil, que también posee, desde el principio, sexualidad. La fantasía es la "ensambladura"(16) entre la práctica eficiente desarrollada por los progenitores o equivalentes y el niño y la neurosis resultante en éste. No se rechaza entonces la praxis, pero se advierte que la sexualidad infantil, de variable intensidad y disposición morfológica según la herencia, puede cargar la fantasía incestuosa de un modo desigual.

La "fantasía desiderativa" no es sino el resultado de la sexualidad infantil y de su desenvolvimiento práctico, conductual. Más concretamente de la sexualidad infantil abierta y explícitamente objetal, la referida a los progenitores, esto es, al complejo de Edipo. La fantasía de seducción expresa el deseo del niño hacia sus mayores, pero lo hace de un modo encubierto, invirtiendo los papeles de deseante y deseado, de seducido y seductor.

Pero incluso esta formulación nos parece que no refleja toda la verdad, puesto que el niño al alucinar tal seducción pasiva lo que hace es remitirse a escenas reales de manipulación efectiva aunque no necesariamente desembocaran en tal acto. Muchos años después de abandonar la teoría de la seducción Freud aún mantenía que la seducción de los mayores sobre los niños era una práctica habitual(17).

Sin embargo, si bien es cierto que en 1897 Freud no parece sostener la herencia de la fantasía desiderativa y que el nuevo papel en el interjuego o conflicto psíquico de la fantasía no implica, en absoluto, el abandono de la vinculación a la práctica o realidad material, también lo es que en 1916 en sus “Conferencias de introducción al psicoanálisis” Freud, sin negar lo anteriormente expuesto, sino como un argumento complementario afirma a su vez:

“¿De dónde viene la necesidad de crear tales fantasías y el material con que se construyen? No cabe duda que su fuente está en las pulsiones, pero queda por explicar el hecho de que en todos los casos se creen las mismas fantasías con idéntico contenido. Tengo pronta una respuesta para esto, y sé que les parecerá atrevida. Opino que esas *fantasías primordiales* – así las llamaría, junto a algunas otras – son un patrimonio filogenético. En ellas, el individuo rebasa su vivenciar propio hacia el vivenciar de la prehistoria, en los puntos en que el primero ha sido demasiado rudimentario. Me parece muy posible que todo lo que hoy es contado en el análisis como fantasía – la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración (o, más bien, la castración) – fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica”.(18)

(La cursiva es de Freud y el subrayado es mío)

El texto es sumamente llamativo puesto que unas páginas antes Freud sostiene la existencia de un proceder real a través del cual se estructura la fantasía, señalando que las seducciones son comunes, como lo son las amenazas de castración, presentes hasta en la "pedagogía" libresca ("Struwwelpeter"), como lo es la masturbación infantil y la prohibición o sanción que pesa sobre ella, factores sociales meridianamente eficientes que, sumados a la función ensambladora de la fantasía, hacen de la apelación filogenética, más allá de su fundada crítica, un elemento explicativo absolutamente innecesario.

En el historial del "Hombre de los lobos", Freud se atiene a las vivencias del sujeto para explicar la etiología de su neurosis, pero no por ello renuncia teóricamente a la herencia filogenética de las fantasías primordiales. El historial, como de todos es sabido, supone un intento de refutación teórico-práctico de las concepciones de Jung, en especial de su rechazo de la sexualidad infantil, pero a pesar de ello, con relación a este punto, admite su coincidencia con su ahora adversario sobre la herencia filogenética de la fantasía, aunque matice que el análisis debe centrarse, siempre, metodológicamente en la ontogenia, como así sucede en sus historiales.

No puedo compartir con Fuentes la datación de la génesis de la adquisición del atributo hereditario de la fantasía, aunque ello no suponga ninguna merma en el contenido de su crítica. Para él el carácter hereditario de la fantasía se remonta a 1897 y es axial para el desarrollo posterior de la teoría freudiana. Para nosotros, en cambio, en 1897 la fantasía sufre un cambio de posición en el interjuego etiológico, pero la herencia que se ve obligado a .

reconocer Freud no es la de ésta, sino la de la sexualidad que la anima. El antecedente de este cambio explicativo, como ya señaláramos a propósito de la defensa en el capítulo anterior, lo ofrece "Totem y tabú" escrito entre 1913 y 1914. Sólo partiendo de los improcedentes supuestos teóricos que allí se describen y del interés de Freud por mantenerlos, aún a costa del proceder clínico y de la propia verdad, se puede colegir la herencia filogenética de las fantasías primordiales.

Resulta evidente que la concepción freudiana de la herencia es manifiestamente errónea, como lo era la de la gran mayoría de los científicos y pensadores de su tiempo. Y ello fue así desde el principio del método catártico, como ya hemos reseñado, aunque la inconsistente teorización del origen de la humanidad implique, a su vez, en función de su lamarckismo, una serie de errores derivados, que alcanzan la teoría clínica, pero no la anulan. Freud no deja de moverse explicativamente en la ontogenia y sus añadidos filogenéticos pueden ser tomados, por tanto, como reduplicaciones teóricas para dar cuenta de un mismo fenómeno que Freud introduce, como apostillas, haciéndolos concordantes.

El problema que se advierte a la hora de calibrar la vinculación práctica del psicoanálisis es que el proceder metodológico de Freud, los esquemas referenciales de los que parte(19), son materialistas (física termodinámica y evolucionismo compatible con Lamarck), pero su materialismo no es holista y tiende a la fragmentación explicativa y a la cosificación mentalista de las funciones o cualidades de los procesos psíquicos. Sólo uniendo, ensamblando interrelativamente los diferentes factores intervinientes y resituándolos en la totalidad del fenómeno etiológico y, éste mismo, en la totalidad social e histórica, sólo percibiendo su

compleja y dinámica relación se puede aprehender el mismo sin caer en explicaciones mecanicistas o duplicaciones substanciales animistas que, por sí solas, son abstractas e incorrectas en su formulación.

La crítica de Fuentes de que el inconsciente, a modo de “subjetividad genérica”, precede a los procesos sociales que los pudieran generar es enteramente acertada, aunque yerre en la apreciación del motivo de tal inversión ideológica, y no sólo porque la primera tópica freudiana date de 1895, anterior por tanto al abandono de la teoría traumática, sino fundamentalmente porque tal inversión responde a un desdoblamiento substancial del sujeto implícito en la dinámica que ya se aprecia en el método catártico. Dinámica, que como señala Bleger, es resultado de la aceptación del esquema referencial de la física, concretamente de la termodinámica, paradigma científico esencial de su tiempo, especialmente de la escuela de Helmholtz.

Resultan, no obstante, ciertas las críticas que Fuentes avanza sobre el inconsciente y las consecuencias teóricas, especialmente las sociales, que se deriven de su inmanentismo, puesto que Freud, en un proceder animista, de un proceso psicológico de cualidad inconsciente o de la función inconsciente colige improcedentemente la existencia de una instancia “Inconsciente” que obraría como un reduplicado del sujeto. Sin embargo, se aprecia que el proceso epistemológico descrito, aún siendo erróneo, en la medida en que se remite a la praxis, tal y como ocurre en los historiales clínicos, da cuenta mitológicamente de lo que en ella acontece. Por ello, la terapia, pese a la duplicidad ontológica de la dinámica, en la medida en que está sujeta y se remite a la praxis concreta del sujeto y a su normatividad histórico-práctica deviene efectiva.

La dificultad de Fuentes y otros autores para aceptar el cambio explicativo iniciado en 1897 estriba, a mi entender, no tanto en la pretendida herencia de la fantasía, sino en la aceptación de la fantasía misma, que siguiendo otros paradigmas referenciales psicológicos, más angostos, resulta una magnitud inverificable. Para nosotros, en cambio, supone una mediación de la conducta, más precisamente, como toda manifestación humana, siguiendo a Bleger(20), es una conducta en sí misma, concretamente se adscribiría a una conducta del área psíquica, que nos remite a la praxis familiar y social para aprehender su origen y su significado.

Tanto Fuentes como Pérez, pese a lo acertado de muchas de sus críticas, conciben la conducta de una manera limitada (siguiendo a Bleger, únicamente aceptarían por tal la adscrita al área exterior) y la socialización como un modelamiento conductual sobre un sujeto pasivo, constatando únicamente la acción de sólo uno de los elementos del binomio sujeto-medio. Obviamente, como hemos reseñado en varias ocasiones, el binomio se caracteriza por una clara asimetría, pero ésta no debe confundirse con la pasividad que los autores atribuyen al sujeto y que la fantasía viene a denegar.

En concordancia con la concepción pasiva del sujeto ante el medio, interpretan que Freud sostiene la existencia de deseos zoológicos, predeterminados, que la normatividad social tiende a denegar unívocamente. La interpretación, pese a su carácter restrictivo, no se puede considerar arbitraria, puesto que Freud en "El malestar en la cultura" se llega a expresar en términos similares, pero no recoge todo el pensamiento del autor, al destacar sólo una parte, precisamente la que reafirma su regresión biologicista, olvidando, en cambio, que Freud reiteradamente declara que el deseo o pulsión es una elaboración o transacción cultural, que parte de una

necesidad biológica, pero que muy pronto, desde el lactante, cobra autonomía de ésta mediante la interacción del sujeto y su medio.

Al destacar e incidir en esta lectura, la última y más criticable de Freud, relegan la vinculación práctica, la historicidad y el carácter interdinámico de la socialización y la constitución del sujeto. La pretendida pasividad adjudicada al sujeto implica la incomprensión o el olvido de la adquisición de los mecanismos de defensa freudianos y la consecuente introyección de la normatividad (véase el capítulo anterior dedicado a la defensa), que se concibe, en buena lógica como el condicionamiento sobre un sujeto pasivo, consciente(21), cuando en realidad, en su mayor parte, no lo es, precisamente porque la normatividad se erige desde el deseo hacia los progenitores y hacia el mismo contenido de la norma, para finalizar como identificación narcisista del sujeto.

La fantasía tiene varias funciones que conviene que repasemos. En primer lugar, sirve al propósito del cumplimiento imaginario de un deseo tal y como pudimos comprobar, por ejemplo, cuando estudiamos los sueños diurnos o el ataque histérico. Este deseo nos remite a la sexualidad infantil, a su autoerotismo, de tal modo, que satisfaciéndola lo hace embellecidamente, encubriendo su quehacer bajo un disfraz defensivo, así la seducción, cuando ésta no se ha producido, supone un disfraz o una consecución imaginaria de una práctica meramente insinuada, cuya fijación, dada su intensidad, sólo es inteligible si se considera el onanismo infantil, que es convenientemente enmascarado por medio de una actitud pretendidamente pasiva. Freud ilustra esta función defensiva o encubridora mediante un símil histórico: Tito Livio sería a la

mezquina historia romana lo que la fantasía representa para la vergonzante historia infantil del sujeto. Explicativamente, pues, se puede distinguir otra función de la fantasía, la de ser el nexo entre la vida del sujeto y la consiguiente neurosis, esto es, la neurosis no resulta directamente de una praxis enajenada, sino que deviene mediante la transacción de la fantasía.

Freud, al principio, antes de establecer la existencia de fantasías “primordiales” de naturaleza filogenética(22), distingue dos grandes tipos o conjuntos de fantasías atendiendo al deseo que se pretende satisfacer con ellas aunque, a menudo, expresen una mixtura de ambos. Existen fantasías de ambición y fantasías eróticas. Las primeras priman en los hombres y las segundas en las mujeres y, según remarca el propio Freud, la inclinación por géneros atiende a razones sociales. La educación recibida empuja a los hombres a la posesión, el dominio y la glorificación de su persona (narcisismo), pero la realidad social se encarga de refrenar tales ansias, siendo las fantasías la resultante de ese deseo denegado. En cuanto a las mujeres, desde la temprana infancia, el exterminio sistemático de su sexualidad únicamente permite un tímido resquicio de satisfacción erótica, que sólo puede complementarse con la alucinación de lo prohibido.

La temporalidad de las fantasías también las vincula directamente a la práctica social, advirtiéndole que la temporalidad de la propia realidad humana dista de ser lineal, sino dinámica y conflictiva (empleamos el término dinámica no en la acepción que le da Freud). Es decir, que el tiempo no es para los hombres una magnitud absoluta, al modo de Newton, sino relativa tal y como sugiere Galileo o afirma Einstein, referida siempre a un campo de referencia.

“El nexos de la fantasía con el tiempo es harto sustantivo. Es lícito decir: una fantasía oscila en cierto modo entre tres tiempos, tres momentos temporales de nuestro representar. El trabajo anímico se anuda a una representación actual, a una ocasión del presente que fue capaz de despertar los grandes deseos de la persona; desde ahí se remonta al recuerdo de una vivencia anterior, infantil las más de las veces, en que aquel deseo se cumplía, y entonces crea una situación referida al futuro, que se figura como el cumplimiento de ese deseo, justamente el sueño diurno o la fantasía, en que van impresas las huellas de su origen en la ocasión y en el recuerdo. Vale decir, pasado, presente y futuro son como las cuentas de un collar engarzado por el deseo”(23).

Fue un descubrimiento de Freud el constatar que la conducta de los hombres, en el sentido amplio antes apuntado, no responde o se rige por la temporalidad lineal. Ya en la correspondencia con Fliess Freud apunta la atemporalidad del inconsciente(24) y más tarde, precisamente en la carta del 21-IX-1897, señala a través de la fantasía su ausencia de sentido de la realidad y de las exigencias que le son inherentes. Ciertamente, la formulación freudiana cae en la duplicación ontológica para dar cuenta del fenómeno, así es el inconsciente el que, a modo de duplicado substancial del sujeto, habitando la misma morada psíquica, posee unas ciertas características (atemporalidad, ignorancia y desprecio por la realidad...). El atributo o la función inconsciente se substancializa, se personaliza, deviniendo en instancia, cuando deberíamos referirnos a una conducta inconsciente del área corporal, psíquica o externa o de alguna combinación de las tres, que se disocia de un campo de referencia, lo que implica, a su vez, una disociación de campos. Precisamente, la concordancia de los diferentes campos es el sentido

de la realidad(25). No insistiremos en este punto, pues nos llevaría a cuestionarnos intrínsecamente la dinámica freudiana dificultando nuestra exposición de la fantasía, bástenos con apuntar lo que en el siguiente capítulo desarrollaremos con detenimiento.

Freud vincula la fantasía a la realidad conflictiva de los hombres, a sus determinantes sociales, de dominación, y al tiempo igualmente problemático en el que se desenvuelve su conducta. La fantasía supone una disociación de la conducta habitual, pero no tiene por qué desembocar en un cuadro patológico. Freud hace depender el desenlace patológico de la fantasía del aspecto económico, que a su vez nos remite a la práctica del sujeto en su entorno.

Para Freud la frustración conlleva una regresión de la libido, que tras fracasar su descarga en un objeto de la realidad o equivalente sublimado retorna a los objetos (incestuosos) resignados que perviven, con cierta intensidad, en la fantasía. Las fantasías quedan intensamente cargadas, de tal suerte, que pugnan por su realización entrando en conflicto con el yo. El yo, consecuentemente, se defiende mediante la represión, forzando que las fantasías devengan de lo consciente a lo inconsciente. Una vez inconscientes, la carga de las mismas se desplaza a los lugares de la fijación que dan pie al síntoma. Es decir, que para que se produzca un síntoma han tenido que acontecer dos frustraciones consecutivas interpoladas por la represión, que remiten a la práctica del sujeto en dos campos distintos.

La devenida disociación de la fantasía, como ya vimos en el fetichismo o en casos más triviales como el lapsus, no supone un rasgo excesivamente problemático, es un fenómeno cotidiano, sin embargo, el factor cuantitativo puede tornarla patológica. Las

fantasías hiperpotentes fuerzan la escisión del yo, enajenándole de fragmentos cada vez más amplios de la realidad. El factor económico, como la morfología (sintomática), depende para Freud de la práctica a la par que de la herencia, lo mismo que el origen de la propia fantasía antes de ser cargada patógenamente.

Freud, desde el 21-IX-1897, afirma la realidad psíquica de la fantasía y su equivalencia con la realidad material mediando el desdoblamiento ontológico que supone el inconsciente. La funcionalidad de la fantasía atendía al doble propósito del cumplimiento del deseo así como de la defensa o encubrimiento del onanismo y la sexualidad infantil en general, esto es, cumplía el propósito de satisfacer a las dos tendencias que gobiernan la dinámica analítica.

Freud va a referir el contenido de la fantasía a la práctica y, desde 1916, en el caso de las llamadas fantasías primordiales, a la herencia filogenética que con el tiempo adquiere un mayor protagonismo, aunque sea en acotaciones dispersas. Las fantasías primordiales son las de castración, la de contemplar el comercio sexual de los padres y la de seducción. La fantasía de castración Freud la reconduce a las amenazas reales que sufrieron los pacientes y en la que tanto abundan los adultos ante la observación del onanismo infantil. La del comercio sexual de los padres reconoce que es una experiencia sumamente común. Y la seducción admite también que acontece realmente a menudo y, en ocasiones, en los casos en que no sucedió, se dan indicios no culminados de la misma.

Llama la atención cómo Freud, tras explicitar la vinculación de la fantasía a la práctica objetiva del paciente afirme la complementariedad de la herencia filogenética, cuyo concurso,

atendiendo al principio de economía, se hace innecesario. Sobre todo si se tiene en cuenta el motivo que aduce el propio autor para obrar así: “pero queda por explicar el hecho de que en todos los casos se creen las mismas fantasías con idéntico contenido” (26).

La solución que nos ofrece Freud es, cuanto menos, “atrevida” ya que supone equiparar la práctica analítica y los resultados teóricos que de ésta se puedan derivar, con las especulaciones improcedentes del autor y las secuelas resultantes de éstas. A Freud no se le escapaba que introducía por la puerta falsa una serie de supuestos, basados a su vez en hipótesis o en la lectura interesada y sesgada de otros autores de diferentes disciplinas, con el mismo rango demostrativo que el material analítico. El proceder de Freud es idéntico al que empleará en cada hito especulativo, ya sea después para sostener, desde supuestos biológicos y observaciones fragmentarias, la pulsión de muerte o, más tarde, de idéntica manera, para transformar ésta en pulsión destructiva o, al final de su vida, para reconstruir el origen del monoteísmo y la figura histórica de Moisés.

La desviación teórica es paulatina y convive con una explicación alternativa que se atiene a la práctica del sujeto en su contexto social. Es esta última la que prima sobre la primera en todas sus obras, siendo las conclusiones de la especulación complementarias a la misma. Lo ontogenético prevalece sobre lo filogenético, que para Freud sirve al propósito de cubrir las supuestas lagunas efectivas de la ontogenia. El origen explícito de esta herencia filogenética se halla en “Totem y tabú”, pero, como ya señaláramos en el capítulo de la defensa, responde a la propia fundamentación teórica del psicoanálisis, a los esquemas referenciales de los que parte y de los que es deudor.

La teoría evolutiva que asimila Freud, tan relevante para colegir su obra, es compatible con el supuesto lamarckista de la herencia de los caracteres adquiridos. Desde el origen del psicoanálisis, desde el método catártico y aún antes, se puede advertir su existencia y siempre supuso un comodín teórico en manos de Freud para justificar, sin abandonar el materialismo, sus especulaciones. Así, la recurrencia en las fantasías que advierte Freud, sospechosamente denominadas *primordiales*, sufre una doble explicación sedicentemente complementaria. Por un lado, se remite a la práctica social del sujeto, con especial énfasis en su aprendizaje y socialización infantil obtenida y revivida en la práctica analítica y, por el otro, en consonancia con los presupuestos evolutivos lamarckianos se vincula a la pretendida filogenia de la horda del protopadre.

La castración, la seducción infantil y la observación del coito entre los padres fueron reales, pero en otro tiempo remoto y, en función de su especial carácter traumatizante y, por ende, defensivo, ha pervivido adaptativamente como patrimonio de nuestra especie. La constancia de estas fantasías primordiales, en cuanto que defensas de primera magnitud, parecen corroborarlo. De esta forma, la antropología ha quedado unida o reducida al psicoanálisis mediante el nexo de la teoría evolutiva. El círculo se cierra sobre sí mismo, sobre la base del complejo de Edipo que adviene como causa y efecto a la par.

La recurrencia que Freud constata en las fantasías responde a las condiciones históricas, patente en los historiales que remiten a la práctica del sujeto y los diferentes campos que estructuran su conducta. Esa recurrencia, en la medida en que alude a una condición histórica trascendental, en el sentido apuntado por .

Fuentes(27), esto es, a la condición antropológica trascendental de toda formación histórica, a sus relaciones alienadas de explotación económica y desigualdad sexual, a su normatividad conflictiva en la medida en que no resuelve políticamente la disociación del sujeto, es inherente a toda sociedad de explotación.

Las ficciones gobiernan nuestra conducta cotidianamente, bien sea momentáneamente o de un modo duradero. Antes señalábamos que la disociación de la conducta de su campo de referencia era consecuencia de la vivencia de una ficción o fantasía. Pero la ficción no tiene necesariamente que experimentarse individualmente, es más, Freud caracteriza el proceder de las masas como una conducta guiada por la fantasía y al nacionalismo como una fantasía de las clases desfavorecidas, que a modo de falsa conciencia o narcisismo, satisfacía su deseo mediante su identificación con la clase dominante(28). ¿Y qué es la ideología, sino una fantasía colectiva?

La recurrencia de la producción fantasmática no supuso idéntico planteamiento en otros casos, donde se la vinculó a las condiciones sociales que de modo generalizado gobiernan la sexualidad(29). Lo que Freud descubre en la recurrencia argumental de la fantasía no es el pretendido patrimonio filogenético o acervo hereditario de nuestra especie, sino, a través de las fantasías o el complejo de Edipo al que se refieren, la recurrencia misma de ciertos condicionantes que han nucleado toda civilización hasta el presente independientemente de la buena voluntad o no de los sujetos que la componen. Por eso siempre hemos relativizado el concepto de "enfermedad", puesto que toda conducta, en cuanto que social, es enferma o expresa enajenación. La familia patriarcal, la opresión de género, la actitud fóbica hacia todo lo relativo al sexo... son

consustanciales a la lógica de la explotación que caracteriza el proceso histórico.

Las fantasías primordiales manifiestan la disonancia normativa de la familia patriarcal, la aspiración del sujeto por transgredir sus límites al tiempo que ser castigado por haberlo deseado. Expresan el cumplimiento del deseo y la normatividad sancionadora metabolizada como propia. La normatividad, en la medida en que deriva de la explotación, es incapaz de explicitar sus fundamentos y reconciliarse con el sujeto, que genera una serie inacabable de fantasías o producciones ideológicas ante esa misma normatividad que desea y rechaza a la par. Se podría sostener que las fantasías primordiales son escenas reductibles a una sola secuencia, el complejo de Edipo, que culmina con la acatación de la norma o castración. Pero tal aceptación es sumamente frágil ya que el deseo fracasa en su transacción social, reactivando incesante y multidireccionalmente las primeras ensoñaciones o produciendo nuevas ficciones sustitutorias.

MITOLOGÍA DE LAS PULSIONES

El concepto de Pulsión. Ambigüedad del término.

La Pulsión como transacción social de la necesidad.

La noción biológica de Pulsión: La Pulsión de Muerte.

Geometría Dualista de las Pulsiones.

Conflicto Social vs Pulsión Biológica. La Pulsión Destructiva.

Los Esquemas Referenciales del Psicoanálisis

**El Desdoblamiento Ontológico como cosificación
de los fenómenos psíquicos de naturaleza social.**

**El Evolucionismo Sincrético como fundamentación
de la Teoría Social y la substancialización del
Complejo de Edipo.**

Escenario Trágico de una Guerra Mitológica.

El concepto de pulsión viene caracterizado, desde el comienzo de la obra de Freud, por la ambigüedad y ello pese a su indudable relevancia. Freud a menudo se quejó de su oscuridad, máxime cuando su importancia fue acrecentándose, hasta adquirir el protagonismo indiscutible de su obra social y teoría dinámica(1). El término supone un concepto fronterizo o límite entre lo anímico y lo corporal. “Por <<pulsión>> podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia de <<estímulo>>, que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera”(2).

Freud define la pulsión como la representación psicológica de una fuente biológica, distinguiendo en ella la meta, la fuente, el esfuerzo o carga y el objeto(3). La meta o fin de la pulsión está regida por el principio de homeostasis que pretende la constancia de excitación del sujeto o su ausencia, principio coincidente, hasta "Más allá del principio del placer", con el principio del placer. La fuente designa la localización corporal o zona erógena que suscita tal excitación. El esfuerzo o carga es el monto de excitación o aspecto cuantitativo, fundamento económico de tal proceder. Y el objeto es el destino en el cual se produce tal descarga.

El término implica una ambigüedad disciplinar que sólo es comprensible si se pone de manifiesto el interés de Freud por entroncar su teoría psicológica en la teoría evolutiva de la que siempre fue deudor. Conviene subrayar este punto, porque la confusión no viene dada únicamente por la traducción errónea que de tal concepto se hizo en castellano o en inglés al traducir "Trieb" por "instinto"(4). En cierta medida, entiéndase que sólo parcialmente, los traductores siguieron con fidelidad el "espíritu" de la obra freudiana. El propio autor, sobre todo después de aventurar especulativamente la filogénesis de la humanidad y su legado hereditario y también al presentarnos el binomio conflictivo que se opera entre el marco social normativo y las aspiraciones pulsionales, entre la cultura y la animalidad, propició o dio pie a dicha interpretación.

Sin embargo, al traducir de tal forma el concepto acentuaban una interpretación biologicista de la fundamentación analítica que sólo hasta "Más allá del principio del placer" y no sin matizaciones era posible aceptar como válida, al tiempo que, en consecuencia, se producía un alejamiento de su contenido y vinculación social. Como

ya señalamos a propósito de la defensa, el deseo y la norma son indisociables, tanto en su contenido como en su estructura limitativa. La represión, como ejemplo extremo de lo dicho, ponía de manifiesto como, merced a la identificación narcisista, el niño se apropiaba, metabolizándolos, los límites interdictivos como subrogados de los objetos identificatorios.

No se podía hablar de instintos porque la conducta no se atenía al automatismo incondicionado de tal concepto, sino que, por el contrario, surgía como transacción elaborada a partir de las necesidades biológicas. La pulsión reflejaba, aunque imperfectamente, esa transacción social de las necesidades como representación o idea psicológica, puesto que lo psicológico es indiscernible si no atendemos a su condición ineludiblemente social. El deseo para nosotros es sumamente plástico, socialmente heurístico, ininteligible sin la normatividad que interdinámicamente lo configura, esto es, sin los objetos.

“A despecho de que existan instintos biológicos (necesidades) del individuo biológico, las pulsiones humanas (deseo) son neo-productos de la organización como tal, y se sitúan en otro nivel. Suponen una discontinuidad con lo que sucedía antes o por debajo; las pulsiones son sociales en virtud de su misma naturaleza. No nos vienen de nosotros mismos, sino de nuestra relación con el Otro; no son la simple transformación continua, o represión, o sometimiento de alguna otra cosa en nosotros o en nuestro pasado(5)”.

Así, por ejemplo, la bisexualidad originaria que postula Freud era cierta en la medida en que la práctica de la socialización se producía merced a la acción de agentes de ambos sexos, que no a una supuesta predisposición hereditaria. La idea era errónea, en tanto que se atribuía a la herencia, empero se cumplía su contenido en cuanto que éste descansaba y describía la práctica referida. El deseo, en función de su plasticidad, se moldea en la práctica, especialmente en la primera infancia, parte de las necesidades biológicas y atiende a tal base, pero muy pronto, en las primeras fantasías del lactante, comienza su proceso de autonomía.

Ahora bien, una lectura del deseo o pulsión como transacción social supone romper la dicotomía y el enfrentamiento entre cultura y pulsiones tal y como lo describe Freud en "El malestar en la cultura". Y no porque se desatienda a las necesidades que puedan representar y satisfacer las pulsiones, sino porque se entiende que éstas se configuran socialmente y su mismo contenido así lo expresa. En otras palabras, el deseo no preexiste como algo individual-biológico y la sociedad no es la encargada de denegar o reprimir tal moción. Esta concepción, amén de recalcitrantemente individualista y abstracta, se puede rechazar desde la misma doctrina de Freud, como ya pudimos comprobar cuando analizamos los mecanismos de defensa.

"Una de las intelecciones políticas más estratégicas y subversivas de la obra de Freud fue su demostración de que la ley, en realidad, se funda en el deseo. En radical oposición al punto de vista sociológico tradicional de que la autoridad externa en cierto sentido se imprime en sujetos pasivos, Freud descubre que la

introyección de las prohibiciones culturales es resultado directo de las primerísimas elecciones de objeto del ello. El deseo nace de una identificación con personas de autoridad y por eso se puede considerar que la ley misma se encuentra disimulada en el inconsciente. Los objetos humanos – entiende Freud – en parte se identifican con la ley y, en parte, la desean. Esta dimensión disimuladora del inconsciente es importantísima para introducir y mantener el poder social”(6).

(El subrayado es mío)

La lectura que Marcuse, y en general la Escuela de Frankfurt, realiza de la obra de Freud, a pesar de sus enormes sugerencias, peca de somera en su concepción de la psicología y los procesos concordantes a la socialización. Contemplan el deseo como un producto acabado, biológico y originario y, consecuentemente, la sociedad representa el polo opuesto encargada de yugular tales pretensiones de naturaleza interna. El sujeto queda reducido a la pasividad de lo biológico reprimido mientras que la sociedad se concibe como el elemento activo represor debido, en gran parte, a la incomprensión de los mecanismos de defensa. Al ignorar la constitución normativa del deseo atribuyen a la pulsión de autoconservación la responsabilidad de la represión y al constatar una progresiva complejidad sociocultural se ven forzados a prever, en contra de la misma experiencia, un consiguiente aumento de la represión (Elliott 1992).

Una consecuencia directa de lo referido consiste en concebir al superyo freudiano como una suerte de quinta columna, ajena a los intereses del sujeto, a su identidad y, en especial a su placer, del

que no sólo aparece desvinculado, sino claramente enfrentado u opuesto al mismo. Esta interpretación resalta unívocamente que la adquisición normativa se efectúa desde la amenaza de castración efectiva, el desvalimiento infantil, y se podría añadir que a ello se suma la inexperiencia, pero se elude o se ignora el deseo y la admiración que mueven tal adquisición, luego prorrogada por el goce narcisista, así como la necesaria derogación mediante la misma del delirio de omnipotencia, de la que la castración es su expresión simbólica.

El concepto de pulsión, pese a su carácter problemático, denotaba aún su vinculación y contenido social. Empero, en 1920 con la publicación de "Más allá del principio del placer", Freud, según sus propias palabras, ha dado "libre curso a la tendencia a la especulación, por largo tiempo sofrenada, y por cierto consideré una nueva solución al problema de las pulsiones"(7). Así es, la pulsión de muerte supone, tras "Totem y tabú", como culminación consecuente de la fundamentación biológica inaugurada en tal obra, el segundo gran hito especulativo en la teoría analítica. Afirmamos esto sin por ello sostener un monismo pulsional, que respondería a la misma lógica biologicista y, por tanto, sería también recusable (W. Reich).

El proceder teórico, respecto a la afirmación de la pulsión de muerte, resulta improcedente e injustificado puesto que parte de una serie de consideraciones y observaciones parciales de la embriología y la biología para deducir un principio aplicable a otra disciplina, la psicología. De esta forma, Freud rompe la vinculación entre la clínica y la elaboración teórica, las pulsiones no son consideradas como representantes psíquicos de necesidades humanas en función de una práctica social, sino como entidades biológicas, "justificadas"

biológicamente, que se superponen a esa práctica y aún al mismo sujeto para explicar su conducta.

De hecho, el enlace clínico para postular la pulsión de muerte se manifiesta sumamente endeble, tanto o más que la fundamentación biológica. Freud parte de la compulsión de repetición, explicable por la fijación represiva y con nítido fundamento económico, para a través de la misma plantearnos tres supuestas anomalías o excepciones al principio del placer, a saber: El caso de aquellos que son sistemáticamente traicionados, algunos juegos de los niños pequeños y los sueños de los enfermos de neurosis traumáticas.

El primer caso o excepción podría haber formado parte del trabajo "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", datado en 1916, pues su tipología se asemeja a las que allí se describen como conflicto entre el yo y su instancia moral, encargada de infligir castigos inconscientes a través de agentes interpuestos. La traición sugiere la vivencia subjetiva infantil del conflicto edípico al tiempo que, por sus consecuencias punitivas, repite su castigo o desautorización, pero esta vez como deseo inconsciente de la normatividad introyectada. Este deseo de castigo había sido tratado por Freud anteriormente sin que ello implicara la suposición de una pulsión autopunitiva.

Ahora bien, sabemos que Freud no desarrolló la psicología del yo y que los conflictos yoicos como los que se describen no satisficieron sus expectativas teóricas hasta que introdujo el concepto de superyo y toda la dinámica inherente a la segunda tópica, e incluso entonces, la misma descansaba en el apuntalamiento de la nueva concepción de las pulsiones. El término "ideal del yo", utilizado a partir de 1909, supone el anticipo de esa segunda tópica

y emerge de la necesidad de explicar la agresividad y el amor del yo hacia sí mismo. Pero precisamente este autoerotismo del yo o narcisismo supuso la ruptura de la teoría de las pulsiones estructurada en pulsiones del yo o autoconservación y pulsiones sexuales. El yo no era ajeno a la sexualidad, por el contrario, estaba investido de libido (yoica).

El dualismo, por el que Freud siempre manifestó tanta querencia u obsesión geométrica, había quedado reducido implícitamente al monismo de la sexualidad. Sin embargo, la pérdida de la simetría pulsional conflictiva no parece que sea el motivo impulsor de la teorización de la pulsión de muerte. El conflicto yoico no tenía aún la solidez argumental que alcanzaría con el concepto del superyo y, sobre todo, suponía un distanciamiento de la teoría evolutiva y de su pretendido engarce con la psicología. Y era precisamente esta vinculación evolutiva, esbozada parcialmente en "Totem y tabú", la que Freud quería defender, aunque tal defensa implicara un alejamiento de la práctica concreta que generaba los conflictos.

La manifestación del terror de masas de la gran guerra, industrialmente abastecido y sistemáticamente ejecutado según los nuevos criterios y necesidades productivas del capitalismo imperialista, causó en Freud una impresión indeleble. La brutalidad y el sadismo que los hombres desarrollaron sólo pudieron ser superadas, en su bajeza moral, por la hipocresía de los estados, que dirigían la hecatombe cubriendo sus vergüenzas económicas con la bandera del nacionalismo y el pretendido bien común. La clase médica, como parte indisoluble y esencial de esos estados, jugó un papel abyecto en el "tratamiento" de las neurosis de guerra.

Freud, como judío que era, esto es, como miembro sui generis de la *comunidad nacional*, estaba dotado de una especial capacidad

para advertir las mixtificaciones patrióticas que pretendían encubrir tal horror. Su decepción respecto al estado y sus elaboraciones ideológicas se hizo patente y acentuó en dicho periodo histórico. Pero además, como psicoanalista, estaba en permanente contacto con otros colegas(8) forzosamente movilizados al frente, que tuvieron que enfrentarse a la guerra y sus secuelas psicológicas y que pudieron constatar la naturaleza social de las neurosis de guerra.

La psicoterapia y, en especial, el método catártico aplicado a las neurosis traumáticas de los soldados reveló la existencia de poderosas mociones inconscientes en los soldados encaminadas a preservar su vida y la de otros hombres, así como una revuelta, de idéntica cualidad, a la sofocación de su personalidad por sus superiores, a las cuales, dinámicamente, se contraponían el orgullo, la autoestima, el amor a la patria, el hábito de obediencia o el ejemplo uniformador de los demás. Si se habían reprimido tan elementales propósitos de supervivencia y dignidad y, por ende, habían devenido inconscientes era debido, no ya a la coacción externa de los mandos militares, razón que también operaba como motivo coadyuvante, sino a la introyección de toda la carga ideológica que justificaba la guerra y, sobre todo, al principio axial y último del ejército y de la misma relación productiva de explotación, la obediencia jerárquica. Como es fácil apreciar el conflicto yoico era un remedo o repetición, en su vertiente más amarga y fantasmagórica, del origen mismo de la adquisición normativa edípica.

En las neurosis traumáticas de guerra, lejos de exteriorizar un conflicto biológico, lo que se venía a demostrar palmaria y nítidamente era el carácter social de todo conflicto psíquico, cuya emergencia se debía a una práctica actual que remitía, a su vez, a una práctica pretérita infantil troqueladora para inteligirse

cabalmente. Sería impreciso e injusto, amén de una inversión explicativa, atribuir a Freud un conservadurismo político, del que pocas veces hizo gala, para explicar la reinterpretación de las neurosis de guerra y la consiguiente teorización de la pulsión de muerte. No sólo fue clara y explícitamente beligerante con la electroterapia o tortura que la clase médica infringió a los soldados que padecieron tales trastornos, sino que refiriéndose a los mismos llegó a afirmar: "Un soldado en quien esos motivos afectivos hubieran sido conscientes de una manera potente y clara habría debido, como hombre sano, desertar o bien hacerse pasar por enfermo"(9).

La radicalidad de Freud devenía inexorablemente de la vinculación práctica que aportaba la terapia, puesto que ésta se atenía a la conducta, tomada en su sentido laxo, del paciente. La agresividad o la fijación traumática encontraban su significado si se colegían como fenómenos de un campo determinado, del cual formaba parte el sujeto con todo su bagaje psíquico. La descontextualización de esa conducta, su abstracción dinámica (reducida ésta al mero juego de fuerzas), así como el intento forzado de vincularla a las pulsiones como entidades biológicas autónomas, producen el alejamiento señalado de la práctica del sujeto y de la real aprehensión de su conducta.

Las tres excepciones que apunta Freud pueden reconducirse a un conflicto yoico, de clara naturaleza social, máxime si se atiende al placer del binomio masoquismo-sadismo antes de su reformulación de 1924. La referencia de estos fenómenos displacenteros a la compulsión de repetición no supone sino dotar de una mayor riqueza descriptiva a la fijación ya elucidada anteriormente, que no a la supuesta introducción de un nuevo

concepto. Decíamos entonces que un sujeto se hallaba fijado a un fragmento de su pasado y que lo repetía como síntoma, esto es, que compulsivamente, pese al displacer, repetía la conducta pretérita atendiendo al fundamento económico de la fijación, esto es, al modelamiento social e interdinámico del deseo.

La homeostasis no supone, como afirma Freud, la ausencia de excitación, sino, tal y como sostiene Bleger, la regulación de la excitación del sujeto respecto a un campo de referencia determinado(10) del que forma parte. Ni siquiera se puede sostener que el organismo recupere el estado anterior a la descarga una vez efectuada ésta, sucesivas formas de reacción e integración en relación con el campo propician nuevas conductas como demuestra el aprendizaje. El equilibrio homeostático preside teleológicamente toda conducta, pero la conducta es un proceso, que incluso en sus manifestaciones compulsivas, no se puede colegir sin su sistema de referencia en el que se manifiesta como parte de la totalidad. Esto es, la homeostasis no sólo no es la ausencia de excitación, sino que tampoco se puede concebir un organismo y, por tanto la homeostasis, sin conexión con su entorno, ya que el mismo no es un sistema cerrado. La distinción entre principio del placer y homeostasis en función de la disquisición de que el placer conlleva, a veces, una mayor excitación, responde a una concepción mecánica de la conducta, a la separación o corte de un momento de una totalidad indisociable para su aprehensión, pero queda resuelta si se aprecia que ésta es un proceso referido a un conjunto en continua transformación y reorganización.

La equiparación de la homeostasis a la ausencia de excitación o nirvana le permite a Freud, mediante la improcedente transposición de supuestos biológicos a la psicología, sostener que el propósito de

ciertas conductas no es otro que la muerte y que tales conductas, en consecuencia, están gobernadas por la correspondiente pulsión de muerte, de similar forma que las conductas encaminadas al placer lo están por las pulsiones sexuales.

El carácter netamente especulativo de la pulsión de muerte, su vagorosa fundamentación teórica sostenida sobre supuestos de otra disciplina científica y, por tanto, con otro nivel de integración del conocimiento, que no otro objeto, provocó fuertes desconfianzas en la comunidad psicoanalítica que no llegó a aceptarla en su conjunto(11). En cambio, sí que fue bien acogida en otros ámbitos intelectuales, en manifiesto contraste con la habitual hostilidad con que eran recibidas sus producciones teóricas, provocando la sospecha de su creador: "Tengo que haber hecho algo muy estúpido"(12).

Como ya señalamos en otro capítulo(13), Freud transforma, sin mediar explicación alguna de tan sustancial cambio, la pulsión de muerte en pulsión agresiva como pulsión originaria junto al eros o pulsiones de vida. Apenas un somero e inseguro comentario posterior sobre la transición de los organismos unicelulares a los pluricelulares "justifica" la alteración(14). Originariamente, en los organismos unicelulares, la libido estaba volcada, en su totalidad, hacia dentro y la agresividad, de igual modo, hacia fuera. La aparición de los seres pluricelulares implicaría que parte de la libido se exteriorizase y, en consecuencia, que parte de la agresividad fuera introyectada.

De nuevo las consideraciones biológicas, evolutivas, se superponen a la realidad social humana para dar cuenta de su desarrollo. Las pulsiones de vida y agresivas, como entidades substanciales, hurtan el protagonismo al sujeto y a la sociedad que lo configura. Las contradicciones sociales, que el sujeto expresa como

efecto o transacción no mecánica, en su conducta alienada son remitidas a la supuesta contradicción biológica, de signo mítico. El desdoblamiento ontológico así trazado se expresa con toda su crudeza en la obra social freudiana, puesto que en la clínica, en la medida en que se ve forzada a referirse a la práctica concreta del paciente y a las contradicciones y conflictos sociales que delata, tal desdoblamiento apenas se manifiesta como acotaciones complementarias a esa práctica que se admite etiológica.

Tamaño desviación idealista arranca, como señala acertadamente Bleger(15), del propio materialismo freudiano, de los esquemas referenciales y los elementos apriori de los que parte su formación y con los que construye su teoría psicoanalítica. En efecto, Freud acusa, especialmente, la influencia de dos movimientos científicos, la física mecanicista y el evolucionismo.

La formación médica en la Escuela de Helmholtz, la de sus mentores Brücke y Breuer, marcan la impronta de su mecanicismo materialista, que intenta reducir, en su confrontación con el vitalismo y la metafísica, la medicina a un determinismo fisiológico, de base física, formulado cuantitativamente. Ante la imposibilidad de Freud de traducir la psicología en términos fisiológicos, tal y como inacabada y fracasadamente se expresa en "Proyecto de psicología", Freud acepta o se resigna ante la evidencia y la peculiar idiosincrasia propia de la psicología como disciplina irreductible, pero ello no es óbice para que, admitido el hecho psicológico, éste se explique en términos mecánico-cuantitativos, de idéntica base física. El mecanicismo energetista (físico) de Freud se aprecia en el principio de nirvana, calco de la segunda ley de la termodinámica, en el concepto de libido o en la cosificación o substancialización de los fenómenos como la vida y la muerte, que devienen en entidades

autónomas mediante la abstracción de la realidad concreta que los genera. Las propias cualidades o atributos psíquicos también se cosifican como entidades substanciales al margen del campo operacional, del sujeto y los agentes que las hicieron posibles. Se anula así la existencia del sujeto y su entorno social, para dinámicamente, en el sentido antedicho, referirse al inconsciente, el ello o el superyo como existencias autónomas desvinculadas de la práctica e independientes del sujeto.

La duplicación ontológica es consecuencia de su teoría dinámica, reducida a juego de fuerzas, analógicas a la física, y entronca con el evolucionismo del cual también es deudor tal y como se aprecia en el concepto de libido o en el de instintos. Para Bleger el esquema referencial evolucionista propicia en Freud la fundamentación histórico-genética de la conducta, así como la visión no estática o fija de la misma, amén de la contemplación de la enfermedad como regresiones no adaptativas.

Sin negar lo afirmado por Bleger, nosotros consideramos que el evolucionismo, además, tuvo una influencia mayor de la que el mencionado autor advierte. Freud asimila una teoría evolutiva que hace compatibles a Darwin y a Lamarck. El caso no supone una excepción en la formación de los científicos de su tiempo, el propio Darwin, en especial con relación al hombre, aunque no por un motivo antropocéntrico, se vio forzado a aceptar los supuestos teleológicos de Lamarck como explicaciones auxiliares para cubrir sus hiatos argumentales(16). Haeckel, el primer gran difusor de la teoría evolutiva en lengua alemana cuya influencia en Freud es constatable(17), repitió tal sincretismo teórico y la gran mayoría de los que le precedieron, excepto algunos investigadores anglosajones, adoptaron la misma postura conciliadora. Sólo los estudios avanzados

de la genética, apreciables a partir de los años treinta, permitieron delimitar y discriminar las aportaciones de ambos autores, rechazando la herencia de los caracteres adquiridos. La teoría de la herencia que asumió Freud, reforzada por su formación en Francia y la influencia del “degeneracionismo” psiquiátrico, especialmente de la obra de Magnan(18), era claramente lamarckista, a lo que se añade el significativo hecho de que en Austria, la mayor autoridad biológica era Kameny(19), cuyas investigaciones parecían verificar la herencia de los caracteres adquiridos.

Por todo lo cual, se puede sostener que no es sólo que la teoría evolutiva influenciara al psicoanálisis por ser un pilar esencial en la formación materialista de su creador, sino que el carácter sincrético o abiertamente lamarckista de la misma propició e hizo posible la fundamentación de sus producciones más recusables, especialmente las de su teoría social. La reflexión antropológica avanzada en “Totem y tabú” se puede colegir como el primer hito especulativo, factible únicamente mediante el engarce teórico entre evolución y psicología, a través de las características ontogenéticas aprehendidas como legado hereditario de la acción filogenética.

Desde ese materialismo podrá sostener improcedentemente que el pretendido suceso del protopadre, la amenaza de castración a los hijos, la rebelión de los mismos y su asesinato fue real y ha condicionado hereditariamente toda la estructura y los mecanismos de defensa de la especie. En realidad, Freud más que partir de la hipótesis de la horda del protopadre parte inductivamente de las manifestaciones de sus neuróticos para inferir, sobre una sugerencia colateral de Darwin, la efectiva existencia de tal horda y tal protopadre y, de esta forma, acabar por “demostrar” deductivamente todo el legado defensivo. Como es fácil apreciar, el razonamiento

esconde una trampa, las premisas y las conclusiones son coincidentes al igual que las cualidades o apreciaciones morales que conllevan tal transposición pseudohistórica (como se manifiesta en las fantasías primordiales).

De tal suerte, el complejo de Edipo, que ha permitido aprehender la génesis sedicentemente edípica de la humanidad, a su vez, en virtud de la peculiar práctica pretendidamente prehistórica, posibilita colegir y fundamentar evolutivamente la existencia y las características del propio complejo de Edipo, como resultado filogenético de la adaptación de la especie humana. El tabú del incesto o exogamia responde, de esta forma, a la necesidad de supervivencia adaptativa de la horda tras el asesinato del protopadre(20), las fantasías primordiales se remiten, como estructuras de defensa que son, a la práctica filogenética de la sedicente horda primigenia(21) al igual que la existencia de la misma angustia como señal activadora de los mencionados mecanismos(22), la huella mnémica del delirio psicótico rememora defensivamente la persecución real de los hijos por parte del protopadre(23), la idea del dios monoteísta se transmite y aprehende merced a la muerte del protopadre de la horda(24) y, de modo análogo, la del dios mosaico nos remite al asesinato de Moisés(25). En concordancia, ciertas características esenciales de los pueblos (en su estructura de defensa o adaptación) se retrotraen a su respectivas prácticas filogenéticas, atesoradas en el inconsciente(26).

Lo revelador es que estas explicaciones son coexistentes o paralelas a las explicaciones clínicas, que se fundamentan, pese a la duplicación ontológica de la dinámica, exclusivamente en la práctica efectiva del sujeto y en el ámbito social en el que se halla inscrito. Lo ontogenético prima sobre lo filogenético, que queda reducido a

acotación, salvo en los escritos sociales, donde alcanza cierto protagonismo merced a la autolicensia especulativa, posible a su vez por el desconocimiento del autor de sus fundamentos materiales. Digo revelador porque Freud, con este nuevo desdoblamiento explicativo, pretendía mantener y reforzar la vinculación de la psicología y la biología y, además, sostener que lo esencial del inconsciente y, particularmente el complejo de Edipo, constituían el núcleo substancial, de raíz adaptativa, de la especie humana. La familia no era una producción histórica y, por ende, cambiante, sino que respondía a una necesidad adaptativa y se consideraba una producción natural. Buena prueba de ello resultan sus vitriólicas palabras, cargadas de agresividad (freudianamente anales), que le dedica a W. Reich en respuesta a la posibilidad, planteada por Reich, de que en la Rusia soviética merced a las transformaciones radicales en la familia y la subsiguiente extinción del complejo de Edipo desaparecieran, a su vez, las neurosis:

“[Tras criticar la ambición terapéutica (transformadora) de Reich y declarar su propia denuncia de la moral, explícita, desde 1908, constatando que todo intento de cambio ha fracasado y sólo queda remendar las cosas, añade.] There is a second point in Reich's presentation against which I have to raise objections. He claims that if, in Russia, marriage and the family are abolished consistently, there will be no development of an oedipus complex and, consequently, there will be no neuroses. This can be compared to treating a person's intestinal disorders by having him stop eating and at the same time putting a stopper into his anus. The family is, after all, based on a biological foundation. Besides, we have to say that the oedipus complex is not the specific cause of neurosis(27)”.

(El subrayado es mío)

La insistencia de Freud en señalar reiteradamente la animalidad del hombre, por lo demás cierta, establecía tácitamente una equivalencia explicativa entre nuestra especie y otras del reino animal, diluyendo su especificidad histórico-cultural y las variables explicativas que de tal característica se derivaban. Tal proceder, obedecía a la vinculación subordinada de la psicología respecto a la biología, plausible a través de la hipótesis antropogenética trazada en "Totem y tabú" y patentizada en el inconsciente como entidad substancial biológica. El complejo de Edipo, como parte fundamental de ese inconsciente, sería una consecuencia adaptativa de los albores de la humanidad, más aún, la condición que la hace posible, transmitida por la herencia, atemporal en la medida que de fundamentos biológicos, ajeno a las determinaciones históricas que realmente lo generan como producción social y simbólica.

La alteración de la teoría de las pulsiones con la introducción primero de la pulsión de muerte y luego con la transformación de ésta en originaria pulsión destructiva representa la culminación del proceso especulativo, inequívocamente idealista, de fundamentación biológica iniciado en "Totem y tabú". Las pulsiones hurtan el protagonismo a los hombres, que devienen meras encarnaciones de éstas. La historia queda subsumida, como epifenómeno, en la cosmogonía mitológica(28) de las pulsiones y su lucha eterna(29).

De esta forma, las contradicciones sociales que los sujetos acusan se soslayan en beneficio del pretendido protagonismo de la animalidad o instintos que los gobiernan, cuando lo cierto es que los mismos animales no responden a tal automatismo como demuestra la etología. La irracionalidad de la sociedad presente, pese a las críticas incisivas del propio Freud en tal sentido, pese a su descubrimiento de la introyección normativa y su insensatez

inherente, queda diluida o ignorada puesto que la contradicción esencial, la operada entre las pulsiones sobre el escenario cultural se concibe ineluctable. El hombre no se entiende como el ser social que es, incapaz de realización personal sin un marco social propiciatorio, sino que, desde el individualismo evolutivo, se le identifica con las aspiraciones instintivas en contraposición a la sociedad y sus interdicciones culturales, sean éstas cuales fueren.

El marco social normativo, a despecho de sus antiguas pretensiones de cambio, deviene indiferente o secundario para el bienestar del sujeto y su realización. Con ello se elude o devalúa la profunda irracionalidad de la organización social, al tiempo que su posible transformación. La historia semeja la secuencia de meros decorados del luctuoso proscenio social, en el cual los hombres representan, como actores o encarnaciones de las pulsiones, la tragedia mítica del cosmos.

La tragedia, en realidad, como hemos tratado de mostrar, principia en las premisas conceptuales y teóricas con las que Freud construye su psicología. La dinámica física propiciará el desdoblamiento y el proceder mecanicista de la dinámica psicoanalítica, pero en la medida en que esta dinámica, a través de la práctica clínica, se remite a la experiencia del sujeto describe la realidad psicológica del mismo y la aprehende, aún bajo expresiones y cosificaciones animistas. La teoría evolutiva sincrética, pese a algunas aportaciones fructíferas, supondrá una devaluación del valor eficiente de la práctica social. De nuevo la clínica quedará resguardada de dicha desviación, pero la teoría social padece todas las rémoras idealistas que aquella consigue eludir.

Ciertamente el primitivo concepto de pulsión, pese a su ambigüedad, denotaba su naturaleza social como transacción

psicológica de necesidades. El propósito de Freud de incardinar la psicología en la biología y la consecuente reformulación del término acaban por malograr la aprehensión psicológica y social de los fenómenos. “Los instintos no son hechos, sino inferencias, y en la medida en que se ha adelantado en la investigación, las deducciones se han ceñido mucho más a los fenómenos concretos que se estudian, de tal manera que recurrir de inmediato a la hipótesis de los instintos para explicar o comprender un suceso lleva fácilmente a un bloqueo de la indagación, porque queda todo explicado sin haber explicado nada”(30). Las pulsiones, en la medida que instintivas o biológicas, no expresan la transacción psíquica de necesidades, tampoco suponen la precondition biológica de la conducta, sino que adquieren mágicamente vida propia suplantando al sujeto, su experiencia y la sociedad en la que se inscribe.

CONCLUSIONES

A lo largo del presente trabajo hemos mostrado la vinculación práctica y eminentemente crítica de la teoría analítica concediendo el protagonismo al propio texto freudiano. Atribuimos a esa vinculación práctica, basada e inaugurada en la escucha, en la sospecha de la escucha, el carácter subversivo de la misma, inasumible para cualquier estructura social de dominación.

Freud devela a través de la práctica analítica que la realidad social, simbólicamente estructurada, es un juego de máscaras o apariencias tras el cual se esconde toda una pléyade de contradicciones sociales o síntomas, inexorables en la medida que son consecuencia directa, aunque no mecánica, de la normatividad, instituida al servicio de la dominación.

La teoría analítica supone la ruptura ideológica del paradigma médico organicista y su superación al remitirse a las condiciones sociales que generan las “enfermedades mentales”. Se advierte, aún desde supuestos animistas, la estrecha vinculación entre el área corporal, el área psíquica y el área exterior y se responsabiliza a la organización social de los desarreglos psicológicos, patentes en las tres áreas.

Los principios rectores de la normatividad y la organización social se antojan imposibles y, aún contrarios, para la satisfacción de las necesidades humanas. La degeneración, manifiesta en un piélago de producciones psicológicas, se constata generalizada e irresoluble si no se alteran radical y profundamente las bases o estructuras de la sociedad y sus correlativas producciones ideológicas. De tal suerte,

que cualquier reforma no deja de ser un mero “remiendo” en un traje harapiento y corrupto.

Freud revela la influencia y determinación de los factores sociales en la constitución universalmente enajenada del sujeto, pero su gran mérito estriba en colegir dicho proceso desde una perspectiva interdinámica, que no reduce a la pasividad al mismo. En efecto, al descubrir la sexualidad infantil y, posteriormente, la introyección normativa, Freud elude una concepción unívoca y pasiva del sujeto. Se parte de la asimetría de la socialización, pero no de la anulación o descentramiento del sujeto, que a través de su deseo actúa y metaboliza la normatividad en una interacción continua.

En este sentido, el abandono de la teoría traumática deviene crucial, pues supone un enriquecimiento teórico considerable, al resituarse en el interjuego etiológico el antes ignorado factor subjetivo, animado por la sexualidad y las producciones ideológicas (fantasías) que le son propias. El sujeto no es plano, pasivo, sino que interactúa con su medio en función de la continua reordenación y satisfacción de sus necesidades. Empero, el rechazo de la teoría traumática implica el abandono de la tentación, tácita, de relegar definitivamente el factor hereditario en la génesis de las psiconeurosis.

Freud descubre la historicidad del deseo patente en el estudio de las perversiones, los síntomas, las fantasías o la sexualidad infantil. El deseo nace de la necesidad biológica, pero pronto cobra autonomía y se construye cultural y simbólicamente, como transacción social de la necesidad. El deseo no está predeterminado, no es una producción acabada que aspire a su realización, sino que delata su carácter social al constituirse en la práctica, en buena medida estructurada simbólicamente.

Esta constitución práctica e interdinámica del sujeto resulta socialmente trascendental, al aprehender la normatividad inherente al sujeto como resultado de su mismo deseo, como relicto interdinámico del proceso de socialización y de la consiguiente estructuración de los mecanismos de defensa.

La represión, las interdicciones no son meramente externas, el sujeto las ha metabolizado, a través del deseo y la consecuente estructuración de la defensa, como propias y constitutivas de su identidad. La generalizada enajenación de la vida sexual, laboral y política sólo pueden comprenderse a la luz de tal aprehensión, por lo demás concordante con las elaboraciones ideológicas (la religión, el nacionalismo...). Freud pone de manifiesto que la dominación, aún en los casos más extremos como en la guerra, es un proceso ininteligible sin la complicidad conflictiva del propio sujeto.

Ahora bien, en la teoría analítica, y muy especialmente en su dimensión social y política, se advierte una *regresión biologicista* que principia y es posible merced a la especulación avanzada en los escritos culturales, pero cuyas raíces o fundamentaciones últimas descansan sobre los presupuestos teóricos originarios.

Freud, por su misma formación científica, es deudor de los esquemas referenciales de la física mecanicista y termodinámica, así como de la biología, concretamente de la teoría evolutiva. Sin duda, la adopción de tales esquemas referenciales fue fructífera, posibilitando colegir multitud de fenómenos, pero también supuso caer en una serie de errores epistemológicos graves, que tendrían su traducción, de modo relevante, en su teoría social.

La influencia de la física había dado lugar a la escuela de Helmholtz, que intentaba superar el vitalismo médico reduciendo el proceso etiológico a una mecánica fisiológica formulada en términos

cuantitativos. Freud, alumno aventajado de tal escuela, tras su fallido intento de reducir la psicología a la fisiología, persevera en el modelo físico-mecanicista sobre criterios estrictamente psicológicos, adoptando la noción de fuerza y objeto que se deja mover, haciendo abstracción del contexto y la relación del sujeto y el objeto. Las fuerzas serán las emociones o afectos y más tarde las pulsiones. Posteriormente Freud adopta una concepción energetista manifiesta en el concepto de libido, la metodología económica y en su reformulación de su teoría de las pulsiones basada en el segundo principio de la termodinámica, que se aplicará, como señala Szasz, considerando la realidad humana como un sistema cerrado cuando en realidad es abierto.

La aceptación de estos supuestos le conducen, pese a sus logros evidentes, al espiritualismo cosificando los fenómenos hasta adquirir autonomía y vida propia y abstrayéndolos de la realidad concreta que los produce en su correspondiente campo operacional. En la medida en que en la terapia la dinámica mecanicista se remite a la práctica, a la conducta que la genera, tal obstáculo, pese a su rémora explicativa, no supone la desautorización de la misma, pues aunque bajo una forma mitológica la realidad psíquica es aprehendida.

La influencia de la biología en la teoría analítica se constata en su fundamentación histórico-genética de la conducta, asumiendo el cambio y la transformación como atributo inherente a la misma, en la ruptura de la dicotomía entre lo normal y lo patológico, considerados ambos como manifestaciones de un mismo proceso, en la concepción del psicoanálisis como terapia encaminada a reestructurar genéticamente los mecanismos de defensa para la readaptación del sujeto al medio o en la consideración de la "enfermedad" como una regresión no adaptativa.

Pero además de lo mencionado, la biología, y concretamente el evolucionismo que Freud asimila, tendrá una influencia claramente recusable en la teoría analítica, y muy particularmente en su dimensión social y política. La *regresión biologicista* de la teoría freudiana se opera como consecuencia, principalmente, de los mencionados esquemas referenciales, pero es posible a su vez, únicamente, por la consentida especulación de sus escritos culturales.

Freud asimila una teoría evolutiva que hace compatibles a Darwin y a Lamarck. Su caso no representa ninguna excepción en la formación de los científicos de su tiempo, especialmente en el campo de la medicina psiquiátrica. En el ámbito lingüístico alemán, Haeckel como pionero y primer abanderado del evolucionismo, cuya impronta en Freud es constatable, difunde una teoría sincrética entre ambos autores, sincretismo, que por otra parte, era manifiesto en la propia obra de Darwin y que sólo los estudios de la genética, ya avanzado el siglo veinte, permitirán derogar.

La teoría de la herencia que aprehende Freud es nítidamente lamarckista. Su estancia en Francia, bastión y cuna del lamarckismo, seguramente reforzó tal concepción. En el mismo sentido cabe añadir, que Freud acude a Francia como discípulo de Charcot, a su vez sucesor de Magnan en Salpêtrière y editor de su obra psiquiátrica. La teoría de Magnan contempla la degeneración o locura como una doble inadaptación del sujeto fruto de una regresión filogenética de transmisión hereditaria. Si añadimos el factor ambiental, la coincidencia con Freud es absoluta y no parece que obedezca a la casualidad. En nada anula el hecho de que Freud rechazase el grueso de la teoría degeneracionista, como así nos consta, para que aceptara parte de sus supuestos evolutivo-hereditarios o cuanto menos los reforzara. Por último, aunque no de

menor importancia, en Austria, la biología se orienta y decanta claramente, merced a los meritorios trabajos de Kamberer, por el lamarckismo. Las investigaciones de Kamberer parecían demostrar con gran rigor probatorio la herencia de los caracteres adquiridos y aún hoy suponen anomalías o excepciones no aclaradas en la teoría evolutiva.

Sólo partiendo del carácter sincrético o abiertamente lamarckista de la teoría evolutiva que Freud asimila es posible colegir la fundamentación de sus producciones más recusables, especialmente las de su teoría social. La regresión biologicista de la teoría analítica principia en "Totem y tabú", que establece toda una saga de personajes ficticios, sedicentemente reales, cuya práctica pretendidamente filogenética determinará, a través de la herencia, la práctica actual. De tal suerte que la práctica ontogenética queda devaluada en virtud de la ficticia práctica filogenética.

La cualidad práctica inconsciente, previamente substancializada y transformada en instancia autónoma o "Inconsciente", se presta como vehículo transmisor de tal herencia filogenética, en analogía al instinto animal, del que sólo le separa una mayor complejidad o perfección evolutiva y al que luego se añaden las representaciones desechadas (reprimidas) en la infancia ontogenética. De hecho la característica evolutiva del hombre, lo que le diferencia cualitativamente de otros animales, es su "instancia" normativa o superyo, que como tal instancia, eminentemente inconsciente, es portadora de contenidos ideativos característicos de los mecanismos de defensa.

A resultas de la especulación antropológica trazada, Freud insiste en la animalidad del hombre, equiparando tácita y evolutivamente a nuestra especie con otras del reino animal,

omitiendo su especificidad histórico-cultural y las variables explicativas que de tal característica esencial se desprenden. Todo este proceso, esta inversión teórica axial, se deriva de su aspiración de vincular y subordinar la psicología respecto a la biología, aspiración, como ya remarcamos, común a la psiquiatría de su tiempo histórico.

Freud retroproyecta las condiciones sociales, específicamente familiares y morales, de la sociedad burguesa al pasado prehistórico para aprehender el complejo de Edipo, que a su vez le ha permitido colegir el suceso prehistórico originario. Las premisas coinciden con las conclusiones, transformando una producción histórica, el complejo de Edipo, en atributo substancial de la especie, en la medida en que responde a necesidades adaptativas, transmitidas hereditariamente y patentizadas en el inconsciente. Pero no sólo se hereda la estructura familiar, como producción natural que es así concebida, sino que también sucede lo propio con una amplia gama de producciones psicológicas (fantasías, ideas, delirios, evocaciones oníricas...) que tienden a anular o tornan superflua la historicidad esencial de los hombres.

Si "Totem y tabú" constituye el mojón que señala el principio de la regresión biologicista en la teoría analítica, la transformación de la teoría de las pulsiones, con la introducción primero de la pulsión de muerte y luego con la mutación de ésta en primigenia pulsión destructiva, representa su culminación.

El cambio en la teoría de las pulsiones responde a la vocación de Freud por la geometría dualista pulsional, rota tras la introducción de la noción de narcisismo, pero más allá de la preservación formal de este esteticismo dualista se esconde el propósito de engarzar y acabar de fundamentar la psicología sobre

bases biológicas. "Totem y tabú" había reducido la antropología y la psicología, como derivado de ésta, a los fundamentos de la teoría evolutiva sincrética. En "Más allá del principio del placer" se culmina la vinculación y fundamentación biológica de la psicología. La mayor complejidad de la especie humana permite mantener una herencia específica, antropológica, pero los elementos constitutivos, propiamente "sujetos", que la animan son idénticos a los de las demás especies (eros y thanatos).

Para postular la existencia de la pulsión de muerte Freud recurre ilegítimamente a la exégesis de argumentos parciales y extrínsecos a la disciplina psicológica y a tres pretendidas excepciones clínicas al principio del placer, que o bien habían sido interpretadas como conflictos yoicos, y por ende eminentemente sociales, o bien podían ser así clasificadas sin ninguna violencia argumental. La compulsión de repetición, como atributo de la pulsión de muerte, no supone un nuevo concepto teórico, sino una descripción más rica de la conocida fijación sintomática y la errónea diferenciación de la homeostasis del principio del placer, es consecuencia, como en otros casos, del mecanicismo freudiano, que separa o distingue un momento de una totalidad indisociable, así como de su confusión entre equilibrio respecto a un sistema de referencia y ausencia de excitación o muerte.

Como colofón de este proceso de regresión biologicista, Freud transforma, que no justifica, la pulsión de muerte en originaria pulsión agresiva, delegando en ésta y en su oponente, eros, el protagonismo de la conducta subjetiva. La constitución social del sujeto a través de la introyección normativa y su inserción en un orden cultural, simbólicamente estructurado, quedan devaluados en beneficio de una explicación mitológica, en la cual las pulsiones han

hurtado el protagonismo al sujeto y el orden social ha quedado reducido a un mero y anecdótico decorado.

En contraposición con la lectura del género de sus primeros escritos, que descansaba en la práctica desigual entre hombres y mujeres, la identidad sexual ahora recae en la diferencia anatómica y no se alcanza a comprender que ésta significación, pretendidamente biológica, descansa en una conducta discriminada y en la asimilación introyectiva de un orden simbólico, que refleja su matriz social e histórica caracterizada por la dominación.

La reducción, marcadamente mecánica, de la psicología a la biología conlleva que la cultura quede caricaturizada como una “compulsión” o “algo orgánico”, casi indiferente ante su contenido social y normativo. El sujeto deviene necesariamente en pelele u objeto interpuesto de la lucha pulsional. Denegado el protagonismo de su propia existencia y la posibilidad de alterar el núcleo conflictivo mediante el cambio social, la conciencia deviene necesariamente trágica.

La historia es mera anécdota, epifenómeno, aderezo de la cosmogonía mitológica. El hombre no se concibe como el ser social que en realidad es, sino que, desde el individualismo evolutivo, se le identifica con las aspiraciones instintivas en contraposición a la sociedad y sus interdicciones culturales, al margen de su contenido. La irracionalidad de la organización social, basada en la explotación, queda de este modo encubierta o devaluada a la categoría de desgracia secundaria, ante el principal conflicto, universal y cósmico, cuasi presocrático, de las pulsiones biológicas y su eterno combate.

La transformación social no puede reportar la solución a la tragedia pues el conflicto, en tanto que biológico, traspasa y sobrepasa la historia, pero no se circunscribe a ella. La regresión

biologicista freudiana, sustentada y defendida en sus escritos culturales, anula o contradice gran parte de su producción teórica y, lo más curioso, convive hasta el final con la práctica clínica, que a pesar de su descripción mitológica, se remite explicativamente a la práctica del sujeto, conservando así su subversividad.

NOTAS A PIE DE PÁGINA

SÍNTOMAS

- (1)- "Primeras publicaciones psicoanalíticas", en especial "Charcot". S.F, O.C.
- (2)- Véase a este respecto el prólogo de James Strachey a los "Estudios sobre la histeria". S.F, O.C.
- (3)- Véanse los capítulos dedicados a la hipnosis de "Historia de la psicología experimental" de Edwin G. Boring y también "Historia de la psicología. Teorías y sistemas psicológicos contemporáneos" de Luis García Vega y J. Moya Santoyo.
- (4)- Ibídem.
- (5)- Distingo el dolor del sufrimiento por su etiología física en el primero y psíquica en el segundo.
- (6)- Esta especificación que amplía la hipnosis a los normales cansados se debe a Janet.
- (7)- "Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud". S.F, O.C.
- (8)- "Un caso de curación por hipnosis". S.F, O.C.
- (9)- "Estudios sobre la histeria". S.F, O.C.
- (10)- Ibídem.
- (11)- Luego explicitada en "La herencia y la etiología de las neurosis". S.F, O.C.
- (12)- El término subconsciente podría ser referido únicamente a aquello que no es consciente pero es susceptible de serlo.
- (13)- En los "Estudios sobre la histeria" Freud parece oscilar entre la seguridad del que conoce su objeto de estudio y la inseguridad

del que no sabe, paradójicamente, cuáles son sus límites, llegando incluso a preguntarse qué es eso de la histeria sin obtener respuesta. Resulta también interesante a este respecto la caracterización de Emmy von N como una histérica, cuando parte de sus síntomas recuerdan a los de la neurosis obsesiva. Cuestiones que sólo más tarde iría resolviendo. De todas formas, tal y como señala P.Gay, se admite que la diagnosis toxonómica de Freud, en muchas ocasiones, no responde al criterio actual.

(14)- Hoy sabemos que la hipnosis es accesible a todo el mundo, diversas escuelas psicológicas como la Gestalt o la programación neurolingüística, así como destacados hipnotizadores como Milton Erickson, lo han puesto de manifiesto. Sin embargo el inconveniente de que Freud fuera un hipnotizador mediocre devino finalmente en ventaja, ya que hizo posible la aparición del psicoanálisis.

(15)- "La herencia y la etiología de las neurosis". S.F, O.C.

(16)- Tomado de "Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa". S.F, O.C.

(17)- Idem.

(18)- Ibídem.

(19)- "La sexualidad en la etiología de las neurosis". S.F, O.C.

(20)- Idem.

(21)- Ibídem.

(22)- Ibídem.

(23)- Ibídem.

(24)- Trabajos de metapsicología. S.F, O.C

(25)- Idem.

(26)- "Generalidades sobre el ataque histérico".S.F, O.C.

(27)- "Los dos principios del acontecer psíquico". S.F, O.C.

(28)- "Análisis de un caso de neurosis obsesiva (El caso del hombre

de las ratas)". S.F, O.C.

(29)- Idem.

(30)- "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia". S.F, O.C.

(31)- Análisis de la fobia de un niño de cinco años (El pequeño Hans)". S.F, O.C.

(32)- "Libido y sociedad. Estudios sobre Freud y la izquierda freudiana". Helmut Dahmer.

(33)- "El chiste y su relación con lo inconsciente". S.F, O.C.

(34)- "Estudios sobre la histeria". S.F, O.C.

(35)- Idem.

EL INCONSCIENTE

(1)- "La interpretación de los sueños", "Tres ensayos de teoría sexual" y también "Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis". La fecha de tan fundamental cambio, públicamente reconocida, data de 1905.

(2)- pessim. "Tres ensayos de teoría sexual", aunque insinuado ya en 1896, concretamente en la "Carta 52" a W. Fliess.

(3)- Nos referimos a un fenómeno generalizado, no a una ley apodíctica, con los márgenes propios de lo humano, que en modo alguno son exactamente iguales para todos los hombres. Profundizar en esta cuestión nos llevaría a definir el carácter de las llamadas ciencias sociales y a rechazar por inapropiado el paradigma de las ciencias naturales.

(4)- La alegoría del superhombre encarnado en la figura transgresora del niño viene recogida en "Así habló Zaratustra", 1ª parte, cap I, de Friedrich Nietzsche.

- (5)- “Tres ensayos de teoría sexual”. S.F, O.C, p174.
- (6)- Véase a este propósito “El origen de la familia” de F. Engels y “El manifiesto comunista” de Marx y Engels.
- (7)- “Tres ensayos de teoría sexual” S.F, O.C, p153.
- (8)- Idem, p207.
- (9)- Idem. Nota agregada en 1910, p136.
- (10)- Idem, p147.
- (11)- Descubrimiento o intuición de Fliess, que Freud reconoció.
- (12)- “Tres ensayos de teoría sexual”. S.F, O.C, p148.
- (13)- “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis”. S.F, O.C, p267.
- (14)- Cfr. la posición de Freud sobre la sexualidad femenina en “Tres ensayos de teoría sexual”.
- (15)- “Hipnosis con programación neurolingüista” de John Grinder y Richard Bandler. Aunque el caso más llamativo y sugestivo en terapias hipnóticas lo constituye la obra de Milton H. Erickson, antiguo psicoanalista, que parte de la represión y sus resistencias para, mediante sesiones hipnóticas, vencerlas en el mismo trance. Un ejemplo de este proceder terapéutico se puede encontrar en el historial “El hombre de Febrero. Apertura hacia la conciencia de sí y la identidad en hipnoterapia”.
- (16)- Especialmente la trilogía compuesta por “Malone muere”, “Molloy” y “El innombrable”.
- (17)- “El innombrable” de Samuel Beckett, p37.
- (18)- “Psicopatología de la vida cotidiana”. S.F, O.C, p269.
- (19)- Véase “La interpretación de los sueños”. S.F, O.C, p74,187,488,489, y 490 entre otras.
- (20)- Idem, p146-50.
- (21)- En rigor no se podría calificar estímulos a los dos últimos, ya

que el estímulo es por antonomasia algo externo al sujeto.

(22)- “La interpretación de los sueños”. S.F, O.C, p542.

(23)- Sobre el particular “La interpretación de los sueños”. S.F, O.C, p171-2, 199-203, 237-9 y 665-7 entre otras.

(24)- “Sobre el sueño”. S.F, O.C, p662.

(25)- Especialmente extendido en neuróticos obsesivos y esquizofrénicos, cuyas representaciones se hallan disociadas de su carga, con la dificultad que ello entraña para la cura analítica.

(26)- “Trabajos de metapsicología”. S.F, O.C.

(27)- Idem

(28)- Tomado de “Los paraísos artificiales” de Baudelaire.

RACIONALIDAD Y PULSIONES

(1)- Con relación a la bisexualidad constitucional del ser humano sustentada por Freud, aunque nosotros apreciamos el carácter plástico y, por tanto, socialmente heurístico de la sexualidad, algunos datos etológicos parecen sugerir que la hipótesis freudiana podría ser correcta. La sexualidad poderosa, perenne (no circunscrita al celo) y bisexual de los bonobos y la posibilidad de que éstos pudieran ser nuestros antepasados directos (de los cuales surgieran los australopithecus), plantean la posibilidad de que la bisexualidad pudiera ser constitucional (heredada como especie). Los bonobos poseen, merced a su hiperpotente sexualidad, un grado elevadísimo de sociabilidad, factor adaptativo de primer orden, que podría hacer más comprensible determinados períodos de nuestros antepasados. Sobre este particular véase “Nuestra especie” de M. Harris y los artículos de Meredith Small y Joshua Fishman dedicados a los bonobos en “Muy especial” Marzo de 1997.

- (2)- pessim. "Los niños selváticos" de Lucien Malson.
- (3)- En el "Manuscrito N", p299 y también, implícitamente, en "Tres ensayos de teoría sexual". S.F, O.C.
- (4)- "La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna". S.F, O.C, p171.
- (5)- Idem, p177-8.
- (6)- Idem, p180.
- (7)- "Introducción al psicoanálisis". S.F, O.C, p413.
- (8)- Idem, p313.
- (9)- Utilizamos represión como sinónimo de defensa tal y como Freud hacía. Aunque es verdad que al principio, cuando practicaba el método catártico aprecia una distinción que luego recupera, la represión pasa a ser una clase de defensa. Efectivamente, es una clase de defensa, concretamente una malograda, históricamente explicable. Sostenemos que la represión puede ser superada por la desestimación racional, pero ello sólo es posible en una sociedad que no eluda (ideológicamente) la fundamentación material de su código normativo.
- (10)- En los casos reseñados es necesario establecer una jerarquía. Szasz ("El mito de la enfermedad mental"), sin llegar a la sistemática y rigurosa explicación de Bleger, se aproxima considerablemente al problema al advertir que las tópicas expresan contradicciones epistemológicas y confusión conceptual como resultado de la aceptación por Freud del modelo médico para su explicación y tratamiento. El mito de la enfermedad mental, aceptado por Freud y antes por Charcot, supone la equiparación de la enfermedad mental a la orgánica en todos los órdenes, inclusive el teórico, que adopta una formulación biológica e incluso físico-química. La llamada enfermedad mental expresa corporalmente, es

decir, con otro tipo de lenguaje (“protolenguaje”) un malestar o comunicación explicable en términos sociales. Sin negar lo sustentado por Szasz, nosotros advertimos que lo dicho requiere ser matizado tal y como mostramos en este trabajo. Freud, efectivamente, acaba por adoptar o religar teóricamente la psicología a la biología, concretamente a la teoría evolutiva compatible además con el lamarckismo. Ello es producto de los esquemas referenciales de los que parte en su investigación teórica, aunque teóricamente se manifieste, de una forma acabada, mucho más tarde. Es indudable, empero, que su terminología refleja su formación en las ciencias naturales, aunque ello no lleva aparejado la medicalización radical que Szasz indica; valga como prueba explícita de lo contrario la obra “¿Pueden los legos ejercer el análisis?”. Por otra parte, aún apreciando la lucidez incuestionable de Szasz, éste concibe ingenuamente la enfermedad orgánica al no advertir su contenido social. La comunicación entre las distintas áreas de la conducta para Szasz parece circunscribirse únicamente a la “enfermedad mental”, no advirtiendo que la naturaleza de tal comunicación es perenne y no admite excepciones. Por eso Szasz establece la distinción entre disciplinas científicas no en función de su privativo procesamiento o enfoque del objeto, sino en función de la existencia (implícita) de un objeto propio para cada disciplina científica. Con ello, Szasz, sin percatarse, cae en el error que pretendía combatir.

El caso de Giddens (“La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración”) es distinto, su interés sociológico no reductivista le hace interesarse por la psicología y, en especial el psicoanálisis, como medio de edificar una teoría sociológica que, aceptando un “costreñimiento del sujeto”, no caiga en los extremos del objetivismo (estructuralismo y funcionalismo) ni tampoco en el

subjetivismo psicologista. Giddens delata únicamente la aporía que supone el desdoblamiento ontológico (expresado de distinta forma) de la metapsicología freudiana: “Freud, desde luego, entendió al individuo como agente, pero también, con frecuencia, mencionó al ello, yo y superyo como instancias en el interior del individuo. En sus escritos anteriores a la década de 1920, Freud solía usar el término *das Ich* para denotar la persona total y para designar una parte del alma. Estos deslizamientos de uso valen también para el <<superyo>>, que a veces se diferencia de otra noción, la de <<ideal del yo>>. Inconsistencias terminológicas y transiciones parecen aquí indicios de dificultades conceptuales bastante más expresivas” (“La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración”). Es decir, se constata el problema, pero no se sabe encontrar su explicación.

(11)- Para comprender nuestra afirmación de que la dinámica freudiana, pese a su explicación mitológica, aprehende el movimiento real de la práctica y describe el mismo, se podría utilizar una analogía antropológica. Es común, incluso entre los propios biólogos nada sospechosos de inclinaciones lamarckistas, que éstos se refieran a que determinada especie posee un rasgo o funcionalidad concreta para un fin adaptativo concreto, cuando, en realidad, el proceso es justamente el inverso. Al poseer azarosamente tal rasgo, el medio cambiante premia (o castiga) tal característica o función. No digo que el ejemplo sea equiparable, Freud era muy consciente e intelectualmente responsable de toda su obra teórica, aunque en ocasiones se refiriese, intuyendo el problema, a la metapsicología como “bruja” y a la renovada teoría de las pulsiones como “mitología de las pulsiones”. En cualquier caso, el ejemplo ilustra como los modos animistas, mecanicistas o teleológicos impregnan nuestra cultura tras siglos de religión y concepciones metafísicas, que

a su vez nos remiten a formas de organización social basadas en la explotación y su consiguiente encubrimiento ideológico.

(12)- “Trabajos de metapsicología”. S.F, O.C, p191-2.

(13)- Idem, p191.

(14)- La primera tónica, como ya hemos afirmado, data de 1895 (“Proyecto de psicología” S.F. O.C.)

(15)- “El chiste y su relación con lo inconsciente”. S.F, O.C, p114 sgts.

(16)- “Introducción al psicoanálisis”. S.F, O.C, p324.

(17)- “Hacia una teoría del pensamiento” de David Rapaport.

(18)- Idem, p15.

(19)- Dejamos para más adelante el conflicto del yo como transacción entre las exigencias del ello y las demandas morales del superyo.

(20)- Es lo que Freud denomina “análisis silvestre” véase “Sobre el psicoanálisis silvestre”. S.F. O.C. M. Pérez (“Ciudad, individuo y psicología. Freud detective privado”) parece caer en este error y en otros muchos sobre la naturaleza de la terapia (las interpretaciones cree que se deben al “sentido común” etc).

(21)- “Introducción al psicoanálisis”. S.F, O.C, p395.

(22)- Recuérdese los textos citados al respecto de los “Estudios sobre la histeria”.

(23)- Sobre esta particular y sospechosa negación véase “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”. S.F, O.C, p181. y también la cita 19 de este apartado.

(24)- Sobre este punto puede consultarse las biografías de Ernest Jones, Peter Gay y Georg Markus y también los capítulos del presente trabajo “¿Revolución o fantasía?” y “Ruptura ideológica”.

(25)- “Introducción al psicoanálisis”. S.F, O.C, p395.

(26)- Idem, p404.

(27)- Idem, p414.

(28)- “Análisis terminable e interminable” p230 S.F. O.C.

(29)- En numerosas ocasiones Freud se refiere a que también los necios y los incultos quedan fuera de la influencia analítica. A lo cual habría que añadir o destacar con el énfasis necesario, que están obligadamente exentos las personas socialmente desfavorecidas, las que no pueden asumir un gasto prolongado y costoso como el de la terapia analítica.

(30)- Autores como Frida Fromm-Reichmann, Harry Stack Sullivan, Jan Foudraine, Enrique Pichon-Riviere, José Bleger, David Cooper o Ronald D. Laing, entre otros y desde posiciones no necesariamente coincidentes, han venido a negar este aserto.

(31)- Véase por ejemplo “Análisis de un caso de paranoia” de Ruth Mack Brunswick publicado en 1929.

(32)- Sobre este particular consúltese “Análisis terminable e interminable”. S.F, O.C, p223-5 entre otras.

(33)- Sobre Haeckel consúltese “El evolucionismo” de Giuseppe Montalenti.

(34)- “Más allá del principio del placer”. S.F, O.C, p36.

(35)- Idem, p38.

LA CULTURA

(1)- Véase a este respecto la introducción de James Strachey, p8, a “El yo y el ello”. Aunque la autoría tiene un intermediario (Georg Groddeck).

(2)- El lenguaje, como hemos afirmado sistematiza, facilita y refuerza la consciencia, pero es erróneo atribuir la consciencia al lenguaje.

Sobre el particular véase “¿Cómo explicar el rendimiento intelectual de los afásicos? ¿Existe pensamiento sin lenguaje?” de Dominique Laplane.

(3)- “El yo y el ello”. S.F, O.C, p27.

(4)- Sobre el particular véase “El yo y el ello”. S.F, O.C, p39. La exposición de esta idea, por parte de Freud, que no su realidad, es marcadamente lamarckista. Por otra parte, resultaría muy sugerente indagar la reglamentación de la conducta sexual y agresiva en muchos animales y su relación con el superyo freudiano (normatividad introyectada), que Freud sí caracteriza como específicamente humano.

(5)- “El yo y el ello”. S.F, O.C, p35.

(6)- Sobre este punto de especial interés consúltese “El malestar en la cultura”. S.F, O.C, p125-6.

(7)- “El yo y el ello”. S.F, O.C, p36

(8)- Idem, p49.

(9)- Idem, p54-55.

(10)- “El malestar en la cultura”. S.F, O.C, p85.

(11)- La concepción que posee Freud de las drogas, aún no cayendo en la animadversión mitológica del prohibicionismo, peca aún así de reductiva. Sobre el particular véase “Historia general de las drogas” de Antonio Escohotado.

(12)- “El malestar en la cultura”. S.F, O.C, p88. Idéntica definición se puede encontrar en “El porvenir de una ilusión”.

(13)- “El malestar en la cultura”. S.F, O.C, p139-40.

(14)- “El malestar en la cultura”. S.F, O.C, p140. La obra fue iniciada en 1929 y concluida en 1930, sin embargo la frase aludida es un añadido de 1931. Véase la nota a pié número 7 de J. Straechy.

(15)- “Psicología de las masas y análisis del yo”. S.F, O.C, p74-5.

- (16)- Sobre el análisis de la guerra consúltese “De guerra y muerte. Temas de actualidad”. S.F, O.C.
- (17)- Sobre el particular véase “El yo y el ello”. S.F, O.C, p54-5.
- (18)- No aludo aquí, con el término "obsesivos", únicamente a los neuróticos obsesivos, sino que lo extiendo, siguiendo la tipología de Riemann en su libro “Formas básicas de la angustia”, a un grupo más amplio delimitador de uno de los tipos esenciales del carácter. La conclusión, sin embargo, es enteramente mía.
- (19)- “Tótem y tabú”. S.F, O.C, p106-7.
- (20)- Idem, p145.
- (21)- Idem, p93.
- (22)- Freud aduce en “Moisés y la religión monoteísta”. S.F, O.C, p80, que las deidades matriarcales "nacieron en los tiempos iniciales de la limitación del matriarcado, como un resarcimiento para las madres relegadas (sic)." Aunque, en mi modesta opinión, me parece más adecuado pensar que éstas son el resultado ideológico, uno más, como acontece también en el arte, de la misma hegemonía matriarcal que la genera.
- (23)- En mi opinión no hace falta recurrir a la más que dudosa memoria colectiva (inconsciente) para explicar el fenómeno religioso, basta con el conflicto edípico y la posterior adversidad del entorno para entenderlo.
- (24)- “Moisés y la religión monoteísta”. S.F, O.C, p84.
- (25)- “Moisés y la religión monoteísta”. S.F, O.C, p90. Existen numerosas citas en el mismo significado que esta.
- (26)- “De guerra y muerte. Temas de actualidad”. S.F, O.C, p291.

¿REVOLUCIÓN O FANTASÍA?

- (1)- Atendiendo la propia terminología freudiana, los términos "cultura", "civilización" y "sociedad" son equiparables.
- (2)- "El malestar en la cultura". S.F, O.C, p138.
- (3)- Sobre este punto véase "El porvenir de una ilusión". S.F, O.C, p159.
- (4)- "El porvenir de una ilusión". S.F, O.C, p12.
- (5)- "De guerra y muerte. Temas de actualidad". S.F, O.C, p293.
- (6)- Jones, en su biografía, relata una anécdota sumamente divertida de Freud al respecto. VoII p230.
- (7)- Véase "Introducción a zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen", "Apéndice. Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra" y también la necrológica del discípulo "Victor Tausk" que se destacó, arriesgando su propia vida y reputación, por luchar contra tamañas tropelías. S.F. O.C.
- (8)- "El porvenir de una ilusión" p13. S.F. O.C.
- (9)- Véase entre otros "Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci" p78 o "Psicopatología de la vida cotidiana" p147. S.F. O.C.
- (10)- Véase "Presentación autobiográfica", "La interpretación de los sueños", entre otros, también, de una manera magistral "El hombre dominado" de Albert Memmi analiza en uno de sus capítulos la cuestión aquí tratada, para lo cual crea el término "judeidad" o condición de judío para distinguirla del judaísmo como religión. Sin duda uno de las cuestiones sociales que mejor afrontó Freud fue esta. Se manifestó a favor de los judíos en cuanto que excluidos, pero nunca defendió o justificó los atropellos a la población palestina en su nombre.
- (11)- Juaristi ha señalado a la melancolía como la base psicológica

del nacionalismo, más precisamente del nacionalismo vasco. La melancolía (Véase "Trabajos de metapsicología" S.F. O.C.), tal y como Freud la define, supone una identificación narcisista con el objeto amoroso, que tras su pérdida, merced a esa identificación previa, implica una agresividad sobre el propio yo y un desasimiento y desinterés por la realidad. Lo peculiar de la melancolía, lo que la diferencia de la tristeza, es que el objeto no es real, no se ha perdido puesto que nunca se tuvo, al menos como tal era. El análisis de Juaristi es correcto en el movimiento representado (en los términos mecanicistas de la dinámica) del sujeto hacia el objeto, esto es, en el amor del sujeto hacia la patria mitológica inexistente. Representa así un momento del amor narcisista propio del nacionalismo, pero no su totalidad ni tampoco su rasgo esencial. El elemento axial del nacionalismo, haciendo abstracción de las razones sociales y económicas, aquel con el cual se apuntala en la psique como compensación, es el amor autoerótico o narcisista, que implica, eso sí, como momento del proceso, un movimiento de amor de objeto hacia la patria, amor de objeto melancólico, puesto que el objeto es un desdoblamiento del propio yo, más precisamente, una identificación narcisista con el objeto, que obliga, momentáneamente, a la denigración del yo en beneficio del objeto idealizado.

(12)- "El malestar en la cultura". S.F, O.C, p80-1.

(13)- "Eros y civilización". Cap VII. H. Marcuse.

(14)- "Teoría social y psicoanálisis en transición" p130. Anthony Elliott.

(15)- "El malestar en la cultura". S.F, O.C, p109-10.

(16)- Idem. S.F, O.C, p139.

- (17)- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”. S.F, O.C, p163-5.
- (18)- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”. S.F, O.C, p165.
- (19)- Idem. S.F, O.C, p166.
- (20)- La similitud con la revolución francesa se halla en “El porvenir de una ilusión”. S.F, O.C, p45.
- (21)- De especial interés, a este respecto, parecen las reflexiones de Trotsky sobre el psicoanálisis realizadas en su artículo "Cultura y socialismo", recopilado en el libro “Sobre arte y cultura”.
- (22)- Véase “Libido y sociedad”. Cap Psicoanálisis y marxismo. de H. Dahmer.
- (23)- “Moisés y la religión monoteísta”. S.F, O.C, p52.
- (24)- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”. S.F, O.C, p167-8.
- (25)- Véase “Moisés y la religión monoteísta”. S.F, O.C, p53.
- (26)- “El malestar en la cultura” p140. S.F. O.C.
- (27)- Sobre la mencionada evolución de la teoría de las pulsiones, con relación a la agresividad, se puede consultar el sucinto, pero brillante prólogo de Straechy a “El malestar en la cultura”. S.F, O.C, p59-63.
- (28)- “El yo y el ello”. S.F, O.C, p42.
- (29)- Recogido del prólogo de Straechy a “El malestar en la cultura”. S.F, O.C, p63.
- (30)- Idem. S.F, O.C, p63.
- (31)- Erich Fromm, Viktor Frankl y otros autores.
- (32)- “Eros y civilización”. Epílogo, p236-7. Herbert Marcuse.
- (33)- “El porvenir de una ilusión”. S.F, O.C, p47.

RUPTURA IDEOLÓGICA

(1)- Por “medicocridad estructural” entiendo una situación, en buena medida, cerrada a un desarrollo abierto y libre para el debate científico. Bleuler, tan criticable en otras cuestiones, ya apunta esta razón para no adherirse a la internacional psicoanalítica. El movimiento psicoanalítico se organiza en torno a las ideas de Freud para defenderlas y difundirlas al exterior. Tiene pues, como los propios miembros recocerán, casi el carácter de una religión. Cabe suponer que si el psicoanálisis no hubiera sido marginado, como lo fue de facto, la organización habría descansado sobre criterios más amplios y abiertos al debate científico, pero puede que no hubiera sido así. Sobre el funcionamiento cotidiano del movimiento psicoanalítico véase “Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena”. Con carácter mucho más restringido, de 1910 a 1911, esto es, el período correspondiente al tercer volumen de las mencionadas actas, véase “Pioneers of applied analysis” de Berta Rubenstein.

(2)- Sobre este particular véase “Discussions of Sigmund Freud” de Richard Sterba, que rememora las discusiones teóricas y, en ocasiones el proceder tiránico y ácido de Freud, en especial con Reich.

(3)- La relación de Freud con Fliess está magníficamente narrada por Peter Gay en su biografía “Freud. Una vida de nuestro tiempo”. Es interesante reseñar, como recuerda Roazen (“Freud y sus discípulos”), que la familia de Freud, en especial ese cancerbero de su memoria oficial que fue su hija Anna, impidieron conocer toda la verdad de esta relación y de otros muchos asuntos al denegar la publicación de parte de la correspondencia y los papeles de

Freud. El celo censor de la hija llegó a extremos tan pueriles como el de retocar algunas de sus cartas para corregir (estaban escritas en inglés) algún error gramatical; el idealizado padre tenía que permanecer incólume de todo defecto. Freud, además, había intentado borrar su pasado destruyendo, en por lo menos tres ocasiones, parte de su correspondencia y otro tipo de papeles. En el caso de la correspondencia con Fliess hizo todo lo posible por eliminarla y si consiguió salvarse fue a su pesar. Lo que menos importa del caso Fliess es la relación homoerótica entre ambos, una pérdida así no tiene casi valor, sí interesa, en cambio, las confidencias teóricas que Freud le hacía a Fliess, entonces su único apoyo en su travesía del desierto psicoanalítica.

(4)- Freud, como ya se ha dicho, sostenía que los psicóticos no podían realizar psicoanálisis por no prestarse a la transferencia (su libido había quedado fijada en el narcisismo). Esta regla excluyente y clasista, puesto que la mayor parte de los mismos pertenecían a las clases populares, empero no fue seguida por algunos de sus seguidores, e, incluso, el propio Freud la transgredió. Ironizando sobre el particular se podría afirmar lo que dice Thomas Szasz en "El segundo pecado": "Narcisista: término psicoanalítico que se aplica a la persona que se quiere más a sí misma que a su analista; se considera manifestación de una horrenda enfermedad mental cuyo tratamiento dará buen resultado sólo si el paciente aprende a querer más al analista y menos a sí mismo".

(5)- El término parafrenia fue acuñado por Freud para designar la psicosis, aunque a veces lo restringe, sin previo aviso, únicamente a la esquizofrenia. De todas formas, conviene señalar que no prosperó su uso.

(6)- En la Alemania de Bismarck, a través de su colaborador Thomas Lohmann, se establecen los seguros de enfermedad (1883), de accidentes (1884) y de vejez e invalidez (1889).

(7)- El proceso de control social se inicia con la revolución burguesa. Los manicomios pretenden atajar la “degeneración”, aleccionando a los “normales” o “sanos”, mediante la reeducación o castigo de los locos, en su mayoría campesinos o proletarios que escapan al sacrosanto deber productivo. Sobre el particular véase “Vigilar y castigar” de M. Foucault y “Del manicomio a la salud mental” y “Locura y degeneración” de Rafael Huertas.

(8)- Aunque la interpretación no es enteramente coincidente, parte de la información relativa a la medicina ha sido obtenida de la maravillosa obra “Historia general de las drogas” de Antonio Escohotado, que a su vez está claramente influenciado por Thomas Szasz.

(9)- La estigmatización es especialmente llamativa en el caso de las drogas. Los médicos (no todos) han estigmatizado las sustancias confiriéndoles vida y autonomía propias (cosificándolas mitológicamente) y, en correlación, han infantilizado o anulado pasivamente la acción de los hombres hasta otorgarles el grado de peleles, sin ninguna opción autónoma (¡y a fe que lo han conseguido!).

(10)- No he querido incluir notas al pie sobre este punto para evitar extenderme en algo secundario, pero se podrían extraer numerosísimos ejemplos de su correspondencia. “Sigmund Freud. Carl G. Jung. Correspondencia”.

(11)- “Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico” p47. S.F. O.C.

(12)- Idem p60.

- (13)- “Vida y obra de Sigmund Freud” p296 E. Jones.
- (14)- Entre otros textos en “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” S.F. O.C.
- (15)- La condición de Profesor adjunto la obtiene Freud, tras años de marginación, a través de una paciente, que se compromete a vender al ministro del ramo, a un precio ventajoso, un cuadro muy apreciado para él. La anécdota viene recogida en “Vida y obra de Sigmund Freud” de E. Jones y también en “Freud y sus discípulos” de Paul Roazen (ambos autores discrepan en cuanto a quién era el pintor del cuadro).
- (16)- “Las resistencias contra el psicoanálisis” p231 S.F O.C.
- (17)- Idem p235.
- (18)- Recogido en los trabajos de E. Jones (“Vida y obra de Sigmund Freud”) y Peter Gay (“Freud. Una vida de nuestro tiempo”).
- (19)- Por ejemplo “Comentario sobre el antisemitismo” o “Antisemitismo en Inglaterra” S.F. O.C.
- (20)- Recogidos en “La interpretación de los sueños” S.F. O.C. p156, 207, 208, 210, 211.
- (21)- Freud publicó muy pocos historiales de sus pacientes. Aunque en sus trabajos teóricos pueda aludir a las características de los mismos (estableciendo las debidas precauciones), lo hace siempre para ilustrar alguna disquisición teórica. No obstante, en el único historial de un gentil que expone con detenimiento (le autorizó a que lo hiciera), “El hombre de los lobos”, éste manifiesta prejuicios antisemitas. También Schreber (aunque no fue paciente de Freud analizó su caso extensamente) manifiesta idénticos prejuicios.
- (22)- “Vida y obra de Sigmund Freud” de E. Jones y “Freud. Una vida de nuestro tiempo” de Peter Gay. Coinciden con su valoración,

de hecho Freud ya conminaba a K. Abraham a que adoptara una postura “masoquista”, propia de los judíos, para aguantar a Jung en bien de la causa del psicoanálisis.

(23)- Véase la obra de P. Gay o la de E. Jones o del mismo Freud en “Contribución a la Historia del Movimiento Psicoanalítico” p42. S.F. O.C.

(24)- Jung permaneció en tan “glorioso” cargo hasta 1940. De todas las fuentes consultadas únicamente Paul Roazen (“Freud y sus discípulos”) se muestra más compasivo (¿obtusos?) con su persona, ya que sin negar lo antedicho señala que Jung ayudó a los refugiados judíos en Suiza y a los propios psicoanalistas, judíos, alemanes para que pudieran continuar ejerciendo (lo que es seguro es que este último propósito, a pesar de sus nobilísimas intenciones, no lo logró).

(25)- “Freud. Una vida de nuestro tiempo” p685-8. Peter Gay.

(26)- “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoide) descrito autobiográficamente” p36. S.F O.C.

(27)- Me refiero a “Viaje al fin de la noche” de Louis Ferdinand Celine, precisamente muy influenciado por la obra de Freud.

(28)- “Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales” de Imre Lakatos o “Diálogo sobre el método” de Paul Feyerabend o “El progreso y sus problemas. Hacia una teoría del crecimiento científico” de Larry Laudan entre otros.

(29)- “Freud. El misterio del alma” p279 de Georg Markus y también en “Freud y sus discípulos” p213.

(30)- “Vida y obra de Sigmund Freud” p231 de E. Jones y “Freud. El misterio del alma” p280 de Georg Markus.

(31)- “Freud. El misterio del alma” de Georg Markus p280.

(32)- “Freud. Una vida de nuestro tiempo” de P. Gay p660.

- (33)- “La interpretación de los sueños” p177-182, 226 y 227. S.F O.C.
- (34)- “Freud. El misterio del alma” de G. Markus p287.
- (35)- “Vida y obra de Sigmund Freud” p201. E. Jones.
- (36)- Idem p203
- (37)- “Freud. Una vida de nuestro tiempo” p 484-5 y 491 entre otras muchas P. Gay.
- (38)- “Vida y obra de Sigmund Freud” p187. E. Jones.
- (39)- Como se demostró en la ruptura y antes de ésta de W. Reich, pero incluso mucho antes se advierte en las reuniones de los miércoles, en 1909, con motivo de una exposición de A. Adler sobre el particular: “Las reuniones de los miércoles” en el acta 72.
- (40)- “Vida y obra de Sigmund Freud” p253 E. Jones.
- (41)- “Freud. Una vida de nuestro tiempo” p424. P. Gay.
- (42)- “Freud y sus discípulos” p220 P. Roazen.
- (43)- “¿Por qué la guerra?” A. Einstein/S. Freud p196 S.F. O.C.
- (44)- “Psicología de las masas y análisis del yo” S.F. O.C.
- (45)- “Vida y obra de Sigmund Freud” p187. E. Jones.

NUEVAS CONTRADICCIONES SOCIALES

- (1)- “Análisis de una fobia de un niño de cinco años (El pequeño Hans)” S.F. O.C.
- (2)- “La escisión del yo en el proceso defensivo” S.F O.C.
- (3)- “El interés por el psicoanálisis”, “El esclarecimiento sexual del niño”, “Sobre las teorías sexuales infantiles”, “Análisis terminable e interminable”, “Contribuciones para un debate sobre el suicidio”, entre otros S.F. O.C.

- (4)- “El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Fürst)” p119-120 S.F. O.C.
- (5)- Idem p121-122.
- (6)- Idem p121.
- (7)- “Contribuciones para un debate sobre el suicidio” p231. S.F. O.C.
- (8)- “El esclarecimiento sexual del niño” p121. S.F. O.C.
- (9)- Entre otros en “Sobre la iniciación al tratamiento (Nuevos consejos sobre la terapia del psicoanálisis)” p134, “Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica” p163. S.F. O.C.
- (10)- “El desarrollo del instinto de saber en un niño” Vera Schmidt.
- (11)- Acta 79 del 12 de Mayo de 1909 p215 “Las reuniones de los miércoles”. Dos años antes, el 18 de Diciembre de 1907, en el Acta 34 ya se había tratado esta misma cuestión.
- (12)- “Los padres como educadores. La compulsión a educar y sus causas”. W. Reich.
- (13)- “Análisis terminable e interminable” p236. S.F. O.C.
- (14)- Acta 79 p213. “Las reuniones de los miércoles. Actas de la sociedad psicoanalítica de Viena”.
- (15)- Idem 212.
- (16)- “Apreciaciones generales sobre el ataque histérico” S.F. O.C.
- (17)- “Análisis de una fobia de un niño de cinco años (El pequeño Hans)”. S.F. O.C.
- (18)- “Contribuciones para un debate sobre el onanismo”. P261. S.F. O.C.
- (19)- “Sobre la más generalizada degeneración de la vida amorosa” p178-9. S.F. O.C.
- (20)- “El tabú de la virginidad” p189. S.F. O.C.

(21)- “Sobre la más generalizada degeneración de la vida amorosa” p179. S.F. O.C.

(22)- La homosexualidad ya fue elaborada por Freud, en una primera aproximación teórica en “Tres ensayos de una Teoría sexual” en 1905, aunque existen numerosas alusiones anteriores. En cuanto a la paranoia fue aprehendida de una manera acabada en 1910, aunque publicado en 1911, con el historial sobre Schreber (“Puntualizaciones sobre un caso de paranoia (Dementia paranoide) descrito autobiográficamente”), pero ya a partir de 1896 encontramos en la correspondencia con Fliess (“Manuscrito K” de 1896 o la “Carta 57” de 1897) y, sobre todo, en “Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa” de 1896 un acercamiento teórico considerable respecto al resultado final. Por lo tanto, el fetichismo no se puede considerar, strictu sensu, como un eslabón en la comprensión de los fenómenos de la paranoia y la homosexualidad, aunque sí sirva, pedagógicamente, para nuestros propósitos explicativos.

(23)- La publicación del detallado historial del Hombre de los lobos responde al interés teórico de Freud de desmarcarse de otras concepciones (Jung, Adler) que devalúan o ignoran el decisivo papel en la neurosis (y la “normalidad”) de la infancia. No en balde el libro se intitula “De la historia de una neurosis infantil (el <<Hombre de los lobos>>)”.

(24)- “El fetichismo” p149. S.F. O.C.

(25)- “Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad” p224 y sgts. S.F. O.C.

(26)- Patente, por ejemplo, en “Psicopatología de la vida cotidiana” p143, “El yo y el ello” p33 y sgts, “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” p146. S.F. O.C.

(27)- Sacado de "Vida y obra de Sigmund Freud" volumen 3. p228-9. E. Jones.

(28)- "Freud y sus discípulos" p173. Paul Roazen.

(29)- "Freud. Una vida de nuestro tiempo". p214. Peter Gay.

(30)- Es una lástima que P. Gay, pese a la fuerza argumentativa desarrollada en su trabajo, asuma el decimonónico tono eufemista característico del psicoanálisis en sus primeros tiempos para constatarlo. Jones en su biografía ya aludía a "el obstinado sentimiento homosexual" (Vol I p315) que Freud experimentaba hacia Fliess y como luego esta situación de intensa amistad, que arrancaba de la relación infantil con su sobrino, se repitió con Jung y otros compañeros, aunque con menor intensidad. A Fliess se debe la intuición sobre la bisexualidad originaria del ser humano.

(31)- Su petición de frialdad, análoga a la del cirujano, no fue seguida por él. Era capaz de comportarse tiránica y casi despectivamente con los enfermos (como en el caso Dora) o ser entrañable y amistoso con ellos (como con el Hombre de los lobos entre otros), llegando incluso a confraternizar, improcedentemente, en la vida privada con ellos. Era capaz de afirmar que los pacientes eran personas abominables, en función de su conducta y fantasías y, en sentido inverso, sostener que no había una división tajante entre éstos y la gente supuestamente normal. Es decir, no era enteramente racional, sus emociones y resistencias le hacían manifestarse contradictorio. Sobre el particular se puede consultar las biografías de Paul Roazen y de Peter Gay.

(32)- "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina" p144-5. S.F. O.C.

(33)- "Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad" S.F. O.C.

- (34)- Idem p218. S.F. O.C.
- (35)- “Psicopatología de la vida cotidiana” p248-9. S.F. O.C.
- (36)- “Introducción al narcisismo” p92-3. S.F. O.C. Corroborado más tarde, en 1932, en “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”, p55, en este caso ya no utiliza el término “ideal del yo” sino “superyo”.
- (37)- “<<Pegan a un niño>>. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales”. p192. S.F. O.C.
- (38)- “Sobre la sexualidad femenina” p229. S.F. O.C.
- (39)- “El humor” p157. S.F. O.C.
- (40)- “Construcciones en el análisis” p269. S.F. O.C. En dicha obra el suceso histórico-vivencial se refiere tanto a la ontogenia como a la filogenia, pero en “Moisés y la religión monoteísta” Freud ya lo circunscribe a la filogenia, rechazando como fantasía filogenética, esto es, heredada, el delirio del sujeto.
- (41)- A las ya citadas cabe añadir “El yo y el ello”, “Introducción al narcisismo”, “El delirio y los sueños en la Gradiva de Jensen”, “Construcciones en el análisis” y una breve alusión sobre el exhibicionismo en “La interpretación de los sueños” referente al historial mencionado de 1896. Aunque caben antecedentes más antiguos en la correspondencia con Fliess Vol I p267-8. S.F. O.C.
- (42)- “Sobre la sexualidad femenina” p234. S.F. O.C.
- (43)- “Análisis de un caso de paranoia” Ruth Mack Brunswick.
- (44)- “El antiedipo” p307. Gilles Deleuze/Félix Guattari.
- (45)- Idem 62-3. También en “La otra locura. - Mapa antológico de la psiquiatría alternativa.” Varios autores, entre ellos los ya citados.
- (46)- “Análisis de un caso de paranoia” Ruth Mack Brunswick. Amén de la importancia de los hermanos y otras figuras parentales o equivalentes en la socialización infantil, el historial de paranoia

femenina que recoge la autora corrobora la persecución infantil, la huella real de tal suceso, como base para el posterior delirio de persecución.

(47)- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” p55. S.F. O.C.

(48)- “Conversaciones con Enrique Pichon-Riviere sobre el arte y la cultura”

(49)- “Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad psicoanalítica de Viena”. Acta 24. p216. S. Freud.

EL GÉNERO

(1)- La emasculación del clítoris era práctica común para el “tratamiento” de la histeria en tiempos de Freud.

(2)- Para un análisis detenido y magistral sobre el particular véase “Freud. Una vida de nuestro tiempo” de Peter Gay.

(3)- “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” p162-3. S.F. O.C.

(4)- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” p106-7. También se puede recoger el mismo mensaje en “El malestar en la cultura” p103 y en “Tres ensayos de teoría sexual” p200. S.F. O.C.

(5)- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” p107. S.F. O.C.

(6)- Me atengo a la definición de conducta que ofrece José Bleger en “Psicología de la conducta”, esto es, no limitada a la acción, sino que abarcaría también el pensamiento, las fantasías...

remarcando así la vocación y la incidencia práctica de las elaboraciones psíquicas.

(7)- Particularmente penoso resulta constatar que muchos de los seguidores del psicoanálisis mantienen inalterada la interpretación de la identidad sexual según la teoría pergeñada por Freud y, en algunos casos, con un dogmatismo ideológico que ni siquiera el propio Freud llegó a manifestar (verbigracia “La homosexualidad femenina” de María Antonieta Casanueva Royo 1996, “Aportaciones analíticas al estudio de la feminidad” de José Cristino 1985 o “De lo femenino en la sexualiad” de Stella Cino). El caso de los autores lacanianos, aún negando la adscripción biológica para colegir la identidad sexual tal y como afirmó Lacan, al remitirse a una falta originaria y anterior a los procesos psicológicos, también en la envidia del pene, acaban por caer en una explicación ontologista, estructuralmente determinada e indiferente de la práctica social e histórica (“Sobre la envidia del pene” de J.M. Pereira 1990, “Reflexiones sobre la frigidez” de Graziella Baravalle 1992). La escuela reichiana, por su parte, aún admitiendo la incidencia de los factores socioculturales, es rehén de un biologicismo, si cabe, más llamativo y acusado que el freudiano y tiende a caer, por tanto, pese a su empeño político, en las mismas trampas y errores ideológicos que éste (véase “El complejo de Edipo referencial en la fase genital infantil” de Xavier Serrano 1996).

(8)- Señalado brillantemente, en su tesis doctoral, por Emilce Dio Casanova (“La construcción del significado sexual en la niña en la teoría psicoanalítica” 1996). La autora resalta la importancia decisiva del orden simbólico en la constitución de la identidad sexual, poniendo de manifiesto el carácter cultural de la sexualidad y cómo Freud, no sólo no analizó a ninguna niña, sino que asimila

el paradigma masculino para estructurar la identidad sexual femenina.

(9)- "There are several reasons to expect that Freudian psychoanalysis might have developed a concept of womb envy. Freud himself wrote three significant studies which involved the expression on the part of males for the desire to bear a child or to have womanly organs, viz. Dr Schreber (1911), the Wolfman (1918), and Little Hans (1909)". Eva Feder Kittay "Rereading Freud on femininity or why not womb envy?" (1984).

(10)- Idem y también "La envidia del parto" de Victoria Sau Sánchez (1978), que plantea, a través de constataciones antropológicas (Marco Polo, Lafargue, Fielding, Malinowski) y psicoanalíticas (K. Horney), la existencia de una envidia del parto por parte de los hombres, cayendo en el mismo error esencialista-anatómico que Freud.

(11)- "Vagina envy in men" de Harold Tarpley 1993. En este caso plantea la susodicha envidia como resultado de dificultades en la capacidad de sublimación y de la exigencia exagerada de los roles masculinos, que llevarían al sujeto a desear el rol femenino y, por ende, sus órganos.

UNA LECTURA SOCIAL DE LOS MECANISMOS DE DEFENSA DESDE EL PROPIO MARCO CONCEPTUAL FREUDIANO

(1)- "Trabajos sobre metapsicología" S.F. O.C

(2)- "Más allá del principio del placer" S.F. O.C.

(3)- "Trabajos sobre metapsicología" S.F. O.C.

(4)- Idem.

(5)- “Tres ensayos de una teoría sexual” S.F. O.C.

(6)- “Conferencias de introducción al psicoanálisis” S.F. O.C.

(7)- Idem.

(8)- “Trabajos sobre metapsicología” entre otras obras. S.F. O.C.

(9)- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”

(10)- “El yo y el ello” S.F. O.C.

(11)- Esta visión del yo, que por medio de la represión se enajena de un fragmento de la realidad, es sostenida por Freud al final de su obra o recuperada al final de la misma, ya que el concepto y la mecánica del mismo habían sido elaborados muy tempranamente (desde el método catártico). Parte de la escisión del yo en el proceso de defensa es apreciable ya en su trabajo “El fetichismo”, se trata monográficamente en “La escisión del yo en el proceso defensivo” y se vuelve a recuperar colateralmente en “Análisis terminable e interminable”. La cuestión tiene gran enjundia psicológica y epistemológica pues puede suponer una explicación alternativa a la sustentada en las tópicas. Para J. Bleger es una pieza fundamental en su teoría de la conducta.

(12)- “Conferencias de introducción al psicoanálisis” S.F. O.C.

(13)- “La interpretación de los sueños” S.F. O.C.

(14)- “Inhibición, síntoma y angustia” S.F. O.C.

(15)- “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis” S.F. O.C.

(16)- “El yo y el ello” S.F. O.C.

(17)- Específicamente en “Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis”. En “Pegan a un niño” ya señala que el núcleo de lo inconsciente anímico lo constituye la herencia arcaica del hombre y que de ella sucumbe a la represión todo lo inconciliable o

perjudicial para él. En "Análisis terminable e interminable" afirma la herencia arcaica lamarckiana de todos, no sólo de la angustia a la castración, los mecanismos de defensa.

(18)- Entre otros véase M. Harris "Nuestra especie" o J.L. Arsuaga/I. Martínez "La especie elegida".

(19)- Entre otros véase "El evolucionismo" de G. Montalenti.

(20)- Véase "Del evolucionismo de Darwin a la sociobiología" de R. Grasa.

(21)- Véase "Historia de la biología" de Denis Buican que afirma que Francia fue hegemoníicamente lamarckista hasta 1945 y aún hoy se siguen manteniendo posturas en tal sentido. (Esta nota y la anterior se la debo a la inestimable ayuda del profesor Antonio Torrejón).

(22)- Sobre la teoría degeneracionista véase "Locura y degeneración" y "Del manicomio a la salud mental. Para una historia de la psiquiatría pública" de Rafael Huertas García-Alejo. Aunque señalo que el autor no advierte el lamarckismo de Morel y tampoco el de Magnan, limitándose a constatar la influencia del evolucionismo (sin distinguir a Darwin de Lamarck).

(23)- "un mouvement de progression d'un état plus parfait vers un état moins parfait, celui-ci étant engendré par toute cause susceptible de contrarier le double mouvement naturel de l'être vers sa conservation propre et vers celle de son espèce". V. Magnan de su obra "Les dégénérés. Etata mental et syndrome épisodiques" (1895)

(24)- "El abrazo del sapo" de A. Koestler.

(25)- Véase las biografías de E. Jones y P. Gay.

(26)- "Construcciones en el análisis" p259 y "Análisis terminable e interminable" p230, entre otras. S.F. O.C.

- (27)- "El malestar en la cultura" S.F. O.C.
- (28)- "Psicología de la conducta" p165. José Bleger.
- (29)- Claramente expresado, entre otras obras, en "El malestar en la cultura" S.F. O.C.
- (30)- "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" p158. S.F. O.C.
- (31)- Idem.
- (32)- "El desarrollo del instinto de saber en un niño" V. Smidt.
- (33)- "Summerhill" A.S. Neill.
- (34)- "El malestar en la cultura" S.F. O.C.

FICCIONES

(1)- Jeffrey Masson ("El asalto a la verdad"), Marino Pérez ("Ciudad, individuo y psicología. Freud, detective privado") y Juan B. Fuentes. Entre ellos destaca Juan B. Fuentes, cuyo trabajo no se limita a ésta y la consiguiente reconstrucción de la obra de Freud, sino que rebasa tal propósito al avanzar toda una sugerente y conspicua teoría antropogenética de la psicología, más precisamente de la psicología como fenómeno específicamente antropológico de naturaleza histórica ("Introducción del concepto de <<conflicto de normas irresuelto personalmente>> como figura antropológica (específica) del campo psicológico"). El trabajo principal, de inestimable valía, ha sido completado además con un estudio tan original como riguroso que engarza la teoría evolutiva ("Condiciones biológicas de la psichistoria. La conducta biológica: ¿condición material o fundamento formal del campo antropológico?"), merced a la introducción no teleológica de la

conducta como variable determinante de la misma, con la psicología como fenómeno antropológico de naturaleza histórica. La obra de Juan B. Fuentes trasciende los límites de este trabajo y un mínimo de rigor intelectual obligaría a dedicarle monográficamente un estudio para su valoración. No obstante, seguiremos su exposición aunque únicamente como referente crítico del cambio en la teoría freudiana y de todo cuanto a éste concierna o se derive de él, aceptando que ello supone una limitación dolorosa en la límpida argumentación, similar a un teorema matemático, que describe su obra (Además del trabajo reseñado (“Introducción del concepto de <<conflicto de normas irresuelto personalmente>> como figura antropológica (específica) del campo psicológico”) podremos aludir, en virtud de su contenido, a los siguientes: “Psicologías salvíficas: El psicoanálisis como ejemplar de psicología salvífica”, “Psicohistoria: Los problemas psichistóricos y el laberinto de la psicología”, “La teoría de la cultura y de la personalidad de Freud: Reconstrucción crítica de su significado histórico-psicológico”, “Significado psichistórico del instinto de muerte de Freud”).

(2)- “La teoría de la cultura y de la personalidad de Freud: Reconstrucción crítica de su significado histórico-psicológico” de J.B. Fuentes.

(3)- La carta a Fliess de la mencionada fecha puede consultarse, cribada de toda referencia íntima y personal, en el Vol I de S.F O.C. con el número 69. También se puede leer completa en la “Edición crítica de la correspondencia de Freud establecida por orden cronológico” Tomo II p267-71 traducida por Nicolás Caparrós.

(4)- Constatable en la carta a Fliess del 25 de Mayo de 1897 p293-4 S.F. O.C. Aún no había abandonado la pretensión de una psicología neurológica, compatible con la doctrina mecanicista de la escuela de Helmholtz, que ya intentara fracasadamente en 1895 en su “Proyecto de psicología”.

(5)- Véase las tres cartas a Fliess del mes de Mayo de 1897 (2, 25 y 31 de Mayo S.F. O.C.), donde además ya se caracterizan algunos de los atributos del inconsciente (cabe criticar que desconectados de la práctica, como de suyo propios). En cuanto a la teorización de la primera tópica, ésta data ya de “Proyecto de psicología”, aunque la interpretación de la misma se atenga a una base neurológica .

(6)- Idem.

(7)- “Carta número 69” S.F. O.C.

(8)- Idem.

(9)- No nos referiremos a la atribución etiológica que Freud concedía a la herencia antes de practicar el método catártico, pues entendemos que nadie duda que entonces Freud consideraba a la misma como responsable única de la neurosis.

(10)- “Estudios sobre la histeria” p38 S.F. O.C. La afirmación de que es más común esta opción (herencia más experiencias traumáticas) que las otras es una inferencia que yo hago en función de lo afirmado por Freud en las páginas 42, 102 y 138. En esta última se dice “no hablo de una histeria que sería independiente de toda predisposición; es probable que no haya una histeria tal”. En la página 42 se sostenía que el método catártico había esclarecido las causas accidentales, pero no las debidas a la herencia. Y, por último, en la nosología de las pacientes, tanto de Anna O, como de Emmy von N, como de Miss Lucy R, se

mencionaba la existencia de un “lastre” o “herencia neuropática”, sin por ello negar la existencia de causas experienciales.

(11)- “Carta número 69” S.F. O.C.

(12)- “Tres ensayos de teoría sexual” p173. S.F.O.C.

(13)- Este mecanicismo freudiano, que como magistralmente señala Bleger es deudor de la escuela de Helmholtz, fuerza unas explicaciones reductivas que pueden dar lugar a muchos equívocos si no se considera el conjunto de los factores implicados interactiva y diacrónicamente.

(14)- “Sobre la más generalizada degeneración de la vida amorosa” p175 y sgts. S.F. O.C.

(15)- Entre otras en “Conferencias de introducción al psicoanálisis”, “Presentación autobiográfica”, “Sobre la sexualidad femenina” S.F. O.C

(16)- “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de la neurosis” p246. S.F. O.C.

(17)- Me refiero a “Sobre la sexualidad femenina” p234 S.F. O.C. escrita en 1931, pero esta posición se puede constatar desde que abandona teóricamente la teoría del trauma, cuando en realidad, lo que hace es apreciar con mucha mayor nitidez y matización el fenómeno explicado antes desde cierta simplicidad reductiva.

(18)- “Conferencias de introducción al psicoanálisis” p338. S.F. O.C.

(19)- Para analizar esta cuestión véase el magistral libro de José Bleger “Psicoanálisis y dialéctica materialista” sobre el que volveremos más adelante.

(20)- “Psicología de la conducta” de José Bleger.

(21)- “Introducción del concepto de <<conflicto de normas irresuelto personalmente>> como figura antropológica (específica) del campo psicológico” de J.B. Fuentes.

(22)- La distinción que aquí se apunta corresponde a la obra “El creador literario y el fantaseo” de 1907, publicada en 1908. Como ya señalamos anteriormente el concepto de fantasías primordiales, al que se liga indisolublemente la herencia filogenética, se establece en 1916/1917, en sus “Conferencias de introducción al psicoanálisis” S.F. O.C.

(23)- “El creador literario y el fantaseo” p130. S.F. O.C.

(24)- “Manuscrito M” p293. S.F. O.C.

(25)- Para esta cuestión véase Bleger “Psicología de la conducta” especialmente los capítulos dedicados a los campos, situación y áreas de la conducta.

(26)- “Conferencias de introducción al psicoanálisis” p338. S.F. O.C.

(27)- “Introducción del concepto de <<conflicto de normas irresuelto personalmente>> como figura antropológica (específica) del campo psicológico”.

(28)- “Psicología de las masas” y “El porvenir de una ilusión” respectivamente. S.F. O.C.

(29)- Me refiero a las fantasías descritas en mi capítulo “Nuevas contradicciones sociales”.

MITOLOGÍA DE LAS PULSIONES

(1)- “El yo y el ello”, “El malestar en la cultura” S.F. O.C.

(2)- “Tres ensayos de una teoría sexual” p153. S.F. O.C.

(3)- “Trabajos sobre metapsicología” p117. S.F. O.C.

(4)- La traducción de la prestigiosa “Standard Edition” (“The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud”) realizada por James Strachey o la castellana realizada por

López-Ballesteros (“Obras completas”) así lo traducen. Freud no emplea el término “instinto” (Instinkt) salvo para referirse a los animales, pero hay algunas excepciones que conviene recordar. La primera data de 1897 (Carta 71) y alude a la negativa (instintiva) de Hamlet a engendrar niños con Ofelia. La reproducción, en contra de otras manifestaciones posteriores, se concibe aquí como instintiva y natural, siendo verosímil interpretar que el Complejo de Edipo (de Hamlet) opere como una manifestación regresiva y, por ende, antiadaptativa (para la especie). Las otras dos ocasiones en las que Freud utiliza el concepto de instinto para referirse a los hombres confirman nuestra tesis de que la influencia evolutiva lamarckista en el psicoanálisis y su consecuente desvinculación práctica se producen a raíz de la especulación avanzada en “Totem y tabú”. Así, en el historial del Hombre de los lobos (“De la historia de una neurosis infantil” p109) y en “Moisés y la religión monoteísta” p128, aunque en el primer caso haya contemplado un suceso real (el coito de los progenitores), equipara tal contemplación efectiva con la fantasía primordial heredada filogenéticamente del sedicente acontecer del protopadre de la horda primigenia, y comenta que la conducta infantil, por tal motivo, se asemeja al obrar instintivo de los animales.

Mi directora, Virginia López Dominguez, me hace saber que el término *Trieb* es empleado en la antropología, por primera vez, en el ámbito del idealismo alemán, donde se desarrolla la idea de *conatus* de Spinoza. Fichte es el primero que lo recoge en su “Fundamentación de toda doctrina de la ciencia” (1794-5, cfr. Parte Teórica y Parte Práctica, *passim*) como un mediador entre la pura subjetividad (Yo) y el mundo (el No-yo), siendo el impulso el auténtico constitutivo del hombre. A raíz de la lectura de esta obra,

el término pasa a F. Schiller y a sus “Cartas sobre la educación estética del hombre” (1795), donde expone la tesis de que hay un *Trieb* estético que sirve para sintetizar el impulso material (la sensibilidad) y el impulso formal (la razón), tesis que a su vez utilizará Marcuse al final de “Eros y civilización” para su propuesta de un pansensualismo estético como solución al conflicto propio de las sociedades altamente industrializadas. La noción de *Trieb* sólo puede ser utilizada cuando se pasa de una valoración negativa del cuerpo y la sensibilidad a una visión más positiva y esto es lo que ocurre en Fichte, a pesar de ser un kantiano, en concreto en los párrafos V y VI de la “Fundamentación del derecho natural”, un texto en el que se puede apreciar que Fichte ha leído y conoce bien a Herder, primero que defiende en Alemania una continuidad entre naturaleza y espíritu y que puede considerarse como uno de los principales antecedentes del evolucionismo (Cfr. “Ideas para la filosofía de la historia universal”. 1784 ss). Herder pertenece al movimiento del *Sturm und Drang* y, al igual que los demás *Stürmer*, reivindica el sentimiento (como no opuesto a la razón) y la necesidad de una vuelta de la civilización a la naturaleza.

(5)- “Marcuse and the freudian model: energy, information and phantasie” Anthony Wilden.

(6)- “Teoría social y psicoanálisis en transición” p67-8. Anthony Elliott.

(7)- “Presentación autobiográfica” p53. S.F. O.C.

(8)- En cuanto al dualismo de Freud, mi directora me comunica que Freud también en este caso parece sujeto a la influencia del idealismo alemán. Originariamente procede de Kant y la ilustración, siendo la dialéctica una forma de superar la escisión diádica. El

movimiento de la *Filosofía de la naturaleza*, que nace en Alemania casi al mismo tiempo que el idealismo (Schelling pertenece a los dos movimientos), maneja constantemente la idea de que hay dos fuerzas básicas en la naturaleza que son de signo contrario: una fuerza de atracción y otra de repulsión que subsisten en un juego de equilibrios que da lugar a los distintos estratos naturales (mundo inorgánico, orgánico...), a las distintas especies y a los diferentes individuos. Messmer, pertenece a este movimiento.

(9)- Me refiero especialmente a Simmel, Ferenczi y Tausk.

(10)- “Apéndice: Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra” p211. S.F. O.C.

(11)- “Psicología de la conducta” José Bleger.

(12)- Véase “Freud. Una vida de nuestro tiempo” de P. Gay. Jones fue siempre contrario a la misma como se puede apreciar en muchos de los pasajes de su biografía, v.g p51 Vol II (“Vida y obra de Sigmund Freud”).

(13)- “Freud. Una vida de nuestro tiempo” p452. P. Gay.

(14)- Capítulo: “¿Revolución o fantasía?”.

(15)- Carta del 27 de Mayo de 1937 a M. Bonaparte.

(16)- “Psicoanálisis y dialéctica materialista” José Bleger.

(17)- Los hiatos argumentales a los que nos referimos derivan del desconocimiento de las leyes de la herencia o genética y de la temporalidad del proceso evolutivo con relación a las mismas. Concretamente, Darwin aplicaba el concepto de variabilidad, restringido a los individuos, para designar las diferencias genéticas o mutaciones a través de las cuales se operaba la selección natural. El hecho de referirse a individuos aislados, que no a grupos de ellos como la moderna teoría sintética acepta en concordancia con los estudios de genética de grupos, suponía una seria dificultad

adaptativa para transmitir las características hereditarias. La reproducción de individuos con variabilidad adaptativa con el resto, dado el desconocimiento de la genética de entonces, supondría la pérdida de tales características adaptativas tal y como objetó Fleeming Jenkin. Además, Darwin basaba la selección natural sobre una variabilidad, que haciendo honor a su nombre, consistía en la acentuación de ligeras diferencias o cambios pequeños, que en un decurso evolutivo sumamente extenso (algo más de un billón de años) daría lugar, por acumulación sucesiva, a la evolución de las especies. Sin embargo, la datación de la Tierra realizada por Kelvin, según la temperatura interior de la misma, fue cifrada en sólo cuatrocientos millones de años. Tal medición era correcta históricamente, esto es, teniendo en cuenta los datos de su tiempo, concretamente el desconocimiento de la radioactividad, mediante la cual hoy sabemos que es muy superior, alrededor de cinco mil millones de años. Ante tales contradicciones a su teoría, Darwin abandonó la idea de la selección natural abrazando la pangénesis, nombre con el que designó la transmisión hereditaria de los órganos y características adquiridas mediante la autosecreción celular de las mismas. Esto es, abrazó el lamarckismo para eludir tales aporías; sobrevivían los más aptos, aunque no por selección natural, no azarosamente, sino teleológicamente. En “El origen del hombre” ya son constatables tales supuestos auxiliares para eludir las dificultades apuntadas.

(18)- Freud acepta su ley de la repetición filogenética en el desarrollo del embrión u ontogénesis (Haeckel).

(19)- Tenemos constancia de que Freud conocía la obra de Magnan. En “Tres ensayos de una teoría sexual”, página 126, critica, por laxo, su concepto de degeneración. La crítica al

degeneracionismo no implica que no estuviera influido por tal corriente, específicamente por la voluntad de ambas teorías (la degeneracionista y la analítica) de fundamentarse en la biología y engarzar con la teoría evolutiva. Señalamos además que Charcot fue el editor de la obra de Magnan.

(20)- “El abrazo del sapo” A. Koestler.

(21)- “Totem y tabú” S.F. O.C.

(22)- “Conferencias de introducción al psicoanálisis” (Parte III) S.F. O.C.

(23)- “Análisis terminable e interminable” S.F. O.C.

(24)- “Construcciones en el análisis” y “Moisés y la religión monoteísta” S.F. O.C.

(25)- “Moisés y la religión monoteísta” S.F. O.C.

(26)- Idem.

(27)- La idea de que el núcleo de lo inconsciente lo constituye la herencia arcaica de la humanidad y que todo lo que dificulta la adaptación actual debe, en consecuencia, ser reprimido ya se encuentra en “Pegan a un niño” y en un párrafo añadido en 1919 a “La interpretación de los sueños”, cuando señala que la regresión del sueño no es sólo ontogenética sino también filogenética y que la infancia ontogenética repite la infancia filogenética. La especificación del legado de este núcleo del inconsciente por pueblos o etnias se sostiene, entre otras obras, en “Moisés y la religión monoteísta”. S.F. O.C.

(28)- “Discussions of Sigmund Freud” p182. Richard Sterba. La cita viene a negar la atribución a Freud de una concepción unívocamente cultural de la familia y el incesto, en contra de lo afirmado por F. De Waal (“Bases genéticas y ambientales de la conducta”). Freud, substancializa la familia y el complejo de Edipo

como resultado adaptativo, filogenético, de nuestra especie. La familia, de esta suerte, es una producción natural, no histórica.

(29)- “¿Por qué la guerra? Carta de Freud a Einstein” p195. S.F. O.C.

(30)- “El malestar en la cultura” S.F. O.C.

(31)- “Psicología de la conducta” p164-5 J. Bleger.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

Obras

Existen numerosas traducciones al castellano de las obras de Sigmund Freud. Entre ellas, destaca la realizada por Luis López-Ballesteros, la primera en castellano y también la primera que se hizo en lengua no alemana de las obras completas. A López-Ballesteros debemos la propagación de las ideas del psicoanálisis en los países de lengua española, pero su meritorio esfuerzo, con el tiempo, acusó sus limitaciones. Hoy en día, la opinión unánime entre los estudiosos de Freud, es que dicha traducción, pese a su gran mérito, no alcanza el rigor y la exhaustividad de la de Etcheverry.

No me propongo aquí repasar el resto de las traducciones una a una valorando sus ventajas y sus inconvenientes, baste con afirmar que de todas ellas he elegido la que José L. Etcheverry realiza en la Editorial Amorrortu, Buenos Aires, en la edición de Marzo de 1989. Y ello por los siguientes motivos que expongo ordenadamente partiendo de los más importantes:

1- Que es la más rigurosa de todas las traducciones en castellano, no omitiendo ni alterando términos y frases de vital importancia.

2- Que además de ser una traducción competente del alemán, centrada en la edición **Gesammelte Werke chronologisch geordnet** y cotejada con la anterior edición **Gesammelte Schriften**, sigue y coteja además la traducción y el ordenamiento en inglés de la Standard Edition realizada por el prestigioso, riguroso y más

sobresaliente conocedor de la obra de Freud, James Straechy.

3- Que al seguir y cotejar el material de Standard Edition, aunque la traducción sea del alemán original, recoge todas las notas, aclaraciones y especificaciones de Straechy, así como los añadidos y correcciones de Freud a sus obras convenientemente señalados. También, en consonancia de su fidelidad a la Estandard Edition, traduce obras no publicadas, manuscritos, correspondencia y reseñas que no aparecen en ninguna traducción y son de un valor capital (en especial su correspondencia con W. Fliess). Y también traduce los índices temáticos y las bibliografías de la Estandard Edition, material impagable para el estudioso de la obra psicoanalítica, fruto de la meticulosa dedicación de Straechy.

4- Que la introducción de cada uno de los conceptos del lenguaje psicoanalítico es recogida en alemán original entre corchetes, posibilitando su comprobación así como su debida contextualización.

5- Finalmente, en este apresurado resumen de causas, y no como la más importante, la traducción de Etcheverry pretende ajustarse en lo posible a la literalidad. Este tipo de traducción que muy posiblemente sería contraproducente en literatura, se torna en clara y necesaria ventaja en una obra como la de Freud y en un trabajo que aspire a un mínimo de rigor.

Seguidamente expongo la lista de textos consultados, aunque alguno de ellos no aparezca en las notas a pie de página de mi trabajo, de las mencionadas obras completas de la editorial Amorrortu, Buenos Aires, traducidas del alemán por José L. Etcheverry, en la edición de 1989. En la enumeración omito las reseñas, comentarios y otros escritos que por su especial brevedad y ausencia de importancia documental pueden no ser citados en esta relación, así como los valiosos prólogos y comentarios de Straechy. El orden de exposición

se atiene al recogido en la mencionada edición, coincidente, en general, con su cronología:

- "Informe sobre mis estudios en París y Berlín." (1886)
- "Prólogo a la traducción de J. M. Charcot, *Leçons sur les maladies du système nerveux*. (1886)
- "Prólogo y notas de la traducción de J.M. Charcot, *Leçons du mardi de la Salpêtrière*". (1887-8)
- "Histeria." (1888)
- "Prólogo a la traducción de H. Bernheim, *De la suggestion*". (1888)
- "Reseña de August Forel, *Der Hypnotismus*." (1889)
- **Hipnosis.** (1891)
- "Un caso de curación por hipnosis." (1892-3)
- **Manuscritos y "Cartas"** de su correspondencia con Fliess.
Manuscritos: A, B, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M y N. "Cartas: 14, 18, 21, 22, , 46, 50, 52, 55, 56, 57, 59, 60, 61, 64, 66, 67, 69, 70, 71, 72, 73, 75, 79, 84, 97, 101, 102, 105 y 125. (1892-9)
- **Proyecto de psicología.** (1895)
- **Estudios sobre la histeria.** (Freud y Breuer) (1893-5)
- **Charcot.** (1893)
- **Sobre el mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos.** (1893)
- **Las neuropsicosis de defensa.** (1894)
- **Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología.** (1895)
- **La herencia y la etiología de las neurosis.** (1896)
- **Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa.** (1896)
- **La etiología de la histeria.** (1896)
- **La sexualidad en la etiología de las neurosis.** (1898)
- **Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria.** (1898)

- **Sobre los recuerdos encubridores.** (1899)
- **La interpretación de los sueños.** (1900)
- **Sobre el sueño.** (1901)
- **Psicopatología de la vida cotidiana.** (1901)
- **Fragmento de análisis de un caso de histeria.** (1905)
- **Tres ensayos de teoría sexual.** (1905)
- **"El método psicoanalítico de Freud".** (1904)
- **Sobre psicoterapia.** (1905)
- **Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis.** (1906)
- **"Personajes psicopáticos en el escenario."** (1905-6)
- **El chiste y su relación con lo inconsciente.** (1905)
- **El delirio y los sueños en la <<Gradiva>> de Jensen.** (1907)
- **"La indagatoria forense y el psicoanálisis".** (1906)
- **"Acciones obsesivas y prácticas religiosas".** (1907)
- **"El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Fürst)".** (1907)
- **"El creador literario y el fantaseo".** (1908)
- **"Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad."** (1908)
- **"Carácter y erotismo anal."** (1908)
- **La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna.** (1908)
- **Sobre las teorías sexuales infantiles.** (1908)
- **"Apreciaciones generales sobre el ataque histérico."** (1909)
- **"La novela familiar de los neuróticos."** (1909)
- **Análisis de la fobia de un niño de cinco años.** (1909)
- **"Apéndice al análisis del pequeño Hans."** (1922)
- **A propósito de un caso de neurosis obsesiva.** (1909)
- **Cinco conferencias sobre psicoanálisis.** (1910)
- **Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci.** (1910)

- **Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica.** (1910)
- **"Sobre el sentido antitético de las palabras primitivas."** (1910)
- **Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre.**
(Contribuciones a la psicología del amor I). (1910)
- **Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa.**
(Contribuciones a la psicología del amor II). (1912)
- **El tabú de la virginidad.** (Contribuciones a la psicología del amor III). (1918)
- **"La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis."**
(1910)
- **"Sobre el psicoanálisis <<silvestre>>".** (1910)
- **"Contribución a un debate sobre el suicidio."** (1910)
- **"Ejemplos de cómo los neuróticos delatan sus fantasías patógenas."**
(1910)
- **Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia**
(Dementia paranoides) descrito autobiográficamente. (1911)
- **"El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis."**
(1911)
- **"Sobre la dinámica de la transferencia".** (1912)
- **Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico.** (1912)
- **Sobre la iniciación del tratamiento.** (1912)
- **Recordar, repetir y reelaborar.** (1914)
- **Puntualizaciones sobre el amor de transferencia.** (1915)
- **"Sueños en el folklore (Freud y Oppenheim)"** (1958 [1911])
- **"Sobre psicoanálisis."** (1913)
- **Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico.**
(1911)
- **Sobre los tipos de contracción de la neurosis.** (1912)
- **Contribuciones para un debate sobre el onanismo.** (1912)

- "Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis." (1912)
- "Un sueño como pieza probatoria". (1913)
- "Materiales del cuento tradicional en los sueños". ((1913)
- "El motivo de la elección del cofre." (1913)
- "Dos mentiras infantiles". (1913)
- **La predisposición a la neurosis obsesiva.** (1913)
- **Tótem y tabú.** (1913)
- **El interés por el psicoanálisis.** (1913)
- "Experiencias y ejemplos extraídos de la práctica analítica". (1913)
- **El Moisés de Miguel Angel.** (1914)
- "Sobre la psicología del colegial". (1914)
- **Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico.** (1914)
- **Introducción al narcisismo.** (1914)
- **Trabajos sobre metapsicología.** (1915)
- "Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños." ((1917)
- **Duelo y melancolía.** (1917)
- **Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica.**
(1915)
- **De guerra y muerte. Temas de actualidad.** (1915)
- "La transitoriedad." (1916)
- **Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo
psicoanalítico.** (1916)
- **Conferencias de introducción al psicoanálisis.** (1916-7)
- **De la historia de una neurosis infantil. (El hombre de los lobos)**
(1918)
- "Sobre la transposición de la pulsión, en particular del erotismo
anal." (1917)
- "Una dificultad del psicoanálisis." (1917)
- "Un recuerdo de infancia en *Poesía y verdad*" (1917)

- "Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica." (1919)
- "¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?" (1919)
- **<<Pegan a un niño>>. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales.** (1919)
- "Introducción a *Zur Psychoanalyse der Kriegsneurosen*" (1919)
- "Apéndice. Informe sobre la electroterapia de los neuróticos de guerra". (1955 [1920])
- **Lo ominoso.** (1919)
- "Victor Tausk". (1919)
- **Más allá del principio del placer.** (1920)
- **Psicología de las masas y análisis del yo.** (1921)
- **Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina.** (1920)
- **Psicoanálisis y telepatía.** (1941 [1921])
- "Sueño y telepatía". (1922)
- **Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad.** (1922)
- Dos artículos de enciclopedia: **<<Psicoanálisis>>** y **<<Teoría de la libido>>**". (1923)
- "Para la prehistoria de la técnica analítica". (1920)
- "La cabeza de Medusa". (1940 [1922])
- **El yo y el ello.** (1923)
- **Una neurosis demoníaca en el siglo XVII.** (1923)
- **Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños.** (1923)
- **Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto.** (1925)
- "La organización genital infantil. (Una interpolación general en la teoría de la sexualidad". (1923)

- **Neurosis y psicosis.** (1924)
- **El problema económico del masoquismo.** (1924)
- **El sepultamiento del complejo de Edipo.** (1924)
- "La pérdida de realidad en neurosis y psicosis." (1924)
- **Breve informe sobre psicoanálisis.** (1924)
- "Las resistencias contra el psicoanálisis." (1925)
- "Apéndice. Un fragmento de *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer". ((1925)
- "Nota sobre la <<pizarra mágica>>". (1925)
- "La negación." (1925)
- **Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos.** (1925)
- "Josef Popper-Lynkeus y la teoría del sueño". (1923)
- "Josef Breuer". (1925)
- "Mensaje en la inauguración de la Universidad Hebrea". (1925)
- **Presentación autobiográfica.** (1925)
- **Inhibición, síntoma y angustia.** (1926)
- **¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial.** (1926)
- "Apéndice. El doctor Reik y el problema del curanderismo". (Carta a *Neue Freie Presse*). (1926)
- **Psicoanálisis.** (1926)
- "Alocución ante los miembros de la Sociedad B'nai B'rith". (1941 [1926])
- **El porvenir de una ilusión.** (1927)
- **El malestar en la cultura.** (1930)
- "Fetichismo." (1927)
- "El humor." (1927)
- "Una vivencia religiosa." (1928)

- **Dostoievski y el parricidio.** (1928)
- "Carta a M. Leroy sobre un sueño de Descartes." (1929)
- "Premio Goethe". (1930)
- **Tipos libidinales.** (1931)
- **Sobre la sexualidad femenina.** (1931)
- **Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis.** (1933)
- "Sobre la conquista del fuego." (1932)
- **¿Por qué la guerra?** (Einstein y Freud) (1933)
- **Moisés y la religión monoteísta.** (1939)
- **Esquema del psicoanálisis.** (1938)
- **Análisis terminable e interminable.** (1937)
- **Construcciones en el análisis.** (1937)
- **La escisión del yo en el proceso defensivo.** (1940 [1938])
- "Algunas lecciones elementales sobre psicoanálisis". (1940 [1938])
- "Comentario sobre el antisemitismo." (1938)
- "Antisemitismo en Inglaterra." (1938)

Otras fuentes

- FREUD. Sigmund/ CIA. **Las reuniones de los miércoles. Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena.** (Compiladores: Herman Nunberg y Ernst Federn) Buenos Aires, Nueva Visión, 1979.
- FREUD. Sigmund/CIA. **Edición crítica de la correspondencia de Freud establecida por orden cronológico.** (Compilador y traductor: Nicolás Caparrós Sánchez)
Madrid, Quipú Ediciones, 1995.
- FREUD. Sigmund/Zweig. Arnold. **Correspondencia.**

Barcelona, Gedisa, 1979.

- FREUD. Sigmund/JUNG. Carl. **Correspondencia.**
Madrid, Taurus, (1974) 1978.

DICCIONARIOS

- DOUCET. Friedrich. **Diccionario del psicoanálisis clásico.**
Barcelona, Nueva Colección Labor, 1975.
- SILLAMY. Norbert. **Diccionario de la psicología.**
Barcelona, Plaza y Janés, (1963) 1973.

BIOGRAFÍAS

- JONES. Ernest. **Vida y obra de Sigmund Freud.**
Barcelona, Anagrama, (1957) 1981.
- GAY. Peter. **Freud. Una vida de nuestro tiempo.**
Barcelona, Paidós, (1988) 1990.
- MARKUS. Georg. **Freud. El misterio del alma.**
Madrid, Espasa-Calpe, (1989) 1990.
- ROAZEN. Paul. **Freud y sus discípulos.**
Madrid, Alianza Universidad (1971) 1978.

MANUALES DE PSICOLOGÍA O DIAGNÓSTICO

- BORING. Edwin. G. **Historia de la psicología experimental.**

México, Editorial Trillas (1950) 1983.

- GARCÍA. L. G MOYA. J. y RODRÍGUEZ. D.S. **Historia de la psicología. Teorías y sistemas psicológicos contemporáneos.**

Madrid, Siglo XXI 1999.

- LEAHEY. Thomas. **Historia de la psicología.** Madrid, Debate, 1990.
- VARIOS. **DSM- IV.** Barcelona, Masson, (1994) 1995

ESTUDIOS

En este apartado se enumeran únicamente las obras previamente citadas en el texto o aquellas aludidas en las notas o a través de comentarios indirectos.

- ADLER. Alfred. **Comprender la vida.** Paidós, (1933) 1999.

- ADORNO. T.W. y DIRKS. W/CIA. **Freud en la actualidad.**

Barcelona, Barrall (1957) 1971.

- ALTHUSSER. Louis. **Freud y Lacan.** Barcelona, Anagrama, (1964).

- ARSUAGA. Juan Luis/MARTÍNEZ. Ignacio. **La especie elegida**

Madrid, Temas de Hoy, 1998.

- BARAVALLE. Graziella. "Reflexiones sobre la frigidez". Rev:

Apertura. Cuadernos de Psicoanálisis nº7, 1992.

- BAUDELAIRE. Charles. **Los paraísos artificiales.** Bolsillo 1994.

- BECKETT. Samuel. **Malone muere.** Madrid, Alianza, 1982.

Molloy. Madrid, Alianza, 1986.

El innombrable. Madrid, Alianza, 1983.

- BETTELHEIM. Bruno. **Educación y vida moderna.**

Barcelona, Grijalbo, (1979) 1989

- BLEGER. José. **Psicoanálisis y dialéctica materialista.**
Buenos Aires, Paidós (1958) 1963
Psicología de la conducta
Buenos Aires, Paidós (1963) 1973
Simbiosis y ambigüedad.
Buenos Aires, Paidós (1967) 1997
La institución y las instituciones
Buenos Aires, Paidós, (1987) 1998
- BRUNSWICK. Ruth.M. "Análisis de un caso de paranoia" Rev:
Clínica y análisis grupal. (1929) 1999.
- BUICAN. Denis. **Historia de la biología.** Madrid, Acento, 1995.
- CARUSO. Igor. **Psicoanálisis dialéctico.**
Buenos Aires, Paidós, (1962) 1964.
**Psicoanálisis y sociedad. De la crítica de la
ideología a la autocrítica.** (1969) 1975 Anagrama.
El yo y la civilización. (1968) 1975 Anagrama.
- CASANOVA. Emilce. D. **La construcción del significado sexual
en la niña en la teoría psicoanalítica.** Madrid, Universidad
Autónoma, Departamento de Psiquiatría. Tesis Doctoral presentada
en 1996.
- CASANUEVA ROYO. M.A. "La homosexualidad femenina"
Revista Psicoanálisis nº24, 1996.
- CASTILLA DEL PINO. C. **Psicoanálisis y marxismo.**
Madrid, Alianza, (1969) 1971.
Sexualidad y represión.
Madrid, Ayuso, 1971.
- CELINE. Louis.F. **Viaje al fin de la noche.** Barcelona, Edhasa, 1984.

- CINO. Stella. "De lo femenino en la sexualidad", n°14, 1986.
- CRISTINO. José. "Aportaciones analíticas al estudio de la feminidad"
Rev: Folia neuropsiquiátrica del sur y este de España, n°20, 1985.
- COOPER. David. **El lenguaje de la locura.**
Barcelona, Ariel, (1978) 1979.
La gramática de la vida.
Barcelona, Ariel, (1974) 1978.
- DAHMER. Helmut. **Libido y sociedad.**
Barcelona, Siglo XXI, (1973) 1983.
- DARWIN. C. **El origen del hombre.** Buenos aires, Tor, 1958.
- DELEUZE. Gilles/GUATTARI. Félix. **El antiedipo.**
Barcelona, Paidós, (1972) 1985.
La otra locura. Mapa antológico de la psiquiatría alternativa.
Barcelona, Tusquets, 1975.
- ECO. U, GOLDMANN. L y CIA. **Sociología contra psicoanálisis.**
Barcelona, Planeta, 1986.
- ELLIOTT. Anthony. **Teoría social y psicoanálisis en transición.**
Buenos Aires, Amorrortu, (1992) 1995.
Sujetos a nuestro propio y múltiple ser.
Buenos Aires, Amorrortu, (1996) 1997.
- EMPÉDOCLES. **Los filósofos presocráticos.**
Madrid, Gredos, 1994.
- ENGELS. Friedrich. **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado.** Madrid, Sarpe, 1983.
- ERICKSON. Milton. **El hombre de Febrero. Apertura hacia la conciencia de sí y la identidad en hipnoterapia.**
Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- ERIKSON. Erik. **Infancia y sociedad.** Buenos Aires, Hormé, 1970.
- ESCOHOTADO. Antonio. **Historia general de las drogas.**

Fenomenología de las drogas.

Madrid, Espasa Calpe, 1998.

- FEDER KITTAY. Eva. "Rereading Freud on <<femininity>> or why womb envy?". Rev: Women's studies int forum N7, 1984.
- FEYERABEND. Paul. **Diálogo sobre el método**. Cátedra 1990.
- FISHMAN. J./SMALL. M. "La sexualidad de los bononos".

Rev: Muy Especial Marzo 1997.

- FOUCAULT. Michel. **El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica**. Madrid, Siglo XXI, (1966) 1999.
- Vigilar y castigar**. Madrid, Siglo XXI, (1975) 1994.
- Nietzsche, Freud y Marx**.
Barcelona, Anagrama, (1965) 1981.

- FOU德拉INE. Jan. **Un psiquiatra en busca de su profesión**.

Barcelona, Península, (1971) 1975.

- FRANKL. Viktor. E. **Ante el vacío existencial**.

Barcelona, Herder, (1977) 1987.

- FRIED. Erich. **Cien poemas apátridas**. Madrid, Anagrama, 1978.

- FROMM. Erich. **El arte de amar**. Barcelona, Paidós, 1989.

- FUENTES. Juan.B. **Introducción al concepto de <<conflicto de normas irresuelto personalmente>> como figura antropológica (específica) del campo psicológico**. Psicothema, 1994.

"Introducción al psiquismo específicamente antropológico como desarrollo psichistórico de relaciones interindividuales de sugestión" Revista: Historia de la Psicología, Vol 18, 1997.

"A propósito de Mesmer y la hipnosis: la distinción entre ceremonias abiertas y ceremonias cerradas". Historia de la Psicología, Vol 19, 1998.

"La teoría de la cultura y de la personalidad de Freud:

Reconstrucción crítica de su significado histórico-psicológico”.
Historia de la Psicología, Vol 20, 1999.

“Significado psicohistórico del instinto de muerte en Freud”.
Historia de la Psicología, Vol 21, 2000.

“Psicohistoria: Los problemas psicohistóricos y el laberinto de la psicología”.

Diccionario Crítico de Ciencias Sociales, Madrid, Ed Trotta, 2000.

“Psicologías salvíficas. El psicoanálisis como ejemplar de psicología salvífica”. (Ejemplar mecanografiado).

“Condiciones biológicas de la psicohistoria. La conducta biológica: ¿condición material o fundamento formal del campo antropológico?”. (Ejemplar mecanografiado).

(Los artículos de 1997, 1998, 1999 y el primero reseñado del 2000 están escritos por el autor (J. B. Fuentes) en colaboración con E. Quiroga).

- GIDDENS. Anthony. **La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración.** Buenos aires, Amorrortu, (1984) 1998.
- GRASA. Rafael. **Del evolucionismo de Darwin a la sociobiología.**
Madrid, Cincel, 1986
- GRINDER. J. y BANDLER. R. **Hipnosis con programación neurolingüística.** Madrid, Gaia, 1993.
- GUGGENBHÜL. Adolf. **Poder y destructividad en psicoterapia.**
Caracas, Monte Avila, 1974.
- HABERMAS. Jürgen. **Conocimiento e interés.** Madrid, Taurus, 1992.
- HARRIS. Marvin. **Nuestra especie.** Madrid, Alianza, (1989) 1995.
- HORKHEIMER. Max. **Psicología política.** Barcelona, Barral, 1971.
- HORNEY. Karem. “Psicología femenina”. Rev: Psicodeia nº67, 1982.
- HUERTAS. Rafael. **Locura y degeneración.**
Madrid, Consejo Investigaciones Científicas, 1987.

Del manicomio a la salud mental. Para una historia de la psiquiatría pública.

Fondo de Investigaciones Sanitarias de la Seguridad Social, 1992

- JUNG. Carl.J. **Las relaciones entre el yo y el inconsciente.**
Barcelona, Paidós, (1934) 1997.
Arquetipos e inconsciente colectivo.
Barcelona, Paidós, (1934) 1997.
Psicología y educación. 1993
- JUARISTI. Jon. **El bucle melancólico.** Madrid, Espasa Calpe, 1997.
- KLEIN. Melanie. **El desarrollo de un niño.** (1921)
Inhibiciones y dificultades en la pubertad. (1922)
Análisis infantil. (1923)
Amor, culpa y reparación. (1937)
El duelo y su relación con los estados maníaco-depresivos. (1940)

Todas ellas en Obras Completas, Buenos Aires, Paidós, 1994.
- KOESTLER. Arthur. **El abrazo del sapo.** Barcelona, Ayma 1973.
- LACAN. Jacques. **El objeto del psicoanálisis.** Anagrama, (1964).
Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.
Buenos Aires, Paidós, 1987.
Reseñas de enseñanza. Buenos Aires, Manantial, 1988.
- LAING. Ronald. D. **Esquizofrenia y presión social.**
Barcelona, Tusquets, (1972) 1981.
La política de la experiencia.
Barcelona, Crítica, (1967) 1977
- LAKATOS. Imre. **Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales.** Madrid, Tecnos 1982.
- LAPLANE. Dominique. "¿Cómo explicar el rendimiento intelectual de los afásicos? ¿Existe pensamiento sin lenguaje?" Rev: Mundo

Científico nº208, Enero 2000.

- LAUDAN. Larry. **El progreso y sus problemas. Hacia una teoría del crecimiento científico.** Madrid,. Encuentro, (1977) 1986.
- LENIN. Vladimir. **Obras escogidas.** Moscú, Progreso, 1977.
- MAKARENKO. M.A. **El poema pedagógico.** Barcelona, Planeta, 1990.
Banderas en las torres.
México, Ediciones Cultura Popular, 1979.
- MALSON. L. **Los niños selváticos.** Madrid, Alianza, 1973.
- MARX. K/ENGELS. F. **El manifiesto comunista.**
Moscú, Progreso, 1982.
Tesis sobre Feuerbach. Barcelona, Grijalbo, 1974.
- MARCUSE. Herbert. **Eros y civilización.** Madrid,
Sarpe, (1953) 1983.
"La doctrina de los instintos y la libertad".
"La idea de progreso a la luz del psicoanálisis".
Barcelona, Barral (1957) 1971 (incluidos en **Freud en la actualidad**).
La sociedad carnívora. Buenos Aires, Galerna (1967) 1969
- MASSON. Jeffrey. **El asalto a la verdad.** Barcelona, Seix Barral, 1985.
- MEMMI. Albert. **El hombre dominado.** Madrid, Edicusa, (1968) 1972.
- MOCCIO. F. PAVLOVSKY. E. y BOUQUET. C. **Psicodrama.**
Madrid, Fundamentos (1979) 1981.
- MONTALENTI. Giuseppe. **El evolucionismo.**
Barcelona, Martínez Roca, 1975.
- NEILL. A.S. **Summerhill.** México, FCE, (1960) 1992.
- NIETZSCHE. Friedrich. **Así hablaba Zarathustra.**
Madrid, Alianza, 1996.
- PÉREZ. Marino. **Ciudad, individuo y psicología. Freud, detective privado.** Madrid, Siglo XXI, 1992.
- PICHON-RIVIERE. E. **Conversaciones con Enrique Pichon-**

- Riviere sobre el arte y la cultura.**
Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1976.
- OSBORN. Reuben. **Marxismo y psicoanálisis.**
Barcelona, Península, (1965) 1969.
 - RANK. Oto. **El trauma del nacimiento.**
Buenos Aires, Paidós, (1924) 1961.
 - RAPAPORT. David. **Hacia una teoría del pensamiento.**
Buenos Aires, Ediciones Cepe, 1975.
 - REICH. Wilhelm. **Reich habla de Freud.**
Barcelona, Anagrama, (1967) 1970.
Materialismo dialéctico y psicoanálisis.
Madrid, Siglo XXI, 1983.
Los padres como educadores. La compulsión a educar y sus causas. Barcelona, Anagrama, (1926) 1978.
La aplicación del psicoanálisis a la investigación histórica. Barcelona, Anagrama, (1934) 1975.
 - RIEMANN. Fritz. **Formas básicas de angustia.**
Barcelona, Herder, (1975) 1987.
 - RICOEUR. Paul. **Freud. Una interpretación de la cultura.**
México, Siglo XXI, (1965) 1970.
 - ROAZEN. Paul. **Freud. Su pensamiento político y social.**
Madrid, Martínez Roca, (1968) 1970.
Hermano animal. La historia de Freud y Tausk.
Madrid, Alianza, (1969) 1973.
"A note on the vienna psychanalytic society: Felix Deutsch's letters, 1923 and 1935".
Journal of the Behavioral Sciences, Vol 20, 1984.
 - ROZITCHNER. León. **Freud y los límites del individualismo**

- burgués. Madrid, Siglo XXI, 1979.**
- RUBENSTEIN. Roberta. "Pioneers of Applied Analysis". Imago, 1975.
 - SAU SÁNCHEZ. M.A. "La envidia del parto". Rev: Psicodeia 7, 1978.
 - SCHMIDT. Vera. **El desarrollo del instinto de saber en un niño.**
Barcelona, Anagrama, (1926) 1978
 - SCHNEIDER. Michael. **Neurosis y lucha de clases.**
Madrid, Siglo XXI, (1973) 1979.
 - SECO. Manuel. **Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española.** Madrid, Espasa Calpe, 1998.
 - SENNETT. Richard. **La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo.**
Barcelona, Anagrama, (1998) 2000.
 - SERRANO. Xavier. "El complejo de Edipo referencial en la fase genital infantil". Rev: Informacio Psicológica, nº61, 1996.
 - SÓFOCLES. **Edipo rey.** Madrid, Clásicos universales, 1983.
Antígona. Madrid, Cátedra, 1990
Electra. Madrid, Cátedra, 1990.
Ajax. Madrid, Cátedra, 1990.
 - STERBA. Richard. "Discussions of Sigmund Freud"
Rev: Psychoanalytic Quarterly 1978, Vol 47, nº2.
 - STRATHERN. Paul. **Darwin y la evolución.** Madrid, Siglo XXI, 1998.
 - SZASZ. Thomas. **El mito de la enfermedad mental. Bases para una teoría de la conducta personal.**
Buenos Aires, Amorrortu, (1961) 1994.
El segundo pecado.
Madrid, Martínez Roca, (1973) 1992.
 - TARPLEY. Harnold. "Vagina envy in men"
Rev: Jornal Academy Psychoanalysis, nº21, 1993.
 - UREÑA. Enrique. **La teoría de la sociedad de Freud.**

Represión y liberación. Madrid, Tecnos, 1977.

- VAZQUEZ PEREIRA.J.M. "Sobre la envidia del pene". Rev:
Siso/Saude nº 15 y 16, 1990.
- WILDEN. Anthony. "Marcuse and the Freudian model: energy,
information and phantasie" London, Salmagundi, 1969.
- WAAL. de. Frans. "Bases genéticas y ambientales de la conducta".
Rev: Investigación y Ciencia, Enero 2000.

ABREVIATURAS

En las notas a pie de página se consigna, además del título del libro, carta, manuscrito, artículo o reseña, una serie de abreviaturas que expongo a continuación:

S. F, O.C, p... Siendo las dos primeras letras las abreviaturas del nombre y el apellido del autor (Sigmund Freud). Las dos siguientes designan la abreviatura de "Obras Completas" de la editorial Amorrortu en la mencionada traducción de Etcheverry. Y por último, la "p" seguida de un número nos indica la página de la cita en cuestión.

Rev: Designa Revista.

Cap : Designa el capítulo.

sgts : Designa las siguientes páginas a la previamente mencionada

vs : Designa versus.